VIDA DE SAN IGNACIO DE LOYOLA

R.P. IGNACIO CASANOVAS SJ

MANRESA
2021

TABLA DE CONTENIDOS

TABLA DE CONTENIDOS 2
PRIMERA PARTE 6
VIDA EN EL MUNDO 6
Capítulo I 6
INFANCIA 6
Capítulo II 7
CARRERA CIVIL 8
Capítulo III 10
CARRERA MILITAR 10
SEGUNDA PARTE 18
TRANSFORMACIÓN ESPIRITUAL 18
Capítulo I 18
LOYOLA 18
1º PRIMERAS EXPERIENCIAS ESPIRITUALES 18
2º METODIZACIÓN DE ESTAS EXPERIENCIAS 21
3º TERMINA LA CONVERSIÓN 27
Capítulo II 33
MONTSERRAT 33
1º HACIA LA SANTA MONTAÑA 33
Capítulo III 44
MANRESA 44
1º LLEGADA A MANRESA 44
2º PRIMER PERÍODO: PAZ ESPIRITUAL 48

3º SEGUNDO PERÍODO ESPIRITUAL: TRIBULACIONES INTERIORES ..52

4° TERCER PERÍODO ESPIRITUAL: CONSOLACIONES.....59

5ª LOS EJERCICIOS.....66

6ª SALIDA DE MANRESA 84

Capítulo IV 90

PEREGRINACIÓN A TIERRA SANTA 90

1º PRIMER VIAJE A BARCELONA.....90

2º VIAJE A ITALIA Y JERUSALEN 95

3º ESTANCIA EN JERUSALÉN Y REGRESO A BARCELONA..... 100

Capítulo V..... 107

ESTUDIOS..... 107

1º BARCELONA 107

2ª ALCALÁ..... 117

3º SALAMANCA..... 121

4º PARÍS..... 126

Capítulo VI 146

PROVIDENCIAL DESENLACE 146

1º AZPEITIA 146

2º VENECIA..... 151

3° VINCENZIA 155

4º ROMA 160

TERCERA PARTE 168

LA COMPAÑÍA DE JESÚS 168

Capítulo I..... 168

SAN IGNACIO, FUNDADOR DE LA COMPAÑÍA 168

1ª CONCEPCIÓN Y GESTACIÓN DE LA COMPAÑÍA 168

2º NACIMIENTO Y CONSTITUCIÓN DE LA COMPAÑÍA 172

3º LEGISLACIÓN DE LA COMPAÑÍA 180

Capítulo II 195

SAN IGNACIO, GENERAL DE LA COMPAÑÍA 195

1º ORGANIZACIÓN DE LA COMPAÑÍA 195

2º PRINCIPIOS DE GOBIERNO DE SAN IGNACIO 200

Capítulo III 206

SAN IGNACIO, PADRE DE LA COMPAÑÍA 206

1º EL GOBIERNO DE SAN IGNACIO ESTABA FUNDADO EN PRINCIPIOS GENERALES 206

2° EL GOBIERNO DE SAN IGNACIO SE FUNDABA EN AMOR DE PADRE 211

Capítulo IV 220

SANTIDAD EJEMPLAR DE SAN IGNACIO 220

1° SAN IGNACIO, PERSONIFICACIÓN DE LA SANTIDAD DE LA COMPAÑÍA 220

2º UNIÓN CON DIOS 222

3º DOMINIO DE SÍ MISMO 227

4º VIRTUDES EXTERIORES 235

5° ACCIÓN APOSTÓLICA 240

Capítulo V 252

Muerte de San Ignacio 252

A.M.D.G. 264

PRIMERA PARTE

VIDA EN EL MUNDO

(1491-1521)

Capítulo I

INFANCIA

Loyola (1491-1497)

Decimos San Ignacio de Loyola, porque nació en la casa solariega de este nombre, aunque en ella vivió muy poco tiempo. Casa de piedra de sillería, construida en un principio como castillo guerrero, había sido, por real orden, derribada cuarenta años antes de nacer Ignacio; y luego reedificada, pero de modo que no pudiese servir para la defensa militar. Pertenece a la villa de Azpeitia, y está situada a un kilómetro de distancia de ella, en medio de un hermoso valle, sereno y lleno de quietud. La familia de Loyola era de las principales de la tierra, emparentada con otras de las que se decían de parientes mayores. Nombre con que se significaban los grandes propietarios, que solían tener súbditos, a manera de señores feudales, y, como ellos, prendían y vejaban duramente a los que les eran contrarios. Ocho villas de Guipúzcoa, bajo la protección real, se coaligaron- contra esos parientes mayores, y el año de 1456 se alzó contra ellos, destruyendo todas las casas fuertes que tenían y desterrando a sus dueños. La casa de Loyola era una de ellas. Había sido edificada a principios del siglo xv, y era señor de ella, al ser derribada en 1456, el abuelo paterno de San Ignacio, D. Juan Pérez de Loyola, el cual, por haber cruelmente vejado a la Villa de Azpeitia por aquel hecho, fue desterrado cuatro años a Jimena, villa fronteriza de tierra de moros, por mandato del Rey Enrique IV. Vuelto de su destierro, obtuvo real licencia para reedificar la mitad superior de la casa arruinada, pero debía hacerse de ladrillos y no de piedra. Esto explica la rareza, que hoy nos maravilla, de ver una casa fuerte de piedra hasta el primer piso y de allí para arriba de ladrillos.

El año 1467 casó D. Beltrán Yañez de Loyola, señor de aquella casa, con doña María Sáez de Licona y Balda, de una linajuda familia de aquella tierra. Bendijo Dios este matrimonio con trece hijos, el menor de los cuales fue San Ignacio, venido al mundo el año 1491, a los veinticuatro años de casados sus padres, y probablemente el mismo día de la Natividad del Señor, 25 de diciembre,[1] San Francisco de Borja y el padre Nadal, cuando visitaron años después la casa de Loyola, viviendo aún San Ignacio, lo primero que hicieron fue venerar la habitación en donde había tenido lugar tan glorioso nacimiento, y el primero de dichos personajes quiso decir en el oratorio de la casa su primera misa, en memoria del nacimiento de **s**u Padre y Fundador.

Fue el niño bautizado en la iglesia parroquial de Azpeitia en la pila que aun hoy día se conserva, decorada con la imagen del Santo y esta inscripción: Emenchen batiatuba naiz (Aquí mismo fui bautizado), Diéronle el nombre de Iñigo. Después, en tiempos venideros, se firmaba indistintamente Iñigo o Ignacio, porque esta forma era la más usada fuera de su tierra.

De la primera infancia de San Ignacio sabemos tan sólo que fue criado en una casa cercana a Loyola que llaman Eguibar, cerca del río Urola enfrente de la ermita de Olaz; en donde debió de aprender a amar a la Madre de Dios. Luego le enseñaron también a leer y escribir.

La influencia maternal no pudo ser ni, larga ni muy intensa. El secretario de San Ignacio, P. Polanco, escribía años después que la primera formación de Ignacio "*fue más conforme al espíritu del mundo que al de Dios, según el modo y costumbre de aquellos tiempos*"[2]. En su casa oiría hablar sobre todo de guerras y venganzas, porque su familia era enteramente militar. Su padre había guerreado con el Rey Enrique IV, con los Reyes Católicos y con el de Navarra Juan II; de sus siete hermanos, cuatro fueron también soldados y dos murieron en la campaña de Nápoles. De todos modos, poco pudo participar del espíritu de Loyola, porque le crió una nodriza de fuera de la casa, y a los cinco o seis años salió ya de ella casi definitivamente.

Capítulo II

[1] Las pruebas de este aserto pueden verse en la obra San Ignacio en Azpeitia, del P. Juan Pérez Arregui, cap. II.

[2] *Chronicon Societatis Jesu*, vol. 1, pág. 10.

CARRERA CIVIL

Arévalo (1497-1517)

Don Juan Velázquez de Cuéllar era contador mayor. de los Reyes Católicos, algo pariente de los Loyola, y sobre todo íntimo amigo del padre de San Ignacio. Hombre honrado y de conciencia, que por su cargo tenía mucha entrada en la corte de los Reyes. Había muchas veces pedido a D. Beltrán que le enviase uno de sus hijos para educarle, en prueba de buena amistad, y luego colocarlo en algún puesto de honra y provecho. D. Beltrán determinó confiarle el menor de sus hijos, que, como hemos dicho, era Ignacio. Salió, pues, el niño para Arévalo en donde D, Juan tenía su casa, aunque, por razón de su oficio, debía muchas veces seguir la regia comitiva. Hasta la muerte de su protector, ocurrida en 1517, permaneció Ignacio a su lado.

¿Qué hizo Ignacio durante esos veinte años de vida cortesana? No tenemos acerca de ello más noticias que las que él mismo nos proporciona; y siempre repite que llevó vida de pecador. Al P. González de Cámara le contaba muy por menudo sus prevaricaciones, aunque él no las escribió. El P. Polanco escribe: "Durante todo este tiempo de lo que estaba más lejos era de la vida espiritual. Como suele la juventud cortesana y militar, fue asaz libre en el amor de las mujeres, en el juego y en las riñas por puntos de honra. De un modo semejante hablan los Padres Laínez y Rivadeneira.[3] Este último especialmente santas estratagemas usadas por Ignacio en París para convertir a un mal religioso, que vivía en, pasos, dice que éstas habían sido las ignorancias de su juventud.

No fueron sólo Arévalo y la Corte de los testigos de las flaquezas de Ignacio, sino también Azpeitia, a donde es natural fuese algunas veces. El año 1515 abrióse en esta villa un proceso contra Ignacio y su hermano Pedro López que era sacerdote, por delitos cometidos allí el día de carnaval calificados de "*enormes, por los hombres cometidos por él y Pedro Lópe su hermano, de noche e de propósito, e sobre habla e consejo habido sobre asechanza e alevosamente*".[4] ¡Pobre Ignacio! Pero, tomando de labios de la Iglesia unas palabras divinamente paradojales, preparémonos a cantar bien pronto el *O felix culpa!* Veremos cómo todo el proceso de la santidad ignaciana, vivida y sistematizada en los *Ejercicios,* empieza por un

[3] *Monumenta, ígnatiana.* Ser. 4*, vol. 1, págs. 101 y 379.

[4] Las piezas del proceso se publicaron en *Monumento Histórica* S. J. Ser. 4*, vol. 1, págs. 580-597. Las pruebas de que tal proceso era verdaderamente contra nuestro Ignacio pueden verse en el P. Pérez Arregui: *San Ignacio en Aspeitia*, cap. II, pág. 44-68.

nobilísimo sentimiento de vergüenza, que sólo puede sentir un alma muy elevada, pero que cayó muy abajo de aquella su dignidad y alteza.

Apresurémonos a notar también que nunca fue Ignacio un vulgar materialista *Epicuri de grege,* sino que en sus aventuras amorosas había un caballeresco romanticismo de imposibles ensueños.

Por unas palabras, que bien pronto nos dirá cándidamente él mismo, veremos que la dama de sus ideales no era de vulgar nobleza, no era condesa ni duquesa, sino de más elevada condición. Mucho han cavilado los autores para averiguar quién podría ser esa señora de sangre real que tenía cautivada el alma de San Ignacio. Arévalo parece dar alguna luz. La Reina Doña Juana, Infanta de Portugal y segunda esposa de Enrique IV de Castilla, habiendo enviudado, se retiró a Arévalo en un palacio que hizo construir al lado del convento de San Francisco. La Reina tenía una hija jovencita, que era la Princesa Doña Catalina, en quien podrían cumplirse todas aquellas misteriosas condiciones. No todo fueron glorias y ensueños en Arévalo. Allí hizo Ignacio sus primeras armas, y allí recibió también la primera lección práctica de lo que pueden dar de sí las cosas del mundo a los que le sirven.

Al morir el Rey Católico, en enero de 1516, dejó a su segunda esposa, doña Germana de Foix, un legado de 30.000 ducados anuales cargados sobre el reino de Nápoles. Carlos V. alivió a Nápoles de esta carga, gravando con ella a la villa de Arévalo y algunas otras, que administraba D. Juan Velázquez en nombre de la corona. Así debían aquellas villas desmembrarse del real patrimonio y pasar a ser propiedad de doña Germana, D. Juan creyó que esto era mutilar la corona, de la cual era contador, y determinóse a hacer resistencia material a la orden del César, y para ello encerróse con su gente dentro de los muros de Arévalo y allí resistió algunos meses hasta ser rendido. Con esta derrota perdiólo todo: la amistad del Emperador, la de doña Germana, sus bienes, y poco después la vida. A Ignacio nada pudo dejarle, sino la lección del desengaño; pero la buena viuda doña María de Velasco, parienta también de Loyola, le dio 500 escudos y dos caballos, y con este caudal salió Ignacio de la casa de su primer señor.

Ignacio conservó toda su vida, grato recuerdo de aquella señora, a quien algunas veces escribía, aun después de la fundación de la Compañía. Su compañero de juventud, Alfonso de Montalvo, atribuía la fundación de un Colegio de la Compañía en Arévalo, años adelante efectuada, a los ruegos e intercesión de San Ignacio que quiso pagar con ello la gratitud que debía a aquella población.

Capítulo III

CARRERA MILITAR

Pamplona (1517-1521)

Intitulamos *Pamplona* este capítulo, no porque creamos que San Ignacio vivió siempre en esta ciudad en el período que historiamos, sino como a lugar principal y característico.

Empieza aquí la autobiografía con estas palabras: "*Hasta los veintiséis años de edad fue hombre dado a las vanidades del mundo*". Basta con que estén presentes a los ojos de Dios y de la propia conciencia esos veintiséis años; Ignacio nada encuentra en ellos que contar. Añade que "*principalmente se deleitaba en el ejercicio de las armas con un grande y vano deseo de ganar honra*". Esta es principalmente la materia del presente capítulo, en el cual veremos las grandes cualidades naturales de que le había dotado el Señor.

En saliendo Ignacio de la casa de D. Juan Velázquez, determinó dejar también la vida de la Corte y emprender la carrera de las armas, más acomodada a su espíritu, y probada ya en la resistencia de Arévalo. Buena ocasión le presentaba para ello otro de sus parientes, el Duque de Nájera, D. Antonio Manrique de Lara. El año 1516 había éste sido constituido Virrey de Navarra, y estaría sin duda metido en empresas militares, tanto por las cuestiones políticas de aquel Reino como por la situación interna de Castilla.

Ignacio, con los dos caballos que le había dado doña María de Velasco y los 500 escudos en el bolsillo, se creía capaz de ir a cualquier parte. Preséntase, pues en casa del Duque y Virrey para militar a sus órdenes. Fue no solamente bien recibido luego, sino que entró bien pronto en la categoría de hombre de confianza, según lo demuestran los hechos. De tres de ellos tenemos cierta noticia, y vamos a narrarlos con toda brevedad.

Allá por el mes de septiembre de 1520 llegaba a Nájera la marejada de las Comunidades, de que bien pronto hablaremos, y el día 14 se alzó la ciudad contra su Duque. Este, que se hallaba en Pamplona, se pone en camino con su gente y se presenta ante la ciudad sublevada, la toma violentamente y la entrega al saqueo de la soldadesca. El P. Polanco dice que "*Ignacio, aunque luchó entre los primeros en la*

toma de la ciudad, y hubiese podido tener buena parte en los despojos, no lo quiso, teniéndolo por cosa abyecta y poco digna"[5].

El segundo hecho es más político que militar. El año 1521 fue constituido Corregidor de Guipúzcoa un tal Acuña, habiendo sido este nombramiento mal recibido por muchas villas, que veían en ello violados sus fueros. Dividióse la provincia en dos bandos: unos, cuyo centro era San Sebastián, afectos al nuevo Corregidor; otros, congregados en Hernani, y entre ellos la villa de Azpeitia, le eran contrarios. Tomaron las armas uno y otro bando y había ya empezado a correr la sangre amenazando grandes discordias. Determinó el Duque de Nájera llevar el asunto por vías de concordia, y envió por primera y segunda vez personas de su confianza, para convencer a entrambas partes a que dejasen el negocio en sus manos. Una de estas personas fue Ignacio, el cual, además de la confianza del Duque, traía la representación del país, por ser tanta la influencia de que gozaban en él las casas de Loyola y de Oñaz. Las negociaciones fueron conducidas con tanta habilidad y prudencia, que el 21 de enero el Duque podía ya escribir al Emperador que estaba la tierra pacificada, depuesto de su cargo Acuña y dejadas a su arbitrio todas las cosas. Sobre la intervención de San Ignacio escribe el P. Polanco estas palabras: "*fue muy eximia su prudencia en este caso, porque, con sus gestiones, restableció la concordia entre las partes con gran satisfacción de ellas*"[6].

El tercer hecho de Ignacio es el de Pamplona, pero éste pide explicación de algunos antecedentes y una visión del estado de las cosas en la península.

Había simultáneamente dos guerras populares. En Castilla, la de las Comunidades, o sea de las ciudades contra los poderes del Estado, arbitrarios en gran parte y puestos en manos extranjeras por la equivocada política de los primeros tiempos del Emperador. El estaba ausente, enfrascado en ambiciones cesaristas, y el Gobierno, en manos, primero, del Cardenal Adriano sólo, al cual se le asociaron después D. Fadrique y D. Iñigo de Velasco, Almirante y Condestable de Castilla, respectivamente. Alzáronse las principales ciudades castellanas con un fuerte ejército, que fue derrotado por los imperiales en Villalar, siendo ejecutados los jefes Padilla, Bravo y Maldonado, el día 24 de abril de 1521.

Simultáneamente estalló en Valencia la guerra de las " Germanías, guerra principalmente social, porque era del pueblo contra la tiranía de los señores; pero que por las circunstancias se ligaba también con la política, y complicaba,

[5] *Chronicon Societalis Jesit, vol. 1, pág. 13.*
[6] *Chronicon Societatis Jesu, vol. 1, pág. 10 y 11.*

extraordinariamente la situación interna del país. En tres años, desde 1519 a 1522, murieron catorce mil hombres, y fueron ahorcados también todos los directores de aquel movimiento. Aunque dominados entrambos alzamientos populares y ahogados en sangre, el joven Emperador abrió algo los ojos y comprendió que la base de todo Gobierno estable es la justicia que ampare los derechos de todos, y dé al pueblo la sensación de que es bien gobernado.

Un mismo, espíritu toma diferentes formas, según el lugar y las personas en que impera; el viento de las comunidades entró en Navarra, como hemos dicho, pero allí tomó un aíre especial. Hagamos algo de historia.

Dejados aparte precedentes anteriores, diremos tan sólo que el Rey de Navarra, Juan de Albret, había firmado un Tratado de alianza con Fernando el Católico a 30 de abril de 1449. Durante veinte años tuvo que sostener fuerte lucha diplomática para guardar su independencia contra las poderosas aspiraciones de protectorado que venían, tanto de la parte de Castilla como de la de Francia.

El Duque de Alba rompe por fin el equilibrio presentándose con un ejército el 24 de junio de 1514, y el drama termina el 15 de junio de 1515 con la anexión pura y neta de Navarra, a pesar de las protestas de Juan de Albret y las condiciones puestas por Pamplona al abrir sus puertas. Al año siguiente muere el Rey, pero dejaba ya trazado un plan de fortificación de Pamplona para impedir todo intento de revancha. Desde 1516 era Virrey el Duque de Nájera, y, por tanto, todas las obras se hicieron bajo su mando, y es muy natural que Ignacio, afiliado a la casa del Duque desde 1517, siguiese con gran interés la construcción de aquellas murallas y de aquel castillo, y quedase perfectamente imbuído en el espíritu de los conquistadores y lleno de celo por su causa.

Los hijos de Juan de Albret habían de aprovechar cualquier ocasión propicia para recobrar sus derechos, y Francisco I de Francia no podía dejar de ver que aquel era el momento de dar el primer golpe contra su enemigo Carlos V y de poner entre las fronteras de ambos reinos un reino aliado suyo. Las fuerzas imperiales estaban ocupadas con las dos guerras internas; Comuneros y Germanías verían con simpatía todo alzamiento que debilitase el Poder central: ésta era, pues, la ocasión propicia de la que debían aprovecharse los hijos de Juan de Albret apoyados en la ayuda de los franceses.

Ya en septiembre de 1520 el Condestable de Navarra y los del Consejo, escribían al Emperador, que no quedaban tranquilos con la salida del Duque de Nájera con las tropas para poner paz en su villa, como dejamos narrado, mayor-

mente teniendo tan cerca el fuego de Castilla, y estando siempre alerta la mirada avizora y reivindicadora de los hijos del destronado Don Juan, Rey de Navarra. A principios de 1521 salieron tropas de Navarra para ir a apagar la revuelta de Castilla, y con ellas iba el hijo del Duque. La ocasión era propicia para Don Enrique de Albret, y quiso aprovecharla. Con el auxilio de Francisco I de Francia alzóse un fuerte ejército que, guiado por Andrés de Foix, a principios de mayo invadió aquella tierra.

La carta de un contemporáneo nos pintará el estado de las cosas; es de 17 de mayo, y dice así: "Os notifico qué los franceses pusieron sitio a San Juan de Pie del Puerto, con tal furia que la ciudad inmediatamente se entregó a misericordia. Por el valle del Roncal, por Maya y por San Juan avanza tal multitud de gente que no se puede contar. Sangüesa, Cáseda y Gallipienzo se declararon ayer por el Rey Don Enrique, poniéndose a la cabeza de todos Pedro de Navarra, hijo de mariscal El señor Duque de Nájera ha huido de Pamplona; por lo tanto, la ciudad es nuestra de sí misma. Mañana llegará el ejército francés, y, según dicen, ni siquiera habrán de descalzarse las espuelas para tomar el castillo, y realmente así parece verdad. Todo, el reino, lo mismo que la montaña, se ha declarado por el Rey Don Enrique, y creo yo que muchas, gracias tendrá que dar a Dios el Duque de Nájera, si puede llegar hasta Castilla[7].

El Duque dice en su informe que mandó a sus servidores a Pamplona. Tenemos, pues, a Ignacio en la capital de Navarra. De su estancia en esta ciudad nos queda una anécdota, que anotaremos aquí, aunque no nos consta de su fecha. "*Iba por una calle una hila de hombres y toparon con él y le arrimaron a la pared." Ello, aunque hubiere acaecido sin malicia, era una verdadero casus belli para un hidalgo. Ignacio "echó mano a la espada y dio tras ellos una calle abajo, que si no hubiera quien le detuviera, o matara algunos de ellos o le mataran". Esto contó, como testigo de vista, el Obispo de Salamanca, D. Francisco Manrique de Lara*[8]

Volvamos al caso de Pamplona.

El Duque, cansado de reclamar fuerzas que no venían, salió él mismo a escape hacia Burgos a verse con los Gobernadores del reino para que se las diesen, dejando encomendada al capitán Herrera la defensa de Pamplona. El día 19 de mayo, Pascua de Pentecostés, salieron los diputados de la ciudad al encuentro del

[7] Esta carta trae el P. J, M. Cros. *Saint François de Xavier. Sa vie et ses letires*, vol. 1, pág. 84.

[8] *Monumenta Ignatiana* , Ser 4ª, vol.1. , pág. 566

ejército navarro hasta Villalba, y allí juraron fidelidad al Rey Enrique, y entregaron la ciudad al Marqués de Santa Coloma. Perdida la ciudad, no le quedó a Herrera otro recurso que encerrarse en el castillo con sus soldados, parte de los cuales, dice el Duque de Nájera en su informe, "son servidores de mi casa". De éstos era Ignacio. Andrés de Foix intimó la rendición a la fortaleza. Herrera pidió parlamento, al cual bajó él mismo con tres capitanes, entre los cuales Ignacio, y aunque las condiciones que imponía el francés eran muy duras, todos se inclinaban a la capitulación, viendo perdida toda esperanza. Oigamos ahora al mismo Ignacio, quien, en su Autobiografía lo cuenta como el primer hecho de que conviene hacer memoria en su vida. "*Siendo todos de parecer que se diesen, salvas las vidas, por ver claramente que no se podían defender, él dio tantas razones al alcaide, que todavía lo persuadió a defenderse, aunque contra el parecer de todos los caballeros, los cuales se cohortaban con su ánimo y esfuerzo*".[9]

Rotas las negociaciones, Herrera y los suyos regresaron al castillo, resueltos a morir defendiéndolo, mientras Andrés de Foix apuntaba la artillería contra sus muros. Era el lunes de Pascua del Espíritu Santo, día 20 de mayo. "*Venido el día que se esperaba la batería, él se confesó con uno de aquellos sus compañeros en las armas; y después de durar un buen rato la batería, le acertó a él una bombarda en la pierna, quebrándosela toda; y porque la pelota pasó por entrambas piernas, también la otra fue malherida. Y así, cayendo él, los de la fortaleza se rindieron luego a los franceses*"[10] ([11]). Todos los documentos de la una y otra parte confirman la rapidez con que se rindió el castillo; unos dicen que en seis horas, otros que en nueve. Los castellanos añaden que los mismos soldados estaban decididos o inclinados por la parte de Navarra. El Almirante de Castilla y el Condestable pedían la cabeza de Herrera. Todo ello no hace sino acentuar más la fortaleza de Ignacio, bien patente, por otra parte, por el mero hecho de haber sido herido a cuerpo descubierto; pero de Ignacio nadie se acordó. Esta espina de la ingratitud se clavaría muy hondamente en su alma.

Y para acentuar más esta negra mancha, que casi siempre cae en la hoja de servicios de los grandes hombres, vio repetido y aumentado el caso en el mismo Virrey y General Duque de Nájera. Porque, volviendo éste con un buen ejército, se echó días después contra los triunfadores, desbaratándolos completamente. La paga fue destituirle de su cargo. La ira debió de encendecer el pecho de Ignacio,

[9] *Autobiografía*, n. 1.
[10] *Autobiografía*, n. 1-2.

aunque pronto se vio apagada por otros afectos más fuertes, que rápidamente venían a transformar aquella alma hecha para cosas mayores que todo el mundo.

Alarguemos aún un poco más este paréntesis.

"*Entre los que acometieron la ciudadela se hallaban los Xavieres Miguel y Juan, hijos de D. Juan Jaso, ex presidente del Real Consejo del Reino de Navarra. Ambos hermanos lucharon pocos días después en los campos de Noain, cerca de Pamplona, donde el ejército franco navarro sufrió tal derrota, que desde entonces quedó la suerte de las armas por el Emperador. A pesar del desastre, hubo navarros que no quisieron rendirse, sino que apoderándose del pueblo de Amayur (Maya), en el Baztán, se defendieron durante un año, y arrojados de allí, todavía se hicieron fuertes por otros dos años en Fuenterrabía, capitulando al cabo de ellos honrosamente con las tropas del Emperador (1524). Entre los defensores de los sitios no hubieron de faltar los hermanos mayores de nuestro Xavier. Francisco, a quien su edad de sólo quince años no permitió tomar parle en la lucha al lado de sus hermanos, acompañaba en el castillo de Xavier a su madre doña María de Azpilcueta durante aquellos años de terribles angustias, que afligieron a la virtuosa señora*".

Habíamos dejado a Ignacio derribado en tierra por una bala de cañón en la fortaleza de Pamplona: sigamos ahora la historia de tan gloriosa herida. Dice la Autobiografía: "*Los franceses..., después de haberse apoderado de ella (de la fortaleza), trataron muy bien al herido, tratándolo cortés y amigablemente. Y después de haber estado doce o trece días en Pamplona lo llevaron en una litera a su tierra*.[11] El camino de Pamplona a Loyola era largo y dificultoso. Añádase que el herido se hallaba muy mal, constando que en un pueblecito debieron detenerse ocho días sin poder pasar adelante. Por esta razón no pudo llegar a Loyola hasta mediados de junio.

Llegado ya a su casa, nos diría el mismo Ignacio lo que allí pasó. "*En la cual, hallándose, muy mal y llamando todos los médicos y cirujanos de muchas partes, juzgaron que la pierna se debía otra vez de concertar, y ponerse otra vez los huesos en sus lugares, diciendo que, por haber sido mal puestos la otra vez, o por haberse desconcertado en el camino, estaban fuera de sus lugares, y así no podía sanar. Y hízose de nuevo esta carnicería, en la cual, así como en las otras que antes había pasado, y después pasó, nunca habló palabra ni mostró otra señal de dolor que apretar mucho los puños. Y iba todavía empeorando, sin poder comer y con los*

[11] *Autobiografía*, n. 2.

demás accidentes que suelen ser señal de muerte. Y llegado el día de San Juan, por tener los médicos muy poca confianza en su salud, fue aconsejado que se confesase, y así, recibiendo los sacramentos, la víspera de San Pedro y San Pablo, dijeron los médicos que sí hasta media noche no sentía mejoría se podía contar por muerto. Solía ser el dicho enfermo devoto de San Pedro, y así quiso el Señor que aquella misma noche se comenzase a hallar mejor; y fue tanto creciendo la mejoría, que de ahí a algunos días se juzgó que estaba fuera de peligro de muerte.

"*Y viniendo ya los huesos a soldarse unos con otros, le quedó abajo de la rodilla un hueso encabalgado sobre otro, por lo cual la pierna quedaba más corta; y quedaba allí el hueso tan levantado, que era cosa fea, lo cual él no pudiendo sufrir se informó de los cirujanos si se podía aquello cortar, y ellos dijeron que bien se podía cortar, mas que los dolores serían mayores que todos los que había pasado, por estar aquello ya sano y ser menester espacio para cortarlo; y todavía él se determinó de martirizarse por su propio gusto, aunque su hermano más viejo se espantaba y decía que tal dolor él no se atrevería a sufrir; lo cual el herido sufrió con la sólita paciencia*."

"*Y cortada la carne y el hueso que allí sobraba, se atendió a usar de remedios para que la pierna no quedase tan corta, dándole muchas unturas y estirándola con instrumentos continuamente, que muchos días (le) tuvieron tendidos de modo "que no se podía menear, puesto en un cierto instrumento que le tiraba la pierna, lo martirizaron. Mas nuestro Señor le fue dando salud; y se fue hallando tan bueno, que en todo lo demás estaba sano, sino que no podía tenerse bien sobre la pierna, y así le era forzado estar en el lecho*".[12]

Aquí termina la vida natural de Ignacio. Treinta años de afanes e ilusiones han venido a parar en nada, aun miradas las cosas con ojos puramente humanos. Lección triste y llena de desengaños, cada día aprendida, cada día confesada por los que siguen el mundo, y cada día vuelta a olvidar, para volver, como niños, a caer en el lazo que les tienen preparado. Sobrenaturalmente el resultado era un desastre. No es deplorable la desgracia cuando se trata de naturalezas mal dotadas; pero Ignacio tiene un valor excelente, que, aun dentro de la frivolidad de su vida, va a revelarse, como el brillo de un diamante entre la tierra que lo encubre. Ahora, que va a empezar la verdadera vida de este hombre extraordinario, veamos su valor natural, poniéndolo a verdadera luz, para comprender así mejor la obra de la gracia…

[12] *Autobiografía*, n. 2-5.

El P. Láinez, en una larga carta que escribió el año de 1547 sobre la vida de Ignacio, nos da en cinco palabras su retrato, valiente como un aguafuerte. "*Era, dice, aun en el mundo, ingenioso y prudente, y animoso, y ardiente, e inclinado a las armas y otras cosas arduas*.[13]

Los mismos rasgos morales nos da el P. Polanco: "*Era fuerte, valiente y arriesgado a difíciles empresas." Añade que nunca tuvo odio a nadie, y que sentía vivísima la gratitud. A los médicos franceses que en Pamplona practicaron su primera cura, no teniendo otra cosa con qué manifestarles su agradecimiento, les regaló sus armas: a uno, la rodela; a otro, el puñal, y a otro, la coraza. Finalmente, hace notar su prudencia y práctica de los negocios, y "en general, dice, en cuanto se ponía, siempre se veía que era hombre para mucho, y que había en él pasta para cosas grandes*".[14]

En cuanto a religión, hemos de reconocer también en él el don fundamental que es la fe; lo probaría suficientemente, si otra razón no hubiera, el hecho de confesarse con un compañero antes de la batalla de Pamplona. Añade Polanco que nunca, en su desgracia, se rebeló contra Dios. Sabemos además que era devoto del Apóstol San Pedro, en honor del cual había escrito un poema. Es de lamentar que no nos sea conocida esta obra, que aun careciendo de cualidades literarias, nos revelaría de un modo auténtico su carácter en la primera parte de su vida. Se acerca, sin embargo, una luz más pura que nos lo manifestará mejor.

[13] *Monumenta*, *Ignatiana*, Ser. 4[9]? vol. 1, pág. 100.
[14] *Monumenta Histórica* S. Historia Soc. Jesu, *tomo primero*, *pág. 13.*

SEGUNDA PARTE

TRANSFORMACIÓN ESPIRITUAL

(1521 - 1538)

Capítulo I

LOYOLA

(junio de 1521 - marzo de 1522)

1º PRIMERAS EXPERIENCIAS ESPIRITUALES

Aquí empieza la vida espiritual de Ignacio. Quiere el Espíritu Santo obrar en su alma una nueva creación infinitamente superior a la primera; pero no será cosa de un instante, como lo fue el darle la vida temporal, sino que irá transformándolo de claridad en claridad hasta terminar su[1] obra. Las divinas lentitudes que vemos en Nuestro Señor Jesucristo, deben tranquilizarnos y asegurarnos para entender la acción de Dios en cualquiera criatura. Ignacio estaba destinado a ser un gran maestro de la vida espiritual; convenía, por consiguiente, que fuese *tentatus per omnia*. La obra a que Dios le tenía destinado, la Compañía de Jesús, no era una vulgar institución que marchase al compás de las cosas humanas sino que había de ser poderosa para morir y resucitar, por lo tanto, preciso que fuese hecha a martillazos setenta y siete veces en la fragua. Nada hay tan maravilloso en toda la

[1] El libro de la Vida de Jesucristo y de los Santos, que leyó en Loyola, conjetura muy probablemente el P. Juan 1 (San Ignacio en Manresa, cap. VII, párrafo 3) ; que fue . Pedro de Vega, monje Jerónimo de Santa Engracia de titulado Flos Sanctorum: La Vida de Nuestro Señor, de su Santísima Madre y de los otros santos, según el de sus fiestas. La primera edición fue impresa en Zaragoza mismo año de la conversión de San Ignacio, 1521, y un ejemplar a, tal vez el único hasta ahora conocido, puede verse en el o Artístico de San Lucas, de Barcelona.

creación como la formación de un santo; podemos asistir paso a paso a la transformación de Ignacio. Hagámoslo con inteligencia y con amor.

Tenemos a Ignacio en su casa en plena convalecencia, aptísima a la divagación para toda alma soñadora. ¿Hacia dónde vuelan sus pensamientos mientras sus ojos se esparcen por aquel valle deleitoso? Tenemos en la Autobiografía una página donde aprenderemos más cosas de este caballero que en los treinta años de su vida que acabamos de esbozar.

"*Y porque, dice, era muy dado a leer libros mundanos y falsos que suelen llamar de caballerías, sintiéndose bueno, pidió que le diesen algunos de ellos para pasar el tiempo; aquella casa no se halló ninguno de los que él solía así le dieron un Vita Christi, y un libro de la vida Santos en romance*".

"*Por los cuales leyendo muchas veces, algún tanto se aficionaba a lo que allí había escrito. Mas, dejándolos de leer, algunas veces se paraba (a) pensar en las cosas que había leído; otras veces en las cosas del mundo que antes solía pensar. Y de muchas cosas vanas que se le ofrecían, una tenía tanto poseído su corazón, que se estaba luego embebido en pensar en ella dos, tres y cuatro horas sin sentirlo, imaginando lo que había de hacer en servicio de una señora, los medios que tomaría para poder ir a la tierra donde ella estaba, los motes, las palabras que le diría, los hechos de armas que haría en su servicio. Y estaba con esto tan envanecido, que no miraba cuan imposible era poderlo alcanzar, porque la señora no era de vulgar nobleza: no condesa ni duquesa, mas era su estado más alto que ninguno de éstas*."

"*Todavía Nuestro Señor le socorría, haciendo que sucediesen a estos pensamientos otros que nacían de las cosas que leía*"[2].

Bueno será que el lector se detenga un momento a pensar el mundo de ideas, que revolotean en estas palabras.

[2] Autobiografía, n. 5.

Las primeras ideas espirituales, según nos dice, le venían, no como grandes verdades, sino como ejemplos aplicados a la propia vida. "*Porque, leyendo la vida de Nuestro Señor y de los Santos, se paraba a pensar, razonando consigo: ¿Qué sería, si yo hiciese esto que hizo San Francisco, y esto que hizo Santo Domingo? Y así discurría por muchas cosas, que hallaba buenas, proponiéndose siempre a sí mismo cosas dificultosas y graves, las cuales, cuando proponía, le parecía hallar en sí facilidad de ponerlas en obra. Mas todo su discurso era decir consigo: Santo Domingo hizo esto; pues yo lo tengo de hacer; San Francisco hizo esto, pues yo lo tengo de hacer*"[3].

¡Qué mundo tan diferente del de las cortes de amor que hace poco nos pintaba! Y en ello quedaba también ensimismada aquella alma hambrienta de ideales. Lo característico de esas divagaciones es el embebecimiento, durante horas y más horas seguidas. Allí donde caía el pensamiento, allí se detenía, hasta que venia la lasitud. Y dice que esta embriagadora alternativa duró mucho tiempo.

Entró entonces en el espíritu de Ignacio un elemento absolutamente, desconocido hasta entonces, y fue la reflexión sobre sus propios actos internos. Comparó pensamientos con pensamientos, y los efectos de unos con los efectos de los otros. "Cuando pensaba, dice, en aquello del mundo, se deleitaba mucho; cuando después de cansado lo dejaba, hallábase seco y descontento, y cuando en ir a Jerusalén descalzo y en no comer sino hierbas, y en hacer todos los demás rigores, que veía haber hecho los Santos, no solamente se consolaba cuando estaba en los tales "*pensamientos, mas, aun después de dejados, quedaba contento y alegre. Mas no miraba en ello, ni se paraba a ponderar esta diferencia, hasta en tanto que una vez se le abrieron un poco los ojos, y empezó a maravillarse de esta diversidad y a hacer reflexión sobre ella, cogiendo por experiencia que de unos pensamientos*

[3] Autobiografía, n. 7.

quedaba triste, y de otros alegre, y poco a poco viniendo a conocer la diversidad de los espíritus que (le) agitaban, el uno del demonio, y el otro de Dios"[4].

2º METODIZACIÓN DE ESTAS EXPERIENCIAS

Es nota característica de San Ignacio en toda su vida no detenerse en el hecho individual, sino buscar siempre la ley general de todas las cosas. A renglón seguido de las palabras con que termina el párrafo anterior, añade: "*Este fue el primer discurso que hizo en las cosas de Dios; y después que hizo los* Ejercicios*, de aquí comenzó a tomar lumbre para lo de la diversidad de espíritus." En otro lugar afirma que también había utilizado estas experiencias en la materia de las elecciones*[5].

Es, pues, el mismo Ignacio quien nos invita a buscar, en las reglas del conocimiento de espíritus del libro de los *Ejercicios,* el resultado del proceso espiritual interior de Loyola. Vamos de buen grado a hacerlo así.

El título mismo con que encabeza las Reglas de la primera semana, parece darnos la composición de lugar espiritual en que se encontraba Ignacio en Loyola. Dice así: "***Reglas para en alguna manera sentir y conocer las varias mociones que en el ánima se causan; las buenas para recibir, y las malas para lanzar; y son más propias para la primera semana***." Esto supone dos cosas: la primera, que el hombre advierte que pasan diversas mociones; la segunda, que de ellas puede deducirse el "*conocimiento de los espíritus*", que es el título que encabeza todas las páginas donde estas reglas se escriben. Estos dos principios encierran, no solamente toda una psicología espiritual, sino también toda una filosofía religiosa.

Lo primero que hace San Ignacio es definir bien la persona de que trata, porque, siendo toda esta doctrina fruto de la experiencia, y no de teorías, no quiere salirse nunca del terreno firme de la realidad. Torna una persona que empieza a levantarse del estado en que iba "*de pecado mortal en pecado mortal*", y pasa al

[4] Autobiografía, n. 8 y 9.
[5] *Autobiografía*, n. 90,

estado de "*ir intensamente purgando sus pecados, y en el servicio de Dios nuestro Señor de bien en mejor subiendo*". Quiere enseñar a esta persona a reparar en la diferencia de pensamientos y sentimientos que le vienen en uno y otro estado, para que sepa siempre conocer quién le habla.

Define dos estados generales, que pueden tener sus gradaciones, y los llama "*de desolación"*, cuando habla el enemigo, y "*de consolación*", cuando habla Dios.

En la desolación "*acostumbra comúnmente el enemigo proponerles placeres aparentes, haciendo imaginar delectaciones y placeres sensuales, por más los conservar y aumentar en sus vicios y pecados*". A este estado llama "*desolación espiritual*", y nos da como característica de él: "*oscuridad en el ánima, turbación en ella, moción a las cosas bajas y terrenas, inquietud de varias agitaciones y tentaciones, moviendo a infidencia, sin esperanza, sin amor, hallándose toda perezosa, tibia, triste y como separada de su Criador y Señor*". Del mal espíritu "*es propio morder, tristar (entristecer), y poner impedimentos, inquietando con falsas razones para que no pase adelant*e". ¿Puede darse pintura más exacta, más gráfica de aquellas horas vagarosas en que invadían el ánimo de Ignacio los pensamientos del mundo? Veamos ahora cómo nos pinta la otra faz, la "consolación espiritual".

"*Llamo, dice, consolación cuando en el ánima se causa alguna moción interior, con la cual viene el ánima a inflamarse en amor de su Criador y Señor; y consequenter cuando ninguna cosa criada sobre la haz de la tierra puede amar en sí, sino en el Criador de todas ellas. Asimismo, cuando lanza lágrimas motivas a amor de su Señor, agora sea por el dolor de sus pecados, o de la Pasión de Cristo, Nuestro Señor, o de otras cosas derechamente ordenadas en su servicio y alabanza. Finalmente llamo consolación todo aumento de esperanza, fe y caridad, y toda leticia interna que llama y atrae a las cosas celestiales, y a la propia salud de su ánima, quietándola y pacificándola en su Criador y Señor*". Las características de este estado son: "*Dar*

ánimo y fuerzas, consolaciones, lágrimas, inspiraciones y quietud, facilitando y quitando todos impedimentos, para que en el bien obrar proceda adelante." ¡Qué mundo este tan diferente y del primero!

Tenemos, aquí toda la experimentación interna con tanta perfección como podría hacerla un sabio de laboratorio.

"Indudablemente el libro de trescientas hojas, de que luego diremos que era el registro de sus cosas espirituales, debió de recibir con profusión esas notas cálidas, es decir, en el momento mismo en que Ignacio se sentía poseído de estos tan diferentes estados interiores.

Entonces venía el filosofar. La primera conclusión es hay fuera de nosotros una causa trascendente que produce y fomenta estas impresiones; y siendo ellas tan opuestas entre sí como son, sus causas también deben serlo. Ignacio, como creyente que era, no dudó un momento de que estas causas eran Dios y el demonio, que pretenden conducir al alma a fines enteramente contrarios, y les puso por nombre "*el bueno y el mal espíritu*". No sólo la fe, sino también la experiencia, le manifestó estos dos principios. Porque, si conocemos la persona que exteriormente nos habla, ¿no ha de tener el alma la facultad de conocer cuando le habla su Criador o el "*mortal enemigo de humana naturaleza*"? De aquí dedujo la conclusión de que "*así como en la consolación nos guía y aconseja más el buen espíritu, así en la desolación, el malo*".

Tras de la conclusión se seguía el propósito práctico: "*en tiempo de desolación nunca hacer mudanzas, mas estar firme y constante en los propósitos y determinación en que estaba en la antecedente consolación*". Más aún, y aquí se manifiesta ya el espíritu valiente de Ignacio, que no se queda nunca a la defensiva: "*mucho aprovecha el intenso mudarse contra la misma desolación. Así como es en instar más en la oración, meditación, en mucho examinar, y en alargarnos en algún modo conveniente de hacer penitencia*".

¿Será, pues, fatal y ciega esta lucha? ¿No podremos saber cuándo y por qué nos mueve uno u otro espíritu? Sí; podemos saberlo. Ignacio halla tres leyes que nos guíen, parte hijas de la experiencia, parte de la interior luz que iba entrando en su alma. Nos vemos privados de la consolación ya por alguna falta nuestra, ya para ejercicio de nuestras fuerzas espirituales, ya para que experimentalmente conozcamos y sintamos que no es cosa nuestra, sino de Dios Nuestro Señor. En todas estas circunstancias, la desolación, bien llevada, nos es un bien, o como remedio expiatorio, o como instrumento de formación. Avisa Ignacio, con un sentido profundamente humano y teológico que, aunque falte la consolación, no por ello nos falta las fuerzas naturales ni la gracia suficiente y necesaria para la salud eterna.

Pero hay en estas reglas todavía una tercera parte que podríamos llamar crítica, en que más sobresalen el carácter y la educación de Ignacio. Su carácter, su experiencia del mundo y de la vida, y hasta su genio militar, le inspiran unas notas llenas de color, con que nos pinta al enemigo. No hay que hacer sino copiar.

"*El enemigo, dice, se hace como mujer, en ser flaco por fuerza y fuerte de grado; porque, así como es propio de la mujer, cuando riñe con algún varón, perder ánimo dando huida cuando el hombre le muestra mucho rostro; y, por el contrario, si el varón comienza a huir perdiendo ánimo, la ira, venganza y ferocidad de las mujeres muy crecida y tan sin mesura, de la misma manera es propio del enemigo enflaquecer y perder ánimo (dando huida sus tentaciones) cuando la persona que se ejercita en las cosas espirituales pone mucho rostro contra las tentaciones del enemigo, haciendo el opósito per diametrum. Y, por el contrario, si la persona que se ejercita comienza a tener temor y perder ánimo en sufrir las tentaciones, no hay bestia tan fiera sobre la haz de la tierra como el enemigo de natura humana en la prosecución de su dañada intención con tan crecida malicia*".

Nuestro enemigo "*asimismo se hace como vano enamorado en querer ser secreto y no descubierto; porque así como el hombre vano que hablando a mala parte requiere a la hija de un buen padre, o a la mujer de buen marido, quiere que sus palabras y suasiones sean secretas: y al contrario, le displace mucho cuando la hija al padre, o la mujer al marido descubre sus vanas palabras e intención depravada, porque fácilmente colige que no podrá salir con la empresa comenzada; de la misma manera, cuando el enemigo de natura humana trae sus astucias y suasiones a la ánima justa, quiere y desea que sean recibidas y tenidas en secreto; mas cuando la descubre a su buen confesor, o a otra persona espiritual, que conozca sus engaños y malicias, mucho le pesa, porque colige que no podrá salir con su malicia comenzada, en ser descubiertos sus engaños manifiestos*".

"*Asimismo se ha como un caudillo para vencer y robar lo que desea; porque, así corno un capitán y caudillo del campo, asentando un real, y mirando las fuerzas o disposición un castillo, le combate por la parte más flaca; de la misma manera el enemigo de natura humana, rodeando mira en torno todas nuestras virtudes teologales, cardinales y morales; por donde nos halla más flacos y necesitados para nuestra salud eterna, por allí nos bate y procura tomarnos*".

Estas reglas tienen por campo de experimentación el alma que traspasa la frontera del pecado y entra en la buena vida, que es el estado en que debía de hallarse Ignacio en los primeros tiempos de Loyola. Pero viene luego un período en que la frontera queda ya lejos, y la persona va entrando tierra adentro de la virtud, y entonces el grande observador de los hechos internos espirituales halla que se cambian las experiencias y precisan otras leyes.

La terminología es la misma: "*consolación y desolación*", con las mismas derivadas de alegría y tristeza; pero la estrategia es diferente y aun opuesta, en cierto sentido. Al alma; purificada y que adelanta, Dios y el ángel bueno siempre dan consuelo y alegría; y el enemigo tristeza y desolación con sutilezas y engaños.

Pone Ignacio una finísima comparación: la gota de agua entra suave y quietamente en una esponja, pero cae con violencia y ruido sobre una piedra. La razón de esta diferencia es la semejanza o desemejanza que tienen estas cosas entre sí. Así el que es semejante, entra quietamente como en casa propia, y el enemigo, con violencia, como en casa ajena. Pero el enemigo, que ve y sabe esto mejor que nosotros, quiere contrahacer la divina consolación para traer al alma desviada a sus perversos fines, y, por lo tanto, se hace necesaria una discreción más sutil para distinguir la verdadera consolación divina de la falsa y fingida del enemigo. Aquí triunfa Ignacio tanto o más que en las primeras reglas.

Comienza por distinguir la consolación que tiene alguna causa en las cosas criadas, de la que ninguna tiene, y afirma profundamente que "sólo es de Dios Nuestro Señor dar consolación al ánima sin causa precedente", es decir, "sin ningún previo sentimiento o conocimiento de algún objeto por el cual venga la tal consolación, mediante sus actos de entendimiento y voluntad". Con causa (de la manera que acaba de explicar) puede consolar al ánima así el buen Ángel como el malo, por contrarios fines. "*El discernir estos casos no es cosa de sentimentalismos, sino de puro análisis racional. Debemos mucho advertir el discurso de los pensamientos; y si el principio, medio y fin es todo bueno, inclinado a todo bien, señal es de buen Ángel; mas, si en el discurso de los pensamientos que trae acaba en alguna cosa mala o distractiva, o menos buena que la que el ánima antes tenía propuesta de hacer, o la enflaquece, o inquieta, o conturba a la ánima, quitándole su paz, tranquilidad y quietud, que antes tenía, clara señal es proceder de mal espíritu, enemigo de nuestro provecho y salud eterna*".

Y ahora vuelve aquel Ignacio terrible analizador de sí mismo. *¿Has* hallado por la regla anterior que el demonio ha entrado con la tuya y salido con suya? Pues, mira, dice, por dónde ha entrado esa su cola serpentina, cuál es el punto en donde han empezado a desviarse tus pensamientos, para adquirir el conocimiento de ti mismo. Hasta en el caso de que la consolación sea sin causa, y por lo tanto divina,

"*la persona espiritual, dice, debe con mucha vigilancia y atención mirar y discernir el propio tiempo de la tal actual consolación pasada; porque muchas veces en este segundo tiempo, por su propio discurso de habitudines y consecuencias de los conceptos y juicios, o por el buen espíritu o por el malo, forma diversos propósitos o pareceres que no son dados inmediatamente de Dios nuestro Señor; y por lo tanto mucho menester ser bien examinados antes que se les dé entero crédito, ni se pongan en efecto*".

Mal enemigo es el demonio, que se transfigura en Ángel de luz; pero hay que convenir en que Ignacio era un formidable batallador por esa su fuerza y finura de percepción y de análisis interior. Difícil sería hallar un caso superior ni igual en toda la historia de la ascética cristiana. Entre el sentimentalismo nebuloso y la duda o la cavilación, pasa él decidido y seguro guiado por la razón y el buen sentido.

Porque notemos que aquí no hay doctrinas teológicas, ni magisterio de ninguna escuela, de ningún maestro ni doctor, sino puro buen sentido natural, iluminado, sin embargo, por la luz de Dios que le enseñaba. Este es el temple racional que tendrá la ascética ignaciana.

Es muy posible, por no decir probable y tal vez cierto, que estas reglas no salieron perfectas de Loyola. De creer es que allí se acumuló la materia experimental y se organizó el método perfectísimo de introspección; pero el conjunto armónico, el orden y la definitiva redacción vino más tarde; cuando ya hubo Ignacio hecho los *Ejercicios,* que le comunicaron el conocimiento de toda la vida espiritual que ahora completamente ignoraba.

3º TERMINA LA CONVERSIÓN

Cerremos ya esta digresión sobre el conocimiento de los espíritus, para seguir el hilo del proceso espiritual de la conversión de San Ignacio.

Dice él mismo: "*Y cobrada no poca lumbre de esta lección, comenzó a pensar más de veras en su vida pasada, y en cuanta necesidad tenía de hacer penitencia de ella.*

Y aquí se le ofrecían los deseos de imitar a los Santos, no mirando más circunstancias que prometerse así con la gracia de Dios de hacerlo, como ellos lo habían hecho. Más todo lo que deseaba hacer, luego como sanase, era la ida de Jerusalén, como arriba es dicho, con tantas disciplinas y tantas abstinencias, cuantas un ánimo generoso, encendido de Dios, suele hacer. Y ya se le iban olvidando los pensamientos pasados con estos santos deseos que tenía"[6].

Cortaremos un momento la narración de Ignacio para contar un hecho explicado por el P. Rivadeneira y del cual la tradición halla aún hoy vestigios materiales en la casa de Loyola. "*Se levantó una noche de la cama, como muchas veces solía, a hacer oración, y ofrecerse al Señor en suave y perpetuo sacrificio, acabadas ya las luchas y dudas congojosas de su corazón. Y estando puesto de rodillas delante de una imagen de nuestra Señora, y ofreciéndose con humildad y fervorosa confianza, por medio de la gloriosa Madre al piadoso y amoroso Hijo, por soldado y siervo fiel, y prometiéndole de seguir su estandarte real y dar de coces al mundo; se sintió en toda la casa un estallido muy grande, y el aposento en que estaba tembl*ó"[7]. En los *procesos* de canonización, algunos testigos afirman que de esta conmoción quedó partida una vidriera de la habitación en que San Ignacio estaba, y que nunca quisieron componerla en memoria de este hecho, que atribuían al demonio, furioso de no poderlo vencer. Hoy no está la vidriera, pero sí una raja de arriba abajo en la pared de la santa casa. Tal vez fue esta misma ocasión de una visita de la Virgen Santísima sumamente consoladora, que nos cuenta Ignacio del modo siguiente:

"*Estando una noche despierto, vio claramente una imagen de nuestra Señora con el santo niño Jesús, con cuya vista por espacio notable recibió consolación muy excesiva, y quedó con tanto asco de toda la vida pasada, y especialmente de cosas de carne, que le parecía haberle quitado del ánima todas las especies que antes tenía en*

[6] *Autobiografía*, n. 9 y 10.
[7] *Vida de San Ignacio.* Lib. I, cap. II

ella pintadas. Así desde aquella hora hasta el agosto de 55, que esto se escribe, nunca más tuvo ni un mínimo consenso de cosas de carne, y por este efecto se puede juzgar haber sido la cosa de Dios, aunque él no osaba determinarlo, ni decía más que afirmar lo susodicho"[8].

Detengámonos aquí para anotar este hecho trascendental en su vida interior. En las infinitas vicisitudes que tendrá su vida, hallaremos ocasiones peligrosas y veremos que precede siempre con una independencia de toda cosa material con libertad más angelical que humana, que a las veces llega sorprender y a causar cierta extrañeza. Hablando de uno de estos acontecimientos, sucedido en Loyola, años después, cuando por quitar a otro una ocasión de pecado lo encerró en su propia habitación, un hijo suyo le dijo confiadamente: "*Eso no hiciera yo*". Y el Padre respondió: "*Yo, sí; que sabía que lo podía hacer*". Y cayendo en lo que había dicho, de repente volvió y dijo: "*Dios os perdone, que me habéis hecho decir lo que no quisiera*"[9]. Realmente tuvo Ignacio un don de pureza que presenta todos los caracteres de sobrenatural y extraordinario. Volvamos ahora a la narración de lo hechos.

"*Mas así su hermano como los demás de casa fueron conociendo por lo exterior la mudanza que se había hecho e su ánima interiormente. El, no curando de nada, perseveraba; en su lección y en sus buenos propósitos; y el tiempo que con, los de casa conversaba, todo lo gastaba en cosas de Dios, con lo cual hacía provecho a sus ánimas. Y gustando mucho de aquellos libros, le vino el pensamiento de sacar alguna cosa en breve más esenciales de la vida de Cristo y de los Santos; y así se pone a escribir un libro con mucha diligencia (porque ya comenzaba a levantarse un poco por casa); las palabras de Cristo de tinta colorada; las de nuestra Señora de tinta azul y el papel era bruñido y rayado, y de buena letra, porque era muy buen*

[8] *Autobiografía*, n. 10.
[9] *Monumenta Ignatiana*, Ser. 4ª, vol. 1, pág. 566.

escribano. (El libro dicen que tenía trescientas hojas). Parte del tiempo gastaba en escribir, parte en oración. Y la mayor consolación que recibía era mirar el cielo y las estrellas, lo cual hacía muchas veces y por mucho espacio, porque con ello sentía en sí muy grande esfuerzo para servir nuestro Señor. Pensaba muchas veces en su propósito, dejando ya ser sano del todo para ponerse en camino".

"*Y echando sus cuentas, qué es lo que haría después me viniese de Jerusalén para que siempre viviese en penitencia, ofrecíasele meterse en la Cartuja de Sevilla, sin decir quién era, para que en menos le tuviesen, y allí nunca comer pino hierbas. Mas, cuando otra vez tornaba a pensar en las penitencias, que andando por el mundo deseaba hacer, resfriábase el deseo de la Cartuja, temiendo que no pudiese ejercitar el odio que contra sí tenía concebido. Todavía a un criado de casa, que iba a Burgos, mandó que se informase de la regla de la Cartuja, y la información que de ella tuvo le pareció bien. Mas por la razón arriba dicha y porque todo estaba embebido en la ida que pensaba presto de la vuelta; no miraba tanto en ello*"[10].

Una tierna nota de devoción mariana nos ha conservado la tradición. En sus pasos de convalecencia, llegaba Ignacio por el camino de Azpeitia hasta la vista de la ermita de Olaz, y allí rezaba una *Salve* a la Madre de Dios. La Virgen Santísima ocupa un lugar esencial en la conversión y santidad Ignacio. ¿Quién sabe si en alguna de estas visitas nació la idea de la peregrinación a Montserrat, de que trataremos en el capítulo siguiente?

Más antes definamos, en cuanto sea posible, el estado espiritual de nuestro convertido. Vino sobre él el golpe de gracia que detiene las almas y las hace torcer su camino, aquel golpe de mano omnipotente, que toma lo que es suyo, y hace que el hombre de buen grado se entregue a quien le llama.

Este glorioso comienzo no sigue leyes, más bien se siente que se explica; lo que sí podemos analizar son las ideas espirituales y los móviles de acción, que nacen

[10] *Autobiografía*, n. 10-12

en el espíritu poseído de Dios. En este punto la psicología espiritual de Ignacio es simplicísima. La vida de Jesucristo le dejó fortísimamente enamorado del Señor, acompañado este amor de un gran deseo de hacer algo por El. Hacer algo, lo tomaba Ignacio en el sentido más material que puede tener esta palabra en el lenguaje espiritual, es decir, realizar acciones corporales penosas y heroicas. La vida de los santos fijaba estos deseos en la imitación de todo lo grande y heroico que hallaba en razón de sacrificio corporal, es decir, de penitencia. Amar y servir a Dios era ser penitente. Dentro de la simplicidad de esta ascética, hallamos una grande elevación. La penitencia no era por temor, sino por amor. Esto sólo bastaba a hacer un santo, y es muy posible que haya habido en la Iglesia de Dios algunas almas santísimas que no hayan pasado de aquí. Tengamos presente esta ideología para poder comparar y ver las ascensiones de claridad en claridad que nos aguardan.

Podemos confirmar esto con unas palabras del padre Laínez, claras y precisas, como suyas: "*Él cual* (el Señor), dice, *más le daba una simple intención y buena voluntad, que lumbre de entendimiento acerca de las cosas divinas... teniendo más vueltos los ojos a los ejercicios exteriores y a las penitencias, que no a otras cosas interiores, por no entenderlas aún. Así que totalmente le parecía entonces que la santidad se había de medir por la aspereza exterior; y que quien hiciese penitencia más áspera, hubiese de ser tenido en el divino acatamiento por más santo; el cual parecer le hacía tomar propósitos de hacer una vida muy áspera*". Añade el Padre que Ignacio no tenía maestro, y que todas las grandes resoluciones las tomaba sin consultar con nadie[11].

Notemos también el método, característicamente ignaciano: la observación interna, la critica de sí mismo, la reducción a leyes racionales de tan complicado y difícil fenomenismo espiritual. Un hecho hay notabilísimo que a muchos causa

[11] *Monumenta Ignatiana*, Ser. 4*, pág. 100-101.

una extrañeza siempre renovada, y es que el libro de los *Ejercicios* después del Principio y Fundamento, que está fuera de la primera semana, empieza por el examen. En los hechos que acabamos de contar hallaremos la razón histórica y psicológica de ello, porque hemos visto que el primer acto espiritual que Ignacio nos da como suyo en su conversión, y que él practica normalmente, es un verdadero examen fundamental, del cual necesariamente había de nacer el más sencillo examen de conciencia diario.

Capítulo II

MONTSERRAT

(marzo de 1522)

1º HACIA LA SANTA MONTAÑA

Durante los ocho meses largos que estuvo Ignacio enfermo y convaleciente en Loyola, y sobre todo después de su conversión, tuvo suficiente tiempo para meditar bien las cosas que haría y la manera y ocasión de ejecutarlas. Con la prudencia, que será uno de los distintivos esenciales de toda su vida, encerró todos sus planes en el más grande secreto; aunque sus obras hablaban demasiado claro, para que los de su casa no adivinasen que algo grande meditaba. Llegó la hora, y con gran paz y serenidad dio cuenta a su hermano de que pensaba salir de casa. Oigámosle a él mismo contarlo.

"*Hallándose ya con algunas fuerzas, le pareció que era tiempo de partirse, y dijo a su hermano: "Señor, el duque de Nájera, como sabéis, ya sabe que estoy bueno. Será bueno que vaya a Navarrete (estaba entonces allí el duque)". Sospechaba el hermano y algunos de casa que él quería hacer alguna gran mutación. El hermano le llevó a una cámara y después a otra, y con muchas admiraciones le comienza a rogar que no se eche a perder; y que mire cuánta esperanza tiene en él la gente, y cuánto puede valer, y otras palabras semejantes, todas a intento de apartarle del buen deseo que tenía. Mas la respuesta fue de manera que, sin apartarse de la verdad, porque de ello tenía grande escrúpulo, se escabulló del hermano*".

"*Y así, cabalgando en una mula, otro hermano suyo quiso con él hasta Oñate, al cual persuadió en el camino que quisiesen tener una vigilia en nuestra Señora de Aránzazu, n la cual, haciendo oración aquella noche para cobrar nuevas fuerzas para su camino, dejó al hermano en Oñate en asa de una hermana que iba a visitar, y él se*

fue a Navarrete. Y viniéndole a memoria de unos pocos de ducados que le debían en casa del duque, le pareció que sería bien cobrarlos, para lo cual escribió una cédula al tesorero; y diciendo el tesorero que no tenía dineros, y sabiéndolo el duque, dijo que para todo podía faltar, mas que para Loyola no faltasen, al cual deseaba dar una buena tenencia, si la quisiese aceptar, por el crédito que había pagado en lo pasado. Y cobró los Uñeros, mandándolos repartir en ciertas personas a quienes se sentía obligado, y parte a una imagen de nuestra Señora, que estaba mal concertada, para que se concertase y ornase muy bien. Y así, despidiendo los dos criados que iban con él, se partió en su muía de Navarrete para Montserrat"[1].

Veámosle andar sólo su camino, y comparémoslo con aquel Ignacio que ha cinco años entraba en casa del mismo Duque de Nájera a sentar plaza de soldado. Las cosas exteriores son las mismas: caballero en buena cabalgadura, vestimenta rica y gentil, daga y espada colgando de la cintura, rubio cabello y bien peinado, largo hasta los hombros, más blanco ahora y sonrosado por la larga convalecencia aquel rostro de frente abierta y mirada viva. El aire, sí, es todo diferente: aquel gesto vanidoso y arriesgado de antes se ha mudado en el mirar vago y pensativo de un viajero de otro mundo, a quien le sobran todas las cosas de la tierra. Es que Ignacio es otro interiormente. El nos da un perfectísimo retrato de sí mismo cuando dice que le llevaba "*el deseo de agradar a Dios y complacerle, y de hacer grandes cosas por su amor*". Grandes cosas ya sabemos que quería decir sacrificios corporales difíciles, porque aun no sabía cosa alguna de ninguna virtud ni las reglas de sus actos. Entre saber que podía hacerse un acto dificultoso a gloria de Dios, y ejercitarlo, no había medio. Un santo hizo esto; pues yo también lo haré; éste era ahora su discurso sencillísimo. Los ensueños de heroicos hechos no le quitaban, sin embargo, el gusto de las obras diarias; hacía oración y se disciplinaba cada día.

[1] *Autobiografía*, n. 13.

Ignacio se encaminaba a Montserrat. No es ésta una peregrinación impensada y casual, sino, una determinación bien deliberada. Sería consolador entender todas las razones que le movieron a escoger este santuario. El buen olor de Montserrat se esparcía por el mundo lleno de misterios, convidando a las almas selectas a subir a aquel paraíso. Esto bastaba para determinar a Ignacio, pero sin duda que la peregrinación a Jerusalén, que-meditaba, daría la última determinación. El camino natural era el de Barcelona, y Montserrat, la última estación antes de llegar allá.

Yendo su camino se le presentó una ocasión difícil para un hombre que ignoraba las leyes de las virtudes. Encontróse en tierras de Aragón con un moro o morisco de los que quedaban en aquellas tierras. Entraron en conversación sobre asuntos religiosos y particularmente sobre la virginal pureza de la Madre de Dios. El moro ponía mácula en el parto de la Virgen Santísima. Ignacio no supo sino afirmar la verdad católica, pero quedó con el corazón encendido ten amor, y dudoso de lo que debía hacer para defenderla con las armas que aun traía. Pasó el moro adelante, hacia la entrada de la villa, que distaba unos cuarenta pasos, desviándose del camino real que antes llevaba. Ignacio, lleno de reminiscencias caballerescas, mezclólas con la confianza en Dios, suplicándole guiase los pasos de su caballo para saber si había de matar a aquel hombre blasfemo. Suelta, pues, las riendas para que el animal se mueva con libertad, y quiso Dios que siguiese adelante por el camino que llevaba, sin volver hacia la villa adonde iba el moro.

El camino real entraba en Cataluña, y pasando por Lérida, Cervera, Igualada y Molins de Rey, iba a parar en Barcelona. Este era el camino de todas las expediciones reales y militares. Es posible que fuese ésta la primera vez que San Ignacio pisaba la tierra catalana, pero podemos asegurar que aquel día tomaba posesión moral de ella con más propiedad que si hubiese en efe nacido: cosas más grandes y vínculos más fuertes le esperaban en ella, que el linaje y las leyes de la patria natural.

La penúltima jornada terminaba en la villa de Igualada, hasta la cual llegan las últimas estribaciones del Montserrat. Aquí el peregrino dejaba á camino real y torcía por el camino de la Santa Montaña. El sendero tenía a la una y la otra orilla una cruz terminal y una posada, que llevaban el nombre de Montserrat. SINTIÓ ya Ignacio la impresión del lugar santo, tanto por la maravillosa vista de aquel palacio de rocas que "*con sierra de oro aserraron los ángeles*", como por la proximidad de la Reina que le tenia robado el corazón. Igualada era ya entonces una villa de tejedores, que esparcía sus sargas y estameñas riera adentro y más allá del mar. Aquí compró el caballero la túnica de saco o de sarga, una cuerda para ceñiría, las alpargatas, el palo y la calabacita de peregrino, que necesitaba para su peregrinación a Tierra Santa.

Salido de Igualada y de frente ya a la Santa Montaña de la Madre de **Dios,** ¿Quién podrá explicar los sentimientos de devoción y santas alegras de aquella alma llena de primer divino enamoramiento? Antes de llegar a los pies de María quiso enviarle el don que pensó serle el más agradable. Baja del caballo, híncase de rodillas en ella todos sus miramientos, hace voto de perpetua castidad. ¡ Nueva y divina manera de caballería angelical!

Transcribimos aquí el testimonio del P. Laínez sobre este hecho interesantísimo. "*Y porque principalmente temía no ser vencido en lo que toca a la castidad, en el mismo camino hizo voto de ella enderezándolo a nuestra Señora, porque le llevaba especial devoción. Y bien que no procedía muy secundum scientiam, todavía Dios N. S., que le daba aquella pura intención y. tomaba su Madre Santísima como medio para ayudar esta criatura, mostró aceptar aquel sacrificio, y le tomó debajo de su protección*"[2].

Llevado Ignacio en alas de su amor y devoción, más que por los bríos del animal que montaba, emprendió la áspera subida por la parte de Santa Cecilia.

[2] *Monumento. Ignatiana*, Ser. 4*, vol. 1, pág. 101.

La carretera de Casa Massana fue hecha más tarde, de 1697 a 1700, y por esto fue Ignacio siguiendo los vericuetos de la Santa Montaña hasta llegar a la casa de la Madre de Dios.

En los procesos de beatificación hallamos el testimonio de un testigo de vista que estaba en Montserrat cuando llegó allí San Ignacio. Es Gabriel Perpiñá, niño entonces de doce años, que pasó en Montserrat algunos meses sirviendo Presbítero Juan Guiot, vicario de Prats de Rey, el cual tuvo durante todo aquel tiempo el oficio de administrar la Sagrada Eucaristía a los peregrinos. "Estando allí, dice, llegó a dicho monasterio un caballero montado en un buen caballo, acompañado de dos criados que le servían, e iba muy bien vestido con traje a modo de soldado, lo cual el testigo vió con sus propios ojos, y olló decir que era castellano, porque hablaba lengua castellana"[3].

El Montserrat del siglo XVI no era el Montserrat de hoy. Las construcciones de entonces se reducían al claustro ótico de Julio -II, del cual quedan aún dos alas, y a la jglesia que se erguía enfrente de él, en el lugar en donde aun ve hoy la puerta de entrada. La actual puerta de las celdas e San José daba entrada al claustro._ Las columnas, aun encestas, llevaban las estatuas de San Benito y Santa Escolástica. Sobre la puerta redonda queda también la edícula gótica :n que estaba asentada la imagen de la Virgen con el Niño Jesús en el regazo y un ángel a cada lado. Esta puerta nunca se cerraba ni de día ni de noche; había tan sólo una cadena entre las dos columnas, para impedir el paso de animales y carruajes. Por ella se entraba en el claustro, y enfrente se encontraba ya la puerta de la iglesia, que tenía el convento su mano izquierda y a la mano derecha el comedor de los pobres llamado

[3] Fol. 395, R° Si es verdad, como dice la Autobiografía, que Ignacio, después de visitar al Duque de Nájera, despidió los criados que le acompañaban, los que ahora dice Perpiñá que vinieron con él a Montserrat debían de ser guías que tomara para subir por aquellos vericuetos perdedizos, puesto que aun no había carretera.

de la limosna, el cual después se sacó afuera. El antiguo templo tenía más de capilla que de iglesia, y le llamaban la cámara angélica de la Virgen; pero a la parte idea la epístola le habían añadido una nave que comunicaba por medio de dos arcos con la capilla, y por otra puerta con el claustro. El altar estaba separado por una reja, y fuera de ella quedaba el pueblo, tanto los que de día asistían a los divinos oficios, como los que de noche velaban delante de la Santísima Virgen.

¿Qué sentiría Ignacio al entrar en aquella cámara angélica y caer de hinojos ante la imagen de la Madre de Dios? Al entrar allí algún tiempo después Carlos V, no supo expresar lo que experimentaba sino diciendo que sentía "*una cierta deidad que no sé significar*". ¿Qué diremos de Ignacio, que venía con tan diferentes disposiciones que el Emperador? Los Padres del Concilio tarraconense de 1602 cantan un himno nupcial a Cataluña al ver y considerar a San Ignacio ante la Virgen de Montserrat: "*Exulta de gozo triunfal Cataluña por haber sido el paraíso terrenal en que Dios Omnipotente creó por segunda vez a Ignacio dándole el espíritu vivificante, sacándolo del resbaladizo valle del mundo y trayéndole a Montserrat, sagrado y devotísimo palacio de la Madre de Dios, como un segundo Abraham que había de ser padre de muchos santos y fuente de bendición para todos los pueblos."* Y siguen como extasiados aquellos Padres del Concilio, diciendo que la Virgen Santísima en Montserrat engendró a San Ignacio a la vida divina, y que durante todo el tiempo que estuvo en Manresa le trajo como en sus maternales entrañas, alimentándolo de su propia sustancia[4].

Acostumbraban muy de ordinario los peregrinos de la Santa Montaña pasar la noche en vela y cantando dentro del templo. Hemos de creer que así lo haría Ignacio y con más amor que nadie. Velar toda la noche ante una imagen sagrada. ¡Oh, qué noche tal ideal, tan llena de dulzura para un, caballero trasplantado de, las costumbres y galanterías del mundo a la vida más alta del espíritu! Había leído en

[4] *Procesos de Barcelona y Manresa*, fol. 349, R° y V°.

Loyola, en la vida de Santo Domingo, que "*tenía costumbre de velar en la iglesia tan frecuentemente, que apenas tenía cama cierta en donde reclinarse .para descansar un poco, y cuando alguna vez le aquejaba la necesidad del sueño y el cansancio del cuerpo, reclinaba algún poquillo la cabeza sobre alguna piedra, o sobre la grada del altar*"[5]. Es muy posible que este hecho fuese uno de los que traía anotados en el libro de las trescientas hojas. Lo cierto es que, pasando por la ermita de Aránzazu, ofreció a la Virgen Santísima tan dulces veladas, que de ellas le quedó el alma sabrosa, y años después, siendo General de la Compañía, las recordaba amorosamente en carta dirigida a San Francisco de Borja, que acababa de reedificar aquel templo, incendiado el año de 1552, La hora de oración, que pone en los *Ejercicios,* ¿no nos dice, mejor de lo que podrían hacerlo todas las palabras, que las nocturnas velas ante el Señor estaban para San Ignacio, como para el Salmista, llenas de luz y de delicias?

Estas primeras veladas de peregrino le sirvieron de preparación para la última y más solemne de caballero, que traía bien fija en su mente, y que iba a realizar como remate de su estancia en la casa de la Virgen. La *Autobiografía* nos dice en pocas palabras cuál era el fin que se proponía San Ignacio en Montserrat; "*vestirse de las armas de Cristo*"[6], y para ello quería practicar una vela ritual y solemne: pero a ella debían preceder otras preparaciones.

La ley de los caballeros mandaba la confesión y comunión antes de vestir las armas materiales: ¿qué pureza de espíritu no pediría el vestirse de las armas de Jesucristo?" Por esto dice la *Autobiografía* que: llegando a Montserrat, después de hecha la oración y concertado con el confesor, se confesó por escrito generalmente, y duró la confesión tres días"[7]

[5] *Vida de Cristo y de los Santos*, por el Padre Fr. Pedro de la Vega. Zaragoza 1521, fol. CCXCI, *V*. .Véase P. Creixeill, *San Ignacio en Montserrat*, pág. 20.

[6] *Autobiografía*, n. 17.

[7] *Autobiografía*, n. 17.

Fue el confesor un santo monje francés que se llamaba Juan Xanones, y el lugar de la confesión, la ermita de San Dimas. "*Este fue el primer hombre, dice la Autobiografía, a quien descubrió su determinación*"[8]. "Y concertó con él que mandase recoger la mula, y que la espada y puñal colgase en la iglesia en el altar de Nuestra Señora"[9]

Fruto de esta confesión y consiguiente comunión pudieron ser los dos trataditos que van al principio del libro de los *Ejercicios,* titulados: *Examen general de conciencia para limpiarse, y para mejor se confesar, y Confesión general con la Comunión.*

Ya podía ahora hacer la vela ritual de las armas Jesucristo. Era el día 24 de marzo de 1522, vigilia de la Anunciación de la Virgen María *y* de la Encarnación del Hijo de Dios en sus purísimas entrañas. A Ignacio debió parecerle una noche ideal, que ni escogida entre todas las del año, porque en ella Jesucristo se vistió de las armas de nuestra mortalidad, que son pobreza, humildad *y* dolor, comenzando aquella nueva divina milicia, que vendría a acabar en la cruz, en donde con su muerte mataría la muerte sempiterna *y* abriría las puertas del reino eternal. Determina, pues, armarse caballero de la milicia de Jesucristo *y* pasar aquella noche velando las nuevas armas a los pies de la Virgen Santísima, constituida por la Encarnación, Reina *y* Emperatriz del Imperio de la santidad.

AI anochecer, lo más secretamente que pudo, busca un pobre a quien da el rico traje que vestía, vístese de la túnica de saco que traía preparada, cíñese con la cuerda de esparto, toma con sus manos el báculo con la calabacita, entra en la cámara angelical de la Madre de Dios, *y* queda allí de pie, inclinada la cabeza, juntas las manos sobre el pecho, *y* toda llena el alma de luz sobrenatural *y* abrasada en amor. Así pasó toda la noche. ¿Qué pensaba, qué veía aquella alma

[8] *Autobiografía*, n. 17.

[9] *Autobiografía*, n. 17.

enamorada *y* toda puesta en Dios? Nada nos atrevemos a afirmar, séanos, empero, lícito suponer que tendría una de las más altas contemplaciones de su vida, comunicándole al Señor ilustraciones acomodadas a aquel grande acto. Las grandiosas contemplaciones del Reino de Cristo *y* de la Encarnación, que poco después escribirá en el libro de sus *Ejercicios,* pueden ser *muy* bien reflejos de lo que el Señor le hizo ver aquella noche casi sacramental. Vamos, pues, a beber en esa fuente, la más pura *y* auténtica, tomando casi a la letra las palabras del libro de los *Ejercicios.*

Preséntale Dios, como en dramática trilogía, tres grandes visiones que dan la razón de todo aquel misterio. Ve, en primer lugar, toda la planicie y redondez de todo el mundo, llena de hombres, con tanta diversidad así en trajes como en gestos; unos blancos y otros negros, unos en paz y otros en guerra, unos llorando y otros riendo, unos sanos y otros enfermos, unos naciendo y otros muriendo. Juran, blasfeman, hieren, matan, van al infierno.

Saturado el espíritu de Ignacio de esta visión triste y espantosa, es arrebatado hasta el cielo, en donde ve y considera las Tres Divinas Personas como en el su solio real o trono de la Divina Majestad, cómo miran toda la haz y redondez de la tierra, y todas las gentes en tanta ceguedad y cómo mueren y descienden al infierno. Oye el decreto de la Trinidad divina que dice: "*Hagamos redención del género humano*", y en el mismo punto y hora obran la santísima Encarnación.

Entonces el espíritu le transporta a Nazaret, dentro de la casa y aposentos de Nuestra Señora, en donde la halla con el Arcángel que la saluda, y hablan un coloquio del cielo, en el que el Ángel le revela el gran misterio, y Ella se humilla y acepta la voluntad de Dios.

Aquí se le presenta Jesucristo encarnado, vestido con las armas de la humanidad, pobreza y dolor, para ir a restaurar el imperio de la santidad, que

el pecado había destruido. Se le presenta como Rey eterno, y delante de El todo el universo mundo, al cual y a cada uno en particular llama y dice: "Mi voluntad es de conquistar todo el mundo y todos los enemigos, y así entrar en la gloria de mi Padre; por tanto, quien quisiere venir conmigo, ha de trabajar conmigo, porque siguiéndome en la pena, me siga también en la gloria". Ignacio se siente afectado, no sólo a trabajar con su Rey eterno y Señor universal, sino a señalarse en todo servicio suyo, haciendo contra la propia sensualidad y contra su amor carnal y mundano, y hace la oblación de mayor estima y mayor momento que en su alma encuentra, diciendo:"Eterno Señor de todas las cosas, yo hago mi oblación con vuestro favor y ayuda, delante de vuestra infinita bondad, y delante vuestra Madre gloriosa, y de todos los Santos y Santas de la Corte celestial, que quiero y deseo, y es mi determinación deliberada, sólo que sea vuestro mayor servicio y alabanza, de imitaros en pasar todas injurias, y todo vituperio, y toda pobreza, así actual como espiritual, queriéndome vuestra santísima Majestad elegir y recibir en tal vida y estado".

El Rey sabio recuerda a los caballeros que el día en que son armados "son ornes que entran en carrera de muerte". *Tainqitaui inorti dcstinati,* dice San Pablo que son los Apóstoles, condenados a muerte con Jesucristo; y de sí mismo confiesa ¿é1 Apóstol que ha mudado de vida; *mihi vivere Chrlstus est, et morí lucrum:* el ideal del vivir es el morir. Pobreza con Cristo pobre, oprobios con Cristo lleno de ellos, cruz con Cristo crucificado. Esto es lo que, con frase gráfica, resumió más tarde San Ignacio llamándolo la librea de Jesucristo…

De esta velada salió Ignacio con el alma repleta de espíritu, con física necesidad de huir de toda persona conocida, y buscar una soledad en donde recogerse y vaciar en su libro las grandes ideas que llenaban su alma. Aquel rapto del Espíritu que vemos en el Evangelio arrebatar a Jesucristo como un vendaval irresistible; aquel hervir de vino nuevo del día de Pentecostés, que

quiebra los odres y se derrama, podrían darnos una semejanza de lo que sentía aquel hombre lleno de Dios.

"*En amaneciendo*, dice la *Autobiografía, se partió por no ser conocido, y se fue, no el camino derecho de Barcelona, donde hallaría muchos que le conociesen y le honrasen, mas desvióse a un pueblo que se dice Manresa*"[10]. De Modo que, según las cosas que hemos narrado, San Ignacio debió llegar a Montserrat el día 21 de marzo de 1522, y de allí salía cuatro días después, en la madrugada del 25, festividad de la Anunciación de la Virgen y Encarnación del Hijo de Dios.

[10] *Autobiografía*, n. *18*.

Capítulo III

MANRESA

(25 de marzo de 1522 - febrero de 1523)

1º LLEGADA A MANRESA

Al amanecer del día de la Encarnación, oída misa y recibida la sagrada Eucaristía, sale San Ignacio del templo de la Santísima Virgen. ¿Cuáles son sus planes? En primer lugar, huir del ruido que allí hará la nueva de su mudanza. En segundo lugar, dice la Autobiografía: "*determinaba estarse en un hospital algunos días, y también notar algunas cosas en su libro, que llevaba él muy guardado, y con que iba muy consolado*"[1]. Bullían en su mente las ideas y sentimientos de la noche pasada, y sentía necesidad de considerarlas a sus solas, y escribirlas. Iba para ello bien prevenido. El P. Rivadeneira dice que traía unas escribanías, o sea un estuche con todos los instrumentos de escritorio. Un año más tarde, estando en Tierra Santa, sabemos que iba desmontando este estuche, entregando sus piezas a los guardas para que le permitiesen visitar los sagrados lugares. Notable afición de andar por el mundo cargado de estas cosas un hombre que todo lo había dejado. Cosa grande debía él esperar de aquel escribir.

Salía, pues, Ignacio de Montserrat, cojeando, con un pie descalzo y el otro calzado, porque aun se le hinchaba, y procurando esquivar los lugares en donde creía hallar gente. Por esto quiso apartarse del camino de Barcelona. En llegando a la ermita de los Apóstoles, topó con cuatro mujeres, todas viudas, y dos mozos jóvenes. Una de ellas era barcelonesa, pero pasaba una temporada en Manresa para arreglar la herencia de su primer marido, y tal vez también por las tribulaciones de hambre y peste que amenazaban a Barcelona. Se llamaba Inés

[1] *Autobiografía*, n. 18.

Pascual[2]. Las otras tres eran manresanas. y se llamaban Paula Amigant, Catalina Molins y Jerónima Clavera, hospitalera del hospital de Manresa. Los jóvenes eran Juan Torres y Miguel Canyelles, ahijados de Inés Pascual.

El hijo de ésta, Juan Pascual, narra así este encuentro: "Al llegar a la ermita de los Santos Apóstoles le salió al encuentro un pobre vestido todo de sarga como peregrino, no muy alto, blanco y rubio y de muy buen rostro y grave y sobre todo muy modesto en los ojos, que apenas levantaba del suelo, y venía muy fatigado y rengueando de la pierna derecha. Este joven preguntó a su madre si por aquellos lugares había algún hospital en donde recogerse por algunos días. Ella, viendo el aspecto de bondad que tenía el peregrino, miróle llena de devoción y piedad, diciéndole que el hospital más cercano era el que llamaban de pobres en Manresa, a unas tres horas de distancia, que ella iba allá, y que si quería le acomodaría y regalaría lo mejor que supiese. Agradeció el peregrino el ofrecimiento de mi madre con pala de amistad y cortesía, y dijo que iría con ellos. Y como la herida anduviese con dificultad, los de la comitiva acortaron el paso, y hasta le ofrecieron un borriquito que ter pero él no lo aceptó, sino que anduvo a pie todo el camino.[3]

Haría como una hora que andaban, cuando vieron corriendo tras ellos el alguacil. Llega y pregunta a Ignacio si había dado unos ricos vestidos a un pobre, como él aseguraba, porque la justicia, creyendo que los había robado había encarcelado. Ignacio sintió un gran pesar, y cayéndole las lágrimas, por la tribulación que, por su causa para aquel hombre, dijo que sí, que él le había dado aquella ropa. Nota el padre Laínez que aquí lloró las primeras lágrimas después que salió de Loyola. Preguntáronle entonces quién era, de dónde venía y a dónde

[2] Para evitar confusiones, hay que notar que el nombre propio de doña Inés era Pujol. Fue casada dos veces. El primer marido se ílamaba Juan Sagristñ, y de él tuvo un hijo, que se llamó como su padre. Habiendo enviudado, casó en segundas nupcias con Bernardino Pascual, que no le dejó hijos; pero sí todo el patrimonio, que era bueno, n condición de que el hijastro tomase su nombre y llevase adelante el negocio del algodón, que él tenía en Barcelona. Esta es la razón por qué tanto doña Inés corno su hjjo Juan se llaman siempre Pascual.

[3] *Véase Monumenta Ignatiana*, Ser. 4, t. II, págs. 82 y siguientes.

iba; pero él no contestó más palabras y caminó adelante. Aquellas buenas mujeres; dieron bien a todas estas cosas, y esparcieron Juego Manresa gran fama de la grandeza del peregrino, aun mayor de lo que era en verdad.

"Poco antes de llegar a Manresa, dice Juan Pascual, mi madre, por no dar ocasión de murmurar a la gente maliciosa de la ciudad, por ser ella viuda y él hombre de buen aspecto y joven, fue de parecer que el Padre Ignacio no entrase con ellas, y así lo envió adelante para que entras' compañía de Jerónima Clavera, viuda y hospitalera del capital de Santa Lucía, con orden de qué ella lo acomodase bien de cama y aposento en dicho hospital, y que mirase él, que de la comida y lo demás cuidaría ella todo el tiempo que Ignacio estuviese en Manresa[4]. En el punto en que termina el camino de Montse a Mantesa, a pie del llamado pont vell (puente viejo), que es el que da entrada a la ciudad, hay una ermita de la Virgen de la Guía, y delante de la ermita una cruz terminal. En el día y en el punto en que llegaban nuestros peregrinos, parecía ser la fiesta de la Anunciación de la Virgen, había, según parece, función religiosa en la ermita, la cual estaba llena de gente; por eso pudo esta llegada ser declarada por muchos testigos en los procesos. Según esos testigos, San Ignacio entró a hacer oración ante la Virgen, la cual le confirmó en sus propósitos, mostrándole la cueva en donde había de hacer penitencia, que está situada frente a la ermita, de la otra parte del río. También dicen que se paró delante de la cruz y que allí tuvo una revelación. Este pedazo del río fue lugar de grandes ilustraciones en todo el tiempo que San Ignacio estuvo en Manresa, y es fácil confundir las cosas unas con otras. Un testigo dice que llegó a las diez de la mañana.

Digamos dos palabras de la ciudad. No tenía entonces ni con mucho la importancia actual; pero debió de ser grande su valor relativo en tiempos pasados, como lo prueban templos tan magníficos como la Seo y el Carmen. A fines del siglo xv había decaído bastante, pues llegó a no tener más que trescientas familias.

[4] *Véase Monumenta*, *Ignatiana*, Ser. 4, t. II, pág. §4.

Era ciudad cercada de murallas con ocho puertas. Los hospitales eran tres, estando todos dentro del cercado: el de San Andrés, que aun hoy existe, destinado entonces a los forasteros; el de los Ermitaños, y el de Santa Lucía, de donde era hospitalera la buena mujer que acompañó a Ignacio desde Montserrat hasta Manresa, y estaba destinado a los pobres enfermos. Era tan pobre este hospital, que, en un inventario de 1465, en tiempo de mayor prosperidad para Manresa, sólo se hallan cuatro camas de tablas. Antes de ingresar en el Hospital quiso Ignacio ir a orar a la Seo, ya porque así se lo pedía su propia devoción, ya también porque debió impresionarle fuertemente el espectáculo, único en su género, que presenta a quien llega a Manresa este magnífico templo, encastillado en las amontonadas rocas que caen a plomo sobre el río.

En saliendo de la Seo, en donde un testigo dice que estuvo dos horas, se fue al hospital de Santa Lucía. Aquí le esperaba ya Jerónima Clavera, e Inés Pascual le envió la comida, que halló preparada en su casa. Pero la estancia en Manresa, que según los planes de Ignacio debía durar pocos días, se prolongó hasta diez meses, del 25 de marzo de 1522 hasta principios de febrero de 1523, en que partió para Barcelona y Tierra Santa.

La causa de este entorpecimiento fue el hambre y la peste de Barcelona, que le cerraba la puerta de la navegación a Jerusalén; pero la Divina Providencia ordenaba estos medios exteriores al fin altísimo de que hiciese Ignacio en Manresa los Ejercicios Espirituales, los escribiese en su libro, y en la forma esencial en que ahora los poseemos, y empezase también a ejercer el ministerio de darlos a otros. Para mejor declarar esas cosas íntimas, que son el alma misma de la santidad de Ignacio, comenzaremos por distinguir los diferentes períodos en que se divide la vida del Santo en Manresa.

Siguiendo el método que hemos querido adoptar al escribir esta vida, la división la haremos según los diferentes estados por los cuales pasó su alma, y no según los

hechos exteriores. De la Autobiografía -se deduce claramente que fueron tres bien caracterizados estos períodos espirituales: uno, que él define de "*igualdad grande de alegría, sin tener ningún conocimiento de cosas interiores espirituales*"; otro, de grandes penas interiores, y el tercero, de ilustraciones y visitas de Dios Nuestro Señor.

2º PRIMER PERÍODO: PAZ ESPIRITUAL

El primer período de paz duró unos cuatro meses. En primer lugar, ordenó Ignacio su vida exterior, en lo cual parece haber tenido vacilaciones o dificultades. Hemos visto ya que, por de pronto, fue a parar al hospital de Santa Lucía. Ya fuese porque allí no encontrase la paz que deseaba para escribir en su libro, ya por otras razones que ignoramos, el día primero de abril deja el hospital y se traslada al convento de Santo Domingo, en el cual le admitieron aquellos buenos religiosos, mientras se le hallase habitación más conveniente. El día 12 del mismo mes ya se había encontrado esta habitación en la calle de Sobrerroca, en donde pasó algunos días, después de los cuales volvió al hospital. En todo ello intervino la diligencia de Inés Pascual.

Su manera de vivir podemos definirla con mucha exactitud. Su vestido ya sabemos era el saco de peregrino; por esto la gente del pueblo le llamaba el hombre del saco, y también el hombre santo. La hospitalera añade que traía colgado de la cintura un cordel para anotar con unos nudos su examen particular. Él nos dice que: "*Demandaba en Manresa limosna cada día. No comía carne ni bebía vino, aunque se lo diesen. Los domingos no ayunaba, y si le daban un poco de vino lo bebía. Y porque había sido muy curioso de curar el cabello, que en aquel tiempo se acostumbraba y él tenía bueno, se determinó dejarlo andar así, según su naturaleza, sin peinarlo ni cortarlo, ni cubrirlo con alguna cosa, de noche ni de día. Y por la misma causa dejaba crecer las uñas de los pies y de las manos, porque también en esto había*

sido curioso"[5]. Hacía siete horas de oración cada día; se levantaba a medianoche; asistía diariamente a la Misa cantada, horas y vísperas; confesaba y comulgaba; visitaba las ermitas y lugares de devoción; cuidaba los enfermos; enseñaba la doctrina a los niños y a los pobres.

El P. Laínez nos da esta descripción de la vida de Ignacio en Manresa: "*Con aquel saco sólo (vestido), sin bonete y sin zapatos, comiendo, como yo pienso, pan y bebiendo agua, y disciplinándose algunos días muchas veces, escondido su nombre con todas las señales por las cuales pudiese ser conocido o tenido en alguna reputación, y haciendo muchas oraciones vocales; perseveró algunos meses en tanta austeridad de penitencia, que no dejaba casi en cosa alguna tomar alguna delectación su cuerpo; y siendo al principio recio y de buena complexión, se mudó todo cuanto al cuerpo. Y con todos los cuatro primeros meses no entendía casi nada de las cosas de Dios; era todavía de Él ayudado especialmente en la virtud de la constancia y fortaleza*"[6].

Tenemos una nota curiosa sobre el libro que leía, transmitida por el P. González de Cámara, "*ítem dijo más: que en Manresa había visto primero el Gersoncito (el Kempis) y nunca más había querido leer otro libro de devoción; y éste encomendaba a todos los que trataba, y leía cada día un capítulo por orden; y después de comer y otras horas lo abría sin orden, y siempre topaba lo que en aquella hora tenía en el corazón, y lo de que tenía necesidad. Fue a nuestro Padre tan familiar este libro, que cuando yo le conocí en Roma, que parecía ver escrito, en su conversación, todo lo que en él había yo leído. Sus palabras, sus movimientos, y todas sus obras, así como para Ignacio eran un perpetuo ejercicio; así para quien lo contemplaba eran una lección viva de Gersón. De lo cual puedo dar buen testimonio, porque era yo entonces muy dado a leer aquel libro y lo sabía de memori*a"[7].

[5] *Autobiografía* n 19.
[6] *Monumenta Ignatiana*, ser. 4. T. I,v.I, 2ª ed., n. 7-8, p. 78.
[7] *Mon. Ign. Memoriale*, n.97 y 98, p. 584

Dos devociones externas se notaron en Ignacio en Manresa. La primera fue la devoción a la Santa Cruz. Manresa, como todas las villas y ciudades antiguas de Cataluña, estaba rodeada de cruces de término. Todas ellas conservan algún particular recuerdo de las visitas que les hacía el santo penitente, y algunas fueron testigos de muy singulares gracias recibidas del cielo. Lo primero que hizo en la santa cueva fue grabar en la roca viva la señal de la cruz. En la pared de la casa de Amigant dejó impresas tres cruces. En el convento de Santo Domingo hacía frecuentes procesiones con una gran cruz sobre los hombros.

La segunda devoción fue la de las imágenes de la Virgen Santísima. Los testigos de Manresa afirman que desde allí sus miradas y su corazón volaban hacia Montserrat, que majestuoso se le mostraba delante de la cueva. La Virgen de la Guía, la de Viladordis, la de Gracia, la del Pópulo y la Inmaculada de la calle de Santa Lucía, conservan toda la tradición de las amorosas visitas de San Ignacio. Fresco quedaba por aquel entonces en la memoria de los manresanos el recuerdo del prodigio del canónigo Mulet, que vio Ignacio representado en la Seo, el cual canónigo resucitó para retractar la sentencia contraria a la Inmaculada Concepción, que había sostenido en la Universidad de Lérida.

La penitencia de Ignacio era muy grande. Además de lo ya dicho, puede ello deducirse de los instrumentos que usaba, y que fueron vistos una vez por una de las personas sus devotas, de la manera que aquí diremos.

Una de las veces que estuvo San Ignacio enfermo en la casa de Amigant, creyendo ya que iba a morir, la señora de la casa "*abrió la caja en que el Santo guardaba su ropa, a1 fin de tomarla toda para reliquias, porque el pueblo las pedía, y encontró en ella diferentes instrumentos de penitencia: un cilicio que le ceñía todo el cuerpo, unas cadenas que j daban miedo, unas puntas de clavos puestas en forma de cruz y una túnica tejida toda de puntas de hierro, no sólo en la parte que tocaba*

al pecho y espaldas, sino también en la parte de los brazos, y aun otros instrumentos de penitencia que daba espanto el verlos"[8].

La paz que generalmente caracteriza este primer período de Manresa no significa que careciese del todo Ignacio de tentaciones del enemigo. El P. Laínez nos da cuenta de una, padecida el mismo día en que llegó de Montserrat. "*El día, dice, que dio sus vestidos al pobre, le venía un miento que le decía: si tuvieses ahora tus vestidos, ¿no sería mejor que tú te vistieses? Y sintiendo que un poco se entristecía, se fue allí entrando con los otros pobres, y así- se le pasó aquel pensamiento*"[9].

Quiso el demonio desorientarlo con una vana apariencia de cosa sobrenatural, que no entendió Ignacio hasta algunos meses después, "*Estando en este hospital, dice, le acaeció muchas veces, en día claro, ver una cosa en el aire de sí, la cual le daba mucha consolación, porque era muy hermosa en grande manera. No divisaba bien la especie de qué cosa era, mas en alguna manera le parecía que tenía forma de serpiente, y tenía muchas cosas que resplandecían como ojos, aunque no lo eran. Él se deleitaba mucho y consolaba en ver esta cosa, y cuanto más la veía, tanto más crecía la consolación; y cuando aquella cosa le desaparecía, le desplacía de ello*[10].

Da cuenta también de otra tentación más sutil. "*Además de sus siete horas de oración, se ocupaba en ayudar algunas almas, que allí le venían a buscar, en cosas espirituales; y todo lo más del día, que le vacaba, daba a pensar en cosas de Dios, de lo que había aquel día meditado o leído. Mas cuando se iba a acostar, muchas veces le venían grandes noticias, grandes consolaciones espirituales, de modo que le hacía perder mucho del tiempo que tenía destinado para dormir, que no era mucho; y mirando él algunas veces por esto, vino a pensar consigo que él tenía tanto tiempo determinado para tratar con Dios y después todo el resto del día; por aquí empezó a*

[8] Notas históricas de la casa de Amigant, fol. 45, n. 7. Cf. Creixell, San Ignacio de Loyola, p.131.

[9] *Monumenta Ignatiana*, ser. 4, t. I, v. I, 2ª ed, n. 8, p. 78.

[10] *Autobiografía*, n. 19, ibid, p. 390.

dudar si venían de buen espíritu aquellas noticias, y vino a concluir consigo que era mejor dejarlas y .dormir el tiempo destinado, y lo hizo así"[11].

Repitióse la tentación años después en Barcelona, y fue resueltamente vencida, como veremos. Tenemos una carta de San Ignacio a una religiosa del convento de Santa Clara de Barcelona, que se llamaba Sor Teresa Rejadell, en que: le da la doctrina que él sacó de esta tentación. "*A muchos acaece, le dice, dados a la oración o contemplación, que antes y que "hayan de dormir, pensando después en las cosas contenidas e imaginadas, donde el enemigo asaz procura entonces de traer cosas buenas, porque el cuerpo padezca como el sueño se le quita; lo que totalmente se ha de evitar. Con el cuerpo sano podréis hacer mucho, con él enfermo no sé que podréis*"[12].

3º SEGUNDO PERÍODO ESPIRITUAL: TRIBULACIONES INTERIORES

Entramos en el segundo período de las grandes tribulaciones interiores. Debió de comenzar por el mes de julio. No hizo Ignacio mudanza alguna en su vida; lo que se transformó enteramente fue el estado, de su alma.

La primera embestida del enemigo fue contra su esperanza y fortaleza, en "una forma algo grosera, como nos cuenta él mismo. "*Estos días, dice, le vino un pensamiento recio que le molestó., representándosele la dificultad de su vida, como si le dijeran dentro de su alma: ¿Y cómo podrás tú sufrir esta vida setenta años que has de vivir? Más a esto le respondió también interiormente con grande fuerza (sintiendo que era del enemigo): ¡Oh, miserable! ¡Puédesme tú prometer una hora de vida? Y así venció la tentación, y quedó quieto. Y esta fue la primera tentación que le*

[11] *Autobiografía*, núm. 26.
[12] *Monumenta Ignatiana*, Ser. 1», Epíst. 8, pág. 108

vino. Y fue esto entrando en una iglesia en la cual oía cada día la misa mayor, y las vísperas y completas, todo cantado, sintiendo en ello gran consolación"[13].

"*Mas luego, después de la susodicha tentación, empezó a tener grandes variedades en su alma, hallándose unas veces tan desabrido, que ni hallaba gusto en el rezar, ni en el oír misa, ni en otra oración ninguna que hiciese; y otras veces viniéndole todo lo contrario de esto, y tan súbitamente, que parecía habérsele quitado la tristeza y desolación, como quien quita una capa de los hombros a uno. Y aquí se empezó a espantar de estas variedades, que nunca antes había probado, y a decir consigo: ¿Qué nueva vida es ésta que ahora comenzarnos?"14.*

Esta primera tentación y otras, que son consecuencia de ella, las tenemos más íntimamente pintadas por Ignacio, escribiendo a Sor Teresa Rejadella, aunque no dice hayan pasado por él. "*El curso general, escribe, que él enemigo tiene con los que quieren y comienzan a servir a Dios N. S., es poner impedimentos y obstáculos, que es la primera arma con que se procura herir, es a saber: ¿Cómo has de vivir toda tu vida en tanta penitencia, sin gozar de parientes, amigos, posesiones, y en vida tan solitaria sin un poco de reposo? Como de otra manera te puedes salvar sin tantos peligros; dándonos a entender que hemos de vivir en una vida más larga por los trabajos que antepone, que nunca hombre vivió, no nos dando a entender los solaces y consolaciones tantas, que el Señor acostumbra dar a los tales, si el nuevo servidor del Señor rompe todos estos inconvenientes, eligiendo querer padecer con su Criador y Señor. Luego procura el enemigo con la segunda arma, es a saber, con la jactancia o gloria vana, dándole a entender que en él hay mucha bon dad, poniéndole en más alto lugar de lo que merece. Si el siervo de Dios resiste a estas flechas, resiste con humillarse y bajarse, no consintiendo ser tal cual el enemigo suade, trae la tercera arma, que es de falsa humildad, es a saber: como ve al siervo del Señor tan bueno y*

[13] *Autobiografía*, n. 20
[14] *Autobiografía*, *n. 21*

tan humilde, que, haciendo lo que el Señor manda, piensa que aun tocio es inútil, y mira sus flaquezas y no gloria alguna, pónele en el pensamiento que, si alguna cosa halla de lo que Dios N. S. le ha dado, así en obra, como en propósitos y deseos, que peca por otra especie de gloria vana, porque habla en su favor propio. Así procura que no hable de cosas buenas recibidas de su Señor, porque no haga ningún fruto en otros, ni en sí mismo, tanto porque acordándose de lo que ha recibido, siempre se ayuda para mayores cosas, aunque este hablar debe ser con mucha mesura, y movido por el mayor provecho de ellos, y digo de sí mismo y de los otros, si halla tal aparejo, creyendo serán crédulos y aprovechados; así en hacernos humilde, procura de traernos en falsa humildad, es a saber, a una extrema y viciada humildad"[15]. Hasta aquí la carta de Ignacio. Por las noticias que tenemos por otra parte, estas palabras son un retrato de lo que por su alma pasaba en los primeros tiempos de Manresa. Añadiré todavía que esta preciosa carta es un comentario auténtico de las reglas de discreción de espíritus que San Ignacio escribe en el libro de los Ejercicios, de que algo hemos dicho en el primer capítulo de esta segunda parte,

Tentólo también el demonio según su inclinación. Volvía un día de Viladordis, y en el camino se le acercó un joven alabándole la penitencia que hacía; pero diciendo que la mejor de todas era la de no comer. Como tenía ya formada la idea de que la santidad consistía en la penitencia, con aquel ímpetu de ser santo, da vuelta en redondo y vuélvese a la ermita, y en ella permanece algunos días sin comer ni beber.

Viendo que no volvía al hospital, búscanlo, hasta hallarlo a los pies de la Virgen desfallecido por tanta abstinencia. Llévalo a su casa doña Angela Amigant, en donde ella y su marido, D. Andrés, y toda la familia y personas amigas, le cuidaron con toda diligencia. Está dicha casa en la bajada del Carmen y hoy lleva el número 6. Parece que aquella familia tenía por tradición desde hacía dos siglos el cuidar en

[15] *Monumenta Ignatiana*, Ser. 1°, vol. 1, págs. 101 y 102.

su casa a los pobres enfermos, para lo cual tenía destinadas dos habitaciones. Hay en aquel lugar una capilla con un cuadro de buena mano que representa perfectamente esa piadosa escena, y nos da la fecha exacta del hecho que conmemora en L.na inscripción que dice: Haec omnia evenerunt 22 julii anno 1522.

Volvamos ahora a abrir la Autobiografía, la cual dice así: "*Mas en esto vino a tener muchos trabajos de escrúpulos. Porque, aunque la confesión, general que había hecho en Montserrate, había sido con asaz diligencia, y toda por escrito, como está dicho, todavía le parecía a las veces que algunas cosas no había confesado, y esto le daba mucha aflicción; porque aunque confesaba aquello no quedaba satisfecho. Y así empezó a buscar algunos hombres espirituales, que le remediasen de estos escrúpulos; mas ninguna cosa le ayudaba. Y en fin un doctor de la Seo, hombre muy espiritual, le dijo un día, en la confesión, que escribiese todo lo que se pudiese acordar. Hízolo así, y después de confesado, todavía le tornaban escrúpulos adelgazándose cada vez las cosas, de modo que él se hallaba muy atribulado; y aunque casi conocía que aquellos escrúpulos le hacían mucho daño, que sería bueno quitarse de ellos, mas no lo podía acabar consigo. Pensaba algunas veces que le sería remedio mandarle su confesor en nombre de Jesucristo que no confesase ninguna de las cosas pasadas, y así deseaba que el confesor se lo mandase, mas no tenía osadía para decírselo al confesor*."

"*Mas, sin que él se lo dijese, el confesor vino a mandarle que no confesase ninguna cosa de las pasadas, si no fuese alguna cosa tan clara. Mas como él tenía todas aquellas cosas por muy claras, no aprovechaba nada este mandamiento, y así siempre quedaba con trabajo. A este tiempo estaba el dicho en .una camarilla, que le habían dado los dominicanos en su monasterio y perseveraba en sus siete horas de oración de rodillas, levantándose a media noche continuamente, y en todos los demás ejercicios ya dichos; mas en todos ellos no hallaba ningún remedio para sus escrúpulos, siendo pasados muchos meses que le atormentaba; y una vez de muy atribulado de ellos, se puso en oración, con el fervor de la cual comenzó a dar gritos*

a Dios vocalmente diciendo:" Socórreme, Señor, que no hayo ningún remedio en los hombres, ni en ninguna criatura, que si Yo pensase de poder hallarlo, ningún trabajo me sería grande. Muéstrame Tu, Señor, donde lo halle; que aunque sea menester ir en pos de un perrillo para que me dé el remedio, yo lo haré"

"*Estando en estos pensamientos, le venían muchas tentaciones con grande ímpetu para echarse de un agujero grande que aquella su cámara tenía y estaba junto del lugar donde hacía oración. Mas conociendo que era pecado matarse, tornaba a gritar," Señor, no haré cosa que te ofenda: replicando estas palabras, así como las primeras muchas veces". Y así vino al pensamiento la historia de un santo, el cual, para alcanzar de Dios una cosa que mucho deseaba, estuvo sin comer muchos días hasta que la alcanzó. Y estando pensando en esto un buen rato, al fin se determinó de hacerlo, diciendo consigo mismo que no comería y no bebería hasta que Dios le proveyese o que se viese del todo cercana la muerte; porque si le acaeciese verse in extremis, de modo que, si no comiese, se hubiese de morir luego, entonces determinaba pedir pan y comer (como si lo pudiera él en aquel extremo pedir, ni comer)"*

"*Esto acaeció un domingo después de haberse comulgado; y toda la semana perseveró sin meter en la boca ninguna cosa, no dejando de hacer los sólidos ejercicios, aun de ir a los oficios divinos, y de hacer su oración de rodillas, aun de medianoche, etc. Mas venido el otro domingo que era menester ir a confesarse, como su confesor solía decir lo que hacía muy menudamente, le dijo también como aquella semana no había comido nada. El confesor le mandó que rompiese aquella abstinencia: y aunque él se hallaba con fuerzas todavía, obedeció al confesor, y se halló aquel día y el otro libre de escrúpulos; mas al tercer día, que era martes, estando en oración, se comenzó a acordar de los pecados, y así como una cosa que se iba enhilando, iba pensando de pecado en pecado el tiempo pasado, pareciéndole que era obligado otra vez a confesarlos. Mas en la fin de estos pensamientos le vinieron unos disgustos de la vida, con algunos ímpetus de dejarla. Y con esto quiso el Señor que*

despertó como de sueño. Y como ya tenía alguna experiencia de la diversidad de espíritus, con las lecciones que Dios le había dado, empezó a mirar por los medios con que aquel espíritu era venido, y así se determinó con grande claridad de no confesar más ninguna cosa de las pasadas; y así de aquel día adelante quedó libre de aquellos escrúpulos, teniendo por cierto que nuestro Señor le había querido librar por misericordia"

La fuerza de la tribulación puso en peligro inminente su vida. En agosto cayó de nuevo enfermo, y lo volvieron a la casa Amigant. Todos los buenos oficios de aquella santa familia no pudieron impedir que llegase Ignacio a punto de muerte. Cuando le daban ya por perdido, fue cuando abrieron la caja en que tenía sus cosas, y doña Ángela vio aquellos horribles instrumentos de penitencia que dijimos arriba

En las Notas de aquella casa bienhadada quedan consignadas otras cosas que se notaron en esas enfermedades. Dicen que vieron resplandeciente su rostro y también sus ojos, y que cuando hablaba de cosas de Dios, parecían salir lenguas de fuego de su boca. Halláronle una vez arrobado, levantado en el aire, y diciendo aquellas dulces palabras: " *Oh, Dios mío, quién pudiese amaros como Vos merecéis! Oh, si los hombres os conociesen, nunca os ofenderían, sino que todos* os amarían!"

Sanóle el Señor contra toda esperanza, y volvióse él al hospital, prosiguiendo sus ordinarios ejercicios de- santidad en provecho suyo y de los demás.

El fruto de la gran tribulación de espíritu que Ignacio pasó fue una perpetua seguridad para su vida espiritual, tan grande, que no parece pueda tenerla mayor alma alguna en este mundo. El penitente siente la necesidad de afirmarlo, y adelanta la relación de los hechos muchos años más allá, para decirnos la segundad perfecta que siempre poseyó su alma. Copiemos aquí esos tres párrafos de su *Autobiografía*:

"*Estando enfermo una vez en Manresa, llegó de una fiebre muy recia a punto de muerte, que claramente jugaba que el ánima se le había de salir luego. Y en esto le venía un pensamiento, que le decía que era justo, con el cual tomaba tanto trabajo, que no hacía sino repugnarle y poner sus pecados delante; y con este pensamiento tenía más trabajo que con la misma fiebre; mas no podía vencer el tal pensamiento por mucho que trabajaba por vencerle. Mas aliviado un poco de la fiebre, ya no estaba en aquel extremo de expirar y empezó a dar grandes gritos a unas señoras, que eran allí venidas por visitarle, que por amor de Dios, cuando otra vez le viesen en punto de muerte, que le gritasen a grandes voces diciéndole pecador, y que se acordase de las ofensas que había hecho a Dios*."

"*Otra vez, viniendo de Valencia para Italia por mar con mucha tempestad, se le quebró el timón a la nave, y la cosa vino a términos, que a su juicio y de muchos que venían en la nave, naturalmente no se podría huir de la muerte. En este tiempo, examinándose bien y preparándose para morir, no podía tener temor de sus pecados, ni de ser condenado; mas tenía grande confusión y dolor, por juzgar que no había empleado bien los dones y gracias que Dios Nuestro Señor le había comunicado*."

"*Otra vez, el año de 50 estuvo muy malo de una recia enfermedad que, a juicio suyo y aun de muchos, se tenía por la última. En este tiempo, pensando en la muerte, tenía tanta alegría y tanta consolación espiritual en haber de morir, que se derretía todo en lágrimas; y esto vino a ser tan continuo, que muchas veces dejaba de pensar en la muerte, por no tener tanto aquella consolación*"[16].

Algo más trascendental se derivó de las penas espirituales sufridas por Ignacio en Manresa. De aquí nació una regla sapientísima, que propone a quien pide ser admitido en h Compañía, diciendo en el Examen: "*Sea demandado si en cualesquiera escrúpulos, o dificultades espirituales, o de otras cualesquiera que tenga, o por tiempo tuviese, se dejará juzgar y seguirá el parecer de otros de la*

[16] *Autobiografía*, n. 32-33.

Compañía, personas de letras y bondad." Y luego, en la declaración, añade que: "La elección de estas personas... será del Superior, contentándose de ella el súbdito, o del mismo súbdito, con aprobación del Superior", y en algún caso, dice, "se podrá permitir que alguno o algunos de los que han de juzgar sean de fuera de la Compañía"[17].

Bien claramente se ve la importancia que daba Ignacio a la paz de la conciencia, y cómo buscaba manera eficaz y segurísima de acabar cíe una vez y para siempre con esas perturbaciones, que a las veces arruinan toda una vida.

4° TERCER PERÍODO ESPIRITUAL: CONSOLACIONES

Vengamos ahora a contar el tercer período, que fue de grandes luces y consolaciones. La Autobiografía nunca es tan explícita e intensa como aquí. Abrámosla y copiemos. Dice: "*En este tiempo le trataba Dios de la misma manera que trata un maestro de escuela a un niño, enseñándole; y ora esto fuese por su rudeza y grueso ingenio, o porque no tenía quien le enseñase, o por la firme voluntad que el mismo Dios le había dado para servirle, claramente él juzgaba y siempre ha juzgado que Dios le trataba de esta manera; antes si dudase de esto, pensaría ofender a su divina Majestad: y algo de esto se puede ver por los cinco puntos siguientes.*" "*Primero. Tenía mucha devoción a la Santísima Trinidad, y así hacía cada día oración a las tres personas distintamente. Y haciendo también a la Trinidad le venía un pensamiento, que ¿cómo hacía cuatro oraciones a la Trinidad? Mas este pensamiento le daba poco o ningún trabajo, como cosa de poca importancia. Y estando un día rezando en las gradas del mismo monasterio (de Santo Domingo) las horas de Nuestra Señora, se le empezó, a elevar el entendimiento, como que veía la Santísima Trinidad en figura de tres teclas, y esto con tantas lágrimas y tantos sollozos, que no se podía valer.*

[17] *Examen*, c. 3, n. 12.

Y yendo aquella mañana en una procesión, que de allí salía, nunca pudo retener las lágrimas hasta el comer; ni después de comer podía dejar de hablar sino en la Santísima Trinidad, y esto con muchas comparaciones y muy diversas, y con mucho gozo y consolación; de modo que toda vida le ha quedado esta impresión de sentir grande devoción haciendo oración a la Santísima Trinidad."

"*Segundo. Una vez se le representó en el entendimiento con grande alegría espiritual el modo con que Dios había criado el mundo, que le parecía ver una cosa blanca, de la cual salían algunos rayos, y que de ella hacía Dios lumbre. Mas estas cosas ni las sabía explicar, ni se acordaba del todo bien de aquellas noticias espirituales, que en aquellos tiempos le imprimía Dios en el alma*."

"*Tercero. En la misma Manresa, en donde estuvo casi un año, después que empezó a ser consolado de Dios y vio el fruto que hacía en las almas tratándolas, dejó aquellos extremos que de antes tenía; ya se cortaba las uñas y cabellos. Así que, estando en este pueblo, en la iglesia del dicho monasterio, oyendo misa un día, y alzándose el Corpus Do-mini, vio con los ojos interiores unos como rayos blancos que venían de arriba; y aunque esto después de tanto tiempo no lo puede bien explicar, todavía lo que él vio con el entendimiento claramente fue ver cómo estaba en aquel santísimo, sacramento Jesucristo Nuestro Señor*."

"*Cuarto. Muchas veces y por mucho tiempo, estando en oración veía con los ojos interiores la humanidad de Cristo, y la figura, que le parecía era como un cuerpo blanco, no muy grande ni muy pequeño, mas no veía ninguna distinción de miembros. Esto vio en Manresa muchas veces: si dijese veinte o cuarenta, no se atrevería a juzgar que era mentira. Otra vez lo ha visto estando en Jerusalén, y otra vez caminando junto a Padua.*"

"*A Nuestra Señora también ha visto en semejante forma, sin distinguir las partes. Estas cosas que ha visto le confirmaron entonces, y le dieron tanta confirmación siempre de la fe, que muchas veces ha pensado consigo: Si no hubiese Escritura que*

nos enseñase estas cosas de la fe, él se determinaría a morir por ellos, solamente por lo que ha visto."

"*Quinto, Una vez iba por su devoción a una iglesia, que estaba poco más de una milla de Manresa, que yo creo que se llama San Pablo, y el camino va junto al río; y yendo así en sus devociones, se sentó un poco con la cara hacia el río, el cual iba hondo. Y estando allí sentado, se le empezaron a abrir los ojos del entendimiento; y no que viese alguna visión, sino entendiendo y conociendo muchas cosas, tanto de cosas espirituales, como de cosas de fe y de letras; y esto con una ilustración tan grande, que le parecían todas las cosas nuevas.*

Y no se puede declarar los particulares que entendió entonces, aunque fueron muchos, sino que recibió una grande claridad en el entendimiento; de manera que en todo el discurso de su vida, hasta pasados sesenta y dos años, coligiendo cuantas ayudas haya tenido de Dios, y todas cuantas cosas ha sabido, aunque las ayunte todas en uno, no Ie parece haber alcanzado tanto como de aquella vez sola."

Y esto fue "en tanta manera de quedar con el entendimiento ilustrado, que Je parecía como si fuese otro hombre y tuviese otro intelecto, que tenía antes. Y después que esto duró un buen rato, se fue a hincar de rodillas a una cruz, que estaba allí cerca a dar gracias a Dios, y allí le apareció aquella visión, que muchas veces le. aparecía y nunca la había conocido, es a saber, aquella que arriba se dijo, que le parecía muy hermosa, con muchos ojos. Más bien vio, estando delante de la cruz, que no tenía aquella cosa tan hermosa color como solía; y tuvo un muy claro conocimiento, con grande asenso de la voluntad, que aquel era el demonio; y así después muchas veces por mucho tiempo le solía aparecer, y él, a modo de menosprecio, lo desechaba con un bordón que solía traer en la mano"[18].

Es cosa muy digna de ser ponderada lo que nos ha dicho San Ignacio de la excelencia de esta ilustración. Él, que, según testimonio del P. Rivadeneira; "*por*

[18] *Autobiografía*, n. 27-31.

maravilla usaba de los nombres que en latín llaman superlativos, porque en ellos se suelen Encarecer algunas veces las cosas más de lo justo"[19]; él, que a su secretario el P. Polanco, le aseguró "*que con verdad no decía de mil partes una de los dones de Dios, por no le parecer convenía, tocando (indicando) no serían capaces los que le oyesen*"[20]; él, que acaba de contarnos tales prodigios obrados por Dios en su alma, y a quien veremos correr como un río de amor en toda su vida; que nos diga y asevere que "en todo el discurso de su vida, hasta " pasados sesenta y dos años, coligiendo todas cuantas ayudas haya tenido de Dios, y todas cuantas cosas ha sabido, aunque las ayunte todas en uno, no le parece haber alcanzado tanto, como de aquella vez sola"; realmente es una ponderación que supera todos nuestros cálculos. El P. Laínez nos dice que estaba tan lleno de la Santísima Trinidad, "que siendo hombre simple, que no sabía sino leer y escribir, con todo empezó a escribir un libro de este misterio[21]. No es de extrañar si, como ha dicho Ignacio, se sentía un hombre nuevo, con un entendimiento nuevo, y todas las cosas le parecían nuevas.

La gracia más extraordinaria, en cuanto de "tejas abajo podemos juzgar, fue el maravilloso rapto de ocho días. San Ignacio jamás dijo palabra sobre este prodigio; pero existen sobre él tantos testimonios directos, con todas las condiciones de verdad, que resulta ser este uno de los hechos de la vida del Santo mejor fundados históricamente.

Un sábado de mediados de diciembre, cuando se celebra la fiesta de Santa Lucía, estaba Ignacio en un aposentillo del hospital, que tenía comunicación con la iglesia de la Santa, oyendo las Completas que se cantaban, cuando cayó sin sentido. Corrieron a él las personas devotas de Manresa que le ayudaban, sobre todo los de Amigant, y las señoras Paguera, Canyelles y Clavera. También estuvo allí Juan

[19] *Vida de San Ignacio* l.5, c. 6.
[20] *Monumenta Ignatiana*, Ser. 4, vol. 1, pág. 395. de San Ignacio, lib, V, cap. VI.
[21] *Monumenta Ignatiana*, Ser. 4, vol, 1, pág. 104.

Torres, ahijado de Inés Pascual, el cual corrió a anunciar a su madrina "*el Santo ha muerto*". Doña Inés, pensando si sería aquello un desvanecimiento, trajo a toda prisa caldo de gallina para volverlo en sí. Todo fue inútil, y pasando días en aquel estado, tratábase ya de enterrarlo, si no hubiese intervenido el señor Amigant, que, al besarle por devoción la mano, sintió que el corazón le latía suavemente. Los médicos confirmaron la observación. Pasóse así una semana entera hasta el siguiente sábado a la misma hora, en que Ignacio abrió los ojos como quien despierta de un placidísimo sueño, invocando devotamente el nombre de Jesús. Toda la ciudad tuvo conocimiento del prodigio, que quedó perfectamente documentado en los procesos.

La fecha de este rapto no la sabemos con entera certeza por testigo alguno presencial, sino que se ha de deducir por circunstancias y conjeturas, que con gran prudencia y ponderación han hecho los historiadores de la vida de San Ignacio en Manresa, especialmente los padres Creixell y Nonelí, Parece poderse afirmar con toda verosimilitud que tuvo lugar en el octavario que media entre el 13 y el 20 de diciembre de 1522.

Las grandes ilustraciones de San Ignacio en Manresa, sobre todo la del camino de San Pablo y el rapto de ocho días, tienen una trascendencia que va más allá de los límites de la vida íntima del Santo, extendiéndose a la fundación y a la vida toda de la Compañía de Jesús. Preguntando después en Roma el P. González de Cámara a San Ignacio la razón de ciertas cosas singulares establecidas por él en la Compañía, por ejemplo, por qué no ponía hábito particular ni rezo en el coro, como tenían todas las religiones antiguas, ,y por qué mandaba por otra parte las peregrinaciones, que ninguna de ellas tenía: San Ignacio le daba las razones de prudencia natural que se le ofrecían; mas, para llegar al 'último fundamento de todo, añadía: "*a estas cosas todas se ^responderá con un negocio que pasó por mí en Manresa*". Y añade el Padre Cámara: "*Era este negocio una grande ilustración de*

entendimiento, en la cual Nuestro Señor en Manresa manifestó a Nuestro Padre estas y otras muchas cosas que ordenó en la Compañía"[22].

El P. Jerónimo Nadal, declarando por qué la Compañía no tiene penitencias determinadas por regla, sino acomoda-das a cada uno por la prudencia del confesor o superior, escribe: "La razón de este principio, como de todo el Instituto de la Compañía, San Ignacio la ponía en aquella sublime ilustración de su entendimiento que por singular beneficio de Dios, y extraordinario privilegio de la gracia divina, recibió poco después de su conversión, en Manresa. Y en otro lugar de nuevo afirma: "*Rogado Ignacio para que diese las razones del Instituto, solía recordar como causa aquella eximia ilustración del entendimiento con que Dios le favoreció en Manresa, de que he dicho otras veces, como sí allí Dios le hubiese comunicado todas las cosas como en cierto espíritu de sabiduría arquitectónico", Y hablando del rapto, añade: "en este rapto parece que recibió conocimiento de toda la Compañía*".

Estos dos testimonios se completan con un diálogo que cuenta el P. Rivadeneira haber tenido San Ignacio con el P. Laínez cuando escribía las Constituciones de la Compañía; dice así: ''Preguntó algunas veces, mientras que escribía las Constituciones, al Padre Maestro Laínez, que pues había leído todas las vidas de los Santos que han fundado religiones, y los principios y progresos de ellas, le dijese si creía que Dios Nuestro Señor había revelado a cada uno de los fundadores todas las cosas del Instituto de su religión, o si había dejado algunas a la prudencia de ellos, y a su discurso natural. Respondió a esta pregunta el Padre Laínez que él lo que creía era que Dios Nuestro Señor, como autor y fuente de todas las religiones, inspiraba y revelaba los principales fundamentos, y cosas más propias y más sustanciales de cualquiera de los Institutos religiosos, a aquel mismo que tomaba por cabeza y por principal instrumento para fundarlas. Porque como la religión no

[22] *Monumenta Ignatiana*, *Ser. 4*

sea invención de hombres, sino de Dios, el cual quería ser servido de cada una de ellas a su manera, era menester que el mismo Dios descubriese y manifestase a los hombres lo que ellos no podían por sí alcanzar. Pero que las demás cosas, que se pueden variar y mudar con los tiempos y lugares, y otras, circunstancias, las dejaba a la discreción y prudencia de los fundadores de las mismas religiones; como vemos que lo ha hecho también con los ministros y pastores de la Iglesia en lo que toca a su gobernación. Entonces dijo nuestro P. Ignacio: "*Lo mismo me parece a mí*"[23].

Muchos otros testimonios tenemos acerca de lo mismo, de los primeros padres de la Compañía; pero estos tres son suficientísimos para probar nuestro intento, es decir: que San Ignacio, en las sobrenaturales ilustraciones de Manresa, tuvo noticia y conocimiento de la Compañía de Jesús, y esto le fue dado con aquel espíritu de sabiduría arquitectónico, que decía el P. Nadal.

No es, pues, extraño que San Ignacio comenzarse las Constituciones con aquel solemnísimo preámbulo, en que afirma: "*que la suma sapiencia y bondad de Dios Nuestro Criador y Señor es la que ha de conservar, y regir, y llevar adelante en su santo servicio esta mínima Compañía de Jesús, como se dignó comenzarla; y de nuestra parte, más que ninguna exterior constitución, la interior ley de la caridad y amor que el Espíritu Santo escribe e imprime en los corazones ha de ayudar para ello". Palabras con las cuales concuerdan admirablemente las que -el P. Nadal puso después de su primer testimonio, que arriba dejamos copiado. "De aquella luz, dice, de aquel principio, de aquel privilegio de la divina bondad, se deriva la Compañía, y en todas sus partes y en todos sus ministerios, esta luz, esta gracia que sentimos y tenemos metida en el corazón, que nos alegra en el espíritu de nuestra mente, que nos consuela y nos alienta*"[24].

[23] *Vida de San Ignacio*, l. V, cap I.
[24] *Miscellanea de Instituto* S.J. Opuse. VIII, fol. 1.

5ª LOS EJERCICIOS.

Al tercer período pertenecen los *Ejercicios,* que son la obra más grande de la divina bondad en el alma de San Ignacio, y lo que da el carácter y la fisonomía propia a su santidad y a todas las obras de su vida. La Compañía de Jesús con toda su característica organización, su legislación admirable, su múltiple actividad en todas las obras que pueden conducir a la gloria de Dios, no es sino el árbol que surge visible de la tierra; tronco, ramaje, hojas, flores y frutos; pero la savia vital que le dio vida, la ha hecho crecer vigorosamente y la conserva en su ser, son los *Ejercicios.* Antes de los *Ejercicios* no es Ignacio sino un caso de emoción espiritual; un golpe de la gracia y del genio juntamente, que no sabemos el fin que se propone; un meteoro luminoso sin trayectoria moral y regulada; es aquel viento del espíritu que, como decía Jesús de Nicodemus, no sabes ni de dónde viene ni a dónde va. Después de los *Ejercicios,* encontramos en él una santidad que podríamos llamar arquitecto-nica: hay luz, pero normal; hay fuerza, pero regulada; hay movimiento, pero con órbita regular y término definido y segurísimo.

Este efecto de los *Ejercicios* perdura en los que los practican como se debe; claro indicio de que existe en ellos esa virtud normalizadora. Arte ignaciana, arte de la santidad, ha sido llamada esa virtud oculta en aquel libro tan pequeño. Eliminemos de estas palabras todo resabio de humano artificio, elevémoslas a significar la sabiduría y gracia divina, creadora del mundo de la santidad, y tendremos el meollo y la realidad de los *Ejercicios.*

Tres cosas hay en Ignacio penitente en Manresa referentes a los *Ejercicios:* primero, los hizo experimentalmente; segundo, escribiólos en el libro; tercero, los dio a otros. Expliquemos estos tres puntos, comenzando por decir cómo Ignacio personalmente los hizo.

Salió Ignacio de Loyola con un ideal de vida sumamente impreciso. Algo añadió a él la vela de Montserrat, y uno de los planes que a Manresa traía era acabar de

esclarecer lo que estaba por venir. Los tres períodos espirituales que en esta ciudad pasó, debieron dejarlo fatigado y desorientado con tantas y tan opuestas y fuertes impresiones, y era natural que quisiese investigar qué norma de vida espiritual debía tomar. Como no tenía maestro que le enseñase y por otra parte parecía Dios convidarlo con las visitas con que ahora le favorecía, determina ir directamente a Dios por la oración larga, reposada, metódica y 'lejos de toda mirada curiosa. Convenía sobre todo ocultar las grandes consolaciones que del cielo recibía. Para todos estos fines parecióle lugar muy a propósito una cueva que encontró en las barrancas de la orilla del Cardoner, fuera de k ciudad y no lejos del hospital, A todo aquel conjunto de huertos escalonados en bancales, llamaban con buen nombre el Valle del Paraíso. Allí casi cada huerto tenía su cueva debajo de la roca; pero era más notable la de un tal Bernardo Roviralía, debajo de la colina de San Bartolomé, por ser más honda y estar muy cubierta de espinos y granados, de manera que resultaba una cueva sumamente recogida. Tenía además frente a frente la Virgen de la Guía y las dulces y maravillosas montañas de Montserrat, que se veían por una -especie de ventana que formaba la misma roca. Parecía como si el cielo hubiese preparado y descubierto a Ignacio aquel pedacito de paraíso para entrar en la escuela de Dios. Para que todo se allanase más, el dueño de aquel huerto era conocido y amigo de Ignacio; por lo tanto, no tuvo dificultad en dejarle ir y permanecer allí siempre que le pluguiese. No consta cierto cuándo empezó a retirarse en la cueva, pero sí que fue en los últimos meses de su permanencia en Manresa, en el tiempo de aquellas grandes consolaciones.

Aquí, nos dice el P. Laínez que hizo en sustancia las meditaciones de los *Ejercicios.* Los hacía aprendiendo de Dios como un niño del maestro que le -enseña, y los escribía en aquel libro que traía siempre tan oculto. El mismo título del libro nos dice bien claramente el espíritu con que en ellos entró Ignacio, y el que han de tener cuantos practican los *Ejercicios.* "***Ejercicios espirituales para vencer a sí mismo, y ordenar su vida, sin determinarse por afección alguna que***

desordenada sea." En otras palabras: "*investigar qué quiere Dios de mí en la disposición de mi vida; y para conocerlo, quitar de mí todo cuanto pueda impedir en mí el deseo de cumplir su santa voluntad*".

Miremos el alma de Ignacio cuando entra en la cueva para aprender en la escuela de Dios. No solamente la veremos purificada por el dolor, por la confesión diligentísima y por una extraordinaria penitencia, sino también tranquila de todas aquellas tempestades de escrúpulos, que habían estado a punto de ahogarla. El ejercitante es el hombre que "*en todo lo posible desea aprovechar, y entra en ellos con grande ánimo y liberalidad con su Criador y Señor, ofreciéndole todo su querer y libertad, para que su Divina Majestad, así de su persona como de todo lo que tiene, se sirva, conforme a su santísima voluntad*". Estas palabras de San Ignacio son una perfecta imagen de su espíritu en este caso.

Entra, pues, Ignacio en la Escuela Divina, y lo primero que se le pone delante con una claridad y precisión admirable es el orden divino del Universo, y dentro de él, la trayectoria pura y luminosa de su alma, y aun de todas sus acciones, del principio al fin, de Dios a Dios. Tal es el Principio y Fundamento, comienzo que sintetiza' divinamente todos los *Ejercicios.* Si Ignacio había tenido ya aquella eximia ilustración de la orilla del Cardoner, esta contemplación no fue- sino una reproducción de aquellas ideas, que ahora precisó con una concisión y una fuerza que jamás alcanzó la filosofía, no sólo la puramente humana, pero ni la cristiana de los grandes doctores. Si aquella revelación aun no había tenido lugar, debemos decir, o que el Principio y Fundamento fue añadido después —y realmente cae fuera de los *Ejercicios*— o bien que Dios en su primera lección preludió lo que había de revelar después. El entendimiento, al contemplar aquella síntesis admirable, siente el vértigo de lo divino.

Después de esto, con el más vivo contraste, el Divino Maestro le presenta el pecado con toda su crudeza; más que el pecado, el pecador, que es él, Ignacio. La

impresión que siente podemos imaginárnosla recogiendo algunas de sus palabras enérgicas y gráficas como si hubiesen sido escritas con el buril de Job en bronce o sílex. Veía "*con la vista imaginativa, y consideraba su alma encarcelada en este cuerpo corruptible, y tocio él compuesto de alma y cuerpo, como desterrado en este valle entre brutos animales*". Se miraba "*como una llaga encancerada, de donde manaban tantos pecados y tantas maldades y ponzoña torpísima*". Se veía como puesto entre el cielo y la tierra, y que todas las criaturas le miraban como enemigo 'de Dios, e iban a echársele encima para destruirlo, "*abriéndose la tierra criando nuevos infiernos para siempre penar en ello*s". Se veía "*como un caballero delante de su Rey y de toda su corte, avergonzado y confundido de haber ofendido a quien le había hecho grandes dones y muchas mercede*s". Se veía "como un pecador encadenado, que así atado va a comparecer ante el Juez eterno, como los presos encadenados y dignos de muerte se presentan ante su juez temporal". Recordemos aquellos crímenes *enormes* de que se le acusaba en el proceso de Azpeitia, y comprenderemos el valor de estas expresiones e imágenes y el fin providencial a que ordena Dios aun los pecados de las almas santas.

Delante de esta imagen suya Ignacio ve otras. Allá, en el cielo, los ángeles rebeldes contra Dios, por un solo pecado, convertidos de gracia en malicia y lanzados del cielo en el infierno. En el paraíso terrenal, ve a nuestros primeros padres Adán y Eva cometiendo un solo pecado de desobediencia, y por ello lanzados del paraíso, privados de la justicia original, condenados toda la vida a grandes trabajos y mucha penitencia. Baja también el infierno, y ve allí a un desgraciado que por un solo pecado mortal 'se condenó, y otros muchos sin cuento, condenados por menos pecados que los suyos. Todos estos castigos los encuentra justísimos, por la fealdad y malicia que cada pecado mortal tiene en sí mismo, aunque no fuese prohibido; por la insignificancia del pecador y, sobre todo, por la altísima perfección de Dios. ¡Qué antítesis! La ignorancia contra la Sabiduría; la debilidad contra la Omnipotencia; la iniquidad contra la Justicia; la malicia contra

la Bondad infinita. Durante ocho días seguidos trae delante de los ojos día y noche estas imágenes e ideas, sin poder admitir otro pensamiento.

Esta vista y contemplación de una semana entera, en que Dios le tenia como clavado, ¿qué afectos o sentimientos causa en el alma de Ignacio? ¿Temor del castigo? ¿Perturbación, encogimiento, desesperación como en los días de los escrúpulos? Nada de todo esto. Experimenta otros sentimientos nobilísimos y enérgicos, que expresaremos también con sus mismas palabras.

El primer sentimiento es de "*vergüenza y confusión de sí (mismo, viendo cuántos han sido castigados por un solo pecado mortal, y cuántas veces merecía él ser condenado para siempre por tantos pecados como había cometido*". ¡Corazón nobilísimo! El hombre vil siente alegría acanallada en ver que escapa del castigo; el hombre digno, al verse libre delante de otros condenados, siendo él el más culpable, quisiera deshacerse de vergüenza ante los ojos de su bienhechor ofendido. Este sentimiento trae implícita la gratitud, el amor, el deseo de corresponder.

El segundo sentimiento es "dolor grande e intenso y lágrimas de los pecados". Los motivos son: la multitud de ellos en todos los años de la vida; "*la fealdad y malicia que cada pecado mortal cometido tiene en sí, aunque no fuese vedado*"; la pequeñez y vileza del pecador; finalmente la perfección infinita de Dios ofendido. ¡Qué contrición tan elevada y tan intensa! Ya baja también Ignacio al infierno, a ver y sentir con todos sus sentidos las penas de los pecados; pero es "*porque, si del amor del Señor Eterno me olvidare por mis faltas, a lo menos el temor de la pena me ayude para no venir en pecado*".

El tercer sentimiento es el del amor, piedad y misericordia de Nuestro Señor Jesucristo. Un fuerte enigma tiene pasmado el ánimo de Ignacio. ¿Por qué otros, ángeles y hombres, por un solo pecado han sido condenados, y yo no lo he sido por tantos pecados? Como solución se le presenta "*Jesucristo puesto en cruz, que de*

Criador es venido a hacerse' hombre, y de vida eterna a muerte temporal, y así a morir por mis pecados".

Aun en el mismo infierno vuelve a presentársele Jesucristo partiendo en tres grupos los condenados, según que cayeron en aquellas penas antes de su venida al mundo, mientras estuvo en esta vida mortal, y después de su advenimiento; pero a Ignacio no le deja caer en ninguna de estas clases, sino que le libra separándolo de todos, como monumento de piedad, de misericordia y de amor.

Y aquí viene el cuarto sentimiento, en que resuelven todas estas repetidas meditaciones: es el sentimiento del intensísimo amor a Jesucristo Redentor de mis pecados, y un arranque generoso de hacer por Jesucristo cuanto pueda. Ignacio se pregunta: "*¿Yo qué he hecho por Jesucristo? ¿Qué hago por Jesucristo? ¿Qué debo hacer por Jesucristo?*" Con estas amorosas ansias sale Ignacio de la consideración de su vida, y queda con la mirada fija y puesto el corazón en Jesucristo, para no apartarlos ya de El.

Jesús ya no se aparta ni por un momento de la mente de Ignacio en todos los *Ejercicios:* El será en adelante el maestro que, con ejemplos y palabras, le enseñará las leyes de toda santidad. Sabe ya Ignacio la vida de. Nuestro Señor Jesucristo; éste ha sido el primer libro de lectura que se le ha ofrecido desde el principio de su conversión; pero le falta sentirla como enseñanza viva, dirigida a él particularmente, para mostrarle cuál es la voluntad de Dios en la disposición de su vida. Por esto la primera lección es de conjunto, mucho más fuerte y concreta que la de Montserrat, si es que allí se le presentó de este modo Jesucristo, como en su lugar dejamos dicho. Volvamos a recordar aquella magnífica epifanía del Redentor.

Jesús se le presenta como Rey eterno, y delante de El todo el universo mundo, al cual y a cada uno en particular llama y dice: "*Mi voluntad es de conquistar todo el mundo y todos los enemigos, y así entrar en la gloria de mi Padre. Por tanto, quien quisiere venir conmigo ha de trabajar conmigo, porque, siguiéndome en la pena, me*

siga también en la gloria". Es Ignacio y es todo el mundo el llamado. ¿A qué? A restaurar la gloria del Padre, la santidad: este es su reino. ¿Quiénes son los enemigos de que habla Jesucristo? Son los enemigos internos de cada uno. Así como el imperio de la santidad que ha de conquistarse es propio de todos y cada uno; así también los enemigos. Y ¿cómo se llaman esos enemigos? Sensualidad y amor carnal y mundano. La vida de Jesucristo se le presenta como una lucha de cada momento contra estos enemigos, y esta vida y cada acto de ella es la voz de Jesús que le dice: "*¿Quieres hacer como yo?*" ¿Qué hará Ignacio delante de este Jesús que así le invita? Este Jesús es aquel mismo Jesús clavado en la cruz que, con esta vida y muerte que ahora le presenta, le ha librado del infierno. Ahora le contesta Jesús a aquella pregunta: ¿qué debo hacer por Cristo?

Ignacio, con gran fuerza de afecto y deseando distinguirse en

todo servicio de su Rey eterno y Señor universal, declara la guerra a la sensualidad y al amor carnal y mundano, y ofrece lo más grande que en sí halla y con el amor más vehemente, tal cual salió tal vez de su corazón por primera vez en Montserrat. "*Eterno Señor de todas las cosas, hago mi oblación con vuestro favor y ayuda, delante vuestra infinita bondad, y delante vuestra Madre gloriosa, y de todos los Santos y Santas de la Corte Celestial, que yo quiero y deseo y es mi determinación deliberada, sólo que sea vuestro mayor servicio y alabanza, de imitaros en pasar todas injurias y tocio vituperio, y toda pobreza, así actual como espiritual, queriéndome vuestra santísima Majestad elegir y recibir en tal vida y estado*". Y como Jesucristo convida a él y a todos, porque quiere conquistar todo el universo, Ignacio también se asocia con amor ardiente a su Redentor, para restaurar el imperio de la santidad en todo el mundo.

Sale Ignacio de esta divina contemplación con el ideal claro, fulgurante, encendido que ha de tener en la disposición de su vida: conocer íntimamente a Jesús, amarle a más no poder, seguirle en todos los ejemplos de su vida. Cuando

otra razón no haya de su obrar, tendrá él una, altísima y universal para todos los casos: "*Para más imitar y parecer a Cristo Nuestro Señor*". Tres semanas restan aún de Ejercicios con siete horas diarias de oración; en ellas no hará sino seguir paso a paso la vida, pasión y resurrección de Jesucristo, sin pedir nunca otra gracia que la de este ideal: "c*onocimiento interno del Señor, hecho hombre por mí, para que más le ame y le siga*". Se hace "*un pobrecito y esclavito indigno, mirándolos* (a las personas de la Sagrada Familia), *contemplándolos y sirviéndolos en sus necesidades, como si presente me hallase, con todo acatamiento y reverencia posible; y después reflectir en mí mismo para sacar algún provecho*". De lo exterior pasa luego a lo interior hasta "*oler y gustar, con el olfato y con el gusto, la infinita suavidad y dulzura de la divinidad, del ánima, y de sus virtudes, y de todo*". Ve el camino de uno a- otro extremo: "*el Señor quiere ser nacido en suma pobreza; y a cabo de tantos trabajos, de hambre, de sed, de calor y de frío, de injurias y afrentas para morir en cruz y todo esto por mí*". "*¿Qué he de hacer yo y padecer por Cristo*?

Esta es la trayectoria única de los *Ejercicios* hasta el fin. En la contemplación de la Encarnación asiste Ignacio a aquel *sacramentum,* que dice San Pablo, el misterio del consejo divino en la restauración del género humano. Va a Nazaret, y ve asociada a la Santísima Virgen a la obra de la Redención, y entra en el Corazón del Verbo encarnado a ver y sentir los ideales que trae a este mundo. Va a Belén, y ve nacer a aquel su Jesús enamorado, acompáñale al templo, y a Egipto y a Nazaret, y cuando deja a sus padres "*por vacar en puro servicio de su Padre celestial*".

Parécele a Ignacio verlo todo con tanta claridad, que podía hacer la elección definitiva de su vida. Al irlo a ejecutar, recogiendo en su mente la espiritual luz y la fuerza adquirida en las precedentes meditaciones, vuelve a presentársele el divino Maestro Jesucristo, el Rey eterno, con aquel su plan de conquista de él y de todo el universo; pero poniéndole al mismo tiempo frente a frente el enemigo armado para estorbarlo, no ya proponiéndole pecados, sino cosas aparentemente honestas, pero que al fin terminan en el pecado. Son las dos banderas. La de Jesús,

que dice: "p*obreza espiritual y actual, deshonras, humildad, y de aquí toda santidad*". La del demonio, que dice "*riqueza, honor, soberbia, y de aquí todos los vicios*". Los primeros pasos del demonio no son cadenas, son hilitos de una red; ya vendrán luego las cadenas. Quien tenga riquezas, quien tenga honores, ¡cuan difícil es que no se desvíe de Jesucristo y vaya con el demonio!

Todo un día, con todas las horas de oración, le tiene fijo en esta contemplación trascendental, como diciéndole: ', "*¿Ves bien cuál es mi pura doctrina espiritual*? ¿Ves bien el peligro que se corre en apartarse de ella aun por motivos honestos?" Cuando ya Ignacio siente su alma satisfecha con la luz de esta contemplación, vuelve el Maestro: "*Ves, sí, la doctrina; pero, ¿estás bien seguro de. ti mismo al decir que la abrazas? Mira que hay quereres que son sólo de palabra, no de verdad*". Entonces le presenta la contemplación de tres binarios de hombres, que dicen todos querer la pura doctrina; pero uno solamente quiere de veras, y de ello Ignacio saca el principio espiritual de que "*querer es obrar*", mientras no se oponga a la voluntad de Dios. Vuelve el Maestro: "*Y cuando no conozcas bien la voluntad de Dios, en una cosa determinada referente a mi pura doctrina, ¿quieres un principio universal y santísimo que resuelva todas tus dudas? Pues éste será hacer siempre lo que me ves hacer a mí, para más parecerte a tu Redentor, ¿No me preguntabas qué debías hacer por Cristo? Yo he buscado la pobreza, la deshonra y el dolor; haz tú lo mismo por amor a mí. Ahora puedes ya hacer tu elección*". De ahí sacó Ignacio cuáles son los tiempos para hacer buena y sana elección, y en qué disposición espiritual debe estar el hombre que pretende hacerla.

Esto resuelve todas las dificultades que nacen de nosotros y de las cosas mismas; pero hay otra fuerza que juega un gran papel en la vida espiritual, y es muy difícil de conocer y dominar, que es el demonio, el cual no ejerce influencia física generalmente, sino influencia moral persistente y sutilísima, que tiende a desorientar, engañar y finalmente a perder. Ignacio tenía repetidas experiencias de esas internas emociones del espíritu, y había tenido el divino instinto de

anotarlas cuidadosamente en su libro, como en su lugar- dijimos. Ahora toda esta materia amorfa se ha organizado ante sus ojos. Ve claramente una estrategia espiritual, que podríamos llamar de seducción, contrapuesta a otra estrategia divina de atracción. Las fuerzas de uno y otro lado quedan perfectamente definidas; bien caracterizados los medios de que se valen uno y otro espíritu; clarísimos los fines que pretenden; las impresiones que a ellos responden en nuestra naturaleza, justamente y con psicológica finura analizadas. Esto son las reglas de discernimiento de espíritus, las primeras y las segundas.

Este debió de ser el lugar en donde tomaron forma definitiva dichas reglas.

¿Qué elección podía resultar de un espíritu informado de estas enseñanzas sino una vida en todo conforme con la vida de Jesucristo: ser uno de la familia de Jesús, de la compañía de Jesús? Efectivamente, empieza Ignacio a verlo todo con luz evangélica, va siguiendo la contemplación de los misterios de Cristo Nuestro Señor, y sobre ellos calca sus pensamientos, palabras y obras. Este es aquel perpetuo "*reflectir*", que, como palabra sacramental, sigue a toda mirada a la persona de Jesús, a toda palabra que sale de sus labios, a toda acción que le ve obrar. Aquella vida pública de tres años tiene dos efectos para Ignacio, atarlo definitivamente al apostolado, a la salvación de las almas; y aprender de Jesús toda la manera de obrar dentro de los principios de su pura doctrina sobrenatural. La Pasión le abre el camino del martirio por Jesús, tan deseado de Ignacio. La santa Resurrección le llena de inmortal alegría, le revela la misma divinidad; y aunque ve a Jesús subir a los cielos, nota que se reserva un perpetuo oficio, que es el de consolar a sus amigos de la manera más inefable. Ignacio lo tiene ya todo, puede ya comenzar su vida pública: vamos, pues, a Jerusalén.

Tenía Ignacio verdaderamente resuelto su problema espiritual; pero el divino Maestro le había otorgado todavía una gracia mayor, que es la doctrina toda de la santidad. Comparemos al Ignacio que termina los *Ejercicios.* Ignacio llegó a

Manresa con gran deseo de ir a -Dios; pero sin ninguna inteligencia de las cosas interiores, y sólo con una práctica empírica de la penitencia, porque esto leía en las vidas de los Santos. Ahora le hallamos enriquecido con toda la vida evangélica, coordinada con la verdadera y profunda doctrina de la santidad, y aplicada a destruir de la manera más sabia codas las resistencias que ofrecen nuestra propia naturaleza, el mundo y el demonio. Si vale la comparación, podríamos decir que Ignacio llegó a Manresa como un vulgar trabajador que sabe hacer empíricamente algo de su. oficio; y sale de allí hecho un artista consumado con un iluminado conocimiento de la obra más excelsa, y con las razones científicas de todo lo que hace. Y esto se ha obrado en diez meses; mejor dicho, en los últimos tres o cuatro meses pasados en la santa Cueva sin comunicar con nadie, sin libros, sólo con la contemplación, bajo el inmediato magisterio de Dios.

Y esté arte de la santidad, Dios no se le ha dado solamente para él, sino que le ha concentrado maravillosamente en un libro para la santificación del mundo. Allí los hombres más sabios encuentran una teología más elevada que la de los libros científicos; los hombres de gran corazón sienten ahí una fuerza que les domina y les lleva a Dios; los santos hallan las iluminadas vías que suben hasta Dios sin peligro de extraviarse. Adelantando una frase que luego dirá el Papa cuando le fue presentado el primer esquema de la Compañía, podemos bien decir: *Digitus Del est hlc:* aquí está la mano de Dios. Aunque el mismo Ignacio no nos confesase que Dios le instruyó letra por letra como buen maestro, la obra habla por sí misma, y dice bien alto que no pudo ser hecha por los medios humanos de que Ignacio disponía.

Por esta breve ideología de los *Ejercicios* aparece bien claro lo que después San Ignacio escribió en las Constituciones, que todos los Ejercicios: *raris hominibus, vel qui de vitae suae statu deliberare velint tradit oportebit,* se han de dar a pocas personas, o a los que quieran deliberar acerca del estado de su vida. Obrar de otro modo sería imponer una carga mayor de lo que se puede llevar, lo cual es contrario al *Evangelio, y* siempre ha resultado *non in aedificationem, sed in ruinam* no para

edificar, sino para destruir. Pero no sería menos errónea una concepción diminuta de los *Ejercicios,* como si fuesen un medio de pura penitencia por los pecados pasados, o un expediente, como dice el mismo Ignacio, "*para- llegar a cierto grado de contentar su ánima*". Los *Ejercicios* auténticos y totales de San Ignacio serán siempre un laboratorio divino para fraguar apóstoles: a imagen y semejanza de Jesucristo.

Había Ignacio hallado la voluntad de Dios en la disposición de su vida verdadera que enseña Jesucristo con sus obras y su doctrina. Jesús es la vida, e Ignacio, que amaba enamoradamente a Jesús, amaba con el mismo enamoramiento la vida de santidad, que El nos enseñó. Todas las gracias; que podía pedir a Dios en orden a la santidad, las había reducido a una sola; conocer más a Jesús para más amarle, para más imitarle; y de tal manera había obtenido de Dios esta gracia, que bien podía decir con el Apóstol: *mihi vivere Christus est:* mi vida es Jesucristo. Aquí está encerrada toda la concepción cristiana de la vicia, o sea la santidad de los redimidos por Nuestro Señor Jesucristo.

Pero, sí atentamente reflexionamos, hallaremos que todo no es ni el principio ni el fin. No es el principio: *ab initio non fuit sic,* las cosas no nacieron así de la Omnipotencia de Dios, no fue el primer ideal divino al crear el mundo. Tampoco es el fin, porque todo esto son medios, todo es ascética, arte de trabajar en la santidad; por encima de ello está la mística, que conoce más altamente el término de todo el fin, que es el mismo Dios: *Omnia vestra sunt, vos autein Christi, Christus. autem Del,* Usando una palabra, que modernamente se ha puesto en moda entre la gente intelectual, diríamos que le faltaba a Ignacio la concepción total del universo de la santidad. Esto quiso darle Dios de una manera inefable en las revelaciones de Manresa, *y* sobre todo en aquella eximia ilustración del Cardoner.

Allí, iluminando sobrenaturalmente su inteligencia, Dios le mostró cómo había criado el mundo, cómo todo había salido de El como de principio *y* cómo todo

vuelve a El como fin. El mundo significa todo: criaturas materiales *y* espirituales; cosas naturales *y* cosas sobrenaturales; el estado primero de gracia original, *y* el segundo de pecado, *y* el tercero de reparación, *y* el último *y* definitivo de gloria consumada. Y vio cómo un mismo ideal divino de santidad brota de Dios, y corre por todas las criaturas y por todos los estados, *y* cómo todo va ordenado a ella, *y* cómo ella es lo único en que descansan las -divinas complacencias desde el principio -hasta el fin. Santidad es unir a sí la criatura racional *y* libre, divinizarla, *y* por ella en cierto modo divinizar todo el universo. Aquí están encerradas todas las ciencias, está el lazo *y* armonía de la muchedumbre de las criaturas, que aparecen como desligadas entre sí, *y* lo que trasciende todas las ciencias *y* todas las armonías, que es el *quid divinum,* que Dios ha estampado en todo en participaciones y reflejos de las divinas perfecciones.

Dos vías contempló Ignacio de este ideal divino en el universo: la vía de la verdad *y* la del amor. El camino de la verdad enseña el ser de las criaturas, su verdadero valer, su relación; *y* al principio *y* al fin de este camino halla a Dios, del cual nace toda ley de justicia, que es santidad. El camino *"del* amor enseña en todo este universo de criaturas algo superior a su ser y a sus relaciones, que es el amor que Dios ha puesto en cada una y en todas juntas. También aquí Dios lo es todo: es el principio del amor, porque no halla «1 motivo de amar en ninguna criatura, sino en sí mismo; y es el término del mismo amor, porque su obra última es darse a sí mismo. Esto es la Contemplación del amor.

Todos los comentaristas de los *Ejercicios* notan que el Principio y Fundamento y la Contemplación del amor caen fuera de los *Ejercicios,* como una preparación y una corona. Si estos dos ejercicios son fruto de la eximia ilustración del Cardoner, y si ésta tuvo lugar cuando ya Ignacio había hecho y escrito lo que el P. Lainez llamó la sustancia de los *Ejercicios,* tendríamos la explicación de este hecho. De todos modos, aquellas dos grandes síntesis tienen una luz, una armonía y una -elevación, que nos pasma en un hombre sin cultura, y nos pasmaría también en un

sabio eminente. Pero si supiéramos que eran fruto de una ilustración divina, que, cambiado a él mismo Ignacio, parecía como que le había cambiado a él o transformadoras cosas," entonces todo lo hallaríamos natural.

Y realmente, nada podía pensarse mejor, como introducción y coronamiento del gran libro, que estas dos contemplaciones. El Principio y Fundamento enciende el alma en el amor del divino ideal de la santidad, y da el punto de equilibrio en que debe colocarse el espíritu siempre que haya de tomar alguna determinación acerca de la vida; por esto, en la materia de las elecciones a cada momento lo recuerda Ignacio en compendio. La Contemplación del amor recibe el alma perfectamente ordenada en la disposición de la vida y de todas las cosas, y por lo tanto la encuentra aptísima para ser abrasada en amor de Dios, y además le enseña, hasta donde es posible, el camino de la mística, por si Dios le llama a una vida superior.

Queda -explicada la primera de las tres cuestiones propuestas acerca de los *Ejercicios, y* es cómo los hizo Ignacio, y la transformación espiritual que en él causaron. Restan las otras dos, o sea, cómo escribió Ignacio el libro de los *Ejercicios, y* cómo empezó a darlos a otras personas.

En cuanto a la primera de estas cuestiones, hay un punto esencial y otros secundarios. El punto esencial es que el libro de los Ejercicios substancialmente fue escrito en Manresa. Esta parte substancial es la que viene indicada por el mismo Ignacio en la primera anotación: "por este nombre, Ejercicios espirituales, se entiende todo modo de examinar la conciencia, de meditar, de contemplar, de orar vocal y mental, y de otras espirituales operaciones, según que adelante se dirá". Este tronco vital de los Ejercicios, separado de las anotaciones, que van delante, y de las reglas, que vienen después, es la parte esencial, que decimos fue escrita en Manresa, lo cual no quita que haya recibido ulteriores. correcciones accidentales; como tampoco intentamos negar que hayan sido escritos en Manresa algunos de los otros documentos. Las pruebas de nuestra afirmación son los

testimonios de todos los contemporáneos. Tenemos además que el año 1527 el libro fue examinado oficialmente por los jueces de Salamanca, como cosa antigua y que representa auténticamente la doctrina de Ignacio.

La composición de este pequeño libro es un hecho sumamente trascendental en la historia del catolicismo. De los Ejercicios nace la Compañía de Jesús, una de las columnas dé la Historia universal en la Edad Moderna. Además, la práctica de los Ejercicios espirituales, después de los sacramentos y de la sagrada liturgia, es tal vez la más abundosa fuente de que se. nutre la vida cristiana, y particularmente la alta santidad de la Iglesia de Dios. Después de la aprobación y recomendación explícita dada por el Papa Paulo III el día 31 de julio de 1548, el Código oficial de la legislación eclesiástica acaba de añadir implícitamente la más grande autoridad, recomendando a todos los fieles y mandando a la parte más augusta, que es el sacerdocio y las comunidades religiosas, la práctica de los ejercicios, evidentemente derivada del libro de San Ignacio.

Quedan aún algunas cuestiones complementarias.

La primera es la llamada de las fuentes de los Ejercicios o sea de los medios o instrumentos literarios que pudo tener Ignacio para escribir este libro maravilloso. En realidad, esta cuestión no puede ser sino una pequeña cuestión de literatos, hechos a mirar el libro con una mirada raquítica, y casi materialmente. Ningún santo que haga los Ejercicios y se empape en su espíritu, dudará ni por un momento de cuál sea la única fuente esencial de los Ejercicios tomados también esencialmente. Tampoco podrá tener dudas el historiador, que no se haya detenido en los hechos externos de la vida de San Ignacio, sino que haya entrado a estudiar la vida íntima de su alma. Para éstos, los Ejercicios no pueden tener otras fuentes esenciales sino las que señala el Breve de aprobación de Paulo III: la Sagrada Escritura y la experiencia de la vida espiritual.

El P. Laínez señala con toda naturalidad como únicas fuentes de los Ejercicios la práctica de las meditaciones, y la especial ilustración de Dios.

Cuanto a la segunda fuente, halla su origen en aquella eximia ilustración a orillas del río Cordoner, añadiendo que, en casi todos los misterios de la fe, Ignacio fue especialmente consolado e iluminado del Señor[25]. *Otros medios humanos no los tuvo: no maestro alguno, porque nos dice el mismo Ignacio que "no tenía maestro que le enseñase"; no libros, porque también dijo que, fuera del* Kempis, *"nunca más había querido leer otro libro de devoción". La primera fuente, o sea la experiencia propia, la confesó también Ignacio en la* Autobiografía, *diciendo que "algunas cosas que él observaba en su alma, y las encontraba útiles, le parecía que también podrían ser útiles a otros, y así las ponía por escrito"[26].*

Casi toda la tradición artística nos presenta también a Ignacio arrodillado dentro de la Cueva, delante de la Santísima Virgen con su divino Hijo en los brazos, y él escribiendo los *Ejercidos* como bajo la inspiración de Jesús y de su Madre Santísima. Esto no es sino expresión gráfica de lo que Ignacio nos ha dicho en la *Autobiografía:* que Dios le enseñaba como enseña un maestro de escuela a un niño; que tenía grandes ilustraciones de la Santísima Trinidad y otros misterios de la fe, y que veía muy frecuentemente las santas personas de Jesucristo y de la Virgen María, que se le presentaban: y todo esto "muchas veces, durante mucho tiempo y estando en oración".

La segunda cuestión complementaria es la del lugar en donde se escribieron los *Ejercicios.* El lugar en donde principalmente hizo y escribió San Ignacio los *Ejercicios* es la Cueva. En los procesos de Manresa está bien clara la descripción de ella, hecha por el mismo propietario de esta, por el guarda que la custodió después que fue venerada y por infinitos testigos que sabían la vida que allí llevaba el santo

[25] *Monumenta, Ignatiana, Ser. 4«, vol. 1, págs. 132-133.*
[26] *Autobiografía, n. 99*

penitente. Las siete horas de oración diarias, las grandes penitencias, muchas de las visitas de Jesucristo y de la Virgen María, aquí corresponden como en su lugar natural, y aquí es también donde Ignacio hallaba la paz y el sosiego que andaba siempre buscando para tomar sus apuntes espirituales. Explícitamente afirman algunos testigos que en la Cueva fue escrito el libro de los *Ejercicios, y* toda la tradición gráfica lo confirma, comenzando por la vida en láminas que el P. Rivadeneira publicó por primera vez en Amberes el año 1609. Notan algunos testigos la circunstancia dulcemente sugestionante para Ignacio, que la Cueva tenía un agujero o ventana natural que miraba de frente a Montserrat, por donde podía contemplar aquellas montañas ideales, palacio de la Virgen Madre de Dios.

El tercer punto capital es afirmar que Ignacio, estando en Manresa, dio ya los *Ejercicios* a otras personas, y precisamente con el nombre de *Ejercicios.* Consta del proceso manresano, que dice así: La señora Canyelles contaba al presbítero Francisco Puig que "ella y las señoras Amigant, Roviralta, Clavera y otras honestas mujeres de la ciudad solían reunirse en la iglesia de Santa Lucía... y allí Ignacio les platicaba unos Ejercicios, en los cuales especialmente exhortaba a huir del pecado, y abrazar la virtud, que estimasen la continua oración, frecuentasen los sacramentos de penitencia y Eucaristía, y les daba otros muchísimos documentos espirituales"[27]. Efectivamente, el Santo en su *Autobiografía* da testimonio de que "*se ocupaba en ayudar algunas almas, que allí le venían a buscar, en cosas espirituales*"[28]. El Dr. Ramón Vila, asesor del Santo Oficio en Manresa y confesor de alguna de dichas señoras, asegura en los procesos que Ignacio les daba los Ejercicios en la capilla de Santa Lucía[29].

Finalmente tenemos el testimonio segurísimo del Padre Polanco, que dice textualmente: *Spiriíualia ergo illa Exercitía, quae a Deo ipse edoctus acceperat,*

[27] Fol. 230.

[28] *Autobiografía*, n. 26.
[29] Fol. 377, Vº.

multis Manresae communicare coepit. "En Manresa comenzó a comunicar a muchos aquellos Ejercicios espirituales, que él había recibido de Dios". Y el del P. Laínez, que, sin usar el nombre, dice la misma cosa: "Hizo grande provecho en Manresa a muchas ánimas, las cuales notablemente ayudadas, hicieron mudanza de vida, con mortificación, viniendo en gran conocimiento y "gusto de las cosas divinas; y algunos de ellos han acabado su vida muy bien, y otros viven aún, dando de sí buen olor y edificación al prójimo"[30]. Este hecho se reprodujo en todas partes en donde estuvo Ignacio: en Barcelona, en Alcalá, en Salamanca, en París, en Venecia, en Roma. Los *Ejercicios* eran como la sombra de Ignacio.

Juntamente con el celo de aprovechar a las almas, nació en Ignacio una grande afición a buscar personas con quienes pudiese hablar de cosas espirituales. Así nos lo asegura él mismo en la *Autobiografía.* "Y a este tiempo había muchos días que él era muy ávido de platicar de cosas espirituales, y de hallar personas que fuesen capaces de ellas"[31]. Estas son las últimas palabras que nos dice de su estancia en Manresa. Allí encontró una viejecita humilde y sencilla con quien dialogaba de buen grado, porque veía que entraba en las cosas de Dios[32]. Pronto veremos cómo, desengañado de las personas que tienen nombre y fama de espirituales, desistió de buscarlas, contentándose con lo que el Señor le daba.

Salió Ignacio de los *Ejercicios* transformado no solamente en su alma, sino también en su vida exterior. Vio a Jesús tan natural en todas sus cosas, que determinó parecérsele también en esto. Adoptó, pues, un sistema ajeno a toda rara singularidad, y conforme a la vida común de las personas honestas y humildes, ejemplo de virtudes cristianas. Más tarde dispondrá que la Compañía imite la vida de los sacerdotes honestos del país en donde viva.

[30] *Monumenta Ignatiana*, Ser. 4?, vol. 1, pág. 133.

[31] *Autobiografía*, n. 34.

[32] Ibíd., n. 21.

"*Perseverando, dice, en la abstinencia de no comer carne, y estando tan firme en ella, que por ningún modo pensaba mudarse, un día a la mañana, cuando fue levantado, se le representó delante carne para comer, como que la viese con ojos corporales, sin haber precedido ningún deseo de ella, y le vino también juntamente un grande asenso de la voluntad para que de allí adelante la comiese; y aunque se acordaba de su propósito de antes, no podía dudar de ello, sino determinarse que debía comer carne. Y contándolo después a su confesor, el confesor le decía que mirase por ventura si era aquello tentación; mas él, examinándolo bien, nunca pudo dudar de ello*"[33].

De una de las enfermedades que tuvo a la entrada del invierno nos consta que "*quedó muy debilitado y con frecuente dolor de estómago. Y así por estas causas, como por ser el invierno muy frío, le hicieron que se vistiese y calzase y cubriese la cabeza; y así le hicieron tomar dos ropillas pardillas de paño muy grueso, y un bonete de lo mismo como media gorra*"[34]. Ya queda dicho también cómo empezó a cortarse los cabellos y las uñas.

En su afán de parecerse en todo a Jesucristo, llegó no sólo a perder el horror y aversión que la gente sentía por el pueblo judío, sino hasta a desear ser de la misma raza. En alguna sabrosa conversación sobre este punto, tuvo eficacia para arrancar obstinadas prevenciones. Ya que su deseo era imposible, quiso vivir y morir en la misma tierra que Jesucristo. De aquí el afán de pasar a Tierra Santa, primero solo, y después con sus compañeros, para fundar allí la Compañía, de lo cual no desistió hasta ver la voluntad de Dios claramente opuesta a estos propósitos.

6ª SALIDA DE MANRESA

Tuvo San Ignacio una compañía que no le dejó nunca en toda su vida: la persecución. Esta dulce amiga, que el deseó río faltase jamás a él mismo ni a sus

[33] ibíd., n. 34.
[34] Ibíd,n. 34.

hijos, se le juntó ya en la ciudad de Manresa, y la causa u ocasión fueron los Ejercicios espirituales que dio a aquellas señoras que ya conocemos. Juan Pascual, hijo de la principal de ellas, que era doña Inés, y testigo presencial de lo que pasó, lo cuenta cándidamente así: "*No faltaron envidiosos y maliciosos que públicamente contradijeron y murmuraron de estos santos Ejercicios y del autor de ellos y de los que los practicaban, en particular de Juana Serra, en cuya casa estaba Ignacio recogido. Pero sobre todo se murmuraba de mi madre Inés Pascual, diciendo que ella era la inventora y fomentadora de estos alborotos y novedades, ya que había traído al autor de ellos a aquella ciudad y en ella le amparaba y sustentaba. Y fueron tan públicas estas murmuraciones y tan en detrimento de la honra del Padre Ignacio y de otras honradas mujeres, y sobre todo de mi madre, que ésta se vio forzada a enviar a llamar a Tarragona a su hermano y tío mío, llamado Antonio Pujol, que estaba sirviendo al Arzobispo.*

Vino él sin demora, y yo en su compañía, a la ciudad de Manresa, y lo primero que mi madre le dijo fue que ella se había encargado de amparar a un santo varón, que aunque forastero, era muy principal y noble, como claramente se veía en su trato y aspecto. Contóle cómo le había encontrado y dónde, y cómo había unos diez meses, poco más o menos, que le sustentaba en Manresa, en donde se ocupaba en obras de mucha caridad y devoción y limosnas; poro que, por haber muchas y devoción y limosnas; pero que por haber muchas y desatinadas murmuraciones sobre el trata con él y con tanta frecuencia, así hombres como mujeres, cosas de la salvación del alma y camino del cielo, esparcidas por aquella ciudad por ser tan pequeña, y la gente maliciosa y grosera; determinaba que él le condujese a su casa de Barcelona, en donde podría mejor valerle y ampararle, salva su honra; y que para este fin le había llamado. Trató mi tío lo dicho con el mismo Padre Ignacio, y quedó enamorado de ver por sus propios ojos el buen corazón y la perfección de aquella santa alma que robaba las de los que le trataban; y quedaron ambos muy amigos, y concertados de dejar Manresa y venirse a vivir a Barcelona".

Las solas persecuciones no hubieran conmovido el fuerte ánimo de Ignacio, si no hubiese entendido que habían ya cesado las razones que le detuvieron en Manresa, y que había llegado la hora de ir a Jerusalén, que era todo su ideal. Según una memoria manuscrita de la casa de Amigant, "*Ignacio, después de su última enfermedad, tuvo un rapto de tres horas, y en él el Señor le manifestó que era ya tiempo de emprender su viaje. Así lo comunicó él a doña Ángela*". La Autobiografía pone sólo estas palabras: "*Ibase llegando el tiempo que él tenía pensado para partirse para Jerusalén, y así al principio del año 23 se partió para Barcelona para embarcarse*"[35].

Volvamos ahora a la narración de Juan Pascual: "Al día siguiente de haber llegado de Tarragona con mi tío, mi madre me llevó a pasear fuera de la ciudad. Ella me iba hablando de la santidad del Padre Ignacio, que le tenía como un apóstol por sus extraordinarias virtudes, que pensaba llevarlo a su casa de Barcelona, y que para acompañarlo allá nos había llamado a mí y a mi tío de Tarragona, porque estaba convencida de que el Señor por sus oraciones, haría mucho bien a nuestra casa, a sus intereses, a su alma y a la mía, y que por esto deseaba que yo le viese y conociese, que quería que lo tomase por padre y como a tal le respetase. Como el Padre Ignacio andaba todo el día entre pobres, hospitales e iglesias, yo no había podido aún tratarle. Mientras ella me decía estas cosas y otras semejantes, los ojos se le llenaban de lágrimas de devoción y ternura, y así llegamos al puente de la ciudad.

Y he ahí que entonces nos sale al paso Ignacio con una modestia, gravedad y compostura de ángel, vestido de - peregrino, con unas alforjas al hombro, en donde traía pan y otras cosas recogidas de limosna para dar a los pobres, e iba rezando unas horas, y un grande rosario colgaba de su cuello. Cuando él vio a mi madre que le llamaba, vino a nosotros con un rostro muy alegre, y después que nos dijo algunas cosas de devoción, mi madre le preguntó si iría gustoso a vivir a la casa de

[35] *Autobiografía*, *n. 34-35*.

Barcelona, en donde podría entregarse a sus ejercicios y hacer las obras de caridad que le pluguiese. El dijo que sí, de muy buena gana, primero porque así lo quería Dios Nuestro Señor, y luego por ella, porque le tenía tanta obligación como si fuese su madre; y añadió que ya tenían convenido el viaje con su hermano de ella, Mosén Pujol"[36].

¡Oh, quién hubiese podido seguir a Ignacio en la última visita de despedida que haría sin duda a aquellas iglesias de Manresa, a aquellas ermitas, a aquellas cruces, a aquella cueva sobre todo! De esto sólo sabemos algo, que escribiremos aquí.

Aquel jovencito Gabriel Perpinyá, que en Montserrat encontramos sirviendo de monaguillo a Mosén Juan Guiot, cuenta que, subiendo un día Ignacio al monasterio y entendiendo que ambos (Juan Guiot y Perpinyá) iban a Roma para ciertos negocios, convinieron en partirse juntos y se embarcaron en la misma nave[37]. Por donde se ve que Ignacio no quiso salir de Manresa sin subir a Montserrat a pedir la bendición a la Virgen Santísima, dulce peregrinación, que sin duda debió repetir varias veces durante aquellos diez meses de su estancia en Manresa.

Así como dejó Ignacio colgadas ante el altar de Montserrat las armas de la milicia temporal, cuando iba a tomar las armas espirituales de la penitencia, así ahora, al dejar las armas de peregrino penitente, porque sabe ya cuál es la voluntad de Dios en la disposición de su vida, quiere colgarlas también, como humilde ofrenda, en el altar de Viladordis. Efectivamente, antes de partirse de Manresa hizo su última visita a la Virgen, y en tierno recuerdo de las dulces horas pasadas a sus pies, colgó ante su altar el cilicio y el ceñidor. Allí estuvieron por largo tiempo estas reliquias. El cilicio dícese haberlo tomado años después un hijo de San Ignacio. Un testigo dice que estaba tejido de estopa de cáñamo, lo cual podría ser indicio de que lo que dejó Ignacio en Viladordis era el saco de penitente. Produce, sin embargo,

[36] Procesos de canonización, fols. 343 y sig.
[37] Procesos de canonización, fols. 343 y sig

alguna confusión el decirnos Juan Pascual que en su casa tenían un saco de las mismas condiciones. La antigua Compañía tenía realmente y estimaba en gran manera las reliquias de este saco El P. Rivadeneira dio un pedazo de él al colegio de Bruselas; el Beato Carlos Espinola trece días antes de su martirio, escribe desde la cárcel de Omura (Japón), el 28 de agosto de 1622, a otro mártir, el P. Francisco Pacheco, que era su Provincial, enviándole dos relicarios: uno, con un pedazo del saco de San Ignacio, y el otro, con reliquias de San Luis Gonzaga.

El ceñidor pasó a *Las Mércelas,* casa solariega situada cerca de la igl.sia de Viladordis, sobre la cual ejercía cierto patronato y custodiaba sus llaves. La tradición de la familia nos dice que San Ignacio se lo dejó en prenda de gratitud por la limosna que muchas veces allí había recibido. Lo cierto es que aquella dichosa familia conserva con gran veneración un pedazo de cuerda de espadaña colocado en el pedestal de "*una estatua de plata de* San Leñado, y queda desheredado por testamento cualquiera que deje salir de la casa aquella reliquia del Santo.

Debió también ser muy tierna la despedida de aquellas buenas familias manresanas tan estimadas de Ignacio por las buenas obras que de ellas había recibido, y por el espíritu de cristiana perfección con que vivían. Sólo de la familia de Amigant nos queda memoria concreta: "*Llegada la hora de salir hacia Barcelona, dice la relación antes citada, despidióse de toda la familia. La señora Ángela Amigant le disuadía; pero el Santo contestó que aquella era la voluntad de Dios. Entonces la señora Angela, el señor Andrés de Amigant y María, su esposa, y toda la familia, de rodillas, comenzaron a llorar dulcemente por la partida del Santo. Querían todos besarle los pies; pero el Santo no lo permitió, aunque se lo pedían juntas las manos. Entonces le dieron mucha limosna, poniendo en sus manos gran cantidad de dinero, ofreciéndole la casa y cuanto tenían en ella; pero el Santo no quiso aceptar aquellos ofrecimientos, y sólo tomó unos mendrugos de pan, porque quería andar como pobre pidiendo limosna por amor de Dios; díjoles, sin embargo, que siempre se acordaría de su tan grande caridad, que no sabía cómo recompensarla*".

Salió Ignacio de Manresa por el camino real de Barcelona, que era el mismo de Viladordis, que tantas veces había seguido en espiritual peregrinación. Mucha gente de Manresa le acompañó hasta el Puente de Vilomara, en donde acaba el término de Manresa y empieza el de Rocafort. Aquí despidióse de todos, señalando el cielo con una mano, y poniendo la otra sobre el corazón, en señal de gratitud y perpetuo recuerdo hasta que se encontrasen en el cielo. Y volviéndose emprendió el camino de Barcelona, regresando aquellos buenos amigos desconsolados a la ciudad, que para siempre había de llevar el nombre de ignaciana.

Conservó Ignacio siempre buen recuerdo de aquella ciudad, que nadie sino él sabe lo que significa en su vida de santidad, y aun en su obra: la Compañía de Jesús.

Dos bellísimos nombres daba años después San Ignacio a aquel tiempo de Manresa: unas veces le llamaba su iglesia primitiva, significando la gracia copiosa que allí recibió; otras veces le apellidaba su noviciado, añadiendo que él era como un niño a quien Dios iba punto por punto enseñando. Cuando más tarde organizó la Compañía, dejó estampado en ella el ejemplo de Manresa. Ordenó que los novicios practicasen seis pruebas, que son: hacer los Ejercicios espirituales, servir a los enfermos en el hospital, peregrinar a pie pidiendo limosna, enseñar la doctrina cristiana, y los que son sacerdotes, ocuparse por algún tiempo en confesar y predicar. Todo ello son reflejos de los grandes esplendores de Manresa. Pero, sobre todo, queda bien demostrado en este capítulo que la misma Compañía es hija espiritual de Manresa. Ni esta ciudad tiene gloria más grande, ni Cataluña tiene muchas que puedan comparársele. Todos los jesuitas, lo mismo que su Padre San Ignacio, miran a Manresa como a su patria espiritual.

Capítulo IV

PEREGRINACIÓN A TIERRA SANTA

(febrero de 1523-marzo de 1524)

1º PRIMER VIAJE A BARCELONA

El camino real de Manresa a Barcelona terminaba en el Portal Nuevo de esta ciudad, que exactamente corresponde al lugar que en el Salón de San Juan ocupa hoy el Arco del Triunfo. Por él entró San Ignacio, enfilando sin duda por las calles de *Corders* y *Carders,* deteniéndose en la capilla de Marcús, en la cual, como en Manresa, se venera la Virgen de la Guía, y luego revolvería por la plaza de la Lana y la Boria hasta la calle de Febrés, hoy de San Ignacio, en donde tenía su casa Inés Pascual. Era esta casa pequeña y humilde, y toda ella llegó a ser reliquia de San Ignacio: "*no hay mesa, dice Juan Pascual, ni cama, ni ladrillo, ni tabla en mi casa, que no sea reliquia suya, pues estuvo tocando a todo, comiendo y durmiendo en ella siempre*". Era- particular recuerdo de San Ignacio una rejilla que tenía una de las puertas cíe la calle, por donde daba limosna a-los pobres; la alcoba del primer piso, en donde estuvo durante todo un mes enfermo de gravedad, y un cuarto del piso segundo, en donde puso su ordinaria habitación.

La *Autobiografía* dice que esta primera vez estuvo Ignacio en Barcelona poco más de veinte días. Sus ocupaciones fueron las mismas que en Manresa. Juan Pascual, que llegó a aquella ciudad pocos días después con su madre, dice que "le hallaron contento y ocupado en las obras de caridad que acostumbraba practicar, en ayunos, oraciones, disciplinas, limosnas, visitar cárceles y hospitales; y era de manera que la puerta falsa de nuestra casa parecía puerta de iglesia o de hospital, porque siempre había pobres en ella".

Uno de los grandes deseos que en Manresa tenía, como nos ha contado él mismo, era el de hallar personas con quienes pudiese hablar de cosas espirituales. "*Estando aún todavía en Barcelona antes que se embarcase, según su costumbre, buscaba todas las personas espirituales, aunque estuviesen en ermitas lejos de la ciudad, para tratar con ellas. Mas ni en Barcelona, ni en Manresa, todo el tiempo que allí estuvo, pudo hallar personas que tanto le ayudasen como él deseaba; solamente en Manresa aquella mujer, de que arriba está dicho, que le dijera que rogaba a Dios le apareciese Jesucristo; ésta sola le parecía que entraba más en las cosas espirituales*" [1] . Las personas espirituales de que tenemos noticia, que fueron tratadas por San Ignacio en Barcelona, son la tornera de las Jerónimas, Sor Antonia Strada, y una monja del coro del mismo monasterio llamada Brígida Vicent.

Además frecuentaba, según parece, el monasterio de San Jerójoima del Valle de Ebrón con las ermitas que tenía esparcidas por la montaña de San Ginés de Horta, al estilo de Montserrat. Aquí se le acabó a San Ignacio-el afán de buscar personas con quienes hablar de cosas espirituales. "Y así, después de partido de Barcelona, dice la *Autobiografía,* perdió totalmente esta ansia de buscar personas espirituales"[2].

La peregrinación pretendía hacerla con toda perfección espiritual, siendo ésta el afán que absorbía todos sus pensamientos. Oigámosle: "*Aunque se le ofrecían algunas compañías, no quiso sino ir solo; que toda su cosa era tener a solo Dios por refugio. Y así un día, a unos que mucho le instaban porque no sabía lengua italiana ni latina, para que tomase una compañía, diciéndole cuánto le ayudaría, y loándosela mucho, él elijo que aunque fuese hijo o hermano del duque de Cardona, no iría en su compañía, porque él deseaba tener tres virtudes: caridad, y fe, y esperanza; y llevando un compañero, cuando tuviese hambre, esperaría de él; y cuando cayese, que le ayudaría a levantar; y así también' se confiara de él y le tendría afición por estos*

[1] *Autobiografía*, n. 37.
[2] *Ibíd.*, n. 37.

respetos; y que esta confianza y afición y esperanza la quería tener en solo Dios. Y esto que decía de esta manera, lo sentía así en su corazón. Y con estos pensamientos, él tenía deseos de embarcarse, no solamente sólo; mas sin ninguna provisión. Y empezando a negociar la embarcación, alcanzó del maestro de la nave que le llevase de balde, pues que no tenía dineros, mas con tal condición, que había de meter en la nave algún bizcocho para mantenerse, y que de otra manera, de ningún modo le recibirían"."*El* cual bizcocho queriendo negociar, le vinieron grandes escrúpulos: ¿Esta es la esperanza y la fe que tú tenías en Dios, que no te faltaría?, etc. Y esto con tanta eficacia que le daba gran trabajo. Y al fin, no sabiendo qué hacerse, porque entre ambas partes veía razones probables, "se determinó de ponerse en manos de su confesor; y así le declaró cuánto deseaba seguir la perfección, y lo que más fuese gloria de Dios y las causas que le hacían dudar si debía llevar mantenimiento. El confesor se resolvió que pidiese lo necesario y que lo llevase consigo; y pidiéndolo a una señora, ella le demandó para dónde se quería embarcar. El estuvo dudando un poco si se lo diría; y al fin no se atrevió a decirle más, sino que venía a Italia y a Roma. Y ella, como espantada, dijo: "¿A Roma queréis ir? Pues los que van allá no sé cómo vienen" (queriendo decir que se aprovechaban en Roma poco de cosas de espíritu). Y la causa por que él no osó decir que iba a Jerusalén fue por temor dé la vanagloria; el cual temor tanto le afligía, que no osaba decir de qué tierra ni de qué casa era. Al fin, habido el bizcocho, se embarcó; mas hallándose en la playa con cinco o seis blancas[3] de las que le habían dado pidiendo por las puertas (porque de esta manera solía vivir), las dejó en un banco que halló allí junto a la playa"[4].

¡Oh, espíritu real e imperial el de San Ignacio! ¿Habrás visto hombre más deshecho de sí mismo y de todas las cosas y personas del mundo, y más puesto en Dios por fe, esperanza y caridad purísima? Mientras creemos o esperamos o

[3] Era una moneda que vendría a valer unos dos céntimos de peseta.

[4] *Autobiografía*, n. 35-36.

amamos alguna cosa criada, estamos aún *sub elementis mundi,* como dice San Pablo, bajo el dominio de las cosas del mundo; la libertad perfecta de los hijos de Dios, sólo la tiene quien lo ha puesto todo en Dios : *Scio cui credeti et certus sum quia potens est deposititin incum servare:* sé bien quién he fiado mi vida, y estoy cierto que es poderoso para responder de mi confianza. Nada más nos dice la *Autobiografía;* pero de los testimonios de contemporáneos podemos deducir algunas otras particularidades.

Sor Estefanía de Rocaberti, carmelita descalza del convento de Barcelona, nos cuenta en los procesos quién fue la señora que pagó a San Ignacio las provisiones para su viaje, y el modo cómo se movió a usar con él de esta caridad. "Eleonor Cepilla, dice, señora noble de esta ciudad y de gran fe, bisabuela mía, públicamente manifestaba y contaba las maravillas de dicho Padre Ignacio, por haberlo conocido y tratado. Particularmente un día, cuando el Padre Ignacio quiso embarcarse para ir a Tierra Santa, pasó por la calle Ancha de la presente ciudad, en donde la dicha mi bisabuela tenía su casa, v dice que iba entrando por las puertas de dicha calle pidiendo limosna. Al entrar en su casa mirólo mucho fijamente, y aunque andaba vestido de saco y descalzo, en forma de penitente, cuando le hubo mirado, le pareció ser persona bien nacida, conforme a la buena cara que tenía, y la piel de las manos regaladas. Viendo esto, de pura compasión de ver así a un hombre que le parecía bien nacido, de noble sangre y buen aire, comenzó a reprenderle diciendo: "Usted debe de ser un gran picaro, que así se anda por el mundo; mucho mejor sería que volviese a la casa de sus padres, de la cual por ventura habrá huido para andar vagabundo por esos mundos como un perdido". Oída esta reprensión, recibióla Ignacio con mucha paciencia, y con grande humildad contestó que le daba las gracias por las advertencias que le hacía, confesándole que decía muy bien, porque él era un perdido y gran pecador. Con esta respuesta y con la humildad con que la dio, sintió mi bisabuela un espiritual movimiento interior de tanta devoción al Padre Ignacio, que le dio limosna y provisión de pan, vino y otras cosas que para su

sustento debía llevar al bajel en que había de embarcarse. Quedóle siempre muy aficionada y devota, y desde aquel punto le tuvo por santo, de modo que, al contar esto, se le caían las lágrimas, y siempre decía: "Creedme, hijas mías, que este hombre será santo en el cielo y en la tierra, según el buen principio que tiene"[5].

En el mismo embarcarse palpóse la dulce Providencia de Dios, de quien fiaba Ignacio todas sus cosas. He aquí lo que cuenta el P. Gabriel Álvarez, sacado de testigos presenciales: "Dos embarcaciones había entonces que iban a Italia: la una era un bergantín armado, la otra una nave que está reparándose.

Nuestro Padre quería tomar el primero porque costaba menos, y tal vez también porque en él no iba tanta gente; pero el Señor estórbeselo por este camino, que manifiesta ser cosa suya. Estaba el Santo Padre oyendo un sermón (en la iglesia de San Justo), sentado en las gradas del altar entre los niños para más humillarse y esconderse, pero descubrióle el Señor con un resplandor maravilloso que le salía del rostro. Si lo vieron muchos o no, lo ignoramos; pero es cierto que por lo menos lo vio una, que era Isabel Roser, ;dama noble y principal y muy conocida en Barcelona y en,' toda Cataluña. Estando esta señora oyendo el sermón y viendo resplandecer el rostro de Ignacio, sintió dentro de sí como una voz que le decía : "llámale, llámale". Por entonces, atendiendo al tiempo y al lugar, disimuló. Pero concluido el sermón, llega a su casa y da cuenta de ello a su marido, que también era persona principal; determinan los dos buscarle y quiso Dios que pronto le hallasen. Convídanlo a comer, y de sobremesa le dicen que ha de pagar el escote, diciéndoles alguna cosa de Nuestro Señor. El huésped agradecido, que no necesitaba espuela para esta carrera, ya que él era quien buscaba ocasiones para hablar de Dios, ahora que tan buena se 1e ofrecía, habló de manera, con tal eficacia y espíritu, que dejó pasmados a los que le oían, y muy aficionados y devotos a su persona. Y atendiendo que estaba a punto de embarcarse en el bergantín ya dicho;

[5] *Procesos*, fol. 290.

tanto por parecerles peligrosa armella embarcación, como porque en la otra nave salía para Italia un Obispo pariente de aquel señor, persuadieron a Ignacio que, dejando el bergantín, saliese en la otra nave. Vino en ello Ignacio y sacó del bergantín algunos libros que había ya metido. Sa[1]e el bergantín, y a la vista misma de Barcelona perdióse. Así el Señor libró a Nuestro B. Padre por medio de Isabel Roser, y ella le quedó tan aficionada y devota todos los días de su vida, como se puede ver por lo que escriben el P. Rivadeneira y el P. Juan Maffeo, y de lo que diremos después"[6].

Esta confianza puesta en sólo Dios y no en ninguna criatura quiso San Ignacio dejarla en dote y herencia a su Compañía. Así lo enseña al que pide entrar en ella, en el primer capítulo del *Examen,* que le presenta, para que sepa cuál ha de ser su espíritu. Por todo cuanto trabaje en esta religión: misas, predicación, enseñanza y cualquier otro ministerio, sepa que no ha de recibir compensación alguna "de nadie" sino de solo Dios, en cuyo obsequio puramente ha de hacer todas las cosas"[7]. Con el mismo fin envía a peregrinar sin dinero alguno, "porque, dice, dejada toda esperanza, que podría poner en el dinero y otras cosas criadas, la ponga en su Criador y Señor enteramente, con fe verdadera y fervoroso amor"[8].

2º VIAJE A ITALIA Y JERUSALEN

No nos consta cierto el día en que Ignacio se embarcó; pero debió de ser hacia el día de San José. "Tuvieron viento tan recio en popa, dice la *Autobiografía,* que llegaron desde Barcelona a Gaeta en cinco días con sus noches, aun con harto temor de todos por la mucha tempestad. Gabriel Perpinyá entró en la nave como paje de un Comendador de San Juan de Jerusalén, y da testimonio de "que veía al Padre Ignacio en continua oración, unas veces sobre cubierta, otras veces abajo

[6] *Historia de la Provincia de Aragón*, cap. IX.
[7] *Examen*, cap. I, n. 3.

[8] Ibíd., cap. IV, n. 12.

por los rincones más bajos y solitarios. Nunca vio que cenase en todo el camino, sino que comía sólo una vez al día, y la comida se la daba el Comendador de San Juan, el cual, viéndole tan pobremente vestido y tan dado a la oración, le convidó por amor de Dios a su mesa durante todo el viaje"[9].

De Gaeta, Ignacio pasó a Roma. "Por toda aquella tierra, dice, se temían de pestilencia, mas él, como desembarcó comenzó a caminar para Roma. De aquellos que venían en la nave, se le juntaron en compañía de una madre con una hija que traía en hábito de muchacho, y otro mozo. Estos le seguían, porque también mendigaban. Llegados a una casería hallaron un grande fuego, y muchos soldados a él, los cuales les dieron de comer, y les daban mucho vino, invitándolos de manera que parecía que tuviesen intento de (calentarles). Después los apartaron, y comiendo la madre y la hija en una cámara, y el peregrino con el mozo en un establo. Más cuando vino la media noche, oyó que allá arriba se daban grandes gritos, y levantándose para ver lo que era, halló la madre ' y la hija abajo en el patio muy llorosas, lamentándose (faltan cuatro palabras). A él le vino con esto un ímpetu tan grande, que empezó a gritar, diciendo: "¿Esto se ha de sufrir?" y semejantes quejas; las cuales decía con tanta eficacia que quedaron espantados todos los de la casa, sin que ninguno le hiciese mal ninguno. El mozo ya había huido, y todos tres empezaron a caminar así de noche"[10].

Este mozo parece haber sido el Gabriel Perpinyá, quien, en este caso, habría ido con su madre y hermana. Esto decimos, porque él, en los procesos, cuenta un caso semejante, añadiendo que, estando él muy espantado, Ignacio les animaba, diciéndole: "No temas, Gabriel; sepas que Dios está con nosotros y nos ayudará y

[9] *Procesos de canonización*, fol. 378.

[10] *Autobiografía*, *n. 38*.

defenderá". Luego dice que vino el Comendador con gente armada y a golpes de espada hizo huir a aquellos malhechores.

Como era tiempo de peste, las ciudades estaban acordonadas, y era difícil vivir sin poder pedir limosna. La Autobiografía narra el siguiente caso: "Llegados a una ciudad que estaba cerca, la hallaron cerrada; y no pudiendo entrar, pasaron todos tres aquella noche en una iglesia que allí estaba, llovida. A la mañana no les quisieron abrir la ciudad, y por de fuera no hallaban limosna, aunque fueron a un castillo que parecía cerca de allí, en el cual el peregrino se halló flaco, así del trabajo del mar, como de lo demás, etc.

Y no pudiendo más caminar, se quedó allí. Y la madre y la hija se fueron hacia Roma. Aquel día salieron de la ciudad mucha gente; y sabiendo que venía allí la señora de la tierra, se le puso delante, diciéndole que de sola flaqueza estaba enfermo; que le pedía dejase entrar- en la ciudad para buscar algún remedio. Ella lo concedió fácilmente. Y empezando a mendigar por la ciudad, halló muchos cuatrines, y rehaciéndose allí dos días, tornó a proseguir su camino, y llegó a Roma el domingo de Ramos"[11]. Este día fue el 29 de marzo de 1523.

En Roma pasó Ignacio devotamente las fiestas de Semana Santa y Pascua de Resurrección, tratando entre tanto del viaje a Tierra Santa, que en todo caso debía empezar en Venecia. "Todos los que le hablaban, dice él, sabiendo que no llevaba dineros para Jerusalén, lo empezaron a disuadir la ida, afirmándole con muchas razones que era imposible hallar pasaje sin dineros; -mas él tenía una grande certidumbre en su alma, que no podía dudar sino que había de hallar "" modo para ir a Jerusalén. Y habiendo tomado la bendición del Papa Adriano IV, después se partió para Venecia ocho días o nueve después de Pascua de Resurrección. Llevaba todavía seis o siete ducados, los cuales le habían dado para el pasaje de Venecia a Jerusalén, y él los había tomado, vencido algo de los temores que le ponían de no

[11] *Autobiografía*, *n. 39.*

pasar de otra manera. Más dos días después de ser salido de Roma empezó a conocer que aquello había sido la desconfianza que había tenido, y Le pesó mucho de haber tomado los ducados, y pensaba si sería bueno dejarlos. Más al fin se determinó a gastarlos largamente en los que se ofrecían, que ordinariamente eran pobres. E hízolo de manera que cuando después llegó a Venecia, no llevaba más que algunos cuatrines, que aquella noche le fueron necesarios".

"Todavía por este camino hasta Venecia, por las guardas que eran de pestilencia, dormía por los pórticos, y alguna vez le acontecieren levantándose a la mañana, topar con un hombre, el cual en viendo que le vio, con grande espanto se puso a huir, porque parece que le debió de ver muy descolorido".

"Caminando así, llegó a Choza y con algunos compañeros, que se le habían adjuntado, supo que no les dejarían entrar en Venecia; y los compañeros determinaron ir a Padua para tomar allí cédula de sanidad, y así partió él con ellos; mas no pudo caminar tanto, porque caminaban muy recio,' dejándole, casi noche, en un grande campo, en el cual estando, le apareció Cristo de la manera que le solía aparecer, como arriba hemos dicho, y lo confortó mucho. Y con esta! consolación, el otro día, a la mañana, sin contrahacer cédula,! como creo habían hecho sus campaneros, llega a la puerta de; Padua, y entra, sin que los guardas le demandasen natía; y¡ lo mismo le acaeció a la salida; de lo cual se espantaron mucho sus compañeros que venían a tomar cédula para ir a Ve-í necia, de la cual él no se curó".

"Y llegados a Venecia vinieron los guardas a la barca para examinar a todos, uno por uno, que hartos había en, ella; y a él sólo dejaron. Manteníase en Venecia mendigando y dormía en la plaza de San Marcos; mas nunca quiso ir a casa del embajador del Emperador, ni hacía diligencia es pedal para buscar con qué pudiese pasar; y tenía una gran certidumbre en su alma, que Dios le había de dar modo para ir a Jerusalén; y ésta le confirmaba tanto, que ningunas razones y miedos que L ponían, le podían hacer dudar".

"Un día le topó un hombre rico español y le preguntó lo que hacía y dónde quería ir; y sabiendo su intención, lo llevó a córner a su casa, y después lo tuvo algunos días hasta que se aparejó la partida. Tenía el peregrino esta costumbre ya desde Manresa, que cuando comía con alguno, nunca hablaba en la tabla, sino fuese responder brevemente, mas estaba escuchando lo que se decía, y cogiendo algunas cosas, de las cuales tomase ocasión para hablar de Dios; y, acabada la comida, lo hacía".

"Y esta fue la causa porque el hombre de bien con toda su casa tanto se aficionaron a él, que le quisieron tener y esforzaron a estar en ella, y el mismo huésped le llevó al Duque de Venecia para que le hablase, esto es, le hizo dar entrada y audiencia. El Duque, como oyó al peregrino le mandó que le diesen embarcación en la nave de los gobernadores que iban a Chipre".

"Aunque aquel año eran venidos muchos peregrinos a Jerusalén, muchos de ellos eran vueltos a sus tierras por el nuevo caso que había acaecido de la tomada de Rodas. Todavía había trece en la nave peregrina, que partió primero, y ocho o nueve que quedaban para la de los gobernadores; la cual estando para partirse, le vino al nuestro peregrino una grave enfermedad de calenturas; y después de haberle tratado mal algunos días, le dejaron, y la nave se partía el día que él había tomado una purga. Preguntaron los de casa al médico si podría embarcarse para Jerusalén, y el médico dijo que, para allá ser sepultado, bien se podía embarcar; mas él se embarcó y partió aquel día; y vomitó tanto, que se halló muy ligero y fue del todo comenzando a sanar. En esta nave se hacían algunas suciedades y torpezas manifiestas, las cuales él reprendía con severidad".

"Los españoles que allí iban le avisaban no lo hiciese, porque trataban los de la nave de dejarle en alguna ínsula. Mas quiso Nuestro Señor que llegaron presto a Chipre, adonde, dejada aquella nave, se fueron por tierra a otro puerto que se dice Las Salinas, que estaba diez leguas de allí, y entraron en la nave peregrina, en la

cual tampoco no metió más para su mantenimiento que la esperanza que , llevaba en Dios, como había hecho en la otra. En todo esté tiempo le aparecía muchas veces Nuestro Señor, el cual le daba mucha consolación y esfuerzo; mas parecíale que veía una cosa redonda y grande, como si fuese de oro, y esto se le representaba. Después de partidos de Chipre, llegaron a Jafa; y caminando para Jerusalén en sus asnillos, como se acostumbra, antes de llegar a Jerusalén dos millas, dijo un español noble, según parecía, llamado por nombre Diego Manes, con mucha devoción a todos los peregrinos, que, pues de ahí a poco habían de llegar al lugar de donde se podría ver la santa ciudad, que todos se aparejasen en sus conciencias y que fuesen en silencio".

"Y pareciendo bien a todos, se empezó cada uno a recoger; y un poco antes de llegar al lugar donde se veía, se apearon, porque vieron los frailes con la cruz, que los estaban

Esperando y viendo la ciudad, tuvo el peregrino gran consolación; y según los otros decían, fue universal en todos, con una alegría, que no parecía natural, y la misma devoción sintió siempre en las visitaciones de los lugares santos"[12].

3º ESTANCIA EN JERUSALÉN Y REGRESO A BARCELONA

Mes y medio aproximadamente estuvo Ignacio venerando aquellos lugares santificados por la vida, pasión y muerte de Nuestro Señor Jesucristo, por la presencia de la Virgen Santísima y por la primera predicación de los Apóstoles. Después de haber visto tantísimas veces a Jesús y María en sus apariciones, y teniéndoles aquel amor personal, que parecía de naturaleza y era al mismo tiempo más que natural; aquellas visitas santas, más que recuerdos, debían parecerle realidades y reproducciones de las escenas sagradas.

[12] *Autobiografía*, *n. 40-45*

Es muy probable que algunas de las palabras más íntimas y sentidas d-e los Ejercicios en las meditaciones de la vida del Señor, fuesen allí añadidas como fruto de la propia experiencia en aquellos días memorables, en que le parecían,ya haber llegado al término de su ideal: vivir y morir en donde vivió y murió Jesucristo, y allí trabajar por implantar su reino en la tierra. Pero volvamos ya a tomar el hilo de la Autobiografía.

"Su firme propósito era quedarse en Jerusalén visitan do siempre aquellos lugares santos; y también tenía propósito, a más de esta devoción, de ayudar las ánimas; y para este efecto traía cartas de encomienda para el Guardián, las cuales le dio, y le dijo su intención de quedar allí por su devoción, mas no la segunda parte de querer aprovechar las ánimas, porque esto a ninguno lo decía, y la primera había muchas veces publicado. El Guardián le respondió que no venía cómo su quedada pudiese ser, porque la casa estaba en tanta necesidad, que no podía mantener los frailes, y por esta causa estaba determinado de mandar con los peregrinos algunos a estas partes. Y el peregrino respondió que no quería ninguna cosa de la casa, sino solamente que, cuando algunas veces él viniese a confesar, le oyesen de confesión. Y con esto el Guardián le dijo que de aquella manera se podría hacer; mas que esperase hasta que viniese el Pro- vincial (creo que era el supremo de la Orden en aquella , tierra), el cual estaba en Belén. Con esta promesa se aseguró el peregrino, y empezó a escribir cartas para Barcelona para personas espirituales".

Interrumpamos la narración dulcísima de San Ignacio, para hacer memoria de una de esas cartas, recibida por la familia Pascual. De ella se habla, y con palabras muy ponderativas, en los procesos de beatificación. Inés Pascual dice que: "era muy larga, de tres hojas, que el Padre Ignacio la había escrito a su padre estando en Jerusalén, y en ella le daba cuanto había hecho en Jerusalén, y por todo el camino, que era gloria el oírla leer, porque escribía con términos y palabras de tanta santidad, que quienquiera que las oyese era forzado a decir que las había escrito

un santo. Mi padre no podía leerlas sino con las lágrimas en los ojos y suspirando, y las guardaba y estimaba como reliquias de un santo, y por tales las tenía y reputaba"[13]. Dejemos ahora otra vez la palabra a Ignacio.

Teniendo ya escrita una (carta) y estando escribiendo la, otra, víspera de la partida de los peregrinos, le vienen a llamar de parte del Provincial y del Guardián porque había llegado; y el Provincial le dice con buenas palabras cómo había sabido su buena intención de quedar en aquellos lugares santos; y que había bien pensado en, la cosa; y que por la experiencia que tenía de otros, juzgaba que no convenía. Porque muchos habían tenido aquel deseo, y quién había sido preso, quién muerto; y que después la religión quedaba obligada a rescatar los presos; y por tanto él se aparejase de ir el otro día con los peregrinos. El respondió esto: que él tenía este propósito muy firme, y que juzgaba por ninguna cosa dejarlo de poner en obra; dando honestamente a entender que, aunque el Provincial no le pareciese, si no fuese cosa que le obligase a pecado, que él no dejaría su propósito por ningún temor. A esto dijo el Provincial que ellos tenían autoridad de la Sede Apostólica para hacer ir de allí, o quedar allí, quien les pareciese, y para poder descomulgar a quien no les quisiese obedecer, y que en este caso ellos juzgaban que él no debía de quedar, etc."

"Y queriéndole demostrar las bulas, por las cuales le podía descomulgar, él dijo que no era menester verlas; que él creía a sus Reverencias; y pues que así juzgaban con la autoridad que tenían, que él les obedecería".

"Y acabado esto, volviendo donde antes estaba, le vino grande deseo de tornar a visitar el monte Olívete antes que se partiese, ya que no era voluntad de Nuestro Señor que él quedase en aquellos santos lugares. En el monte Olívete está una piedra, de la cual subió Nuestro Señor a los cielos, y se ven aun ahora las pisadas

[13] *Procesos de Beatificación, fol. 158.*

impresas, y esto es lo que él quería tornar a ver. Y así, sin d.cir ninguna cosa ni tomar guía (porque los que van sin turco por guía corren gran peligro), se descabulló de los otros, y se fue solo al monte Olívete. Y no lo querían dejar entre los guardas. Les dio un cuchillo de las escribanías que llevaba; y después de haber hecho .su oración con harta consolación, le vino deseo de ir a Betfage, y estando allá, se tornó a acordar que no había , mirado en el monte Olivete a qué parte estaba el pie derecho, ' o a qué parte el izquierdo; y tornando allá, creo que dio las tijeras a los guardas para que le dejasen entrar".

"Cuando en el monasterio se supo que él era partido ., así sin guía, los frailes hicieron las diligencias para buscarles; y así, descendiendo él del monte Olivete, topó con un cristiano de la cintura, que servía en el monasterio, el cual, con un grande bastón y con muestra de grande enojo, hacía señas de darle. Y llegando a él, trabóle reciamente del brazo, y él se dejó fácilmente llevar. Mas el buen hombre nunca le desasió. Yendo por este camino así asido del cristiano de^ la cintura, tuvo de Nuestro Señor grande consolación, que le parecía que veía a Cristo siempre sobre él. Y esto hasta que llegó al monasterio duró siempre en grande abundancia".

"Partieron el otro día, y llegados a Chipre, los peregrinos se apartaron en diversas naves. Había en el puerto tres o cuatro naves para Venecia; una de turcos, y otra era un navío muy pequeño, y la tercera era una nave muy rica y poderosa de un hombre muy rico veneciano. Al patrón de ésta pidieron algunos peregrinos quisiese llevar al peregrino; mas él, como supo que no tenía dineros, no quiso, aunque muchos se lo rogaron alabándole, etc. Y el patrón respondió que, si era santo, que pasase, como pasó Santiago, o cosa símil. Estos mismos rogadores lo alcanzaron fácilmente del; patrón del pequeño navio. Partieron un día con próspero" viento por la mañana, y a la tarde les vino una tempestad, con que se despartieron unas de otras, y la grande se fue a perder junto a las mismas islas de Chipre, y sólo la gente se salvó, y la de turcos se perdió, y toda la gente con ella, con la misma tormenta. El navio pequeño pasó mucho trabajo., y al fin vinieron a tomar

una tierra de la Apulia. Y esto en la fuerza del invierno; y hacía grandes fríos y nevaba; y el 'peregrino no llevaba más ropa que unos zaragüelles de tela gruesa hasta la rodilla, y las piernas nudas, con zapatos y un jubón de tela negra, abierto con muchas cuchillas por las espaldas, y una ropilla corta de poco pelo".

"Llegó a Venecia mediado enero del año 24, habiendo estado en el mar desde Chipre todo el mes de noviembre y diciembre, y lo que era pasado de enero. En Venecia le halló uno de aquellos dos que le habían acogido en su casa antes que partiese para Jerusalén, y le dio de limosna 15 ó 16 ... julios y un pedazo de paño., del cual hizo muchos dobleces, y le puso sobre el estómago por el gran frío que hacía".

"Después que el dicho peregrino entendió que era voluntad de Dios que no estuviese en Jerusalén, siempre vino consigo pensando qué debía hacer, y al fin se inclinaba más a estudiar y se determinaba ir a Barcelona; y así se partió de Venecia para Génova. Y estando un día en Ferrara en la iglesia principal, cumpliendo con sus devociones, un pobre le pidió limosna, y él le dio un marquete, que es moneda de cinco o seis cuatrines, y después de aquél vino otro, y le dio otra monedilla que tenía, algo mayor. Y al tercero, no teniendo sino julios, le dio un julio. Y como los pobres veían que daba limosna, no hacían sino venir, y así se acabó todo lo .que traía. Y al fin vinieron muchos pobres juntos a pedir 'limosna. El respondió que le perdonasen, que no tenía nada .más".

"Y así se partió de Ferrara para Génova. Halló en el camino unos soldados españoles; que aquella noche le hicieron buen tratamiento; y se espantaron mucho cómo hacía aquel camino, porque era menester pasar casi por medio de entrambos los ejércitos, franceses e imperiales, y le rogaban que dejase la vía real, y tomase otra segura, que le enseñaron. Mas él no tomó su consejo, sino que caminando su camino derecho, topó con un pueblo quemado y destruido,

y así hasta la noche no halló quien le diese nada para comer. Mas cuando fue a puesta del sol, halló un pueblo cercado, y los guardias le cogieron luego, pensando que fuese espía; y metiéndole en una casilla junto a la puerta, le empezaron a examinar, como se suele hacer cuando hay sospecha; y respondiendo a todas las preguntas, que no sabía nada. Y le desnudaron, y hasta los zapatos le escudriñaron, para ver si llevaba alguna letra. Y no pudiendo saber nada por ninguna vía trabaron de él para que viniese al capitán; que él le haría decir. Y diciendo él que le llevasen cubierto con su ropilla, no quisieron dársela, y lleváronlo así con los zaragüelles y jubón arriba dichos".

"En esta ida tuvo el peregrino como una representación de cuando llevaban a Cristo, aunque no 'fue visión como las otras. Y fue llevado por tres grandes calles; y él iba sin ninguna tristeza, antes con alegría y contentamiento. El tenía costumbre de hablar, a cualquiera persona que fuese, por vos, teniendo esta devoción, que así hablaba Cristo y los Apóstoles, etc. Yendo así por estas calles, le pasó por la fantasía que sería bueno dejar aquella costumbre en aquél trance y hablar por señoría al capitán, y esto con algunos temores de tormentos que le podían dar, etc.

Mas, como conoció que era tentación; pues así es, dice, yo no le hablaré por señoría, ni le haré reverencia, ni le quitaré la caperuza".

"Llegan al palacio del capitán, y déjanle en una sala baja, y de allí a un rato le habla el capitán. Y él sin hacer ningún modo de cortesía, responde pocas palabras y con notable espacio entre una y otra. Y el capitán le tuvo por loco, y así dijo a los que lo trajeron; este hombre no tiene seso; dadle lo suyo y echadle fuera. Salido del palacio, luego halló un español que allí vivía, el cual lo llevó así a su casa, y le dio con qué desayunarse, y todo lo necesario para aquella noche. Y partido a la mañana', caminó hasta la tarde, que le vieron dos soldados, que estaban en una torre, y bajaron a prenderle. Y llevándole al capitán, que era francés, el capitán le

preguntó, entre las otras cosas, de qué tierra era; y entendiendo que era de Guipúzcoa, le dijo: "yo soy de allí cerca" parece ser junto a Bayona, y luego dijo; "llevadle y dadle de cenar, y hacedle buen tratamiento". En este camino de Ferrara para Genova pasó otras cosas muchas menudas, y al fin llegó a Génova, donde le conoció un vizcaíno, que se llamaba Portuño, que otras veces le había hablado, cuando él servía en la corte del Rey católico. Este le hizo embarcar en una nave que iba a Barcelona, en la cual corrió mucho, peligro de ser tomado de Andrea Doria, que le dio caza, el cual entonces era francés"[14].

Desembarcó .en Barcelona a mediados de cuaresma de 1524, habiendo empleado un año justo en su peregrinación a Tierra Santa.

[14] *Autobiografía, n. 45-53.*

Capítulo V

ESTUDIOS

(1524-1535)

1º BARCELONA

(marzo de 1524-julio de 1526)

Dícenos Ignacio que, en el viaje de regreso de Tierra Santa, iba discurriendo frecuentemente qué haría, cuál sería la voluntad de Dios para llevar adelante sus ideales de santificarse y santificar a los demás. Oigamos de sus labios cuál fue su deliberación.

"Cuando el peregrino en Barcelona consultaba si estudiaría cuanto toda su cosa era si, después que hubiese estudiado, si entraría en religión, o si andaría así por el mundo. Y cuando le venían pensamientos de entrar en religión, luego le venía seseo de entrar en una estragada y poco reformada, habiendo de entrar en religión, para más padecer en ella; y también pensando que quizá Dios les ayudaría a ellos; y dábale Dios una grande confianza que sufriría bien todas las afrentas y injurias que le hiciesen"[1]. La resolución fue estudiar ahora, y después buscar compañeros que fuesen de su mismo sentir.

En el priorato de San Pablo,' que está cerca de Manresa, conocía él un fraile benedictino muy amigo suyo, que se llamaba Alfonso de Agurreta, el cual le podía enseñar la Gramática. En Manresa lo tendría todo: maestro, personas amigas que le ayudasen, y ambiente propicio para hacer bien a los demás. "Llegado a Barcelona, dice la *Autobiografía,* comunicó su inclinación de estudiar con Isabel Roser, y con un maestro Ardébalo, que enseñaba Gramática. A entrambos pareció

[1] *Autobiografía*, n. 71

muy bien, y él ofreció enseñarle de balde, y ella de dar lo que fuese menester para sustentarse. Tenía el peregrino en Manresa un fraile, creo que de San Bernardo (ya dijimos que era benedictino), hombre muy espiritual, y con éste deseaba estar para aprender, y para poderse dar más cómodamente al espíritu, y aun aprovechar a las ánimas. Y así respondió que aceptaba la oferta, si no hallase en Manresa la comodidad que esperaba. Mas ido allá, halló que el fraile era muerto, y así, vuelto a Barcelona, comenzó a estudiar con harta diligencia"[2].

Nos consta, pues, que Ignacio volvió a Manresa un año después que de allí salió. ¡Cómo se le renovarían todas aquellas grandes cosas que Nuestro Señor había hecho con él en aquella su "Iglesia primitiva"!

Tenía Ignacio treinta y tres años. Los procesos están llenos de testimonios que ponderan la humildad, modestia y piedad con que iba por las calles y asistía a la clase mezclado con los niños de poca edad. Es muy interesante, entre todos, lo dicho por Sor Estefanía de Rocaberti, priora de las Carmelitas Descalzas de Barcelona, tanto por la importancia personal de esta insigne monja y de su madre, de quien había recibido las noticias, como por la ternura que respiran sus palabras: "Mira, hija mía, le decía su madre, doña Ana de Rocaberti, has de saber que, si hubieses visto, como yo, andar por Barcelona al Padre Ignacio, te hubieras también hecho devota suya como yo lo fui; y esto porque andaba y trataba con una santidad y una humildad tan grandes, que parecía como si le resplandeciese el rostro. Cuando respondía a las palabras que se le dirigían, eran las suyas tan eficaces, que se metían en el corazón de cuantos las oían. Dijóle también su madre que le vio muchas veces ir a la escuela de esta ciudad, para aprender la Gramática, que enseñaba entonces Mosén Ardébol, y cuando pasaba, fijaba mi madre en él sus ojos,

[2] *Autobiografía*, n. 54,

porque se edificaba de ver aquel rostro tan honesto y honrado, y el cuerpo tan penitente, y descalzos los pies, esto es, sin suelas"[3].

Vivía en casa de Inés Pascual. "Estudió Gramática en mi casa, dice Juan Pascual, y tuvo siempre a su disposición la biblioteca que en ella tenemos del dicho Antonio Pujol, mi tío, que era muy copiosa, curiosa y rica. Dormía siempre y comía en esta mi casa, en donde vivo ahora, es la que hace esquina a la calle de Cotoners... Durante el tiempo que estuvo en mi casa, cada noche me hablaba mil cosas de Nuestro Señor, del desprecio del mundo y de sus bienes, para hacerme estimar los verdaderos. . . Aconsejábame la frecuencia de sacramentos, el amor y el temor de la ley de Dios, y la obediencia a la voluntad de mi madre. Dormía casi cada noche en tierra, sin acostarse en la cama, y pasaba la mayor parte de ella en oración arrodillado al pie de la misma cama, y muchas noches yo le miraba, y veía el aposento lleno de resplandor, y él levantado en el aire, de rodillas, llorando y suspirando y diciendo: "Dios mío, cuán infinitamente bueno sois, pues sufrís a quien es tan malo y perverso como yo."

Era entonces Juan Pascual jovencito y dormía en la misma pieza de Ignacio. Dice que se fingía .dormido, para ver todas las cosas que nos ha contado. Otras veces dice que le oía exclamar: "¡Oh, Señor, si

los hombres os conociesen no os ofenderían, sino que os amarían!" Apenas se removía el joven, como si despertase, levantábase Ignacio de la oración, y acercándose a él, le decía con mucho amor: "Hijo mío, *¿no* duermes? Duerme, hijo mío, .duerme". Inés Pascual dice que "estando a la mesa, fijaba los ojos en una cena del Señor, que tenía delante, y quedaba muy abstraído de devoción"[4].

Comulgaba ordinariamente en la iglesia de Santa María del Mar, por ser ésta su parroquia, y por la gran devoción que sentía ante el altar de la Madre de Dios. En

[3] *Procesos de beatificación*, **íol, 291**
[4] *Procesos de canonización*, fols. 147 y 149.

la misma iglesia se colocaba sentado en una grada de la primera capilla a mano derecha, entrando por la puerta de la calle de Sombrerers, y pedía limosna a los que tomaban agua bendita de la pila que a su lado tenía[5]. Confesábase en el convento franciscano de Santa María de Jesús, situado fuera de las murallas, en el mismo lugar en que hoy se halla el convento e iglesia de las religiosas de la Enseñanza; siendo su confesor Fr. Diego de Alcántara, religioso de santa memoria en aquella comunidad, que había hospedado al mismo San Pedro de Alcántara, al B. Nicolás Factor y al taumaturgo catalán B. Salvador de Horta.

Entre las iglesias que con más devoción visitaba, figuran en primer término la Catedral y la cripta de Santa Eulalia. Aquella santa portera del convento de las Jerónimas, Antonia Strada, continuó el trato espiritual y buenas .obras; con San Ignacio. Casi cada día le hacía limosna, y él, en buena correspondencia, le trajo de Jerusalén un cofrecito de, reliquias, que se conservó hasta la quema de aquel convento en el mes de julio de 1909. Los procesos dicen que en aquel convento fue visto Ignacio alguna vez rodeado de resplandores.

En Barcelona volvió el demonio a tentarle con aquella tentación insidiosa y engañosa de Manresa. "Impedíale, dice, mucho una cosa, y era que, cuando comenzaba a decorar, como es necesario en los principios de la Gramática, le venían

[5] En memoria de esta costumbre de San Ignacio, hay allí una lápida que lo conmemora. Esta grada es más alta que las demás correspondientes en esta y en las otras dos puertas. Un documento parroquial nos dice que es también en memoria de San Ignacio, y lo explica así. Las seis pilas de agua bendita de las tres puertas, Mayor, Moreras y Sombrerers, estaban colocadas muy altas, de manera que resultaban poco modestas para las señoras. Los militares se aprovechaban de ello, y con escándalo del pueblo, se ponían cerca a mirar. Resolvióse bajar las pilas. Pero resultó de aquí otro inconveniente, y era que alcanzaban a ellas los perros. Resolvióse entonces rebajar las gradas que tenían al lado, excepto la nuestra, porque "en ella mendigaba San Ignacio", dice el documento, que es de I[9] de marzo de 1717, en el *Ceremonial de la obra*.

nuevas inteligencias de cosas espirituales y nuevos gustos; y esto con tanta manera, que no podía decorar, ni por mucho que repugnase, las podía echar.

Y así, pensando muchas veces sobre esto, decía consigo; ni cuando yo me pongo en oración y estoy en la misa no me vienen estas inteligencias tan; y así poco a poco vino a conocer que aquello era tentación. Y después de hecha oración, se fue a Santa María de la Mar, junto a la casa del maestro, habiéndole rogado que le quisiese en aquella iglesia oír un poco.

Y así, sentados, le de clara todo lo que pasaba por su alma fielmente, y cuan poco provecho hasta entonces por aquella causa había hecho; mas que él le hacía promesa al dicho maestro diciendo: "yo os prometo de nunca faltar de oíros estos dos años, en cuanto: en Barcelona hallare pan y agua con que poderme mantener".' Y como hizo esta promesa con harta eficacia, nunca tuvo más aquellas tentaciones".

"El dolor de estómago, que le tomó en Manresa, por causa del cual tomó zapatos, le dejó, y se halló bien del estómago desde que partió para Jerusalén. Y por esta causa, estando en Barcelona estudiando, le vino deseo de tornar a las penitencias pasadas; y así empezó a hacer un agujero en las sucias de los zapatos. Ibalos ensanchando poco a poco de modo que, cuando llegó el frío del invierno, .ya no traía sino la pieza de arriba"[6]. No dice más Ignacio en la *Autobiografía;* pero por los testigos de los procesos sabemos que se alargó mucho más en la penitencia. Los ayunos eran continuos y durísimos. Para ocultarse a las miradas de los que podían verlo, se retiró de la mesa de la familia Pascual, y comía arriba en el segundo piso, en la misma pieza en que dormía. Así ahorraba de lo que le daban y lo distribuía entre los pobres.

"Inés Pascual, dicen los procesos, viendo la grande abstinencia, oración, ayunos y disciplinas, corregía y advertía con entrañas de piedad al dicho Padre Ignacio que

[6] *Autobiografía*, n. 54-55.

no quisiese macerar en tal manera su persona"[7]. No aprovechando nada sus amorosas quejas, aquella señora se lo dijo a su confesor, que lo era también de Ignacio. Él le mandó por obediencia que comiese a la mesa de la familia, tomando lo que le diesen, y que se sacase el durísimo cilicio que traía. La razón que le dio fue para que así pudiese llevar adelante sus estudios.

Era también muy intensa su vida de celo en bien de las almas, sobre todo las de los pobres necesitados. Además de la limosna que él recogía., "le enviaban pan blanco y tierno las señoras doña Guiomar Dalla y Desplá, abuela del Ilustrísimo Sr. Marqués de Aitona, doña Isabel de Requesens y de Boxadós, abuela del limo. Sr. Conde de Zavallá, y doña Estefanía de Requesens y de Zúñiga, madre del Comendador "mayor de Castilla, y algunas otras personas principales de la presente ciudad de Barcelona; y él lo guardaba y distribuía a los pobres vergonzantes y más necesitados"[8].

Con la caridad material se la hacía también espiritual, enseñándoles la doctrina cristiana, y dando a cada uno los consejos de vida eterna que pedía su estado particular.

Los ministerios a que se daba con más fervor eran los esencialmente espirituales. Dondequiera que entendiese podía salvar un alma, allá iba con tina divina libertad, sin que se le pusiese delante ningún respeto humano ni temor de ninguna criatura. Tenemos de ello un caso muy solemne contado por Juan Pascual, que fue testigo de toda aquella trágica historia. Para mejor entender esta narración, es de saber que la puerta de San Daniel caía a la parte del poniente del actual lago del Parque, y en el cruce de la calle de Marina con la carretera de Mataró estaba el convento de *Los Ángeles viejo,* llamado así en contraposición del de *Los Ángeles nuevo,*

[7] *Procesos de canonización*, fol. 153.

[8] *Procesos de canonización*, fol. 154

que era el convento que termina la calle de Elisabets dentro de la ciudad. Dejemos ahora la palabra a Juan Pascual.

"En el convento de los Ángeles viejos, como hoy se dice, que está fuera del Portal nuevo, cerca del de San Daniel, vivían las monjas de Santo Domingo, qué ahora están dentro de la ciudad, cerca del convento de Elisabets y del Carmen. Algunas monjas poco edificantes daban que murmurar en la ciudad, por la ligereza dé su trata con la gente seglar. Viéndolo el Padre Ignacio y pesaroso de la mala fama que iba cundiendo, y entendiendo que aquello pasaba porque no había quien dijese a las monjas lo que se decía, y les predicase la verdad; después de mucha oración y lágrimas derramadas en la presencia del Señor, pidiéndole fervor de espíritu para predicarles la verdad, y luz de la divina gracia para que ellas la conociesen y abrazasen; determinó de hacer cada día el sacrificio de ir a aquel convento a hacer algunas pláticas o exhortaciones espirituales. Y así lo hizo: ningún día dejó este ejercicio por lluvia, sol o calor, o cualquier otro trabajo que se lo quisiese estorbar".

"Fue el Señor servido que., por las oraciones y pláticas del Padre Ignacio, aquellas monjas se iluminasen de tal manera, que, apartando todas las vanidades, despidieron a todos sus devotos, causa del desorden y malestar del convento. Disgustados ellos y enojados y ciegos de pasión, sabiendo que la causa de tal mudanza eran las pláticas y consejos del Padre Ignacio; determinaron maltratarlo y hasta matarlo, si pudiesen. Mandan, pues, a un esclavo que le aguarde una tarde entre el convento y el portal de San Daniel, cuando él volviese rezando a casa. Salióle el esclavo al camino, insultólo de palabra, y después le abofeteo, le atropello y lo azotó con un látigo de cuero, hasta dejarlo por mu.rto en tierra. El Padre Ignacio, -sin queja alguna, sino alabando al Señor y pidiéndole recibiese aquel trabajo en satisfacción de sus culpas, quedó sin poder articular palabra ni removerse.

Quiso Dios que pasasen por allí unos molineros y le hallasen en tierra como muerto; montáronlo en uno de los animales, trajéronlo al portal de San Daniel, y después de haberle hecho recobrar los sentidos, le preguntaron dónde vivía, y le trajeron a nuestra casa".

"Estaba tan maltrecho, que mi madre le lloraba ya por muerto. Estuvo cincuenta y tres días en cama, sin poderse menear, de modo que para rehacerle la cama, lo habían de levantar con unas toallas, y para confortarlo, lo abrigaban con sus sábanas empapadas dos o tres veces en vino. Aunque en esta enfermedad padeció grandes dolores, sobre todo en la pierna derecha, qué ya tenía de ordinario delicada, jamás pudieron lograr que dijese quién le había atropellado, y apenas dónde le había pasado esta desgracia; sino que siempre alababa a Nuestro Señor, y pedía perdón por los malhechores y por los que le habían mandado!"

"Mi madre cuidólo y regalólo como a un hijo suyo o como a un ángel visible, pasando las noches sin acostarse, por más que el Santo lo resistía, aunque reconociendo el respeto y amor que ella le tenía. Visitóle la flor de la nobleza de Barcelona, tanto damas como caballeros. Tales fueron doña Estefanía de Requesens, hija del Conde de Palamós y esposa del; Comendador mayor de Santiago, don Juan de Requesens; doña Isabel de Boxadós; doña Guimar Gralla; doña Isabel de Jossa, y otras de las principales de la ciudad". Los procesos nos dan alguna noticia más particular.

Dicen que la persona causadora de esta desgracia era de calidad, que el esclavo era un negro, que se llegó hasta a administrar a Ignacio la Extremaunción, y que en esta ocasión entrando en el aposento doña Inés, encontró al enfermo rodeado de resplandores, y que él le rogó que no lo dijese a nadie. Diciéndole una vez doña Inés que no volviese más a aquel convento, Ignacio contestó: "¿Qué cosa podría haber más dulce para mí que morir por amor de Jesucristo y del prójimo? Esto es lo que

yo quería". Cuando fue atropellado, le acompañaba un buen sacerdote, llamado Musén Pujalt, el cual también fue maltratado a garrotazos por el esclavo.

Luego que Ignacio pudo caminar, volvió en seguida al convento de los Ángeles para acabar su reforma. Fue ésta muy consoladora, como lo fue también la conversión del desgraciado que había sido la causa de todo, pues dicen los procesos que "fue a pedirle perdón con mucha humildad, y se abstuvo de sus indignas visitas al monasterio". Otro testigo añade que en adelante le ayudaba con limosnas como lo hacían también las otras personas que hemos nombrado[9].

Debemos poner aquí el gran beneficio hecho por San Ignacio a un suicida. Venía un día el Santo de los Ángeles Viejos, y entrando por la puerta de San Daniel, pasó por el llano de Llull y calle de Bell-lloc, en donde encontró amontonada gran muchedumbre de gente.

Dícenle que han hallado a un hombre ahorcado en su casa, que estaba en dicha calle, esquina a la travesía del Julivert. Sube Ignacio a la casa y ve a aquel desdichado amoratado y negro, que, por haber el tribunal fallado contra él un pleito, que tenía con un hermano suyo, se había colgado del techo. Ignacio se hinca, ora, y levantándose pide un cuchillo y corta la cuerda. Cae en tierra el cuerpo dando un gran golpe, y queda sin movimiento ni señal de vida. Vuelve Ignacio a hincarse en oración, saca el Cristo que siempre llevaba encima, lo pone sobre .el pecho de aquel desdichado invocando el nombre de Jesús, y llámale por su nombre, ¡Lisano! Al punto abre él los ojos y contesta con gran estupor de todos los presentes, que le tenían por muerto. Ignacio le exhorta a hacer penitencia de sus pecados y sobre todo del suicidio; van a llamar al vicario de Santa María, confiésase con grandes, muestras de dolor, y muere.

Digamos ahora una palabra sobre los compañeros de Ignacio. Los Padres Cámara y Polanco, y después de ellos todos los historiadores, dicen que en

[9] *Procesos de canonización, fols. 149 y 153*

Barcelona ya tenían algunos compañeros, aunque el P. Cámara añade la limitación dubitativa "según creo". Algo raro parece esto, tanto porque nunca se habla de ello en todo el tiempo que estuvo Ignacio en Barcelona, como por ser castellanos los tres nombres que se citan. De hecho los encontramos en Alcalá, y casi nos inclinaríamos a pensar que en aquella Universidad se juntaron a Ignacio. No obstante, hay que afirmar que alguno de ellos, tal vez más tarde, fue conocido de los buenos amigos de Barcelona, ya que Ignacio les habla de ellos, escribiendo desde París.

Otros hombres encontramos al lado de Ignacio en Barcelona, si no con el carácter de verdaderos compañeros, con toda la intimidad de amigos. Tales son Mosén Pujalt, mártir del celo y del compañerismo de Ignacio; Jaime Cazador, primero Arcediano y después Obispo de la ciudad, y Juan Verdolay, sacerdote muy edificante. Cuando Ignacio preparaba la función de la Compañía, escribía desde Italia a Mosén Verdolay una carta preciosa, invitándole formalmente a juntársele, pero en un tono que parece suponer anteriores tratos en este sentido[10]. Realmente entró en la Compañía, aunque después pasó a la Cartuja. Quiso también seguirle Miguel Rodés de Gerona. Ignacio se negó a recibirle, profe- tizándole que se graduaría en leyes, y que un hijo suyo sería de la Compañía, como realmente sucedió. "Llegó la hora de partirse Ignacio de Barcelona, dice la Autobiografía, acabados dos años de estudiar, en los cuales, según le decían que había harto aprovechado, le decía su maestro que ya podía oír antes, y que fuese a Alcalá.. Mas todavía él se hizo examinar de un doctor en Teología, el cual le aconsejó lo mismo; y así se partió solo para Alcalá"[11] ([86]). Notemos este "solo", que podría confirmar lo que hemos insinuado, que los compañeros, que se nos dan como de Barcelona, fueron adquiridos en Alcalá.

[10] *Mon. Ignat, Ser. 1*, vol. 1, ep.* ***12.***
[11] *Autobiografía*, n. *56.*

La segunda demora en Barcelona duró dos años: desde la cuaresma de 1524 hasta mitad de julio de 1526.

2ª ALCALÁ

(Julio de 1526-julio de 1527)

Salió de Barcelona San Ignacio en julio de 1526. "Llegado a Alcalá, dice la Autobiografía, empezó a mendigar y a vivir de limosna. Y después, de allí a diez o doce días que vivía de esta manera, un día un clérigo, y otros que estaban con él, viéndole pedir limosna, se empezaron a reír de él y decirle algunas injurias, como se suele hacer a estos que, siendo sanos, mendigan, y pasando a este tiempo el que tenía cargo del hospital nuevo de la Tarazana., mostrando pesar de aquello, le llevó para el hospital, en el cual le dio una cámara y todo lo necesario".

"Luego como allegó a Alcalá, añade la Autobiografía, tomó conocimiento con D. Diego de Eguía, el cual estaba en casa de su hermano, que hacía imprenta en Alcalá, y tenía bien el necesario; y así le ayudaban con limosnas para mantener pobres, y tenía los tres compañeros del peregrino en su casa (se llamaba Calixto de Sa y Lorenzo Cáceres, ambos segovianos, y Juan de Arteaga, de Estepa; después se les agregó un jovencito francés, llamado Juan Reinalde). Una vez, viniéndole a pedir limosna para algunas necesidades, dijo D. Diego que no tenía dineros, mas abrióle un arca, donde tenía diversas cosas, y así le dio paramientos de lechos de di-.versos colores, y ciertos candeleros, y otras cosas semejantes,, las cuales todas, envueltas en una sábana, el peregrino se puso sobre las espaldas, y fue a remediar a los pobres"[12].

"Estudió en Alcalá casi año y medio... y estudió términos de Soto, y Física de Alberto, y el Maestro de las Sentencias"[13]. Demasiadas cosas y mal escogidas. No

[12] *Autobiografía*, n. 56 y 57.
[13] *Ibíd., n. 57*

era posible que así llegase a tener los conocimientos bien ordenados y fundados de las ciencias. Además, dos cosas le estorbaban, y eran los ministerios espirituales y las persecuciones. Digamos acerca de ellas dos palabras, copiando de la *Auto-biografía.*

"Estando en Alcalá se ejercitaba en dar ejercicios espirituales., y en declarar la doctrina cristiana; y con esto se hacía fruto a gloria de Dios.

Y muchas personas hubo que vinieron en harta noticia y gusto de cosas espirituales; y otras tenían varias tentaciones; como era una que, queriéndose disciplinar, no lo podía hacer, como que le tuviesen la mano; y otras cosas simil.es, que hacían rumores en el pueblo, máxime por el mucho concurso que se hacía dondequiera que él declaraba la doctrina".

"Había grande rumor por toda aquella tierra de las cosas que se hacían en Alcalá, y quien decía de una manera, y quien de otra. Y llegó la cosa hasta Toledo a los inquisidores; los cuales venidos a Alcalá, fue avisado el peregrino por el huésped de ellos, diciéndole que les llamaban los ensayalados, y creo que alumbrados; y que habían de hacer carnicería de ellos. Y así empezaron luego a hacer pesquisa y proceso de su vida (19 de noviembre de 1526), y al fin se volvieron a Toledo sin llamarles, habiendo venido por aquel solo efecto; y dejaron el proceso al vicario Figueroa, que ahora está con el Emperador. El cual de ahí a algunos días les llamó, y les dijo cómo se había hecho pesquisa y proceso de su vida por los inquisidores, y que no se hallaba ningún error en su doctrina ni en su vida, y que, por tanto, podían hacer lo mismo que hacían sin ningún impedimento. Mas, no siendo ellos religiosos, no parecía bien andar todos : de un hábito; que sería bien, y se lo mandaba, que los dos, mostrando el peregrino y Arteaga, tiñesen sus ropas de negro ; y los otros dos, Calixto y Cáceres, las tiñesen de leonado; y Juanico, que era mancebo francés, podría quedar así".

"El peregrino dice que harán lo que les es mandado. Más no sé, dice, qué provecho hacen estas inquisiciones; que a uno, tal, no le quiso dar un sacerdote el otro día el sacramento porque se comulga cada ocho días, y a mí me hacían dificultad. Nosotros queríamos saber si nos han hallado alguna herejía". "No, dice Figueroa, que si la hallaran, os quemar.an". "También os quemaran a vos, dice el peregrino, si os hallaran herejía". Tiñen sus vestidos, como les es mandado, y de ahí a quince o veinte días le manda Figueroa al peregrino no ande descalzo, mas que se calce ; y él lo hace así quietamente, como en todos de esa cualidad que le mandaban".

"De ahí a cuatro meses, el mismo Figueroa tornó a hacer pesquisa sobre ellos; y, a más de las sólitas causas, creo que fuesen también alguna ocasión, que una mujer casada y de cualidad tenía especial devoción al peregrino; y por no ser vista, venía cubierta, como suelen en Alcalá de Henares, entre dos luces, a la mañana, al hospital; y entrando, se descubría, y iba a la cámara del peregrino. Mas ni de esta vez les hicieron nada; ni aun después de hecho el proceso les llamaron, ni dijeron cosa alguna".

"De ahí a otros cuatro meses que él estaba ya en una casilla, fuera del hospital, vino un día un alguacil a su puerta, y le llama, y dice: "Veníos un poco conmigo". Y dejándole en la cárcel, le dice: "No salgáis de aquí hasta que os sea ordenada otra cosa". Esto era en tiempo de verano, y él no estaba estrecho, y así venían muchos a visitarle, *máxime* uno, y era su confesor (era Manuel Miona, que después entró en la Compañía) ; y hacía lo mismo que libre, de hacer doctrina y dar ejercicios. No quiso nunca tomar abogado ni procurador, aunque muchos se ofrecían. Acuérdese especialmente de doña Teresa de Cárdenas (era madre del Duque de Maqueda, [v]" y la llamaban *la loca del Sacramento,* por la devoción que tenía a la Eucaristía), la cual le envió a visitar y le hizo muchas veces ofertas de sacarle de allí; mas no aceptó nada, diciendo siempre: "Aquel, por cuyo amor aquí entré, me sacará, si fuere servido de ello".

"Diez y siete días estuvo en la prisión, sin que le examinasen, ni él supiese la causa de ello; al fin de los cuales vino Figueroa a la cárcel, y le examinó de muchas cosas, hasta preguntarle si hacía guardar el sábado. Y si conocía, dos ciertas mujeres, que eran madre y hija; y de esto dijo que sí. Y si había sabido de su partida antes que se partiesen;"y dijo que no, por el juramento que había recibido. Y el vicario entonces, poniéndole la mano en el hombro con muestra de alegría, le dijo: "Esta era la causa porque sois aquí venido".

"Entre las muchas personas que seguían al peregrino, había una madre y una hija, entrambas viudas, y la hija muy moza, y muy vistosa, las cuales habían entrado mucho en espíritu, *máxime* la hija; y en tanto, que, siendo nobles, eran idas a la Verónica de Jaén a pie y no sé si mendigando, y solas; y esto hizo grande rumor en Alcalá, y el doctor Ciruelo, que tenía alguna protección de ellas, pensó que el preso las había inducido, y por eso le hizo prender. Pues como el preso vio lo que había dicho el vicario, le dijo: "¿Queréis que hable un poco más largo sobre esta materia?" Dice "Sí". "Pues habéis de saber, dice el preso, que estas dos mujeres muchas veces me han instado, porque querían ir por todo el mundo, servir a los pobres por unos hospitales y por otros; y yo siempre las he desviado de este propósito, por ser la hija tan moza y tan vistosa, etc.; y les he dicho que cuando piensen visitar a pobres, lo podían hacer en Alcalá, y ir a acompañar al Santísimo Sacramento". Y acabarlas estas pláticas, el Figueroa se fue con su notario, llevando escrito todo".

"En aquel tiempo estaba Calixto en Segovia, y sabiendo de su prisión, se vino luego, aunque recién convalecido de una grande enfermedad, y se metió con él en la cárcel. Mas él le dijo que sería mejor irse a presentar al vicario; el cual le hizo buen tratamiento, y le dijo que le mandaría ir a la cárcel, porque era menester que estuviese en ella hasta que viniesen aquellas mujeres, para ver si confirmaban con su dicho.

Estuvo Calixto en la cárcel algunos días; mas viendo el peregrino que le hacía mal a la salud corporal, por estar aun no del todo sano, le hizo sacar por medio de un doctor, amigo mucho suyo".

"Desde el día que entró en la cárcel el peregrino, hasta que le sacaron, pasaron cuarenta y dos días; al fin de los cuales, siendo ya venidas las dos devotas, fue el notario a la cárcel a leerle la sentencia, que fuese libre, y que se vistiesen como los otros estudiantes, y que no hablasen de cosas de la fe dentro de cuatro años que hubiesen más estudiado, pues que no sabían letras. Porque, a la verdad, el peregrino era el que sabía más; y ellas eran con poco fundamento; y esta era la primera cosa que él solía decir cuando le examinaban".

"Con esta sentencia estuvo, un poco dudoso lo que haría, porque parece que le cerraban la puerta para aprovechar a las ánimas, no dándole causa ninguna, sino porque no habían estudiado. Y en fin él se determinó de ir al Arzobispo de Toledo Fonseca, y ponerle la cosa en sus manos. Partióse de Alcalá, y halló al Arzobispo en Valladolid; y contándole la cosa, que pasaba, fielmente, le dijo que, aunque no estaba ya en su jurisdicción, y no era obligado a guardar la sentencia, todavía haría en ello lo que ordenase, hablándole de vos, como solía a todos. El Arzobispo le recibió muy bien, y entendiendo que deseaba pasar a Salamanca, dijo que también en Salamanca tenía amigos y un colegio, todo le ofreciendo; y le mandó luego, en saliendo, cuatro escudos"[14].

3º SALAMANCA

(agosto-diciembre de 1527)

Llegó Ignacio a Salamanca entre julio y agosto de 1527. "Llegado a Salamanca, dice la *Autobiografía,* estando haciendo oración en una iglesia, le conoció una

[14] *Autobiografía*, n. 57-63.

devota, que era de la compañía, porque los cuatro compañeros ya había días que allí estaban, y le preguntó por su nombre, y así le llevó a la posada de los compañeros. Cuando en Alcalá dieron sentencia que se vistiesen como estudiantes, dijo el peregrino: "Cuando nos mandasteis teñir las vestes, lo habernos hecho; mas hora esto no lo podemos hacer, porque no tenemos con qué comprarlas". Y así el mismo vicario les había proveído de vestiduras y bonetes, y todo lo demás de estudiantes; y de esta manera vestidos, habían partido de Alcalá".

"Confesábase en Salamanca con un fraile de Santo Domingo en San Juan (era el convento de San Esteban); y habiendo diez o doce días que era allegado, le dijo un día el confesor: "Los Padres de la casa os querían hablar"; y él dijo: "En nombre de Dios". "Pues, dijo el confesor, será bueno que os vengáis acá a comer el domingo; mas de una cosa os aviso, que ellos querrán saber de vos muchas cosas". Y así el domingo vino con Calixto; y después de comer, el So prior (Fr. Pedro de Soto), en ausencia del Prior, con el confesor, y creo yo que con otro fraile, se fueron con ellos; en una capilla".

Después cuenta San Ignacio cómo "Calixto traía un sayo corto y un grande sombrero en la cabeza, y un bordón y en la mano, y unos botines casi hasta media pierna, y por ser; muy grande, parecía más deforme". El fraile preguntó por qué venía así vestido. "El peregrino le contó cómo habían sido presos en Alcalá, y les habían mandado vestir de estudiantes; y aquel su compañero, por los grandes calores, había dado su loba a un pobre clérigo. Aquí dijo el fraile como entre dientes, mostrando que no le placía: *Charitas íncipit a se ipso* ("La caridad comienza por sí mismo").

Volvamos al interrogatorio del Soprior tal cual lo cuenta Ignacio en la *Autobiografía.*

"El Soprior, con buena afabilidad, empezó a decir cuan buenas nuevas tenían de su vida y costumbres, que andaban É predicando a la apostólica; y que holgarían de saber de estas cosas más particularmente. Y así comenzó a preguntar es lo que habían estudiado. Y el peregrino respondió: "entre todos nosotros el que más ha estudiado soy yo", y le dio claramente cuenta de lo poco que había estudiado y con cuán poco fundamento". "Pues, luego, ¿qué es lo que predicáis?" "Nosotros, dice el peregrino, no predicamos, sino con algunos familiarmente hablamos cosas de Dios, como después de comer con algunas personas que nos llaman". "Mas, dice el fraile, ¿de qué cosas de Dios habláis?" "Hablamos, dice el peregrino, cuando de una virtud, cuando de otra, y esto alabando; cuando de un vicio, cuando de otro, y reprendiendo". "Vosotros no sois letrados, dice el fraile, y habláis de virtudes y de vicios, y de esto, ninguno puede hablar sino en una de dos maneras: o por letras, o por el Espíritu Santo. No por letras; pero por Espíritu Santo; y esto que es del Espíritu Santo es lo que queríamos saber". Aquí estuvo el peregrino un poco sobre sí, no pareciéndole bien aquella manera de argumentar; y después de haber callado un poco, dijo que no era menester hablar/más de aquellas materias. Instando el fraile: "pues ahora/" que hay tantos errores de Erasmo, y de tantos otros, que han engañado al mundo, ¿no queréis declarar lo que decís?" El peregrino dijo: "Padre, yo no diré más de lo que he dicho, si no fuese delante de mis superiores, que me pueden obligar a ello".

"No pudiendo el Soprior sacar otra palabra del peregrino sino aquella, dice: "Pues quedaos aquí, que bien haremos con que lo digáis todo", y así se van todos los frailes con alguna priesa. Preguntando primero el peregrino si querrían que quedasen en aquella capilla, o adonde querrían que quedase, respondió el Soprior que quedasen en la capilla. Luego los frailes hicieron cerrar todas las puertas, y negociaron, según parece, con los jueces. Todavía los dos estuvieron en el monasterio tres días, sin que nada se les hablase de parte de la justicia, comiendo en el refitorio con los frailes. Y casi siempre estaba llena su cámara de frailes, que

venían a verles; y el peregrino siempre hablaba de lo que solía, de modo que entre ellos había ya como división, habiendo muchos que se mostraban afectados".

"Al cabo de los tres días vino un notario y llevóles a la cárcel. Y no los pusieron con los malhechores en bajo, mas en un aposento alto, adonde, por ser cosa vieja y deshabitada, había mucha suciedad. Y pusiéronlo entrambos en una misma cadena, cada uno por su pie; y la cadena estaba apegado a un poste que estaba en medio de la casa, y seria larga de diez o trece palmos; y cada vez que uno quería hacer alguna cosa, era menester que el otro le acompañase. Y toda aquella noche estuvieron en vigilia. Al otro día, como se supo en la ciudad de su prisión, les mandaron a la cárcel en que durmiesen, y todo lo necesario abundantemente; y siempre venían muchos a visitarles, y el peregrino continuaba sus ejercicios de hablar de Dios, etc."

"El bachiller Frías les vino a examinar a cada uno por sí, y el peregrino le dio todos sus papeles, que eran los *Ejercicios,* para que los examinasen. Y preguntándolos si tenían compañeros, dijeron que sí, y adonde estaban, y luego fueron allí por mandato del bachiller, y trajeron a la cárcel a Cáceres y Arteaga, y dejaron a Juanico, el cual se hizo fraile. Mas no los pusieron arriba con los dos, sino abajo, donde estaban los presos comunes. Aquí también menos quiso tomar abogado ni procurador".

"Y algunos días después fue llamado delante de cuatro jueces, los tres doctores, Santisidoro, Paravinhas y Frías, y el cuarto el bachiller Frías, que ya todos habían visto los *Ejercicios.* Y aquí le preguntaron muchas cosas, no sólo de los *Ejercicios,* mas de teología, verbigracia de la Trinidad y del Sacramento, cómo entendía estos artículos. Y él hizo su prefación primero. Y todavía mandado por los jueces, dijo de tal manera, que no tuvieron qué reprenderle. El bachiller Frías, que en estas cosas se había mostrado siempre más que los otros, le preguntó también un caso de cánones; y a todo fue obligado a responder, diciendo siempre" primero que él no sabía lo que decían los doctores sobre aquellas cosas. Después le mandaron que

declarase el primer mandamiento de la manera que solía declarar. Él se puso a hacerlo, y detúvose tanto y dijo tantas cosas sobre el primer mandamiento, que no tuvieron gana de demandarle más. . . Y al fin ellos sin condenar nada, se partieron".

"Entre muchos que venían a hablarle a la cárcel, vino una vez D. Francisco de Mendoza, que ahora se dice Cardenal cíe Burgos, y vino con el bachiller Frías. Preguntándole familiarmente cómo se hallaba en la prisión y si le pesaba de estar preso, le respondió: "Yo responderé lo que respondí hoy a una señora, que decía palabras de compasión por verme preso. Yo le dije: En esto mostráis que no deseáis estar presa por amor de Dios. ¿Pues tanto mal os parece que es la prisión? Pues yo os digo que no hay tantos grillos ni cadenas en Salamanca, que yo no deseo más por amor de Dios".

"Acaeció en este tiempo que los presos de la cárcel huyeron todos, y los dos compañeros, que estaban con ellos, no huyeron. Y cuando a la mañana fueron hallados con las puertas abiertas, y ellos solos sin ninguna, dio esto mucha edificación a todos, e hizo mucho rumor por la ciudad; y así luego les dieron todo un palacio, que estaba allí junto, per prisión".

"Y a los veintidós días que estaban presos les llamaron a oír sentencia, la cual era que no se hallaba ningún error ni en vida, ni en doctrina; y que así podrían hacer como antes hacían, enseñando la doctrina y hablando de cosas de Dios, con tanto que nunca definiesen: esto es pecado mortal, o esto es pecado venial, si no fuese pasados cuatro años que hubiesen más estudiado. Leída esta sentencia, los jueces mostraron mucho amor, como que querían que fuese aceptada. El peregrino dijo que él haría todo lo que la sentencia mandaba, mas que no la aceptaría; pues, sin condenarle en ninguna cosa, le cerraban la boca para que no ayudase a los prójimos en lo que pudiese. Y por mucho que instó el doctor Frías, que se demostraba muy afectado, el peregrino no dijo más, sino que, en cuanto estuviese en la jurisdicción de Salamanca, haría lo que se le mandaba. Luego

fueron sacados de la cárcel, y él empezó a encomendar a Dios y a pensar lo que debía hacer. Y hallaba dificultad grande de estar en Salamanca; porque para aprovechar las ánimas le parecía tener cerrada la puerta con esta prohibición de no definir de pecado mortal, y de venial. Y así se determinó de ir a París a estudiar".

"Pues como a este tiempo de la prisión de Salamanca a él no le faltasen los mismos deseos que tenía de aprovechar a las ánimas, y para el efecto estudiar primero y ajuntar algunos del mismo propósito, y conservar los que tenía; determinado de ir a París, concertóse con ellos que ellos esperasen por allí, y que él iría para ver si podría hallar modo para que ellos pudiesen estudiar".

"Muchas personas principales le hicieron grandes instancias para que no se fuese, mas nunca lo pudieron acabar con él; antes quince o veinte días después de haber salido de la prisión, se partió solo, llevando 'algunos libros en un asnillo"[15]. La estancia de Ignacio en Salamanca duró medio año.

4º PARÍS

Díjonos Ignacio que iba a buscar manera de que él y sus compañeros pudiesen estudiar en París. El punto donde pensaba ir a hallar estos medios era Barcelona, como quien dice en su casa, que como a tal miraba a esta ciudad. Vino, efectivamente, aunque la visita fue rapidísima. Era a principios del año 1528, y el día 2 de febrero entraba ya en la ciudad de París. Los amigos de Barcelona recibírosle con un amor inexplicable, y de todos modos querían retenerlo consigo. "Llegado a Barcelona, dice él, todos los que le conocían le disuadieron la pasada a Francia por las grandes guerras que había, contándole ejemplos muy particulares,

[15] *Autobiografía, n. 64-72.*

hasta decirle que en asadores metían a los españoles; mas nunca tuvo ningún temor"[16].

Brevísimamente narra Juan Pascual el amor con que le despidió la buena gente barcelonesa, bien provisto de cuanto él deseaba. "Despidióse, dice, de mi madre, de mi casa, de mí, y de toda Barcelona, con lágrimas suyas y de todos, proveyéndole mi madre para el viaje lo 'mejor que supo, y lo mismo hicieron aquellas señoras devotas suyas, que continuaron siéndolo durante los años que estuvo en París". Fue aquélla realmente la despedida definitiva en esta vida. Dice Juan Pascual que Ignacio escribía desde París: "En la tierra ya no volveremos a vernos; pero confío que nos veremos en el cielo"[17].

Según la Autobiografía: "Y así se partió para París solo y a pie, y llegó a París por el mes de febrero, poco más o menos". En carta a Inés Pascual del 3 de marzo de 1528, lo precisa más: "Con próspero tiempo y con entera salud de mi persona, por gracia y bondad de Dios N. S., llegué en esta ciudad de París a dos días de Febrero".

Lo que más urgía era solucionar la vida material. El primer golpe, en este terreno, fue durísimo. Dice así la Autobiografía: "Por una cédula de Barcelona, le dio un mercader, luego que llegó a París, veinte y cinco escudos, y estos dio a guardar a uno de los españoles desaquella posada, el cual en poco tiempo lo gastó, y no tenía con qué pagarle. Así que., pasada la cuaresma ya el peregrino no tenía nada de ellos, '" así por haber él gastado, como por la causa arriba dicha; y fue constreñido a mendigar, y aun a dejar la casa en que estaba".

[16] *Autobiografía*,

[17] Inés Pascual murió en Barcelona el 9 de abril de 1548. Asistióla en su última hora el P. Aráoz, que se hallaba entonces : en Barcelona, con -gran consuelo de todos. San Ignacio tuvo en Roma revelación de ello. Juan Pascual escribe: "Cuando murió mi madre aquí en Barcelona, él estaba en Roma, fundando su religión. Ayudáronla a bien morir algunos compañeros de él y de su Compañía, y después de muerta ella, le avisaron de su muerte. . Contestó consolándolos a ellos y a mí, diciendo que ya lo sabía desde tal día, a tal hora y punto, que estando orando, la vio en camino de salvación. El punto y hora que él escribió era el mismo en que ella había expirado".

"Y fue recogido en el hospital de San Jaques ultra (más allá) de los Inocentes. Tenía grande incomodidad para el estudio, porque el hospital estaba del colegio de Monteagudo un buen trecho, y era menester para hallar la puerta abierta, venir al toque del Avemaría, y salir de día; y así no podía tan bien atender a sus lecciones. Era también otro impedimento el pedir limosna para mantenerse. Pasando algún tiempo en esta vida del hospital y de mendigar, y viendo que aprovechaba poco en las letras, empezó a pensar qué haría; y viendo que había algunos que servían en los colegios a algunos regentes y tenían tiempo de estudiar, se determinó de buscar un amo

Y hacía esta consideración consigo y propósito, en el cual hallaba consolación, imaginando que el maestro sería Cristo; y a uno de los escolares pondría nombre de San Pedro, y a otro San Juan, y así a cada uno de los apóstoles; y cuando me mandare el maestro, pensaré que me manda Cristo; y cuando me mandare otro, pensaré que me manda San Pedro.

Puso hartas diligencias para hallar amo; habló por una parte al bachiller Castro, y a un fraile de los Cartujos que conocía muchos maestros y a otros, y nunca fue posible que le hallasen un amo".

"Y al fin, no hallando remedio, un fraile español le dijo un día que sería mejor irse cada año a Flandes, y perder dos meses y aun menos, para traer con que pudiese estudiar todo el año; y este medio, después de encomendarle a Dios, le pareció bueno. Y usando de este consejo, traía cada año de Flandes con que en alguna manera pasaba; y una vez pasó también a Inglaterra, y trajo más limosna de la que solía los otros años". Añade el P. Rivadeneira que, pasados los tres primeros años, los mercaderes, que estaban en Flandes, le enviaban cada año su limosna a París, de manera que no tenía necesidad para esto de ir y venir. Lo que nunca le faltó fue el amor y caridad de aquellas buenas almas de Barcelona. Inés Pascual, Isabel Roser, Isabel de Josa, Guiomar Gralla, Aldonza de Cardona y otras personas le

mandaban frecuentes limosnas, a las cuales Ignacio correspondía según aquella su característica gratitud, con oraciones y cartas llenas de buena voluntad y de consejos espirituales. Casi todo el epistolario que nos queda de San Ignacio antes de la fundación de la Compañía, va dirigido a los amigos de Barcelona, y lo que poseemos nos hace echar más a menos la mayoría de las cartas perdidas[18].

Hablemos ahora de sus estudios en la Universidad de París. Nos dice Ignacio que "iba a estudiar Humanidad a Monteagudo. Y la causa fue porque, como le habían hecho pasar adelante en los estudios con tanta priesa, hallábase muy falto de fundamentos, y estudiaba con los niños, pasando por la orden y manera de París"[19]. Aquí tenemos, pues, a Ignacio, a los treinta y siete años de edad hecho por tercera vez como niño en las escuelas. Año y medio empleó en ello: desde febrero de 1528 hasta el verano de 1529.

El día primero de octubre de 1529 comenzó el curso de Filosofía, y lo prosiguió durante tres años, hasta que en la cuaresma de 1533 se graduó de Maestro en Filosofía, pasando por el examen que llamaban de la piedra, que era muy riguroso. Era como ritual en este caso la frase: "tomar la piedra"., y parece que era como una fiesta escolar con ocasión del grado. Primero tuvo Ignacio algún escrúpulo en hacerlo, porque aquello costaba un escudo, y él era pobre. "El peregrino, dice él mismo, comenzó a dudar si sería bueno que la tomase.

Y hallándose muy dudoso y sin resolución, determinó poner la cosa en manos de su maestro, el cual aconsejándole que la tomase, la tomó". Sin embargo, no faltaron murmuradores; al menos un español, que 1o notó[20]. Inés Pascual hizo en esta ocasión, como siempre, oficio de buena madre, pues a ella acudió Ignacio para pagar las expensas del grado de maestro.

[18] *Monumento Ignatiana*, Ser. 1, vol. 1.
[19] *Autobiografía*, n. 74.

[20] *Autobiografía*, n. 84.

Solía ella enviarle cien escudos al año. Concluida la Filosofía, comenzó la Teología en octubre de 1533; pero sólo pudo estudiar de ella dos cursos incompletos, por su mala salud. Quiso un año después en Bolonia continuar este estudio, en el cual trabajó también algo en Venecia, mientras aguardaba a sus compañeros. "Pero estos estudios, dice el P. Astrain[21], debieron de ser bien poca cosa". La carrera de Ignacio pudo darse por concluida cuando de París salió para Guipúzcoa. Estudió, pues, once años seguidos, de marzo de 1524 hasta abril de 1535. ¿Cuánto aprendió con todo este trabajo? El P. Laínez nos da de ello la justa medida en estas palabras: "Cuanto al estudio, aunque tenia más impedimentos que los otros, con todo' esto hizo tanta diligencia y aprovechó tanto más, *caeteris paribus,* que ninguno de los otros de su tiempo, viniendo a mediocre literatura, como lo mostró respondiendo en disputas públicamente, y platicando durante el tiempo de su curso con sus condiscípulos"[22].

Digamos ahora de la vida de su espíritu, mientras estudiaba en París, y de los espirituales ministerios que practicó.

Durante los años de la Filosofía volvió a repetirse la tentación de Manresa y Barcelona. "Comenzando, dice, a oír las lecciones del curso, le empezaron a venir las mismas tentaciones, que le habían venido cuando en Barcelona estudiaba Gramática, y cada vez que oía la lección no podía estar atento con las muchas cosas espirituales que le ocurrían: Y viendo que de aquel modo sacaba poco provecho err las letras, fuese a su maestro y dióle promesa de no faltar nunca en oír todo el curso, mientras pudiese encontrar pan y agua para poder sustentarse. Y hecha esta promesa, todas aquellas devociones, que le venían fuera de tiempo, le dejaron, y fue con sus estudios adelante quietamente"[23].

[21] *Vida breve de San Ignacio*, cap. V.
[22] *Monumento*, *Ignatiana*, Ser. 4, págs. 138-139.
[23] *Autobiografía*, n. 32.

Otra tentación venció, que demuestra bien el carácter de San Ignacio en dominarse a sí mismo. Estando con el doctor Frago, "vino, dice, un fraile a hablar al doctor Frago, que le quisiese buscar una casa, porque en aquella en que él tenía la habitación, habían muerto muchos, algunos pensaban que de peste, porque entonces comenzaba la peste en París.

El doctor Frago con el peregrino quisieron ir a ver la casa, y llevaron a una mujer que era muy entendida en ello, la cual, entrada dentro, afirmó ser peste. El peregrino quiso también entrar; y encontrando un enfermo, lo consoló, tocándole con la mano la llaga; y después que lo hubo consolado y animado un poco, se fue solo"; y la mano le comenzó a doler, que le pareció tener la peste; y esta imaginación era tan vehemente, que no la podía vencer, hasta que con grande' ímpetu se puso la mano en la boca, revolviéndola mucho dentro, y diciendo: "Si tú tienes la peste en la mano, la tendrás también en la boca"; y cuando hubo hecho esto, se le quitó la imaginación y el dolor de la mano".

"Pero cuando volvió al colegio de Santa Bárbara, donde entonces tenía la estancia y oía el curso, los del colegio que sabían que había estado en la casa apestada, huían de él y no quisieron dejarle entrar; y así se vio obligado a estar algunos días fuera"[24].

Venció aquí Ignacio la debilidad física, veamos ahora cómo venció la del espíritu. Oigámosle: "El español, en cuya compañía había estado al principio, y le había gastado los dineros, sin pagárselos se partió para España por vía de Rúan; y estando esperando pasaje en Rúan, cayó malo. Y estando así enfermo, lo supo el peregrino por una carta suya, y viniéronle deseos de irle a visitar y cuidar; pensando también que en aquella conjunción le podría ganar para que, dejando el mundo, se entregase del todo al servicio de Dios. Y para poder conseguir esto, le venía deseo de andar aquellas veintiocho leguas que hay de París a Rúan, *a* pie,

[24] *Autobiografía*, n. 83-84.

descalzo, sin comer ni beber; y haciendo sobre esto oración, se sentía muy temeroso. Al fin se fue a Santo Domingo, y allí se resolvió a anclar al modo sobredicho, y habiendo ya pasado aquel gran temor que tenía de tentar a Dios".

"Al día siguiente, la mañana que había de partir, se levantó al amanecer; y comenzándose a vestir, le vino tanto temor, que casi le parecía no poder vestirse. Todavía con aquella repugnancia salió de casa y hasta de la ciudad antes que fuese bien de día. Pero el temor le duraba todavía y le duró hasta Argenteuil, que es un castillo a dos leguas de París hacia Rúan, donde se dice que está la vestidura de Nuestro Señor. Pasando aquel castillo con aquel trabajo espiritual, subiendo a un alto, le comenzó a pasar aquella cosa, y le vino una grande consolación y esfuerzo espiritual con tanta alegría que comenzó a gritar por aquellos campos y hablar con Dios, etc.

Y se albergó aquella noche con un pobre mendigo en un hospital, habiendo caminado aquel día catorce leguas; el día siguiente fue a albergarse en un pajar; el tercer día fue a Rúan: todo este tiempo sin comer ni beber, y descalzo, como había determinado. En Rúan consoló al enfermo, y le ayudó a ponerlo en una nave para ir a España; y le dio cartas, dirigiéndole a los compañeros, que estaban, en Salamanca, es decir, Calixto, Cáceres y Arteaga"[25].

A seleccionado por la experiencia, no quiso Ignacio comprometer más sus estudios por el afán de aprovechar a los demás. En comenzando el curso de Filosofía, "entró, dice, con el propósito de conservar a aquellos, que tenían propósito de servir al Señor; pero sin ir más adelante a buscar otros, a fin de poder más cómodamente estudiar"[26]. De aquí nació la siguiente norma: los ministerios espirituales de conversaciones y Ejercicios, se intensificaban durante las vacaciones, y aflojaban mientras duraba el curso, y según este compás andaban

[25] *Autobiografía*, n. 79.
[26] Ibíd, n. 82.

también las persecuciones. "Díjole una vez el doctor Frago, que se maravillaba cómo andaba quieto, sin que nadie le molestase, y él respondió: "La causa es porque yo no hablo a nadie de las cosas de Dios; pero acabado el curso tornaremos a lo acostumbrado"[27]. Veamos algún ejemplo de ello, contando por él mismo.

"Venido, dice, de Flandes la primera vez, empezó más intensamente que solía a darse a conversaciones espirituales y daba casi a un mismo tiempo ejercicios a tres, a saber: a Peralta, y al bachiller Castro, que estaba en Sorbona, y a un vizcaíno que estaba en Santa Bárbara, por nombre Amador. Estos hicieron grandes mutaciones, y luego dieron todo lo que tenían a pobres, aun los libros, y empezaron a pedir limosna por París., y íuéronse a posar en el hospital de San "Jaques, adonde antes estaba el peregrino, y de donde ya era salido por las causas arriba dichas. Hizo esto grande alboroto en la universidad, por ser los primeros personas señaladas y muy conocidas. Y luego los españoles comenzaron a dar -batalla a los dos maestros; y no pudiéndolos vencer con muchas razones y persuasiones a que viniesen a la universidad, se fueron un día muchos con mano armada y los sacaron del hospital".

"Y trayéndolos a la universidad, se vinieron a concretar en esto: que después que hubiesen acabado sus estudios, entonces llevasen adelante sus propósitos. £1 bachiller Castro, después vino a España, y predicó en Burgos algún tiempo y se puso fraile cartujo en Valencia. Peralta se partió para Jerusalén a pie y peregrinando.

De esta manera fue tomado en Italia por un capitán, su pariente, el cual tuvo medio con que le llevó al Papa, y hizo que le mandase que se tornase para España. Estas cosas no pasaron luego, sino algunos años después".

"Levantáronse en París grandes murmuraciones, *máxime* entre españoles, contra el peregrino; y nuestro maes tro Govea, diciendo que había hecho loco a

[27] ibíd., n. 82

Amador, que estaba en su colegio, se determinó y lo dijo, la primera vez que viniese a Santa Bárbara le haría dar una sala por seductor de estudiantes"[28].

Nada más dice Ignacio; pero el P. Rivadeneira nos dice lo que era dar una sala, es decir, *azotar* públicamente con varas a los estudiantes malhechores. Y como realmente dicho Rector de Santa Bárbara tenía ya reunidos a todos los maestros y estudiantes y preparadas las varas para ejecutarlo; Ignacio llega al colegio y se encuentra con este espectáculo. El primer impulso fue de ir a la pública vergüenza y dolor por amor a Jesucristo, con gran gozo de su alma; pero reflexionando después el daño que esto causaría en sus espirituales compañeros, se determinó de presentarse al doctor Govea, rogándole que reflexionase sobre ello. Quedó convencido el. Rector, y la cosa no pasó del espectáculo.

Cuenta también el P. Rivadeneira, que, conociendo Ignacio a un hombre que llevaba mala vida, y sabiendo que había de pasar por un camino, cerca del cual estaba un estanque helado, porque era tiempo de invierno, metióse Ignacio eji el agua hasta el cuello, y al pasar aquel desdichado le exhortó a dejar sus malas andanzas, diciéndole que por él hacía aquella durísima penitencia. Volvió aquel pobre pecador y mudó de vida.

Había también en aquella ciudad un sacerdote religioso de vida muy estragada y muy enemigo de Ignacio, el cual," por lo mismo, tenía hechas muchas tentativas para llevarlo a Dios; pero siempre inútilmente. Por fin inventó esta santa estratagema: un domingo fue a comulgar a una iglesia -que estaba cerca de la casa donde aquel desdichado vivía, y, como de paso, entra en aquella su casa y le pide le oiga en confesión. Hallóle aún en cama, y muy perturbado de ver lo que le pedía; pero en fin no supo cómo negarse. Después de las faltas ordinarias, dícele Ignacio que desea acusarse también de algunos pecados de la vida pasada, y empieza a llorarlos con tanta contrición, que el confesor quedó juntamente admirado y

[28] *Autobiografía*, n. 77 y 78

avergonzado. Esto le hizo entrar en sí, y Comenzar a estimar al que antes aborrecía, y, finalmente, vino a hacer los Ejercicios que le dio el mismo Ignacio, saliendo de ellos tan cambiado que dio una edificación proporcional . al escándalo que antes con su mala vida había dado.

Había puesto la vista Ignacio en un gran doctor teólogo, de, quien esperaba que daría mucha gloria a Dios, si entraba más adentro en su conocimiento y amor. Los muchos medios que para ello había tentado Ignacio, todos le habían salido .frustrados. Un día va con un compañero a casa de aquel doctor y le encontró jugando. Fuese por burla, o fuese por esquivar la visita, comenzó el doctor a invitarle con mucha insistencia a que jugase. Ignacio, que nunca había tomado en la mano los instrumentos de aquel juego, dijo finalmente que sí, que iba a jugar; pero con la condición de que el que perdiese hará durante treinta días lo que quiera el que gane. Aceptó el doctor con grande alegría la apuesta. Ignacio, cual si fuese un consumado maestro, no dejó ganar al doctor ni una sola vez tan sólo. Pero de esta pérdida le vino toda la ganancia, porque hizo durante un mes los Ejercicios, con grandes adelantos en. el camino de la perfección.

También los tribunales de París intervinieron poco o mucho en las cosas de Ignacio, según nos cuenta en la Autobiografía: "El peregrino se volvió de Rúan a París, y halló que, por las cosas pasadas de Castro y de Peralta, se había levantado gran rumor sobre él, y que el inquisidor le había hecho llamar. Mas él no quiso esperar más, y se fue al inquisidor, diciéndole que había sabido que lo buscaba, que él estaba aparejado para todo lo que él quisiese (se llamaba este inquisidor nuestro maestro Ori, fraile de Santo Domingo) ; pero le rogaba que lo despachase pronto, porque tenía intención de entrar aquel San Remigio en el curso de Artes, y desearía que estas cosas hubiesen terminado antes, para poder atender mejor a sus estudios. Pero el inquisidor no le llamó más, sino que le dijo ser verdad que le

habían hablado de hechos suyos, etc."[29]. Estando ya Ignacio para partirse de París hubo contra él nueva acusación, como pronto nos dirá él mismo.

La principal obra espiritual de Ignacio en París fue la conquista de sus compañeros, los definitivos. Digamos, sin embargo, antes que de éstos, dos palabras sobre los primeros, como lo hace Ignacio en la Autobiografía, diciendo: "Para no hablar más de estos compañeros, el fin de ellos fue éste: .estando el peregrino en París, le escribía (a Calixto) a menudo, según habían acordado, de la poca comodidad que tenía de hacerle venir a .estudiar a París. Todavía se ingenió para escribir a doña Leonor de Mascareñas que ayudase a Calixto con cartas para la corte del rey de Portugal, a fin de que pudiese tener una bolsa de las que el rey de Portugal daba en París. Doña Leonor dio a Calixto una muía en que cabalgase y dinero para el gasto. Calixto se marchó a la corte del rey de Portugal; pero al fin no vino a París; antes, volviendo a España, se fue a la India del Emperador, con cierta mujer espiritual. Y después, vuelto a España, marchó otra vez a la misma India, y entonces tornó a España" rico, e hizo en Salamanca maravillar a todos los que le conocían."

"Cáceres volvió a Segovia, que era su patria, y allí comenzó a vivir de tal modo que parecía haberse" olvidado del primer propósito. Arteaga fue hecho comendador. Después, estando ya la Compañía en Roma, le han dado un obispado de la India.

El escribió al peregrino que lo diese a uno de la Compañía, y respondiéndole negativamente se fue a la India del Emperador, hecho obispo, y allí murió, por caso extraño, esto es, que, estando enfermo, y habiendo dos botellas de agua para refrescarse, una de agua que el médico le ordenaba, la otra de agua de solimán venenosa, diéronle por error, que lo mató.

[29] *Autobiografía*, n. 81.

Este fue el fin de los primeros compañeros de Ignacio, que cual fruto primerizo, como dice Polanco, no pudieron madurar. Lo de Castro, Peralta y Amador, ya nos ha dicho Ignacio cómo acabó. De los últimos, que fundaron con él la Compañía, nada dice Ignacio en la Autobiografía, porque la escribía para ellos, que de sobra sabían bien las cosas. Ganólos con los Ejercicios, acerca de los cuales tenemos alguna nota preciosa, que el P. Cámara recibió de boca del mismo Ignacio. "Todos los primeros padres hicieron los Ejercicios exactamente, y apretados; y el que menos abstinencia hizo estuvo tres días si comer ni beber ninguna cosa, excepto Simón, que, por no dejar sus estudios, y no andar bien sano, no dejó su casa, ni hizo ninguno de estos extremos, sino que le daba el padre las meditaciones, etc"

"Fabro hizo los Ejercicios en el arrabal de San Jacques, en una casa a mano izquierda, en tiempo que el río Sena se pasaba con carretas, por estar helado. Y aunque el padre tenía esta advertencia de mirar en los labios si se pagaban, para conocer si no comía el que se ejercitaba, cuando examinó a Fabro halló que había seis días naturales que no comía ninguna cosa y que dormía en camisa sobre las barras (troncos) que le trajeron para hacer fuego, el cual nunca había hecho, y que las meditaciones hacíalas sobre la nieve en un cortil. Como el padre esto supo, le dijo: Yo pienso cierto que no habéis pecado en esto, antes habéis merecido mucho: yo volveré antes de una hora a vos y os diré lo que habéis de hacer. Y así se fue el padre hacía una iglesia cercana a hacer oración; y su deseo era que Fabro estuviese tanto tiempo sin comer, cuanto el mismo padre había estado, para lo cual faltaba poco. Mas aunque esto deseaba, no se atrvió el padre a consentirlo después de hecha oración; y así volvió de hacerle fuego y de comer.

"Maestro Francisco, ultra de su abstinencia grande; porque era en la isla de París uno de los mayores saltadores, se ató todo el cuerpo y las piernas con una cuerda reciamente; y así atado, sin poderse mover, hacía las meditaciones. Parece que en la meditación le venían a la imaginación los saltos y fiestas que en la isla había pasado, como cosa de que gustaba naturalmente, y para vencer de raíz esta

pasión, ataba sus miembros, atormentándolos con las ataduras, contrarias a la ligereza y habilidad de los saltos[30]. (106)

Usaba Ignacio una reserva y graduación muy considerada en descubrir todo su plan a los compañeros que ganaba. Lo primero y fundamental era decidirlos a entregarse del todo a Dios. Lo cual quedó como un canon, al fundarse la Compañía, en la cual se dice al candidato que el pensamiento de los fundadores fue recibir hombres que estuviesen determinados a servir a Dios con toda perfección en un lugar o en otro, y, por lo tanto, decididos a romper todos los lazos del mundo, aún antes de ser admitidos en la Compañía. Despues descubría Ignacio el pensamiento de hacer un grupo de apóstoles dedicados a la salvación de las almas. Finalmente cuando el hombre se había entregado de todo corazón a tal vida, y únicamente entonces le decía el fundador que ya había otros compañeros que pensaban y sentían lo mismo. Es imponderable el consuelo y la alegría que esto en todos causaba, como nos cuenta el P. Simón Rodríguez. Además así tomaba cada uno sus resoluciones con mas entera libertad.

Bueno será ahora dar alguna noticia más particular de cada uno de estos primeros compañeros, y vamos a tomarla del resumen que de ellos nos da el P.Astrain.

“En el año 1529 empezó Ignacio a tratar con dos almas privilegeadas que habían de unirse con él para siempre. Debiendo emprender por octubre el curso de filosofía, pasó Ignacio a vivir en el Colegio de Santa Bárbara, y allí se encontró con dos jóvenes de veintitrés años, unidos entre sí con los lazos de la más cristiana amistad: Pedro Fabro, saboyano, y Francisco Javier, navarro."

"Fabro había nacido de padres humildes en Villarca, pequeño pueblo perteneciente al actual departamento francés de Haute Savoie, el año 1506. Desde niño sintió grande inclinación a la virtud, y a los doce años hizo voto de

[30] *Monumenta Ignatiana*, ser. 4, 2ª ed. T I, v. I, Memoriale n. 305 y 306, p. 704 y 705.

castidad. Aprendidas las letras humanas en su país natal, dirigióse el año 1525 a la Universidad de París, donde siguió el curso de filosofía hasta licenciarse en esta facultad el 15 de marzo de 1530. Cuando ya se hallaba al fin de su curso, iba a empezarlo Ignacio. Como éste sintiese ciertas dificultades a los principios en el estudio de la filosofía, consultó con el Dr. Peña el modo dé superarlas. Este le aconsejó que repasase las lecciones oídas en clase con algún discípulo aventajado, por ejemplo, con Pedro Fabro. Admitió nuestro Padre el consejo, y empezó a repetir sus lecciones con el joven saboyano".

"No tardó éste en reconocer el mérito superior de aquel hombre ya entrado en edad, que tan humildemente venía a hacerse discípulo suyo en filosofía, y como entendió cuan versado era en materias de espíritu, se resolvió a comunicar con él un secreto de conciencia que le atormentaba desde años atrás. Había hecho voto de castidad, y el demonio le combatía con fuertes tentaciones de impureza. Añadíanse pensamientos de vanidad, escrúpulos de conciencia y gran confusión de espíritu. Como él no manifestaba a nadie lo que pasaba con su interior, este aislamiento le había, producido horribles congojas y sumergido «n gran pusilanimidad. Hasta había concebido el pensamiento de abandonar los estudios, v retirarse a hacer vida solitaria, para ver si con la oración y penitencia lograba la paz del corazón."

"En esta amargura se veía Fabro cuando se decidió a manifestar su conciencia a nuestro Santo Padre. No podía hallar maestro más curtido en estas peleas. Ignacio le oyó con benignidad, le ensanchó el corazón y, para ponerle en orden la conciencia, le aconsejó por de pronto, que hiciese una confesión general. Después le acostumbró a frecuentar los sacramentos, le impuso en examinar cada día su conciencia, y le enseñó la práctica del examen particular, para ir desarraigando una a una todas sus faltas. De este modo le tuvo dos años desde principios de 1530 hasta 1532, en los cuales Fabro no sólo alcanzó la paz de espíritu, sino que hizo admirables progresos en la virtud. Entonces fue cuando Ignacio le manifestó el

plan que tenía de ir a Jerusalén y después consagrarse a procurar la salvación de las almas. Entusiasmóse Fabro al oír esta idea y se ofreció a Ignacio por perpetuo compañero. En 1533 hizo los Ejercicios con extraordinario fervor."

"El segundo discípulo que adquirió nuestro Padre en el Colegio de Santa Bárbara, fue la mayor conquista que hizo en su vida, el hombre más admirable en su línea, que ha tenido la Iglesia de Dios, el príncipe de los misioneros, San Francisco Javier. Este glorioso Santo había nacido el 7 de abril de 1506 en el castillo de Javier, cerca de Sangüesa, en Navarra. Fueron sus padres Juan de Jassu o Jaso y María de Azpilcueta, señores de Javier. Ambos eran de linaje muy distinguido, y Juan de Jaso fue presidente del Consejo Real de los últimos Reyes de Navarra, a los cuales sirvió con fidelidad en la próspera y adversa fortuna. Como nuestro Santo era .el último de sus hermanos, y su familia había padecido grandes quebrantos en los bienes temporales por las revueltas de aquellos tiempos aplicóse Francisco a las letras para conseguir por ellas una posición y fortuna que no podía esperar de sus padres."

"En 1525 se trasladó a París, y hospedado en el Colegio de Santa Bárbara, siguió los estudios en íntima amistad con Pedro Fabro. Con él se graduó de licenciado en Artes el 15 de marzo de 1530. En todo este tiempo, aunque estuviese la cabeza llena de la vanidad literaria, tan frecuente en los estudiantes universitarios del Renacimiento; pero fue singular la pureza 'de costumbres que conservó. Viviendo entre tantas ocasiones en la Universidad de París, guardó siempre intacta su virginidad, sin mancharla con el más leve desliz."

"Aunque muy pronto empezó Ignacio a tratar de cosas espirituales con Javier, le encontró algo rebelde a sus santas insinuaciones. No se desanimó nuestro Padre, y procuró ir ganando el corazón del joven navarro. Obtuvo éste una cátedra de Filosofía en París, en el Colegio llamado de Beauvis, y entonces Ignacio le atrajo buenos discípulos y se esforzó en formarle una clase lucida y numerosa. No podía

hacerse obsequio más delicado a un joven profesor., que aspiraba a distinguirse en las cátedras universitarias. Con esto Ignacio se hizo dueño del corazón de Javier. Entonces le pudo inculcar aquella célebre máxima de Jesucristo: "¿Qué le aprovecha al hombre ganar todo el mundo, si pierde su alma?" Esta verdad sublime repetida y explicada por San Ignacio, ganó para la Compañía de Jesús al apóstol de la India y del Japón."

"En el año de 1532 ganó Ignacio de un lance dos buenas adquisiciones. Diego Laínez, nacido en Almazán (Soria) el año 1512 empezaba a estudiar en la Universidad de Alcalá, cuando en ella se presentó nuestro Padre. Conocióle de vista Laínez, más por entonces no le trató. Continuó sus tareas literarias hasta graduarse maestro en Artes el 26 de octubre de 1532. Mientras estudiaba en Alcalá, trabó estrecha amistad con un jovencito de Toledo, llamado Alonso Salmerón, nacido en 1515, que se distinguía por su aptitud singular para las letras. Siguiendo ambos sus estudios, pían los grandes rumores que corrían en la Universidad acerca de Ignacio, a quien unos elogiaban como santo otros condenaban como oculto novador.

El deseo de conocer a un hombre tan singular fue uno de los motivos que determinaron a los dos jóvenes a dirigirse a París, donde sabían que él estudiaba.

Encamináronse allá a fines de 1532, y con tan buena suerte llegaron, que el primer hombre con que se encontraron al apearse en la posada fue Ignacio. El conocer el Santo, el convencerse de su mérito y ofrecerse por y compañeros suyos, fue obra de pocos días.

"Cuando estos dos hombres se unieron a Ignacio ya conversaba con él un joven portugués, llamado Simón Rodríguez de Acevedo. Había nacido en Voucella, diócesis de Vizeu, y por su buen ingenio y disposición había merecido que el Rey de Portugal le costease los estudios en París. Sentía fervorosos deseos de servir a Dios., pero mezclados con cierta incertidumbre y angustia, por no ver claro a qué género de vida le llamaba el Señor. Cuando trató con Ignacio; y oyó de éste los

planes que meditaba de ir a Jerusalén y trabajar en la conversión de las almas, entendió que aquella vocación era la suya y se entregó a la dirección del Santo Patriarca."

"En pos de Simón Rodríguez vino a juntarse con Ignacio un joven español, cuyo nombre era Nicolás Alfonso, pero se llamaba Bobadilla, del nombre de su pueblo natal, que era Bobadilla del Campo, en la diócesis de Falencia.; Después de estudiar en Valladolid y Alcalá, se había encaminado a París, deseoso de aprender las lenguas sabias. Llegado allí, oyó hablar de Ignacio, como de hombre que estaba bienquisto en la Universidad y sabía favorecer a sus amigos. Arrimóse a él Bobadilla, pidiéndole favor. Prestóselo cumplidamente el Santo y le acomodó bien la Universidad. Este auxilio temporal atrajo el corazón de Bobadilla primero a escuchar los consejos de Ignacio y después a unirse con él para siempre."

"Cuando Ignacio tuvo reunidos a estos seis jóvenes, empezó a deliberar con ellos sobre el modo de poner en planta la vida, que deseaba establecer. Todos estaban resueltos a peregrinar a Tierra Santa y a entregarse después a los ministerios apostólicos. Como esto segundo exigía el auxilio de los estudios sagrados, decidieron continuar en París tres años, sin hacer en el exterior ninguna mudanza de vida, hasta que todos hubieran terminado la Teología. Finalmente, para prevenirse contra las tentaciones del enemigo, y contra la inconstancia de la humana fragilidad, juzgaron conveniente asegurar estos buenos propósitos con el sagrado" vínculo de un voto. Pero ¿cuál sería el objeto de esta promesa? Examinando maduramente el negocio, convinieron todos en que el voto contendría tres cosas: Primera, pobreza; segunda, castidad; tercera, peregrinar a Jerusalén, y emplearse después en procurar la salvación de las almas.

En cuanto a la pobreza, advirtieron que, mientras durasen los estudios, no entendían despojarse de la facultad de poseer, pues parecía necesaria para

continuarlos; pero que después no recibirían estipendio por misas y otros ministerios sagrados.

El voto de castidad no pedía interpretación. A la promesa de ir a Jerusalén añadieron una limitación, y fue que llegados a Venecia esperarían embarcación un año, y si en este tiempo no la hallaban, acudirían a Roma, y pues-.- tos a los pies del Sumo Pontífice, se ofrecerían a su obediencia, para que los emplease donde fuere servido en provecho de las almas."

"Determinada así la naturaleza y alcance del voto, escogieron para emitirlo el día de la Asunción, 15 de agosto de 1534. Al amanecer este día, Ignacio y sus seis compañeros se dirigieron silenciosamente a la capilla de San Dionisio, sita en la colina de Montmartre. Estaban los seis enteramente solos. El Beato Pedro Fabro, que se había ordenado de sacerdote un mes antes, dijo la misa. Al llegar a la comunión, volvióse a sus compañeros, teniendo en las manos el Santísimo Sacramento. Arrodillados los seis en torno del altar fueron pronunciando uno en pos de otro en voz alta su voto y recibiendo la sagrada comunión. Por ultimo, el celebrante, volviéndose al altar, emitió en voz alta su voto como todos los demás. Terminada la misa y dadas a Dios gracias, bajaron al pie de la colina y en torno de una fuentecilla tomaron una refección harto a pan y agua. Allí pasaron lo restante del día, en conversación animadisima, como dice el Padre Simón Rodríguez desahogando cada cual los afectos encendidos que el Espíritu Santo le inspiraba."

"Este voto lo renovaron los dos años siguientes el mismo día, en el mismo sitio y con las mismas circunstancias; pero a estas renovaciones no pudo asistir Ignacio porque, como veremos, hubo de venir a España. En cambio, acrecentóse la alegría de todos con la agregación de otros tres compañeros, que, por lo menos, ya estaban reunidos en la renovación de 1536. Llamábase el primero Claudio Jayo y era de Saboya, el segundo Pascado Broet francés nacido en

Bretancour, cerca de Amiens, y el tercero Juan Coduri, provenzal, nacido en Seyne, actual departamento de Basses-Alpes. Con estos tres fueron nueve los compañeros de Ignacio, que le ayudaron a fundar la Compañía de Jesús"[31].

Será cosa dulce oír de labios del mismo San Ignacio la síntesis de los propósitos hechos en París con sus compañeros. "Habían, dice, deliberado todos sobre lo que habían de hacer, esto es: ir a Venecia y a Jerusalén su vida en utilidad de las almas; y si no les era licencia de permanecer en Jerusalén, volverse a Roma y presentarse al Vicario de Cristo, para que los emplease donde juzgarse ser más de gloria de Dios y utilidad de las almas.

Habían todavía propuesto esperar un ano embarcación en Venecia: y no habiendo aquel año embarcación para levante, quedasen libres del voto de Jerusalén, y fuesen al Papa, etc."[32].

El mal estado de la salud de Ignacio determinó su salida de París antes de hora. Al principio de su estancia en París se hallaba bien. "Ya había, dice él, casi cinco años que no le tomaba dolor de estómago, y así empezó él a darse mayores penitencias y abstinencias."[33]. Pero en los últimos tiempos sucedía todo lo contrario, como dice en la *Autobiografía:* "En París se encontraba ya en este tiempo muy mal del estómago, de modo que cada quince días tenía un dolor de estómago que le duraba una hora larga y le hacia venir fiebre; y una vez le duró el dolor de estómago diez y seis o diez y siete horas. Y habiendo ya in este tiempo pasado el curso de las artes, y estudiado algunos años Teología, y ganado los compañeros, la enfermedad iba siempre muy adelante, sin poder encontrar algún remedio, aunque se probaron "muchos."

[31] *Vida breve de San Ignacio*, cap. VI.
[32] *Autobiografía*, n. 85.
[33] ibíd., n. 74.

"Solamente, decían los médicos que no había otra cosa, fuera de los aires natales, que le pudiese aliviar. Los compañeros también le aconsejaban lo mismo, y le hicieron grande instancia."

"Al fin el peregrino se dejó persuadir de los compañeros, y también porque los que eran españoles tenían que resolver algunos negocios, los cuales él podía expedir. Y lo acordado fue que., después de encontrarse bien, fuese él a hacer sus negocios, y luego pasase a Venecia, y allí esperase a los compañeros. Era esto el año de 35, y los compañeros habían de partir, según el pacto, en el año de 37, el día de la conversión de San Pablo, aunque después se partieron.; por las guerras que vinieron, el año 36, en noviembre (el día 15).

"Y estando el peregrino para partir, entendió que habían acusado al Inquisidor, y hecho proceso contra él. Sabiendo esto y viendo que no le llamaban se fue al Inquisidor y le dijo lo que había entendido, y que él estaba para partirse para España, y que tenía compañeros, y que le rogaba quisiese dar sentencia. El Inquisidor le respondió que era verdad, en cuanto a la acusación; pero que no veía que hubiese cosa de importancia. Solamente quería ver sus escritos de los *Ejercicios; y* viéndolos, los alabó mucho y rogo al peregrino que le dejase copia de ellos, y así lo hizo.

Sin embargo, tornó a instar que quisiese ir delante con el proceso hasta la sentencia. Y excusándose el Inquisidor, él fue con un notario público y con testigos a su casa y tomó fe de todo esto."[34]

[34] *Autobiografía*, n. 84-86.

Capítulo VI

PROVIDENCIAL DESENLACE

(1535-1538)

1º AZPEITIA

(abril - julio de 1535)

Hanse concluido todas las preparaciones, Ignacio y sus compañeros, llenos de espíritu apostólico, habían creído que antes de lanzarse a predicar, debían proveerse de doctrina sagrada y profana, por los medios humanos, que a mano tenían, que son libros, maestros y escuelas. Ya todos acababan su carrera, y salían graduados y bien reputados de la Universidad de París.

Enamorados personalmente de Jesucristo, habían concebido el proyecto de ir a renovar la vida apostólica en la misma Tierra Santa, en donde había predicado el Redentor, y para manifestar y asegurar más su propósito, lo habían consagrado con un voto, renovado cada año con nueva devoción. Mas como acerca de esa circunstancia local no estaban ciertos de que fuese voluntad de Dios, habíanse comprometido a pasar a Italia, y allí esperar un año embarcación; si esto no era posible en todo el año, iríanse a arrojar a los pies del Sumo Pontífice para que de ellos dispusiese como más le pluguiese.

Bien mirado, pues, todo estaba colgado de la Divina Providencia. Ellos habían hecho lo que humanamente les tocaba; ahora era tiempo de que hablase Dios. Determinan, por tanto, ir preparando todas las cosas para su peregrinación a Jerusalén, muy confiados y seguros de que el Señor les guiaría. - ¡Cuan alentador y confortante es ver almas tan totalmente entregadas a Dios, que van pasando por este mundo, arrastrado por tantas fuerzas contrapuestas, como si no hubiese otra

fuerza que la de la gracia sobrenatural! Este capítulo nos dirá cómo llegó a su providencial desenlace este drama bellísimo, planteado por el amor y servicio de Dios.

A fines de marzo o principios de abril salía Ignacio de París. Dice la *Autobiografía:* "Y hecho esto (el negocio con el Inquisidor), montó en un pequeño caballo, que los compañeros le habían comprado, y se fue solo hacia su tierra, encontrándose por el camino mucho mejor.

Y llegando a la provincia de Guipúzcoa, dejó el camino común y tomó el del monte, que era más solitario; por el cual caminando un poco, halló dos hombres armados, que venían a su encuentro (y era aquel camino algo infame de asesinos), los cuales hombres, después que le hubieron pasado un trozo, volvieron atrás, siguiéndole con gran prisa, y tuvo un poco de miedo. Todavía les habló y entendió que eran criados de su hermano, el cual le mandaba a buscar. Porque, a lo que parece, de Bayona de Francia, donde el peregrino fue conocido, había tenido noticia de su venida, y así' ellos le fueron delante, y él siguió por el mismo camino. Y un poco antes de llegar a la tierra, encontró a los presbíteros, que salían a su encuentro, los cuales hiciéronle grande instancia para llevarlo a casa de su hermano, pero no le pudieron forzar. Así se fue al hospital, y después a hora conveniente a buscar limosna por la tierra."[1]. El hospital era el de la Magdalena, fuera de Azpeitia.

Detengámonos ahora un memento. ¿Por qué venía San Ignacio a Azpeitia? Sábanos la razón de la salud por él mismo; pero los que le trataron íntimamente nos dicen también el deseo que tenía de reparar los malos ejemplos de su juventud. El P. Polanco dice: "que en donde había sido a muchos, piedra de escándalo, quería

[1] *Autobiografía*, n. 87.

dar alguna edificación"[2]; y el Padre Araoz afirma que una de las causas que le movieron era: "por satisfacer en parte a las ignorancias de su juventud."[3].

El primer ejemplo que quiso dar fue de humildad. Aunque le salieron al camino criados y sacerdotes, para que fuese a Loyola, negóse a todos, y según los procesos de Azpeitia, llegó hasta amenazarlos con que se volvería, si no le dejaban solo. Solo, pues, y por caminos extraviados, llegó al pequeño hospital de la Magdalena "un viernes cerca de las cinco de la tarde", como dice la sirvienta del hospital. Allí vivió entre los pobres, y como tal salía cada día a mendigar. Su hermano D. Martín trató por todas las maneras, tanto por sí mismo, como por terceras personas autorizadas, de traerlo a su casa. Nadie, sin embargo, fue bastante a sacarlo del hospital, pues decía que "él no había venido a buscar la casa de Loyola, ni a vivir en palacios, sino a sembrar la palabra de Dios y enseñar a los hombres cuan terrible cosa es el pecado mortal." Su hermano entonces envió al hospital una cama. Tampoco la admitió el Santo, sino que, o dormía en tierra, o como los demás pebres de la casa. Su traje era también sumamente humilde: andaba vestido de pobre estameña, calzado con alpargatas y sin medias.

Después se siguieron las obras de celo. Comenzó a enseñar la doctrina cristiana a los pequeñuelos'. Y así dice la Autobiografía: "Luego, al principio de llegar, se determinó a enseñar la doctrina cristiana todos los días a los niños; mas su hermano se opuso grandemente, alegando que nadie acudiría. El repuso que bastaría uno. Mas después que lo comenzó a hacer venían muchos continuamente a oírle, y también su hermano." También, según su costumbre, tenía conversaciones espirituales con particulares personas. "Comenzó, dice, a hablar con muchos, que le fueron a visitar, de las cosas de Dios, por cuya gracia se hizo mucho fruto." Y vino después la predicación en público a todo el pueblo: "Además

[2] *Monumenta histórica* S. I. Cronicón S. I., 1, *p. 51.*
[3] *Monumenta Ignatiana*, *Ser. 4*, *vol. 1*, *pág. 730.*

de la doctrina cristiana, predicaba también los domingos y fiestas, con utilidad y ayuda de las almas, que de muchas millas le venían a oír."[4].

"Según atestiguan los procesos, había de predicar a campo raso, porque en la iglesia no cabía la gente, la cual se encaramaba por los árboles y las paredes; y aunque Ignacio tenía la voz delgada, dicen que se le oía a trescientos pasos de distancia, lo cual atribuían a prodigio. El sermón, solía durar dos o tres horas, y fue notable el fruto en cambios de vida y conversiones. Queda memoria de tres personas de mal vivir, que dejaron aquel mal oficio, y de familias desavenidas, que hicieron las paces. En la misma casa de ' Loyola remedió un grande escándalo. Habiendo él rehusado tan enérgicamente hospedarse en su casa, recibió un día la visita de doña Magdalena de Araoz, esposa de su hermano, la cual, con lágrimas en los ojos y puesta de rodillas, rogóle por la memoria de sus padres y por la pasión de Jesucristo, que fuese a Loyola. Consintió Ignacio en -pasar allí una noche. Era la causa, que uno de aquella casa tenía una mala amistad, y cada noche iba allá una mala compañía. Ignacio la aguardó, la sacó de la casa, y la ayudó a empezar una vida mejor." Así lo afirma el P. Polanco[5]. Por las lágrimas de doña Magdalena y por el testamento de D. Martín, en que reconoce dos hijos naturales, podemos suponer como muy probable que el hombre con quien se encaró en Loyola fue su mismo hermano mayor.

Declaró abierta guerra a los juramentos y al juego. Dicen los testigos que un día se vio el río lleno de los naipes que tiraban los jugadores, y que en tres años no se volvió a jugar. Pero sobre todo combatió la deshonestidad. Oigámosle a él sobre este punto. "Había también allí otro abuso, en este modo: las muchachas en aquel país van siempre con la cabeza descubierta, y no la cubren sino cuando se casan. Pero hay muchas que se hacen concubinas de sacerdotes y de otros hombres, y les

[4] *Autobiografía*, *n. 88*.
[5] *Monumento histórica* S. I. Historia S. I, *Vol. 1, página 53*

guardan la fe como si fuesen sus mujeres. Y esto es tan común, que las concubinas no tienen ninguna vergüenza de decir que se han cubierto la cabeza por alguno, y por tales son conocidas.

De cuya usanza nace mucho mal. El peregrino persuadió al gobernador que hiciese una ley, que todas aquellas que se cubriesen la cabeza por alguno, no siendo ellas sus mujeres, fuesen castigadas por justicia; y de este modo se comenzó a quitar este abuso."[6].

Por consejo de Ignacio estableciόse la costumbre de tañer tres veces a la oración, por la mañana, a mediodía y a la noche, y la casa de Loyola dejó una fundación para este fin. Procuró también se diese especial limosna a los pobres vergonzantes. Para los que mendigan ordenó se promulgasen unas sapientísimas constituciones, por las cuales se organizaba perfectamente la caridad, a fin de evitar los abusos de los vagos y explotadores. Finalmente, parece que al Señor le plugo volver la salud a algunos enfermos a quienes Ignacio, protestando siempre que no era sacerdote, santiguaba con la señal de la cruz.

Tres meses hacía que Ignacio estaba en Azpeitia. "Mas, aunque al principio se encontraba bien, vino después a enfermar gravemente. Y después que fue sano, determinó partirse a hacer los negocios que le habían encomendado los compañeros y partirse sin dineros; de lo cual se alteró mucho su hermano, avergonzándose de que quisiese ir a pie; y a la tarde quiso el peregrino condescender en esto, de andar hasta el fin de la provincia a caballo con su hermano y con sus parientes."[7]. Recordándole personas principales de aquella tierra el gran fruto que hacía en ella, y rogándole que no se partiese, dio una respuesta digna de él, diciendo: "aquí aun estoy en el mundo, y por lo tanto no puedo servir a Dios como debo y puedo hacerlo fuera." En memoria y en

[6] *Autobiografía*, n. 88-89.
[7] *Autobiografía*, n. 89.

agradecimiento de su estancia en el hospital, dejó allí el caballo en que había venido de París, el cual vivió muchos años acarreando la leña de los pobres. En enero de 1552 hallábase en Azpeitia San Francisco de Borja y el Padre Ochoa. Con esta ocasión escriben a San Ignacio dándole noticia del pobre animal. Le dicen que aun vive, gordo y bueno, y que la gente del pueblo lo tienen como privilegiado, de manera que, aunque entre a comer en algún campo, todos se lo disimulan[8].

2º VENECIA

(Julio de 1535-junio de 1537) fines de julio o primeros de agosto cuando Ignacio su tierra, acompañado de los de su casa, según hasta el término de la provincia. "Mas cuando bajó a pie, sin tomar nada, y se fue hacia Pamplona "De todo este viaje no tenemos sino las notas brevísimas que de él nos da él mismo, diciendo: "De allí (de Pamplona) a Almazán, tierra del P. Laínez; y después a Sigüenza y Toledo; y de Toledo a Valencia. Y en todas estas tierras de los compañeros no quiso tomar nada, aun cuando le hacían grandes ofertas con mucha insistencia. En Valencia habló con Castro, que era monje cartujo." La Cartuja era la del Valle de Cristo, cerca de Segorbe. Según las crónicas de aquella casa, estúvose allí Ignacio ocho días, llenos de suavidad y paz espiritual, descubriendo sus ideales a aquellos buenos monjes, los cuales le animaron a ir adelante. Sólo le decían que no se embarcase, porque el mar estaba infestado de corsarios.

"Queriéndose, dice él, embarcar para ir a Génova, los devotos de Valencia le rogaron que no lo hiciese, porque estaba Barbarroja en el mar con muchas galeras, etc. Y aunque muchas cosas le dijeron, bastantes a ponerle miedo, no obstante, ninguna cosa le hizo dudar. Y embarcado en una nave grande, pasó gran tempestad, se le quebró el timón a la nave, y la cosa vino a términos que, a su juicio y al de muchos que venían en la nave, naturalmente no se podía huir de la muerte. En este tiempo, examinándose bien, y preparándose para morir, no podía tener temor de

[8] *Litterac quadrimestre*, vol. 1, pág. 494.

sus pecados, ni de ser condenado; mas tenía grande confusión y dolor, por juzgar que no había empleado bien los dones y gracias que Dios Nuestro Señor le había comunicado."

Llegado a Génova$_r$ tomó el camino hacia Bolonia, en el cual ha padecido mucho, mayormente una vez que perdió el camino, y comenzó a caminar cabe un río, el cual era hondo, y la senda alta, la cual, cuanto más caminaba por él, tanto más estrecha se hacía; y de tal modo vino a estrecharse, que no podía ya ni andar adelante ni tornar atrás. Y así comenzó a caminar a gatas; y así caminó un gran trecho con grande miedo; porque cada vez que se' movía creía caer en el río. Y esta fue la más grande fatiga y trabajo corporal que jamás tuvo; pero al fin escapó. Y queriendo entrar en Bolonia, teniendo que pasar un puentecito de madera, cayó del puente abajo; y así levantándose cargado de barro y de agua, hizo reír a muchos, que estaban presentes.

Y entrando en Bolonia, comenzó a pedir limosna y no encontró ni un solo cuatrín, aunque la recorrió toda. Estuvo algún tiempo en Bolonia enfermo"[9].

Dice el P. Polanco que Ignacio se hospedó en el Colegio español de Bolonia, con el intento de perfeccionar sus estudios teológicos; pero la enfermedad se lo estorbó, y marchó a Venecia. Acerca de lo cual prosigue él mismo. "En Valencia en aquel tiempo se ejercitaba en dar los Ejercicios y en otras conversaciones espirituales. Las personas más señaladas, a las cuales los dio, son Maestro Contareno y Maestro Gaspar de Doctis, y un español llamado por nombre Rocas, y también a un español, que se decía bachiller Hoces, de cual platicaba mucho con el peregrino y también con el Obispo de Cette. Y aunque tenía un poco de afición a hacer los Ejercicios, sin embargo, no lo ponía en ejecución. Al fin se resolvió entrar a hacerlos; y después que los hubo hecho tres o cuatro días, descubrió su ánimo al

[9] *Autobiografía*, n. 90-91 y 33.

peregrino, diciendo! que tenía miedo no le enseñase en los Ejercicios alguna doctrina mala, por las cosas que le había dicho un tal. Y por esta causa había llevado consigo algunos libros, a fin de recurrir a ellos, si acaso le quisiese engañar. Este se ayudó muy notablemente de los Ejercicios, y al fin se resolvió a seguir la vida del peregrino. Este fue también el primero que murió"[10].

Pronto volverá a hacerse mención de esta santa muerte. Conviene añadir ahora que, aunque no estuviese aún fundada la Compañía canónicamente, bien podemos decir que Hoces, muriendo el primero entre todos, inauguró la Compañía triunfante. Murió en Padua. Cuenta el P. Laínez que después de muerto quedó bellísimo como un ángel, siendo así que en vida era moreno y feo; tanto que el P. Coduri, que fue el primero que debía morir después de fundada la Compañía, dice que no sabía dejar de mirarlo, con unos sentimientos de alegría extraordinarios. San Ignacio estaba a la sazón en Monte Casino y sintió la misma alegría, tanto que no hacía sino llorar de consuelo, y le vio glorioso entre los santos.

Aunque no tuviese grandes comodidades para el estudio, contóse Ignacio entre los estudiantes durante su estancia en Venecia. Según escribe a Jaime Cazador, de Barcelona, piensa concluir su carrera para la cuaresma de 1537, y enviar a Isabel Roser sus libros, como se lo tenía prometido. Debía de ser como muestra de gratitud, porque las limosnas de Cataluña, que sustentaron a Ignacio mientras estuvo en París, le acompañaron hasta Italia, y no solamente ahora, mientras duró su vida de estudiante, sino también después aun siendo general de la Compañía[11].

Y prosigue la *Autobiografía:* "En Venecia tuvo aun "el peregrino otra persecución, siendo muchos los que decían que le había sido quemada la estatua

[10] *Autobiografía*, n. 93.
[11] *Monumenta Ignatina*, Ser. lo, vol. 1, Ep. 6.

en España y en París. Y esta cosa fue adelante, que se hizo proceso y fue dada la sentencia en favor del peregrino"[12].

Los compañeros de París tuvieron que adelantar su salida por causa de la guerra entre Carlos V y Francisco I. Salieron el día 15 de noviembre de 1536, y llegaron a Venecia el 8 de enero de 1537. Ignacio, lleno de temor por lo que podía haber sucedido a sus amadísimos compañeros, por los azares de guerra, escribió desde Venecia una carta al confesor de la Reina de Francia, Leonor de Austria, rogando les quisiese ayudar en la difícil peregrinación que iban a emprender[13].

Muy penoso fue el viaje por Francia y la alta Alemania; pero lo hicieron de la misma manera con que solía Ignacio caminar cuando estaba bien: a pie, cargados con sus papeles y como pobres. Tres de ellos eran sacerdotes: Fabro, Jayo y Broet, y decían misa cada día; los demás diariamente comulgaban, y todos hacían la oración a la primera hora de su camino, ocupando las demás horas del día en dulces y santas conversaciones espirituales.

Sentían extraordinaria alegría y experimentaban a cada paso la acción de la Divina Providencia, que los guiaba y protegía. Todas estas cosas las cuenta el P. Laínez[14]: Verdaderamente eran hijos de Ignacio y todo lo hacían como él, no regidos por ninguna ley exterior, sino por la interior ley de la caridad y amor, que el Espíritu Santo había escrito en sus corazones.

Da gozo pensar cuan dulce y fuertemente se abrazarían al encontrarse en Venecia con Ignacio. Por una y otra parte habíase acrecentado el número de los compañeros. Ellos (raían de Paris los tres nuevos compañeros Jayo, Broet y Cocluri; Ignacio les presentó al bachiller Hoces. No era todavía hora cíe marchar para Roma a recibir la bendición del Santo Padre para ir a Jerusalén, y así se

[12] *Autobiografía*, n. 93.

[13] *Monumento Ignatiana*,, Ser. I[1]?, vol. 1, EI. 9.
[14] *Monumenta Ignatiana* Ser. 4ª, vol. 1, pág. 113.

distribuyeron por diferentes hospitales practicando en ellos el celo y la caridad. Javier era el que se lanzaba a cosas más heroicas, preludiando las empresas de su apostolado.

A media cuaresma partieron todos para Roma, menos Ignacio, que pareció a todos no convenir que fuese allá, por estar allí dos hombres, que se le habían mostrado contrarios: Pedro Ortiz y Pedro Carafa. ¡Lo que son los planes de la Providencia! Llegados a Roma, Ortiz, que tan enemigo había sido en París, fue ahora su introductor y panegirista ante el Papa Paulo III. Este les recibió muy amorosamente, les dio su bendición para ir a la Tierra Santa, una limosna de sesenta ducados y licencia para ordenarse de sacerdotes los que aun no lo eran. Otras limosnas recogieron en Roma hasta doscientos ducados, que fueron enviados a Venecia, con el propósito de no tocar a ellos hasta el punto en que hubiesen de embarcarse. "Los compañeros, dice Ignacio, tornaron a Venecia del modo que habían ido, a pie y mendigando, y repartidos en tres grupos, y en tal moflo, que siempre eran de diversas naciones. Allí, en Venecia, se ordenaron de misa los que no estaban ordenados, y les dio licencia el Nuncio, que entonces estaba en Venecia, que después se llamó el Cardenal Verallo. Se ordenaron a título de pobreza, haciendo todos votos de pobreza y castidad"[15]. Ignacio recibió las ordenes menores el 10 de junio, el subdiaconado el 15, el diaconado el 17, el presbiterado el 24, día de San Juan Bautista. Dice el P. Rivadeneira que el Obispo confesó no haber sentido en ninguna ordenación alegría tan intensa como en la de aquel día.

3° VINCENZIA

(junio-noviembre de 1537)

[15] *Autobiografía*, n. 93.

No se veía próxima la posibilidad de la peregrinación, por causa de la guerra, y los nuevos sacerdotes querían prepararse con preparación extraordinaria para celebrar su primera misa. Determinaron, pues, esparcirse por lugares recogidos.

"*Aquel año, dice Ignacio, no pasaban naves a Levante, porque los venecianos habían roto con los turcos. Y así ellos, viendo que se alejaba la esperanza de pasar, se repartieron por el territorio veneciano, con intención de esperar el año que habían determinado; y después que hubiese pasado, y no hubiese pasaje, se irían a Roma*."

"*Al peregrino tocó ir con Fabro y Laínez a Vincencia. Allí encontraron una cierta casa en despoblado, que no tenía ni puertas, ni ventanas, en la cual dormían sobre un poco de paja, que habían llevado. Dos de ellos iban siempre a buscar limosna a la ciudad, dos veces al día, y traían tan poco, que casi no se podían sustentar. Ordinariamente comían un poco de pan cocido, cuando lo tenían, el cual cuidaba de cocer el que quedaba en casa. De este modo pasaron cuarenta días, no atendiendo más que a la oración*"[16].

Notemos la facilidad con que Ignacio y los suyos se tomaban una cuarentena de oración y penitencia, cosa que de sí parece tan extraordinaria. Y no lo era, sino muy natural para aquellas almas, 'que no tenían otro ideal de vida sino la santidad. No pasa el tiempo para quien toma por medida de las cosas la eternidad. Vincencia parece haber sido su segunda Manresa, aunque de más corta duración. Y así dice él mismo: "En aquel tiempo que estuvo en Vincencia tuvo muchas visiones espirituales, y muchas casi ordinarias consolaciones; y así por el contrario cuando estuvo en París; máxime cuando comenzó a prepararse para ser sacerdote en Venecia, y cuando se preparaba para decir la misa por todos aquellos viajes tuvo grandes visitaciones sobrenaturales, de aquellas que solía tener estando en Manresa. Estando aún en Vincencia supo que uno de los compañeros, que se ha-

[16] *Autobiografía*, n.94.

llaba en Basan, estaba enfermo y a punto de muerte, y él se encontraba también entonces enfermo de fiebre. No obstante esto, se puso en camino; y caminaba tan fuerte, que Fabro, su compañero, no le podía seguir. Y en aquel viaje tuvo certeza de Dios y lo dijo a Fabro, que él compañero rio moriría de aquella enfermedad. Y llegando a Basan., el enfermo se consoló y sanó pronto"[17].

"*Al cabo de cuarenta días vino Maestro Juan Coduri, y todos cuatro determinaron comenzar á predicar; y andando todos cuatro a diversas plazas, el mismo día y a la misma hora comenzaron su predicación, gritando primero recio, y llamando la gente con el bonete.*

Con esta predicación se hizo grande ruido en la ciudad, y muchas personas se movieron con devoción, y ellos tenían las comodidades corporales con más abundancia.... después volvieron todos a Vincencia, y allí han estado algún tiempo todos diez; y salían algunos a buscar limosna por las granjas cercanas a Vincencia"[18].

Ya para entonces habían cantado misa todos los nuevos sacerdotes, menos Ignacio, que quería tomarse un año de tiempo para prepararse, como nos dirá luego él mismo. Examinaron entonces todos juntos las pocas probabilidades que se presentaban para el viaje a Jerusalén. Hacía muchos años que no había faltado pasaje, sólo en aquél faltó, y esto parecía ser señal de que quería Dios que cumpliesen la segunda parte de su voto, yendo a Roma, a ponerse en manos del Papa. Determinan, pues, que Ignacio, Fabro y Laínez vayan a Roma a preparar las cosas, vista ya la buena voluntad de Ortiz y Carafa, de quienes habían tenido algún temor, y entre tanto, que los otros se esparciesen por las universidades italianas, por ver si se despertarían algunas vocaciones.

[17] *Autobiografía*,.n.95.

[18] *Autobiografía*, n. 94.

Cuenta el P. Rivadaneira que establecieron una norma general de proceder, por donde se ve que Ignacio iba ya preparando, con obras más que con palabras la fundación de la Compañía. "La manera, dice, de su gobierno era ésta: a semanas tenía cargo el uno del otro, de manera que el que esta semana obedecía, mandaba la siguiente. Pedían por amor de Dios de puerta en puerta. Predicaban en las plazas públicas. Antes del sermón, el compañero súbdito traía de alguna tienda prestado un escaño, que servía de pulpito, y llamaba al pueblo a voces y con el bonete, meneándolo, para que viniesen a oír la palabra de Dios. No pedían en el sermón limosna, ni después de haber predicado la querían recibir de los oyentes, aunque de suyo se la ofreciesen. Si hallaban alguno deseoso de su aprovechamiento, y sediento de las aguas vivas, que matan la sed del alma, a ese tal se comunicaban más, y le daban mayor parte de lo que nuestro Señor a ellos les comunicaba. Oían las confesiones de muchos que lo pedían. Enseñaban a los niños y a los ignorantes y rudos la doctrina cristiana. Cuando podían y tenían tiempo_, acudían a los hospitales servían a los pobres, consolando a los enfermos y afligidos, que estaban en la cama. Finalmente, no dejaban ninguna cosa de las que entendían que podían servir para mayor gloria de Dios y bien de sus prójimos"[19]. Preguntó alguno: "*¿Qué diremos a los que nos pregunten quiénes somos*?" Contestó Ignacio: "Decid que sois de la Compañía de Jesús."

Así comenzó aquella primera misión, de la cual, además del bien espiritual de muchas almas, se siguió el ser esparcida la noticia de aquella incipiente sociedad. Ni faltaron tampoco las acostumbradas persecuciones. En Padua el Vicario del Obispo les metió en la cárcel, y dicen haber pasado una noche tan llena de alegría, que Hoces no podía tenerse de risa.

San Francisco Javier nos ha conservado en una carta suya el espíritu evangélico con que enviaba Ignacio a sus compañeros a trabajar en la viña del Señor, y parece

[19] *Vida de San Ignacio*, lib. II, cap. X.

haberse de referir a esta primera misión. Escribe el Santo desde Malaca, engolfado en aquellos trabajos imponderables, en que cada día moría por Dios: "Casi siempre llevo delante de mis ojos y entendimiento lo que muchas veces oí decir a nuestro bienaventurado P. Ignacio: que los de nuestra Compañía habían de ser, que debían mucho trabajar por se vencer, y lanzar de sí todos los temores que impiden a los hombres tener fe, esperanza y confianza en Dios, tomando medios para eso. Y aunque toda fe, esperanza y confianza sea don de Dios; dala el Señor a quien le place; pero comúnmente a aquellos que se esfuerzan, venciéndose a sí mismos, tomando medios para eso. Mucha diferencia hay del que confía en Dios tomando todo lo necesario, al que confía en Dios sin tener ninguna cosa, privándose de lo necesario, pudiéndolo tener, por más imitar a Cristo: y así por semejante, mucha diferencia hay de los? que tienen fe, esperanza y confianza en Dios, cuando por su amor y servicio, de voluntad se ponen en peligros casi '. evidentes de muerte, pudiéndolos evitar, si quisiesen, pues queda en su libertad dejarlos o tomarlos. Paréceme que los que, en peligros continuos de la muerte, vivieren por solamente servir a Dios, sin otro respeto ni fin, que en poco tiempo vendrá a los aborrecer la vida, y desear la muerte para vivir y reinar para siempre con Dios en los cielos, pues ésta no es vida, sino una continuada muerte y destierro de la gloria, para la cual somos criados"[20].

Oigamos ahora de labios de este apóstol cuan grande y difícil es esta disposición de espíritu.

"Yo por necesidad que estos cristianos, de la isla del Moro, tienen de doctrina espiritual y de quien los bautice para salvación de sus ánimas, y también por la necesidad que tengo de perder mi vida temporal por socorrer la vida espiritual del prójimo, determino de me ir al Moro por socorrer in spiritalibus a los cristianos, ofrecido a todo peligro de muerte, puesta toda mi esperanza y confianza en Dios

[20] *Monumenta Xaveriana*, Ep. 82.

nuestro Señor, deseándome conformar, según mis pequeñas y flacas fuerzas, con el dicho de Cristo nuestro Redentor y Señor, que dice:

Qui enitn volueñt animam suam salvam faceré, perd-et cam; qui auten perdiderit animam suam propter me, invenid eam ("Quien quisiere salvar su vida, la perderá; mas quien la pierda por mí, la encontrará") ; y aunque sea fácil de entender el latín y la sentencia en universal de este dicho del Señor, cuando el hombre viene a lo particularizar para disponer a determinar de perder la vida por Dios, para hallarla en El, ofreciéndose casos peligrosos, en los cuales probable- mente se presume perder la vida; hácese tan oscuro, que el latín, siendo tan claro, viene a oscurecerse; y en tal caso me parece que sólo aquél lo viene a entender, por más docto, que sea, a quien Dios nuestro Señor, por su infinita misericordia, lo quiere en casos particulares declarar"[21].

4º ROMA

(noviembre de 1537-1538)

Dejemos a los compañeros preludiando la vida apostólica, y sigamos a nuestro Ignacio camino de Roma. "*En este viaje, nos dice, fue muy especialmente visitado de Dios. Había determinado, después que fuese sacerdote, estar un año sin decir misa, preparándose y rogando a nuestra Señora le quisiese poner con su Hijo. (Notemos esta frase, tan llena de sentido espiritual, que no hay palabras que basten a declararlo). Y estando un día, algunas millas antes que llegase a Roma, en una iglesia, y haciendo oración, sintió tal mudanza en su ánima y vio tan claro que Dios Padre le ponía con Cristo, su Hijo, que no tendría ánimo de dudar de esto, sino que Dios Padre le ponía con su Hijo*"[22]. ¡Oh, magnífica repetición de unas palabras, que no bastan a

[21] *Monumenta Xaveriana*, Ep. 56.

[22] *Autobiografía*

traducir el sentimiento del corazón! Esta revelación es esencial en la vida de Ignacio y de la Compañía.

El P. Cámara, que hacía de secretario de San Ignacio en la redacción de esta preciosa Autobiografía, hilo de oro de toda esta historia, se ve que estaba aguardando con ansia este punto, y después de las palabras transcritas, interrumpió a nuestro Padre, preguntándole más particularidades, que él había oído contar al P. Laínez. "Todo cuanto dice Laínez es verdad", contestó Ignacio. Veamos, pues, lo que decía Laínez, sacándolo de una plática que en Roma hizo en julio de 1559. "Me parece ser por esto que diré, que nuestro Padre quiso que se llamase Compañía de Jesús. Viniendo nosotros a Roma por el camino de Sena, siendo así que el Padre tenía muchos sentimientos espirituales, y principalmente' en la Santísima Eucaristía. Maestro Pedro Fabro y yo, Laínez, cada día decíamos misa; él, no, sino que comulgaba.

Ahora bien; díjome él que parecía que Dios Padre le imprimía en el corazón estas palabras: "Yo os seré propicio en Roma"; y no sabiendo nuestro Padre qué quisiesen significar estas palabras, decía: "Yo no sé qué cosa será de nosotros; quizá seremos crucificados en Roma". Después otra vez dijo que le parecía ver a Cristo con la cruz sobre los hombros, y el Padre Eterno al lado, que le decía: "Quiero que tomes a éste por servidor tuyo"; y así Jesús lo tomaba, y decía: "Quiero que tú nos sirvas." Y por esto,' tomando grande devoción al nombre de Jesús, quiso que fuese llamada la congregación Compañía de Jesús"[23].

Entraron Ignacio y sus dos compañeros en Roma en los últimos días de noviembre de 1537. Presentáronse al Papa y fueron de él muy bien recibidos. A Laínez encargó que enseñase Teología escolástica, y a Fabro, Sagrada Escritura. Ignacio dedicóse de lleno a los ministerios espirituales; pero su principal intento

[23] *Monumento, ígnatiana*, Ser. 4, vol. 2, pág. 74.

era preparar la fundación de la Compañía, para el caso, que se presentaba casi cierto, de que no fuese posible la peregrinación a la Tierra Santa.

La primera mirada que dirigió Ignacio a su alrededor en la Ciudad Eterna, fue desconsoladora. Dice él: "Después viniendo a Roma, dijo a los compañeros que veía las ventanas cerradas, queriendo decir que allí habían de tener muchas contradicciones[24]. Para comenzar la tarea de los ministerios espirituales, tuvo Ignacio una idea verdaderamente suya. Hacía ya tiempo que el doctor Pedro Ortiz estaba en Roma, tratando en la Corte pontificia la causa matrimonial de doña Catalina, tía del Emperador repudiada por su marido, Enrique VIII de Inglaterra. Aquel varón, de gran valer y prestigio, había sido en París enemigo declarado de Ignacio; después se mostró benigno con sus compañeros, que fueron a pedir la bendición al Papa. Determina, pues, Ignacio ir a visitarlo, insinuarle en su amistad y tratar de aficionarlo a las cosas espirituales. El éxito fue tan extraordinario, que poco después aquel hombre, no haciendo caso de su avanzada edad, y abandonando los negocios que tenía en Roma, salía de ella con Ignacio y pasaban los dos a Monte Casino, para practicar los Ejercicios. Estando allí murió en Padua el P. Hoces, y el P. Ignacio, al decirse en la misa que oía el *confíteor,* a aquellas palabras: *et ómnibus sanctis,* lo vio lleno de gloria entre los santos del cielo.

Cuarenta días duraron aquellos Ejercicios de Monte Casino; Ignacio no tenía nunca prisa, tratándose de hacer oración y penitencia. En saliendo de ellos, aquel excelente teólogo dijo que había aprendido una nueva teología, de la cual antes ninguna noticia tenía, y mucho más alta que la primera.

"Decía él que hay gran diferencia entre el estudiar el hombre para enseñar a otros, y el estudiar para obrar él; porque con el primer estudio recibe luz el

[24] *Autobiografía*, n. 97.

entendimiento; mas con el segundo se abrasa en amor de Dios la voluntad"[25]. Ignacio y la Compañía tuvieron siempre en Ortiz un decidido defensor.

"De Monte Casino llevó consigo a Francisco de Estrada. Volviendo a Roma, se ejercitaba en ayudar a las ánimas, y estaban todavía en el campo, y daba Ejercicios espirituales a varios en un mismo tiempo; dos de los cuales estaban en Santa María la Mayor, y el otro en Puente Sixto"[26].

La Compañía no era todavía una corporación canónica; pero iba siendo conocida y estimada, como si lo fuese, por los misterios espirituales y literarios de aquellos pocos hombres diseminados por Italia, y, como era natural, nacían también vocaciones. El doctor Ortiz, de quien acabamos de hablar, seguramente se hubiera dado por compañero a Ignacio, si no se lo estorbara su mucha edad y los graves negocios que trataba de parte del Emperador. Todo, pues, iba preparándose de modo qué el nacimiento de la Compañía fuese como cosa natural, cuando vino un golpe que podía dar con todo en tierra. La persecución, compañera inseparable de Ignacio, fue ahora más fuerte que nunca, y capaz de estorbar toda la fundación de la Compañía, si Jesús no hubiese acudido con aquel auxilio que le había prometido antes de llegar a Roma. Predicaba por las iglesias de esta ciudad un fraile piamontés, que disimuladamente esparcía la herejía luterana. Nuestros Padres resistiéronle abiertamente, y él determinó vengarse. Tenía unos amigos españoles, de mucha riqueza y prestigio, y con ellos tramó una campaña de difamación, diciendo que eran herejes, que habían tenido que huir de España, París y Roma. Hallaron aptísimo instrumento en un joven español, llamado Miguel, que estaba al servicio de Javier, cuando éste se hizo compañero de Ignacio e intentó matar a nuestro Padre. Pasada la primera furia, quiso imitar a su antiguo amo y partirse con los Padres de París a Venecia. Rehusándolo ellos se vino a Roma. Este

[25] RIVADENCIRA, *Vida de San Ignacio*, cap. XII.
[26] *Autobiografía*, n, 98

era el que. hacía mayor guerra. A éste apoyaban ocultamente personas, dice Ignacio, "quien de mil ducados de renta, quien de seiscientos y quien aún de más autoridad, todos curiales y negociadores"[27].

Siguió Ignacio la norma adoptada desde que tenía compañeros; procurar que se hiciese información de todo y que diese sentencia. El gobernador de Roma examinó a Miguel y desterrólo. Mudarra y Barrera, que eran la gente rica que andaba mezclada en el asunto, confesaron delante de la autoridad que-nada malo sabían de Ignacio y sus compañeros.

"El legado, dice Ignacio, que lo era entonces de Roma (era Carafa), manda que se ponga silencio en toda esta causa; mas el peregrino no lo acepta, diciendo que quería sentencia final. Esto no plugo al legado, ni al gobernador, ni aun a aquellos que primero favorecían al peregrino; pero al fin, después de algunos meses, vino el Papa a Roma. El peregrino le va a hablar a Frascati, y le representa algunas razones, y el Papa se hace cargo de ellas, y manda se dé sentencia, la cual se da en favor, etcétera"[28].

Esta sentencia fue dada el 18 de noviembre de 1538. Vióse clarísima la Providencia de Dios en proveer que entonces se hallasen en Roma los que habían sido jueces de Ignacio en España, en París y en Venecia: Figueroa, Ori y de Doctis, a quienes nuestro Padre invocó como testigos.

La experiencia probó cuan acertada había estado la persistencia de Ignacio, que tildaban algunos de pertinacia, en querer llegar a la sentencia definitiva. Dos años después escribía Javier desde Lisboa: "Desea mucho Su Alteza (el Rey de Portugal) ver la sentencia que se dio en nuestro favor. Todos se edifican acá de que llevamos tanto la cosa adelante, hasta que se diese la sentencia; y tanto se edifican, que les parece que, si la cosa no se hiciera como se hizo, que nunca hiciéramos fruto

[27] *Monumenta Ignatíana*, Ser. 1, vol. 1, pág. 139.
[28] *Autobiografía*, n. 98.

ninguno"[29]. Algo semejante dijeron los amigos de Barcelona, cuando un año más tarde, en octubre de 1539, desembarcó allí el P. Aráoz.

Mas tarde recibieron los autores de aquellas calumnias el castigo que habían querido cargar sobre Ignacio. El fraile quitóse la máscara haciéndose manifiestamente luterano; los otros acusadores fueron condenados por su mala vida: uno, a ser quemado; el otro, a cadena perpetua. Este acabó bien y arrepentido, en manos del P. Avellaneda, el año 1559.

A las persecuciones, aún más que con palabras, respondían con obras aquellos varones evangélicos. Era aquel año muy apretado de miseria en toda la ciudad de Roma, de manera que algunos morían de hambre, y por las calles se encontraba mucha gente desfallecida. Nuestros Padres, tan pobres como los más abandonados, se olvidaban de sí mismos para socorrer a los demás. Buscaban limosnas con grandes afanes, mendigaban pan, buscaban hierbas, cuando otra cosa no hallaban; cocían una olla, y, trayéndose a casa los pobres, les lavaban los pies, les daban de comer y les enseñaban la doctrina cristiana. Llegaron a tener en casa de trescientos a cuatrocientos pobres, acostados sobre paja, que ellos mismo habían ido a buscar.

Por cierto que, en aquella deshecha persecución de malas lenguas, pasó una cosa que prueba bien la serenidad que Ignacio tenía, su confianza en la verdad y la eficacia de sus palabras.

Un buen hombre llamado Quirino Garzonio había caritativamente acogido a los Padres 'en una casita que tenía en una viña. Era sobrino del Cardenal de Cupis, decano del Sacro Colegio, y éste era uno de los que estaban más mal impresionados contra Ignacio, por los rumores que corrían. Llama, pues, a su sobrino, y le aconseja una y otra vez que arroje de su casa a aquella gente. Quirino se resistía diciendo que los había mirado y remirado, y sólo veía en ellos cosas santas. "Te engañas o te

[29] Lisboa, 13 de julio de 1540, *Monumenta Xaveriana*, Ep. 3,

engañan, le dijo el Cardenal; si supieses lo que yo sé, no dudarías ya en hacerlo". Ruega entonces el sobrino a su tío que hable una vez siquiera con Ignacio, y después haría lo que le dijese: "Que venga, dice el Cardenal, y le trataré como se merece". Preséntase Ignacio en casa del Cardenal, y estúvose dos horas con él, siendo así que la antesala estaba llena de gente que aguardaba, y entre ellos se hallaba el mismo Quirino. Lo que Ignacio le dijo, no se sabe; pero sí que la verdad y eficacia de su palabra dominó al Cardenal de tal manera, que se arrojó a sus pies, pidiéndole perdón de haber creído lo que de él se decía, y salió acompañándole con gran deferencia, y mandó que semanalmente se le hiciese una limosna, lo cual cumplió todo el tiempo de su vida.

Volvamos al P. Ignacio, el cual estaba lleno de gratitud para con Dios Nuestro Señor, por la amorosa providencia experimentada en todo este negocio, e iba ahora a realizar uno de los más trascendentales actos y más esperados de toda su vida.

Después de un año y medio de preparación, celebró Ignacio su primera misa la noche de Navidad de 1538, y la celebró en la iglesia de Santa María la Mayor, ante el pesebre de Jesucristo. No es posible dejar de ver en la vida de Ignacio una especialísima ternura y devoción al Santo Nacimiento de Jesús. Recordemos, si no, las palabras insólitas y efusivas que escribe en esta meditación de los *Ejercicios:* "Haciéndome yo un pobrecito y esclavito indigno, mirándolos, contemplándolos (a Nuestra Señora, San José y al Niño), y sirviéndolos en sus necesidades, como si presente me hallase, con todo acatamiento y reverencia posible". Todo revela el deseo ardiente de una presencia corporal. Debía, sin duda, él esperar poder celebrar su primera misa en Belén, en la basílica de la Natividad, m aquel mismo lugar que Jesús santificó en su primera venida al mundo. Ya que, por voluntad divina, esto no le era posible, reconstruyó su ideal del mejor modo que pudo en Roma. Aquella santa noche quedó para siempre memorable en su vida. El año 1550 llegó a punto de muerte, por haber celebrado dos misas, unas tras otra, el día de Navidad.

Aquí concluye la segunda parte de la vida de San Ignacio, que hemos titulado su transformación espiritual. Consideremos sus principales etapas: soldado convertido, penitente anacoreta, peregrino en Jerusalén, estudiante en la escuela de niños y en las principales Universidades europeas, apóstol popular, sacerdote del Altísimo. Estos son los grados o es-calones que parecen por de fuera; pero las interiores ascensiones de su espíritu, ¿a qué punto llegaron? Si las maravillas de Manresa fueron sólo su noviciado', como dijo él, cuál sería su santidad actual, después de tan heroicas pruebas, que podrían llenar la vida de muchas almas santas?

Estamos rodeados de preanuncios del nacimiento de la grande obra de Ignacio: la Compañía de Jesús. Ella será una de las mayores creaciones de la divina gracia en este mundo; pero como ha de ser también hija de Ignacio, tendremos en ella la manifestación más auténtica y tangible de la vida divina de que aquella alma bienaventurada estaba totalmente poseída. Pasemos, pues, a la tercera parte de este libro, que tratará de la Compañía de Jesús como suprema manifestación de la vida espiritual de San Ignacio.

TERCERA PARTE

LA COMPAÑÍA DE JESÚS

(1539-1556)

Capítulo I

SAN IGNACIO, FUNDADOR DE LA COMPAÑÍA

1ª CONCEPCIÓN Y GESTACIÓN DE LA COMPAÑÍA

Los diez y siete años de vida que quedan a Ignacio están compenetrados con la vida de la Compañía de Jesús. Grande; es Ignacio, pero la Compañía es de un orden superior: no es, pues, extraño que quede él como atraído y asimilado por esta grande obra, a la cual va todo ordenado en los planes de la divina Providencia. Es Ignacio el fundador de la Compañía, es su primer General, es su Padre, es su Santo típico y principal. Estos títulos nos dicen dos cosas: que Ignacio es todo de la Compañía de Jesús, y que la Compañía es también toda de Ignacio. Desarrollemos sumariamente estas dos ideas.

En primer lugar, San Ignacio es el fundador de la Compañía de Jesús, es decir, el que la concibió, el que años y años la llevó dentro de su corazón, el que, finalmente, la sacó a la luz de la vida, dándole todo cuanto tiene y la constituye en su ser: espíritu, organización, leyes.

Larga es la gestación de la Compañía en el espíritu de Ignacio: comenzó en Manresa, el año 1522, y no fue canónicamente instituida hasta el año 1540. Estos diez y ocho años los emplea él en formar jesuítas antes que el organismo externo de la Compañía. Quien debía formarse primero, era él, de quien los demás debían recibir la comunicación del espíritu; y hemos visto ya cuan larga y heroica fue esta

formación. Después había de formar a sus compañeros, comunicándoles sus ideales, propósitos y sentimientos, también de una manera lenta y prudentísima; para que, llegada la hora, naciese la Compañía como por espontánea generación.

Finalmente, el ideal mismo de la institución debía irse definiendo y perfeccionando hasta sus últimos detalles, tanto por las luces que recibía Ignacio de la divina Sabiduría, como por la experiencia práctica de la vida. Ahora que lo vemos ejecutado, no podemos menos que admirar la prudencia divina y humana que guió a Ignacio durante todos estos años, que nos parecen de peregrinación por el desierto hacia la tierra de promisión. Prescindiendo, de detalles, de dudas accidentales, de pasos inconscientes., que fatalmente se hallan en toda obra humana, debemos confesar que fue Ignacio desarrollando conscientemente este plan en cuanto a lo esencia!, marchando siempre recto al fin, sin retroceder jamás.

Cierta dificultad parece presentar contra lo que acabamos de decir el que, después de Manresa, en donde tuvo la primera idea y visión de la Compañía, nos parece a las 'veces ver a Ignacio como incierto y dudoso acerca de su destino ; de Manresa va a Tierra Santa, con propósito de quedarse allí, si no se lo hubiesen impedido; en Barcelona le vemos pensar si seria mejor reformar alguna Orden religiosa; en París hace con sus compañeros voto de volver a Jerusalén; pero les fue imposible, y entonces es cuando van a Roma y fundan la Compañía.

La solución de esta dificultad la hallaremos distinguiendo, como oportunamente dijimos, con palabras del Padre Laínez, y del mismo Ignacio, lo que son cosas sustanciales de las que son accidentales en la fundación. Accidentales son, para el caso presente, el tiempo y lugar de la fundación, y aun el que la Compañía haya de ser un instituto canónicamente erigido en forma de religión perpetua y organizada por reglas y obediencia. Lo sustancial era aquí una como reproducción del colegio apostólico, o sea una reunión de personas enamoradas de Jesucristo, que por El trabajan en salvar almas y que por El mueren.

Este concepto esencial de la Compañía no varía ni se pierde nunca en la mente de Ignacio; con él va a Jerusalén, con él estudia en Barcelona, Alcalá y París; éste es el sentido del voto de Montmartre; éste el ideal que les llevaba a Tierra Santa, y éste el que les rigió todo el tiempo que anduvieron esparcidos por Italia, hasta el año 1540, en que fue canónicamente instituida la Compañía como religión.

Conviene mucho distinguir el pensamiento de Ignacio del que tenían sus compañeros. Lo que nunca éstos habían pensado era constituirse en religión canónica bajo la obediencia, por parecerles que esto podía ser un estorbo para el espíritu apostólico de que todos se sentían compenetrados. Consta claramente este punto, por confesión expresa del P. Laínez[1], y luego del P. Polanco[2]. En ello andaba Ignacio mucho más allá que ellos.

El hombre que más sentía el espíritu apostólico había de ser el más profundo y convencido doctor de la obediencia, entendiendo que, no sólo no se habían de estorbar estas dos cosas en una religión, sino que, al contrario, la obediencia sería la luz y la fuerza de toda empresa apostólica a mayor gloria de Dios. Es verdad que esto requería una religión, no plasmada según los antiguos moldes, sino de una forma enteramente nueva; y esta forma era lo sustancial que a él le había sido comunicado por revelación, y que aún no había declarado a sus compañeros, que no entendían las religiones, sino tales cuales las veían organizadas. Este fue el escollo en que casi todo el inundo tropezó, aun después de aprobada la Compañía, al ver los caminos por donde de andaba.

¿En dónde aprendió Ignacio este secreto, tan guardado hasta el momento de ejecutarlo? Indudablemente en la contemplación de la vida de Jesucristo, hecha con luz espiritual y extraordinaria, que a él, como a padre y fundador de la nueva obra, comunicó Dios Nuestro Señor, para que los demás, como hijos, la recibieran

[1] *Monumenta lgnatiana*, Ser. 4º, vol. 1, pág. 114.
[2] *Monumenta histórica S, J.*, vol. 1, pág. 50,

de su padre. Jesucristo es el evangelizador esencial del reino de Dios, es el Salvador del mundo entero; pero no se le ve trabajar en esta obra, aun siendo Dios como era, sino bajo la obediencia del Padre celestial. Un apostolado de pura prudencia humana habría anclado por otro camino, habría escogitado otros medios, habría seguido leyes muy diferentes; pero siendo divina la norma que sigue, le vemos *factus obediens usque ad mortem, mortem autem crucis.* Ignacio, pues, hará una religión en que la autoridad esté tan penetrada cuanto sea posible de aquella voluntad divina que gobierna el apostolado y redención de Jesucristo, y esta autoridad la aplicará toda a la santificación de las almas, a mayor gloria de Dios. Así la obediencia será apostolado, y todo el ser de la Compañía, obra esencialmente apostólica. Que no son ciertamente las obras exteriores del apóstol, aquellas que cada uno podría escogerse más vivas, más intensas, más amplias, las que fundan y propagan el reino de Dios, sino la gracia oculta que el Señor comunica a la sujeción y al sacrificio, leyes esenciales de todo apostolado que sea derivación del de Jesucristo. La obediencia, que mirada con prudencia humana, presenta grandes dificultades, mirada con la divina prudencia del Evangelio es la solución de todas las dificultades, es la extensión, la continuación de aquella voluntad divina, reguladora de las obras de Jesucristo, en la obra de todos los apóstoles que han de venir en pos de El.

Ignacio sólo esperaba ver claramente la divina voluntad en cuanto a las condiciones de lugar y tiempo en que convenía aquella obra, que no era suya, sino de Dios, que se la había inspirado. El no había perdonado sacrificio alguno en razón de conocer esa divina voluntad; había seguido el ideal más puro de ser como Jesucristo, aun en cuanto al lugar en que se había de ejecutar.

Ya tina vez le había impedido este ideal por la legítima autoridad, por la obediencia, cuando parecía tocarlo con las manos. Insiste por segunda vez en ir a Tierra Santa con todos sus compañeros, para renovar allí el colegio apostólico, y a

ello se obligan con voto, pero condicionándolo en el límite de un año de espera, pasado el cual se pondrían bajo la autoridad y obediencia del Vicario de Jesucristo.

Cúmplase también esta condición, y queda por segunda vez impedida la ejecución del ideal. Ignacio, pues, no duda ya: esta es la hora de fundar una religión apostólica, sujeta apostólicamente a la voluntad del Papa, que es la salvación del mundo. Este el sentido que da Ignacio al hecho de ser imposible la navegación desde Venecia.

2º NACIMIENTO Y CONSTITUCIÓN DE LA COMPAÑÍA

Después de tantas preparaciones, vino para la Compañía la plenitud de los tiempos y salió a la luz de la vida. El día 6 de enero de 1538 se cumplió el año de la llegada de los compañeros a Venecia. En la cuaresma de este mismo año de 1538 les llamó a todos a Roma Ignacio. Reunidos todos examinan la situación, y viendo cerrada la puerta de Tierra Santa, convienen en que es hora de cumplir la segunda parte de su voto, que era ofrecerse a la obediencia del Papa en orden a la salvación de las almas. Toman el dinero que un año antes habían recibido en Roma para ayuda de su navegación, y lo ponen en manos del doctor Ortiz, para que él lo devuelva a las personas que lo habían entregado. El Papa acepta muy complacido la obediencia que le ofrecen, y se dispone a enviar a algunos de ellos a apostólicas expediciones. "Antes de separarnos, dice Ignacio, ¿no ha llegado, por ventura, la hora de constituir definitivamente nuestra Compañía, determinando para siempre su modo de ser y su manera de subsistir?" Todos hallan justo y necesario este pensamiento, y para acertar en su ejecución, determinan entregarse durante algunos días con mayor fervor a la oración y mortificación, pidiendo luz y gracia divina para acertar en sus deliberaciones.

Recogiéronse, pues, en una casa y viña de aquel Quirino Garzonio, de quien dijimos arriba, cerca del monasterio de la Santísima Trinidad. Vivían allí con suma pobreza, pero con grandísima alegría espiritual. Empleaban el día en hacer bien a

las almas y pedir la limosna de que necesitaban para vivir, y la noche en oración y en tener sus consultas. El P. Coduri hacía de secretario, y nos ha conservado estas deliberaciones.

Propusieron la primera noche esta consulta: "Ya que el Papa quiere enviarnos a diversas partes del mundo., y tendremos que esparcirnos por varias regiones, trabajando en la viña del Señor, ¿hemos de conservar la unión que ahora tenemos, formando un cuerpo religioso?" Todos, a una voz, y con un mismo corazón, contestaron que sí. La unión entre personas de tierras y caracteres tan diferentes, tan íntima, tan fuerte y tan dulce[1], no podía sino ser obra de Dios, y nadie debía romperla. La unión conserva toda congregación y es gran fuerza, tanto para lanzarse a difíciles y grandes empresas, como para resistir a las contrariedades.

La segunda consulta fue la siguiente: "Ya que, primero en París y luego en Venecia, en manos del Legado apostólico, hicimos voto de pobreza y castidad, ¿será conveniente que añadamos a éstos el tercer voto de perpetua obediencia al que escojamos por padre de toda la Compañía?" Este era el punto vital en que la meditación y la inspiración de Ignacio iban mucho más allá que las ideas de sus compañeros. No es, pues, extraño que se estuviesen aquí muchos días detenidos, trayendo varias razones en pro y en contra. Viendo que no acababan de ver claro, convinieron en tres puntos. Primero, insistir más en la oración, pidiendo a Dios que en la virtud de la obediencia les diese el gozo *y* la paz, que son fruto del Espíritu Santo, procurando cada uno de su parte inclinarse más a obedecer que a mandar. Segundo, que de esta materia no hablasen unos con otros, para que nadie se moviese al uno o al otro lado por humana persuasión. Tercero, que todos hiciesen cuenta que no eran de esta congregación, sino que debían contestar a una consulta de gente extraña. Como se ve, son estas las leyes de los *Ejercicios* para hacer buena elección.

"Con el favor de Dios, nos dice el P. Coduri, resolvimos, no por pluralidad de votos, sino por entera unanimidad., que nos era más conveniente y necesario vivir en obediencia". Las principales razones que les movieron fueron las siguientes: primera, el deseo vivísimo que todos tenían de imitar, en cuanto pudiesen, a su capitán, Jesucristo Señor Nuestro, quien, por no faltar en la obediencia, perdió la vida, hecho obediente hasta la muerte, y muerte de cruz. Segunda, reconocen que la obediencia es la virtud más alta y excelente que hay en el estado religioso, y desean que no falte esta perfección en la religión que fundaban. Tercera, la obediencia es la más alta y perfecta abnegación de sí mismo, y sienten que el Espíritu Santo les llama a hacer de sí este holocausto. ¡Cuánto tiempo hacía que había Ignacio llegado a la posesión de estos principios de perfección religiosa, perfectamente adaptados a la vida de apostolado!

Tres meses duraron las deliberaciones, en las cuales determinaron muchas cosas, y con gran conformidad.

Fueron las principales que todos los que hiciesen profesión en la Compañía añadiesen un cuarto voto de obediencia al Papa para ir a cualquier misión a que fueren enviados; pero que no procurasen ninguna de estas misiones ni por sí mismos ni por otras personas; que se dedicasen particularmente a enseñar a los pequeñuelos la doctrina cristiana; que los que pretendiesen entrar en la Compañía fuesen probados con los *Ejercicios,* peregrinaciones y hospitales; que el Propósito General lo fuese por toda la vida; que en todas las consultas y deliberaciones se determinase según la mayoría de los votos. Concluyeron estas consultas el día 24 de junio de 1539[3].

Ignacio redactó un breve resumen del Instituto de la Compañía en finco capítulos, para presentarlo al Papa. Mostrólo antes al Maestro del Sacro Palacio,

[3] *Constitutiones Sociefatis Jesu* (Madrid, 1892). Append. 1, número 1.

Fray Tomás Badía, quien lo aprobó. El día 3 de septiembre de 1539, el Cardenal Gaspar Contarini presentó aquel compendio al Papa Paulo III, el cual hizo de él grandes alabanzas, y lo aprobó de palabra, según comunicó el Cardenal a Ignacio aquel mismo día. La Bula oficial tardó aún un año en publicarse, el día 27 de septiembre de 1540, porque el Papa constituyó una comisión de tres Cardenales para examinar un caso tan importante como era la fundación de una Orden religiosa con un tan nuevo modo de ser. Toda la comisión, pero sobre todo el Cardenal Guidiccione, resistía fuertemente, porque no son religiones nuevas, decían, lo que falta en la Iglesia, sino que se reformen las antiguas.

Venció por fin Ignacio, y sus armas fueron tres: las lágrimas que lloró ante el Señor, la promesa de hacer celebrar tres mil misas y las explicaciones claras dadas a los Cardenales, tanto que el que más antes contradecía, ya era su más decidido protector: "Esta religión, decía, no es como las demás. Lo que la razón no podía persuadirme, me fuerza a hacerlo la voluntad de Dios, que siento, dentro de mí". El mismo habló al Papa, y éste al leer aquel sumario escrito por Ignacio, dijo admirado: *Digitus Dei est hic.* El 27 de septiembre de 1540 fue expedida la Bula *Regimini militaniis Ecclesiae,* que confirma la Compañía de Jesús.

La Compañía, pues, quedaba canónicamente establecida con esta Bula de Paulo III; había que darle ahora vida real, organizándola según aquella ley. Para llegar a este punto, dos cosas esenciales quedaban por hacer: elegir Propósito General y hacer todos la profesión solemne en manos de él. Este trabajo se hizo durante la cuaresma del año 1541.

Quedaban en Roma seis tan sólo de los diez compañeros; los otros cuatro habían sido enviados por el Papa a diversas misiones, como dejamos dicho. Determinan, pues, reunirse los seis, y pasados tres días en oración, traer una cédula cada uno, firmada y sellada, conteniendo el nombre del que juzgaban debía ser general de la Compañía.

Los que estaban ausentes habían ya enviado su voto.

Abren las cédulas, y todos los votos resultan dados a Ignacio, fuera del suyo, que lo añadía al que votasen los demás, pero excluyéndose a sí mismo. Faltaba también el voto de Bobadilla, que no lo dio a nadie.

Nos consta casi auténticamente por el P. González de Cámara, por qué San Ignacio dio de este modo su voto: "Porque así, dice, se quitaba la tentación de que éste o aquél se pudiesen resentir del Padre por no haber sido elegidos". Este sistema usó en otras trascendentales ocasiones, como cuando el Papa Marcelo pidió dos Padres que estuviesen con él y le aconsejasen en las cosas de la reforma, y también cuando nombró Vicario al P. Nadal. "Así, dice, con suavidad se venía a decidir lo mismo que el Padre entendía y quería; porque las cualidades que él exigía en el que había de ser elegido, no se hallaban sino en los mismos que él había visto ser más idóneos"[4].

Todo lo que en esta elección pasó, nos lo ha dejado escrito el mismo Ignacio de su propia mano. Será cosa dulcísima oírlo de sus labios [5]

"Iñigo, dice, hizo una plática según que en su ánimo sentía (afirmando hallar en sí más querer y más voluntad para gobernado que para gobernar) que él no se hallaba con suficiencia para regir a sí mismo, cuanto menos para regir a otros, a lo cual atento, y a sus muchos y malos hábitos pasados y presentes, con muchos pecados, faltas y miserias, él se declaraba, y se declaró, de no aceptar tal asunto, ni tomaría jamás, si él no conociese más claridad en la cosa de lo que entonces conocía, más .que él los rogaba y pedía mucho *in Domino,* que con mayor diligencia mirasen por otros tres o cuatro días, encomendándose a Dios Nuestro Señor; ítem para hallar quien mejor y a mayor utilidad de todos pudiese tomar el tal asunto". Resistían los compañeros, pero no hubo más remedio que ceder. Al cabo de cuatro

[4] *Monumento*, *Ignatiana.* Ser. 4?, vol. 1, *Memoriale*, número 330, p'g. 312.
[5] *Constitutiones Soc. Jesu* (Madrid, 1892). Append. P, número 5.

días vuelven a reunirse, y se repite la elección con la misma unanimidad. Entonces Ignacio dice que él deja aquel negocio en manos de su confesor, si el Papa no mandaba otra cosa. "Es a saber que él se confesaría con él de todos sus pecados desde el día que supo pecar hasta la hora presente. Asimismo le daría parte, y le descubriría todas sus enfermedades y miserias corporales, y que después que el confesor le mandase en nombre de Cristo Nuestro Señor, o en su nombre le diese su parecer, atento toda su vida pasada y presente, si aceptaría o refutaría tal cargo, haciéndole primero oblación, que de la sentencia de su confesor un punto no saldría". Los compañeros, aunque con gran dificultad, tuvieron que ceder otra vez.

Fuese Ignacio de casa al convento de San Pedro in Montorio, en donde tenía su confesor, que era Fr. Teodosio. Tres días duró su confesión, acabándola el día de Pascua florida. El confesor le dijo que, si resistía, resistía al Espíritu Santo. Ruégale el Santo que quiera encomendarlo más a Dios, y que después escriba una cédula con su parecer, y, cerrada y sellada, la envíe a sus compañeros. Hecho esto regresó a casa. Tres días después llegó la cédula, la abren delante de todos y vióse que decía el confesor que Ignacio tome el cargo que le dan. Acepta Ignacio sin más resistencia, y fijan el viernes siguiente para ir todos juntos a visitar las 'siete estaciones, y en una de ellas, la de San Pablo, harán la profesión.

El viernes infraoctava de Pascua cayó aquel año en el día 22 de abril. "Llegados en San Pablo, se reconciliaron todos seis unos con otros, cuenta Ignacio, y fue ordenado entre todos que Iñigo dijese misa en la misma Iglesia y que todos los otros recibiesen al Santísimo Sacramento cíe su mano, haciendo sus votos en la manera siguiente: Iñigo diciendo la misa, a la hora de consumir, teniendo con la una mano el Cuerpo de Cristo Nuestro Señor sobre la patena, y en la otra mano un papel en el cual estaba escrito el modo de hacer su voto, y vuelto el rostro a los compañeros puestos de rodillas, -dice en alta voz las palabras siguientes: *Ego Ignatius de Layóla,* etc. Después de las cuales dichas, consumió, recibiendo el Cuerpo de Cristo Nuestro Señor".

"Acabado de consumir, y tomadas cinco hostias consagradas en la patena, y vuelto a los compañeros, los cuales, después de hecha la confesión general, y dicho: *Domine non sum diginis,* etc., toma uno de ellos un papel en la mano, en el cual estaba la formada hacer su voto, y dice a alta voz las palabras siguientes: *Ego Jo. Coduri,* etc., las cuales acabadas recibe el Cuerpo de Cristo Nuestro Señor. Después, *per ordinem,* el segundo hace lo mismo, así el tercero, cuarto y quinto". "Acabada la misa, y haciendo oración en los altares privilegiados, se juntaron en el altar mayor, donde cada uno de los cinco vinieron a Iñigo, e Iñigo a cada uno de ellos, abrazando y dando *osculum pacis,* no sin mucha devoción, sentidos y lágrimas, dieron fin a su profesión y vocación comenzada. Después de venidos *facta est continua et magna iranquillitas* (sintieron una grande y continua tranquilidad), con aumento *ad laudem Domini Noslri Jesu Christi* (para alabanza de Nuestro Señor Jesucristo)".

Hízose esta sencilla y altísima ceremonia en el altar del Santísimo Sacramento, y delante de un mosaico de la Virgen Santísima, del siglo XIII, que aun se conserva, y a la cual bien se le puede dar el título de Regina Societatis Icsu, Reina de la Compañía de Jesús. El P. Rivadeneira, que era entonces un muchacho de quince años, novicio de pocos días, anduvo con los Padres todo aquel día, y nos cuenta alguna particularidad.

Dice que él les preparó la comida, ya muy tarde, junto a San Juan de Letrán; pero, sobre todo, cuenta la divina consolación que todos sintieron aquel día, especialmente el Padre Juan Coduri: "Iba, dice, delante de nosotros Juan Coduri, en compañía del Padre Laínez, por aquellos campos; ciárnosle henchir el cielo de suspiros y lágrimas; daba tales voces a Dios, que nos parecía que desfallecía, y que había de reventar, por la grande fuerza del afecto que padecía, como quien daba muestras que presto había de ser libertado de esta cárcel del cuerpo mortal. Porque en este mismo año de 1541, en Roma, el que fue el primero que hizo la profesión, después de nuestro B. Padre Ignacio, fue también el primero de los diez que pasó de esta vida, a los 29 de agosto, día de San Juan degollado. Nació en

Provenza, en un pueblo llamado Seín, y nació el día del glorioso San Juan Bautista; fue ordenado de misa el mismo día de su nacimiento; murió el día de la muerte de este bienaventurado Precursor, y murió de su misma edad"[6].

San Ignacio tuvo sobrenaturalmente noticia de esa muerte, estando en aquella hora fuera de casa.

Es imposible substraerse a la fuerte impresión que causa ver nacer la Compañía entre dos mundos: el viejo mundo de Europa, que parecía haberse de arruinar toda por el ímpetu brutal de la mal llamada Reforma luterana, y el nuevo mundo del otro lado del mar, que se veía nacer de oriente a poniente, pidiendo la luz de la fe. El Papa, con aquella intuición que tenía de que aquí estaba la mano de Dios, sentíase ansioso de enviar a aquellos hombres singulares al uno y al otro mundo, a los herejes y a los gentiles. Antes de publicar la Bula, en aquel año de consultas que medió entre el de 39 y el de 40, envió a Fabro a Alemania; a Bobadilla, a Bisignano; a Javier y Rodríguez, a Portugal, camino de la India. Ignacio, más que nadie, tenía el sentimiento de que el mundo quedaba abierto a su acción. Cuando el embajador de Portugal le pedía seis Padres para la India, contestaba: "Jesús, señor embajador: si de diez van seis a las Indias, ¿qué queda para el resto del mundo?" San Francisco Javier supo en Lisboa la noticia de la confirmación de la Compañía, mientras aguardaba embarcarse para la India, como lo hizo el 7 de abril de 1541, unos siete meses después de publicada la Bula del Papa. Tres años después escribía desde Cochín, Ilena el alma de tanta consolación, que se veía muchas veces obligado a exclamar: "¡*Oh, Señor, no me deis tantas consolaciones! Y ya que las dais, por vuestra infinita bondad y misericordia, llevadme a vuestra santa gloria, pues es tanta pena vivir sin veros después que tanto os comunicáis a las criaturas.*"

[6] *Vida de San Ignacio, libro III, cap. I.*

Pues el hombre por quien pasaban estos consuelos dice pocas líneas más abajo: "Entre muchas mercedes que Dios Nuestro Señor en esta vida me tiene hechas y hace todos los días, es esta una, que en mis días vi lo que tanto deseé, que es la confirmación de nuestra regla y modo de vivir. Gracias sean dadas a Dios Nuestro Señor para siempre, pues tuvo por bien de ¿manifestar públicamente lo que en oculto solamente a su siervo Ignacio y Padre nuestro dio a sentir"[7]. Notemos estas palabras de Javier: solamente a Ignacio Dios había hecho secretamente sentir el ser de la Compañía. ¡Cuántas cosas explica esto de las que hemos narrado en capítulos anteriores! Procuró Ignacio otros documentos canónicos que perfeccionasen el ser de la Compañía. La Bula de Paulo III daba ser canónico a la corporación, pero limitado e imperfecto: limitaba el número de profesos a sesenta; no era bastante explícita en cuanto a la solemnidad de los tres votos; faltaban algunos grados en la clasificación de los sujetos, y otras cosas del gobierno de la Compañía requerían mayor precisión. Trabajó, pues, Ignacio en perfeccionar la documentación canónica. El 14 de marzo de 1544 daba el mismo Paulo III la Bula Iniunctum nobis, que anula la limitación de los profesos, abriendo la puerta a todos los que tengan aptitud. El 5 de junio de 1546 el mismo Papa da facultad para admitir coadjutores espirituales y temporales. Finalmente, viene aún otros documentos, concediendo gracias y privilegios muy importantes. Después ocúpase Ignacio muchos años en preparar una nueva Bula, en la cual todas las cosas queden ordenadas, y ésta es la que dio Julio III el día 21 de julio de 1550, y empieza: Exposcit debitum.

3º LEGISLACIÓN DE LA COMPAÑÍA

El complementó del oficio de Fundador de la Compañía debía ser el de Legislador.

Es digno de notarse que primero fue la Compañía y después vinieron las Constituciones. No hay tan sólo priori-dad de tiempo, sino también de causa,

[7] *Monumenta Xaveriana, Ep. 17*

porque la Compañía dio ser y origen a las Constituciones, así como la persona es causa ejemplar de su imagen. Estos dos pensamientos son del P. Luis de la Palma ([8]), uno de los hombres que más fundamentalmente han conocido la vida y el espíritu de la Compañía de Jesús, y tienen esas palabras un sentido profundísimo, que maravillosamente concuerda con las ideas de San Ignacio.

El Santo Fundador dudó si haría Constituciones.

Si hubiera podido él prometerse de la humana debilidad que había de durar la disposición interna que veía en los que formaban la Compañía, no hubiera juzgado necesario el escribirlas. La Compañía no era hija de fuerza alguna humana, sino de la suma sapiencia y bondad de Dios nuestro Criador y Señor, que, por medio del Espíritu Santo, escribió y grabó en el corazón de los primeros compañeros la interior ley de caridad y amor, verdadera alma de la Compañía. Aquellos mismos principios que le habían dado el ser debían conservarla. Pero Dios pide la humana cooperación, aun en las obras de que Él es causa principal; y como una de las cosas más evidentes, tanto si se considera la condición del hombre como la autoridad y experiencia de los grandes Santos, es que toda sociedad debe ser ayudada por leyes escritas, determinóse Ignacio de poner también de su parte esta cooperación a la acción sobrenatural de la gracia divina , escribiendo en un libro material aquella misma ley viva de la caridad y amor que él mismo y sus compañeros traía escrita y grabada en sus corazones. Es extraordinaria, pero no exagerada, la ponderación del P. La Palma, cuando nos dice que las Constituciones, leídas con el mismo espíritu con que fueron escritas, no parecen salidas de un hombre vestido de un cuerpo mortal, sino de un alma o inteligencia separada, que recibe ~ de lleno la plenitud de la luz divina.

Si las *Constituciones son una copia o imagen* de la Compañía, la consecuencia natural, cuando hayamos admirado el libro escrito por San Ignacio, será admirar muchísimo más su obra, atribuida con toda razón a la suma sabiduría y bondad de

Dios nuestro Criador y Señor; y como esta obra nació en el alma de Ignacio, la última consecuencia será llegar a una superior comprensión de lo que valía aquella alma bienaventurada.

No pudieron hacerse las *Constituciones* por la deliberación de todos, porque el Papa enviaba a los Padres a diversas partes. En marzo de 1540 determinaron que colaborasen a ellas todos los que se hallaban en Roma. Al año siguiente, al-congregarse para la elección de General, lo pusieron todo en manos de los Padres Ignacio y Coduri; pero como éste murió medio año después, el 29 de agosto de 1541, quedó solo Ignacio con el cargo de redactar las *Constituciones.* Suave providencia de Dios, que trajo las cosas adonde debían ir, pero con aquella suavidad que solía usar el mismo Ignacio. Seis años seguidos empleó en preparar la materia por medio de la oración, meditación y consultas, hasta que el año de 1547 emprendió simultáneamente la preparación de la Bula de Julio III y la redacción del gran código. Tres años más tarde estaba lista la primera redacción de las *Constituciones, y* la ponía Ignacio en manos de los principales Padres, reunidos en Roma, para que libremente le hiciesen sus observaciones. Algunas, muy accidentales, fueron anotadas, las cuales recibió Ignacio para tenerlas presentes en una segunda re-dacción, hecha de 1550 a 1552, enmendando algunas cosas, Y declarando otras más copiosamente.

Entonces Ignacio las hizo publicar en todas las casas de' la Compañía, no como ley obligatoria, lo cual reservó para la futura Congregación General, sino como a prueba por experiencia. Con las nuevas lecciones de la práctica y nueva meditación y consejo fue Ignacio precisando y declarando más los conceptos y palabras, dejando la hora de su muerte una tercera redacción perfectísima.

Uno de los contemporáneos, el P. Ducoudry, dice que, mientras Ignacio escribía las *Constituciones,* no tenía en su aposento otro libro más que el misal. El misal lo tenía porque sabemos que solía preparar la lectura de la misa antes de celebrarla

y sabemos también que la santa misa era su más ordinario consultorio, en donde Ignacio comunicaba y consultaba con Dios los grandes negocios espirituales. Otros libros no los tenía, porque la legislación de la Compañía, que había de tan diferente de lo que eran las otras religiones, no debía ser fruto sino de la oración y altísima comunicación con Dios Nuestro Señor.

Dice la *Autobiografía:* "Cuando decía misa, tenía también muchas visiones, y que cuando hacía las Constituciones las tenía también muy a menudo; y que ahora lo puedo esto afirmar más fácilmente, porque cada día escribía lo que pasaba por su alma, y lo encontraba ahora escrito. Y así me mostró un fajo muy grande de escritos, de los cuales me leyó una buena parte. Lo más, eran visiones, que él veía en confirmación de alguna de las *Constituciones,* y viendo a veces a Dios Padre, a veces a todas las tres personas de la Trinidad, a veces a Nuestra Señora, que intercedía, a veces que confirmaba".

"*En particular me dijo en las determinaciones, de las cuales estuvo cuarenta días diciendo cada día misa, y cada. día con muchas lágrimas, y la cosa era si la Iglesia tendría alguna renta, y si la Compañía se podría ayudar de ella". Este cuaderno es el único que providencialmente se ha conservado de todo aquel fajo de apuntaciones espirituales, que después Ignacio destruyó. Con él podemos asegurarnos de la exactitud y verdad de lo que acaba de contar el P. Cámara sobre la luz divina que Ignacio tenía en todas y cada una de las Constituciones."*

Sigue así el Padre, y. termina: "El modo que tenía cuando hacía las *Constituciones* era decir cada día misa y representar el punto que trataba a Dios y hacer oración sobre ello; y siempre hacía la oración y la misa con lágrimas. Yo deseaba ver aquellos papeles de las Constituciones todas, y le rogué me los dejase

un poco; él no quiso[8]. Así acaba la *Autobiografía,* como si, terminada la grande obra de las Constituciones, fuese ya ociosa su vida.

Podríamos traer otros testimonios de los Padres contemporáneos, en donde se afirma la convicción de que las *Constituciones* las había escrito San Ignacio, o por divina revelación, o con particular luz y aprobación celestial. Dos cosas admiran profundamente a quien lee las *Constituciones:* verlas tan pesadas y tan sobrenaturales.

En primer lugar son un verdadero monumento de prudencia humana. Un método de legislación racional, bien distribuido, bien trabado, que, comenzando de lo más universal, desciende hasta todas las cosas más particulares, casi como quien deduce consecuencias de las premisas. Leyes nunca escritas por pura especulación, sino ordenadas inmediatamente al gobierno, dejando el poder ejecutivo perfectamente orientado; pero con la conveniente libertad de acción. Aun las palabras mismas son tan justas y ponderadas, que ni una se halla ociosa, oscura o indefinida.

Por otra parte, no encontraremos libro más espiritual que éste. Todo arranca de los más altos principios sobrenaturales, y sobre ellos se funda toda la vida de la Compañía, como por visión directa del espíritu. La luz de la Eterna Sabiduría, la unción del Espíritu Santo, las más elevadas normas de la caridad divina, la imitación perfecta de Jesucristo, la mayor gloria de Dios, corren para aquellas páginas como podrían hacerlo en la más alta contemplación.

Y estos dos elementos, el natural y el sobrenatural, no se hallan allí por yuxtaposición, sino por fusión tan íntima, que no pueden separarse el uno del otro,

[8] *Autobiografía*, n. 100-101. El manuscrito donde apuntó Ignacio las gracias de aquellos cuarenta días puede verse publicado en la obra monumental *Constitutiones Societatis Jesu latinae et hispánicas*, Madrid, 1892, págs. 349-363

aunque la raíz de todo es la prudencia divina. La obra de Ignacio es evidentísima demostración de que todo entendimiento natural, toda prudencia humana, puesta en la elevada comunicación con la sabiduría eterna y prudencia sobrenatural, aumenta en perfección de un modo imponderable. Si de las *Constituciones* quitamos esta divina savia que las penetra, aun como instrumento racional perderían casi toda su eficacia. Y éste es el misterio indescifrable que hallan todos los profanos en la Compañía de Jesús, los cuales, como ven o presienten allí algo que supera su sentido, lo atribuyen a secretos, cálculos y estratagemas.

La frecuencia con que en cada página de las *Constituciones,* por no decir en cada una de sus leyes, se repite aquella expresión característica de San Ignacio: "A mayor gloria de Dios", "A mayor servicio y alabanza de Nuestro Criador y Señor", podría hacer pensar en un tópico, una rutina o costumbre; pero quien lea entero el libro escrito por San Ignacio, ni tentado se sentirá de caer en semejante vulgaridad. Lo que sí sentirá es una altísima admiración de la unión divina que tenía el Santo Fundador, de la intención purísima que en todas las cosas le movía y de la naturalidad con que aplicaba a las cosas más triviales la ley eterna De la Sabiduría infinita.

Los grandes espíritus que han llegado hasta Dios no pueden vivir sino de divinidad, de eternidad, y cuando se encuentran con la contingencia y. miseria de este mundo, no solamente no pueden reposar en estas cosas, pero ni aun tocarlas, como quien dice, sino *sub specie divmitatis, sub specie aternitatis.* En cuanto podemos juzgar a los hombres, será difícil hallar quien con mayor facilidad que San Ignacio pase de las criaturas a Dios, a Nuestro Señor Jesucristo. Parece al Apóstol San Pablo, que decía: *Omnia et in ómnibus Christus.* Entre una pequeña acción material, como un trabajo casero, y la disposición eterna de la infinita Sabiduría en el ordenamiento del universo para la gloria de la Majestad Divina, hay tal distancia, que parece no puede ser traspasada por la humana inteligencia. Pues bien, veremos con qué naturalidad San Ignacio da este paso a cada momento, y del modo más

natural, como quien lee en los secretos del plan divino, determina lo que es conforme a la gloria, servicio y alabanza del Criador, lo que pide la primera y suma regla de toda buena voluntad y juicio, que es la eterna bondad y sabiduría. Esto no puede explicarse sino refiriéndose, como lo hacía Ignacio cuando le preguntaban la razón de las cosas particulares que había determinado en las *Constituciones:* "A un negocio que había pasado por él en Manresa", es decir, a aquella sobrenatural ilustración en que vio todas las cosas en Dios, y a Dios en. todas las cosas. Además de las *Constituciones,* tuvo Ignacio una idea, que no sabemos haya tenido otro fundador de religiones, y fue escribir un libro expreso para los que pretenden entrar en la Compañía, con el doble fin de que ellos conozcan lo que van a hacer, y la Compañía adquiera una noticia, tan perfecta como sea posible, del que solicita el ingreso. Este libro lleva el título justísimo de *Examen.* Ignacio pide en él al postulante toda sinceridad en declarar sus cosas, así externas como internas, gravándole la conciencia, si no lo hace así, por el daño que puede venir a la Compañía y a él mismo. De su parte, el Fundador es clarísimo, exponiéndole no solamente la organización exterior de la Compañía en grados de personas, ministerios y ocupaciones, sino también la altísima perfección evangélica, que es su alma y vida. Las más heroicas reglas del Sumario de las *Constituciones,* como son la 11 y la 12, están tomadas del *Examen.* Propone los durísimos caminos de pobreza y sufrimiento por donde anduvieron los primeros fundadores, y exhorta a seguir sus pisadas, y que vayan aún más adelante con la gracia del Señor. Avisa Ignacio que el que tiene facultad de admitir, y el que ha de examinar, "ha de ser muy moderado en el deseo de admitir"; y si sintiere alguna especial propensión hacia algún sujeto, que pueda desviarle de la rectitud en el juzgar, es preferible que delegue su facultad en otro. Manda preguntar al postulante si alguno de la Compañía le ha movido a pedir la entrada; en este caso quiere que pase una temporada reflexionando más sobre su resolución.

En el *Examen y* en las *Constituciones* quedan bien determinadas las cualidades que debe tener en toda su persona quien pide ser admitido en la Compañía. Ignacio nada menosprecia; pero tocante a las cosas puramente humanas, como nobleza, riquezas, nombre y otras semejantes, dice que no son necesarias cuando hay las otras cualidades; ni suficientes, si esas otras faltasen. Pero la justa medida en todo la tendrá que dar "la santa unción de la Divina Sabiduría"[9]. Cuando el postulante está ya en casa, en primera probación, manda San Ignacio que no traten con él sino las personas señaladas por el superior, y da la razón, "para que más libremente consigo y con Dios Nuestro Señor mire en su vocación y propósito de servir en esta Compañía a su Divina y Suma Majestad"[10].

Realmente pasma esa pureza de intención de no querer en la Compañía sino a aquellos que Dios Nuestro Señor envíe. Si la Compañía es santa y agradable a la Divina Majestad, Dios enviará sus almas, y lo que por otros medios humanos se edificase no sería obra digna de la Compañía de Jesús.

Ignacio, aun de sus mismas equivocaciones sacó gran provecho, en bien de la Compañía, de modo que en ellas podemos ver una especial providencia de Dios. Él había sido excesivo en sus penitencias, y para que esto no sucediese a sus hijos, manda que todo vaya regulado por la prudencia del superior o padre espiritual. Había descuidado más de lo justo la dignidad externa en el vestido y cuidado del cuerpo: establece, pues, que en la Compañía se guarde el trato de los clérigos honestos de la región en donde se vive, y pone en cada casa sujeto que tenga el oficio de velar por la salud de todos. Con el afán de vivir de la confianza en Dios, y de ser pobre evangélico, vio Ignacio que sus estudios padecían no pequeño detrimento; por esto quiso que los estudiantes de la Compañía estuviesen libres del cuidado de procurarse las cosas materiales, y fundó colegios que tengan renta asegurada para los que se dedican a las letras. Las mismas cosas espirituales le

[9] *Constituciones*, P. L, cap.II, n 13
[10] *Constituciones*, P. I., cap. IV, n. 4.

habían sido estorbo algunas veces para el estudio, o por dar demasiado tiempo a la oración, o por dedicarse a los ministerios con los prójimos; dispondrá, pues, que los escolares jesuitas tengan, limitado el tiempo que han de dar a los ejercicios espirituales, y que no se dediquen entonces a la salvación de las almas, bien persuadidos que "el atender a las letras, que con pura intención del divino servicio se aprenden y pide en cierto modo el hombre entero, será no menos, antes más grato a Dios Nuestro Señor por el tiempo del estudio"[11] (que darse a oraciones largas, etc.) .

Y en los mismos estudios, Ignacio, por querer adelantar, había equivocado el camino, estudiando con poco fundamento y tomando demasiadas cosas a la vez: de aquí nacieron leyes escolares sapientísimas, en las cuales manda se pongan buenos fundamentos de cada ciencia, que cada uno se dedique a aquello para que tenga mayores aptitudes, y que el que no pueda salir eminente en todas las ciencias, lo sea a lo menos en alguna. Aquel mismo peregrinar de Ignacio por tantas universidades, que no podía ciertamente favorecer al adelanto literario de un hombre, que tenía que andar paso a paso y bien regulado., tuvo una ventaja muy providencial; la de ver el funcionamiento de los principales centros culturales de Europa, las leyes de las universidades y colegios, las cualidades y defectos que tenían sus planes de enseñanza y la práctica escolar de las clases, para sacar después, en las Constituciones, provecho de todo, dando a la Compañía unos preceptos pedagógicos superiores al tesoro de conocimientos especulativos que el Santo Fundador poseía.

Podríamos ver todavía el fruto de experiencias más delicadas y peligrosas, como es el trato poco prudente con ciertas personas, por el afán de llevarlas a Dios. Ignacio tuvo en Alcalá persecuciones, ocasionadas por visitas de mujeres, en las cuales por un lado o por otro pudo haber aparentemente alguna imprudencia. La

[11] *Constituciones*, P. IV,n 12

Autobiografía nos cuenta tribulaciones, que pasaron muy inocentemente, por causas semejantes, el Padre Coduri y aun el mismo San Francisco Javier[12]. Ignacio aprovechó bien estas lecciones, dictando leyes de santa prudencia.

Acabemos este punto de la experiencia que Ignacio sacó de sus mismos tropezones para dar buenas leyes a la Compañía, con lo que mira a la lengua que han de aprender los jesuitas para la salvación de las almas.

Al llegar los compañeros a Italia, comenzaron todos a predicar, y eran despreciados por lo mal que hablaban la lengua italiana. Era el mismo Ignacio uno de tantos, y aun inferior en esto a los demás. Aun el año 1540 le costaba decir cuatro palabras bien dichas. Cuando, después de elegido General, se puso a enseñar el catecismo a los niños por cuarenta días, cuenta el Padre Rivadeneira, novicio de pocos días, muy listo y hasta travieso, que Ignacio le hacía repetir al pueblo la plática que él había antes predicado. Escuchaba él con grande atención, y viendo que hablaba tan mal la lengua italiana, con aquella confianza y amor incomparable que le tenía, le dijo "que era menester que pusiese algún cuidado en el hablar bien; y él con su humildad y blandura, respondió isas formales palabras: "Cierto que decís bien; pues tened cuidado, yo os ruego, de notar mis faltas y avisarme de ellas para que me enmiende".

"Hícelo así un día, dice Rivadeneira, con papel y tinta, y vi que era menester enmendar casi todas las palabras que decía; y pareciéndome que era cosa sin remedio, no pasé adelante, y avisé a nuestro Padre de lo que había pasado; y él entonces con maravillosa mansedumbre y suavidad, me dijo: "Pues, Pedro, ¿qué haremos a Dios?" Queriendo decir que Nuestro Señor no le había dado más, y que le quería servir con lo que le había dado". Bien acaba Rivadeneira este episodio diciendo con San Pablo que el reino de Dios no consiste en palabras elegantes, sino en la fuerza y virtud del mismo Dios, con que las palabras se dicen, envolviéndose

[12] *Autobiografía*, *n. 97*.

en ellas el mismo Dios, y dándoles espíritu y vida para mover a quien las oyere"[13]. Por instinto sobrenatural y por el natural buen sentido comenzaba a practicar Ignacio, de la manera que podía y sabía, lo que después había de mandar a todos sus hijos; que aprendiesen bien la lengua del país donde residen, tanto para la unión y 'concordia con los de casa, como para ayudar a aquellos con quien viven.

Hecha la ley mandó ponerla en ejecución. En Roma había hecho empezar a estudiar la lengua italiana días alternos; luego mandó que se estudiase cada día. A dos alemanes, que habían de pasar al colegio (germánico), les hizo quedar retirados en casa hasta que supiesen mejor la lengua y tomado las costumbres de casa. A todos los alemanes puso regla de que, mientras fuesen gramáticos, hablasen en italiano durante la hora de la recreación; después, siempre. Ellos lo recibieron mal, y el mismo rector del colegio, P. Andrés Frusio, lo tenía por imposible. Ignacio no volvió atrás, dice el P. Cámara, y todos quedaron quietos[14].

Vistos los errores de la experiencia, que corrigió Ignacio en su legislación, digamos también una palabra de cómo resistía en ella a los más vivos sentimientos de su corazón, cuando veía que pedía otra cosa la gloria de Dios.

Hemos visto su constante asistencia a las funciones litúrgicas durante su estancia en Manresa. En el libro de los Ejercicios podemos advertir cómo combina las meditaciones de manera que todos puedan tomar parte en los divinos oficios. Este gusto no le tuvo solamente a los principios, sino que le duró toda la vida. Dos años antes de morir confesó al P. Cámara que "si acertaba a entrar en alguna iglesia mientras se celebraban los oficios cantados, luego parecía que totalmente se enajenaba de sí. Y eso no solamente era de provecho para su alma, mas también para la salud corporal; y así, cuando estaba enfermo, o triste y desconsolado,

[13] *Vida de San Ignacio, lib. 3, cap. II.*
[14] *Monumenta Ignatiana, Ser. 4[9], vol. 1.* Memoriale, *n. 347 y 363, págs. 224, 318 y 323.*

ninguna, cosa le era de mayor alivio que oír cantar alguna devota canción a cualquier hermano[15].

No obstante, nada de esto mandó en la vida de la Compañía, con grande escándalo de mucha gente contemporánea, que no comprendía una religión sin coro. En nuestros días de renacimiento litúrgico han resurgido las críticas contra la piedad jesuítica, como excesivamente individual, demasiado seca, demasiado separada de todo lo que son horas canónicas y misas cantadas, y canto eclesiástico. La razón de esta norma tan diversa., según que se trate de la vida interna o de la vida externa de la Compañía de Jesús, nos la da el P. Rivadeneira ; con estas palabras: "Si siguiera su gusto e inclinación natural, y aun el provecho que sacaba del canto (con el cual maravillosamente se recreaba y enternecía su ánima, y hallaba Dios), pusiera coro en la Compañía; mas como no tenía cuenta en ninguna cosa con su gusto ni inclinación, sino con lo que era más agradable y para más servicio de Nuestro Señor, dejó de ponerlo. Porque, como yo le oí decir, Dios : Nuestro Señor, le había enseñado que se quería servir de nosotros en otros ministerios y ejercicios diferentes, y que, aunque sea tan santa y provechosa., como es en su Iglesia, la ocupación de cantar en el coro, mas no era ésta nuestra vocación, para la cual Dios nos había llamado"[16]

Tenemos aún otro ejemplo más significativo. El grande amor que había Ignacio dejado en Barcelona levantó sus la mas hasta el cielo, produciendo el éxodo hacia Roma de algunas personas barcelonesas deseosas de vivir bajo la dirección del Fundador de la Compañía de Jesús. Tales fueron las dos Isabeles, Roser y Josa, de que se ha hecho frecuente mención en esta historia. De la primera sabemos ya que era como una segunda madre de San Ignacio. La Josa era una mujer extraordinaria, no sólo en virtudes cristianas, sino también ni dones intelectuales. De ella se cuentan cosas maravillosas, como el haber predicado públicamente en la catedral

[15] *Monumenta Ignatiana, Ser. 4, vol. 1, n.177 y 178, página 242.*
[16] *Vida de San Ignacio, lib.* 5, *cap. V.*

de Barcelona y haber discutido en Roma delante de los Cardenales las más elevadas cuestiones teológicas. Parece también que también gran don de convertir a los judíos.

Estas dos señoras se presentaron en Roma, y doña Isabel Roser obtuvo el año 1546 un rescripto del Papa Paulo III, para hacer los votos solemnes bajo la obediencia de la Compañía. San Ignacio comenzó a dirigirlas con el cuidado que le dictaba su inmensa gratitud; pero bien pronto entendió por experiencia las complicaciones que traería a su Instituto la dirección habitual de comunidades femeninas, con grave detrimento de los fines primordiales de la Compañía do Jesús.

Bien comprendía, por otra parte, la herida crudelísima que abriría en el corazón de aquella santa mujer, dejándola después de tantos sacrificios y tanto amor. Pero no dudó un momento. Preséntase al mismo Papa, que había otorgado el rescripto, y obtiene de él, en 1547, una bula por la cual la Compañía queda perpetuamente libre de la dirección de conventos.

La pena que en todo este negocio pasó Isabel Roser, no puede ponderarse. Llena de amargura volvió a Barcelona, en donde murió santamente. Sin duda fue este uno de los momentos más duros de la vida de San Ignacio; pero él pasó decididamente por encima de su propio corazón, *y* hasta por encima del corazón de aquella su segunda madre, para guardar fidelidad al ideal de la mayor gloria de Dios.

Concluidas las *Constituciones,* creyó Ignacio terminada la obra que el Señor le había encomendado, y determinó renunciar al gobierno de la Compañía para recogerse a la pura contemplación, preparándose para la bienaventuranza, que sentía ya próxima. Llamó, pues, a Roma a los primeros compañeros y demás Padres principales que habían entrado en la Compañía, y teniéndolos allí reunidos, presentóles el manuscrito de las *Constituciones,* para que lo examinasen e hiciesen sobre él todas las observaciones que estimasen convenientes, y luego les entregó esta carta: "A los carísimos en el Señor Nuestro, los hermanos de la Compañía de

Jesús. En diversos meses y años, siendo por mí pensado y considerado, sin ninguna turbación intrínseca ni extrínseca que fuese en causa, diré delante de mi Criador y Señor, que me ha de juzgar para siempre, cuanto puedo sentir y entender a mayor alabanza y gloria de su Divina Majestad".

"*Mirando realmente y sin pasión alguna que en mí sintiese por mis muchos pecados, muchas imperfecciones y muchas enfermedades, tanto interiores como exteriores, he venido muchas y diversas veces, a juzgar realmente que yo no tengo casi con infinitos grados las partes convenientes para tener este cargo de la Compañía, que al presente tengo, por inducción e imposición de ella. Yo deseo que el Señor Nuestro que mucho.se mirase, y se eligiese otro que mejor o no tan mal hiciese el oficio que yo tengo de gobernar la Compañía. Y eligiendo la tal persona, deseo asimismo que al tal se diese el tal cargo. Y no solamente me acompaña mi deseo, mas juzgando con mucha razón para que se diese el tal cargo, no sólo al que hiciere mejor o no tan mal, mas al que hiciere igualmente. Esto todo considerado, en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, un solo mi Dios y mi Criador, yo depongo y renuncio simplemente y absolutamente el tal cargo que yo tengo, demandando, y en el Señor Nuestro con toda mi ánima rogando, así a los profesos como a los que más se querrán juntar para ello, quieran aceptar esta mi oblación así justificada en la su Divina Majestad*".

"Y si entre los que han de admitir y juzgar, a mayor gloria divina, se hallase alguna discrepancia, por amor y reverenda de Dios Nuestro Señor, demando lo quieran mucho encomendar a la su Divina Majestad para que en todo se haga su santísima voluntad, a mayor gloria suya y a mayor bien universal de las ánimas y de toda la Compañía, tomando el todo en su divina y mayor alabanza y gloria para siempre"[17].

[17] RIVADENEIRA, *Vida de San Ignacio*, lib. 4, cap. I.

La primera impresión que causó esta carta fue de maravilla y estupor de aquella humildad tan sincera. Todos habían dicho que no podían tener otro superior, que el que siempre habían tenido por Padre y guía de todos; pero ahora que habían experimentado su gobierno, debían confirmarse más en ello. Contestaron, pues, que no podían en conciencia hacer lo que les pedía, porque serían ingratos con él y con Dios que se lo había dado.

Entonces pensó Ignacio que Dios le concedería lo que le negaban los hombres. Cayó enfermo de manera que creyó que Nuestro Señor le llamaba, y era tal su consuelo y alegría, que no podía contener las lágrimas. Fue necesario que los Padres y los médicos le dijesen que no podía entregarse así a aquellos sentimientos tan inflamados y amorosos, que le debilitaban extraordinariamente. Devolvióle Dios la salud, y él tomó de nuevo el cargo de gobernar la Compañía los seis años que aún le quedaron de vida.

Capítulo II

SAN IGNACIO, GENERAL DE LA COMPAÑÍA

1º ORGANIZACIÓN DE LA COMPAÑÍA

Hemos visto cómo San Ignacio fue elegido General de 1 la Compañía de Jesús, a pesar de su resistencia, y cómo retuvo el cargo contra todos los deseos de dejar a otro que, según su parecer, la regiría mejor a gloria de Dios. Eran separables los oficios de Fundador y General; pero juzgó toda la Compañía que en Ignacio en ninguna manera debían separarse. En realidad, el talento de gobernar no es el mismo que el de fundar; habrá que demostrar, por consiguiente, que Ignacio fue un excelente superior de la Compañía.

Ignacio dice en las *Constituciones* las cualidades personales que ha de tener el General, y éstas son tales, que bastan lo mismo a hacer un santo como un héroe. Los contemporáneos dijeron que allí Ignacio se había retratado a sí mismo. De estas cualidades trataremos en el capítulo de la santidad.

Después trata el legislador del oficio de General, diciendo que está en "gobernar todo el cuerpo de la Compañía en manera que se conserve y aumente con la divina gracia, el bien ser y proceder de ella a gloria de Dios Nuestro Señor"[1]. En una obra como ésta no es posible seguir paso a la propagación y vida de la Compañía por todas las partes del mundo. El P. Astrain ha hecho un resumen del desenvolvimiento de la Compañía en el tiempo de San Ignacio, y de él tomaremos aquí lo más principal. "El primero de todos (los domicilios de la Compañía) fue naturalmente la casa de Roma, formada por San Ignacio y sus primeros nueve compañeros, aun antes de fundarse la Compañía. Desde 1538 fueron despertándose algunas vocaciones en la Ciudad Eterna, y cuando en abril de 1541

[1] *Constituciones*, P. *9*, cap. VI, n. 1,

fue elegido General el Santo Fundador, ya tenía en casa doce sujetos además de los primitivos Padres". "El segundo domicilio de la Compañía fue la casa de Lisboa, que años adelante se había de transformar en colegio, con la advocación de San Antonio. A ruegos de Juan III habían enviado Paulo III y San Ignacio a Lisboa a San Francisco Javier y al P. Simón Rodríguez, con ánimo de mandarlos a la India. Llegados a Portugal, primero el P. S Simón y luego Javier, en la primavera de 1540, dieron tales muestras de celo apostólico, que el Rey pensó detenerlos en la metrópoli para bien de sus estados.

Empero comunicando el negocio con el Papa y con San Ignacio, admitió el Rey la idea que éste le propuso, y fue que partiese Javier para la India y quedase el P. Simón en Portugal. El gran apóstol de Oriente se, embarcó para su misión en abril de 1541, y su compañero, quedándose en Lisboa, estableció una casa de la' Compañía en el monasterio de San Antonio, que le dio generosamente Juan III. Poco después, en el mismo año 1541, se abría una modesta casa en París, para que viviesen en ella algunos jóvenes de la Compañía que necesitaban hacer la ¿carrera de sus estudios".

"En el año siguiente, 1542, empezaron los colegios, aunque todavía no eran para enseñar a otros, sino solamente para estudiar nuestros jóvenes religiosos. El P. Polanco tiene cuidado de advertirnos que el cuarto domicilio de la Compañía fue el colegio de Padua, Habiendo sido enviados des- de Roma él y el joven sacerdote Andrés Frusio a continuar sus estudios en aquella célebre Universidad, juntándose allí con Jerónimo Ótelo, recién admitido en la Compañía, y con Esteban Baroello. Todos cuatro se instalaron en una casa pobrecita por abril de 1542 y dieron principio al colegio de Padua, que luego fue dotado y protegido por Andrés Lipomano, llamado el Prior de la Trinidad, del nombre de un beneficio eclesiástico que poseía en Venecia".

"Dos meses después, en junio del mismo año, se daba principio al celebérrimo colegio de Coimbra, que fue el más numeroso y floreciente de la primitiva Compañía. La generosidad de Juan III lo fue dotando cumplidamente, y en torno de este colegio brotaron tan numerosas las vocaciones a nuestro Instituto, que a los dos años ya eran sesenta los jóvenes jesuítas que se educaban religiosamente en Coimbra".

"En el mismo año entraba la Compañía en los Países Bajos de un modo bien inesperado. Por julio declaró Francisco I la guerra al Emperador Carlos V, y por vía de precaución militar mandó salir de sus estados a todos los vasallos de su rival en término de pocos días. Para entonces ya se había formado en París una comunidad de diez y seis jóvenes jesuitas dedicados a los estudios, cuyo superior era el P. Jerónimo Doménech, y entre los cuales se contaba el célebre P. Rivadeneira. Como de ellos eran nueve vasallos de Carlos V entre españoles y flamencos, hubieron de salir los nueve de París y guiados por el P. Doménech, corrieron a Flandes entre grandes peligros de la vida. Allí se acomodaron el mes de agosto en Lovaina, al lado de la célebre Universidad, y dieron principio a aquel colegio, que había de ser tan fecundo, espiritual y literariamente en todos los tiempos de la Compañía".

"En el año siguiente, 1543, empiezan los domicilios de la Compañía en España, Alemania y la India oriental. Aunque desde 1539 habían evangelizado en España el P. Araoz y el B. Pedro Fabro, no habían asentado ninguna casa ni colegio.

Esto lo hizo un humilde extremeño, el Hermano Francisco de Villanueva, que", siendo ya de treinta y dos años, fue admitido en Roma por San Ignacio, y después de algunos meses de probación, enviado a Coimbra para estudiar. Como allí fuese mal de salud, dispuso el Santo que fuese a vivir en Alcalá, donde podría hacer sus estudios.; En abril de 1543 entró solo Villanueva en esta ciudad y empezó a estudiar, gramática. Permaneció solo dos años, hasta que en 1545 Fabro y Araoz le enviaron algunos compañeros, con los cuales se dio principio al colegio de Alcalá,

el más fecundo en vocaciones de toda España en los treinta primeros años de la Compañía. El mismo año, 1543, abrió San Francisco Javier, en Goa, el primer colegio de la India, o por mejor decir, admitió la dirección de un colegio ya establecido para la educación de los indígenas. Entre tanto, gracias a las diligencias de Fabro y de San Pedro Canisio, poco antes recibido en la Compañía, se instalaba en Colonia el primer colegio que tuvimos en Alemania. En 1544 se abrió el colegio de Valencia; en 1545, el de Valladolid, y poco después, el mismo año, el de Gandía. Al mismo tiempo se establecían los jesuitas en Barcelona."

"Brotaban por doquiera numerosas vocaciones a la Compañía, y esta afluencia de postulantes se mostró principalmente en cuatro puntos: en Roma y en el centro de Italia, en Portugal, en la España central y en Flandes. El año 1546 fue memorable por la vocación de San Francisco de Borja, duque de Gandía, a quien San Ignacio admitió en la Compañía por octubre, aunque todavía hubo de conservar el ducado y la administración de sus bienes cuatro años y medio, para acomodar a sus hijos y terminar otros importantes negocios. La entrada de este hombre fue un hecho capital en nuestra historia, pues primero por sus limosnas y después principalmente por sus virtudes y por la inmensa autoridad de, que gozaba con el Emperador y con el Rey de Portugal, fue verdaderamente "el ángel tutelar de la Compañía en nuestra Península durante muchos años".

"Por entonces introdujo San Ignacio en la Compañía la, costumbre usada en todas las Ordenes religiosas de nombrar Provinciales. El 10 de octubre de 1546 expidió la patente; que designaba Provincial de Portugal al P. Simón Rodríguez. El año siguiente era constituido Provincial de España el P. Antonio de Araoz. En este tiempo empieza la Compañía a enseñar en sus colegios a los alumnos seglares, y este ministerio tan característico de nuestra Orden fue tomando mayor incremento de día en día. En 1547 partía de Portugal, la primera misión para el África, desembarcando en el Congo tres Padres y un Hermano coadjutor. En 1548 se abría en España el colegio de Salamanca, y entraba la Compañía en Sicilia de un

modo verdaderamente triunfal, pues fundaba los dos célebres colegios de Mesina y Palermo y recogía tan copioso fruto espiritual, que apenas se había visto otro semejante en otras naciones.

En estos años, por la predicación del P. Laínez, arraigaba la Compañía en Florencia y se daban los primeros pasos para fundar en Bolonia, en Venecia y en otras principales ciudades de Italia".

"El año 1549 es memorable en nuestra historia por el establecimiento de las grandes misiones del Japón y del Brasil. Ya hacía siete años que el gran Javier evangelizaba en la India y asombraba con sus virtudes y milagros a todo el Oriente. Había recorrido la costa del Indostán hasta el cabo de Comorín, había predicado en la isla de Ceilán, de Meliapor, en la península de Malaca y en numerosas islas Molucas, y tenía establecidas varias residencias de la Compañía en aquellos remotísimos países. Este año, el día 15 de agosto, desembarcó en el Japón y empezó a poner los cimientos de aquella misión, la más admirable que se ha visto en los tiempos modernos. En el mismo año el P. Manuel de Nobrega y el P. Juan de Azpilcueta ponían los pies en el Brasil y fundaban aquella misión, que muy pronto pasó a ser provincia de la Compañía".

"En los años siguientes continuaban fundándose en Europa numerosos colegios con pasmosa actividad. No podemos enumerarlos todos; pero nos parece indispensable llamar la atención sobre dos instituidos por el mismo San Ignacio en la capital del orbe católico. Tales fueron el colegio romano y el germánico. El 18 de febrero de 1551 catorce jóvenes religiosos de la Compañía, bajo la dirección del P. Juan Pelletier, francés, se alojaban en una modesta casa de la Vía Capitolina y daban principio al colegio romano, que debía ser, según el plan de San Ignacio, como el modelo de todos los colegios de la Compañía, donde se educase en virtud y letras a los Nuestros, y se comunicasen los mismos beneficios a los externos, todo a los ojos del Sumo Pontífice que podía vigilar de cerca la ortodoxia de la doctrina y la

santidad de las costumbres. El colegio germánico, cuya primera idea se debió al Cardenal Morone, lo abrió San Ignacio en 1552, para formar en virtud y ciencia católica a jóvenes alemanes, que pudieran ser después apóstoles de sus paisanos". "En el mismo año de 1552 empezó la grande obra de promulgar las Constituciones. El P. Jerónimo Nadal, escogido para esta empresa, las promulgó y puso en práctica en Sicilia. En los dos años siguientes, 53 y 54, las estableció en Portugal y España, y en los últimos años de San Ignacio, en el norte de Italia. La visita del P. Nadal fue acompañada 3 de una gran eflorescencia de vocaciones. En España, sobre todo, se fundaron numerosos colegios, y en la primavera de 1554, Nadal, por orden de San Ignacio, dividió en tres la provincia española, que fueron: la provincia de Aragón, la de Andalucía y la de Castilla. No debemos omitir que a la muerte de San Ignacio estaba en camino para Etiopía una expedición de misioneros".

El P. Polanco, escribiendo al P. Rivadeneira, que se hallaba, en Flandes, hace el siguiente cuadro de la Compañía; "Ha dejado Nuestro Padre desde el 1540 acá, que se confirmó la Compañía, ordenadas doce provincias, y serían trece, si se contase la Etiopía. Y los colegios y casas que, viviendo Nuestro Padre, se han ordenado, pasan de ciento. Dios sea loado, que tanto aumento ha sido servido de dar a esta su mínima Compañía". No indica el P. Polanco el número de sujetos que tenía entonces nuestra Orden. Por documentos sabemos aproximadamente que eran un millar, Verdaderamente podemos exclamar: *Digitus Dei est hic"*[2].

2º PRINCIPIOS DE GOBIERNO DE SAN IGNACIO

San Ignacio dice al General en las *Constituciones,* que para bien gobernar, tome buenos auxiliares que se ocupen inmediatamente en los negocios particulares; porque aunque alguna vez pueda hacerlo por sí mismo, vale más que lo haga por otros "propósitos inferiores (que deben ser personas escogidas) a quienes pueda

[2] *Vida breve de San Ignacio*, lib. 4, cap. I,

dar mucha autoridad"[3]. Regla sapientísima, que hace que el gobierno no sea una máquina, sino una organización viva de personas. En este sistema el superior más alto es el que menos aparece, y por lo mismo ha de ser humilde, y ha de comunicar su autoridad con amor y confianza, sin temor de que esto le reste prestigio, ni perjudique a los negocios particulares, los cuales piden siempre conocimiento de muchas menudencias, que no llegan a las altas esferas.

Es cierto que el Señor envió a San Ignacio grandes hombres para ayudarle; pero no es menos evidente que él supo aprovecharse de ellos maravillosamente. Laínez nos parece como la inteligencia de San Ignacio; Nadal, su corazón; Polanco, su mano derecha. Jamás se habrá visto un sistema en que cada uno ponga tanto de sí mismo, y todos juntos parezcan una misma persona. Ignacio ponía principalmente su cuidado en formar hombres: después, se fiaba de ellos enteramente, sin celos ni recelos. Tenía, un maravilloso 'sentido de la justicia distributiva aplicada a un gobierno de la Compañía, y es la principal causa humana de su eficacia.

El P. González de Cámara, además de la *Autobiografía,* que amorosamente arrancó a San Ignacio, lo observó finamente, día por día y hora por hora, todo el tiempo que vivió a su lado, anotando todas las cosas, con una penetración que encanta, en un *Memorial* que nos dejó, en el cual han ido a beber todos los historiadores ignacianos, desde el mismo Rivadeneira. Es muy notable la profusión y energía con que explana este punto del gobierno que acabamos de proponer, y de él tomaremos aquí lo más esencial para declararlo.

"Era Nuestro Padre, dice, en extremo amigo de que se diese a cada uno lo que se le debía... En cosas de mayor importancia usaba aún más particularmente de esta suavidad en el gobierno, que consiste en dar a cada uno lo que se le debe por razón de su persona u oficio. Me acuerdo que, acostumbraba llamar a un Padre, cuando le mandaba tratar negocios de mucha importancia con personas grandes

[3] *Constituciones*, P. 9, cap. VI, jj. g,

'de Roma, y que le decía: "Venid acá; yo quiero que vayáis a hacer tal negocio con el Cardenal fulano, y quiéroos hacer capaz de él. Yo pretendo esto y esto, y para ello se me ofrecían estos y estos medios". Y después de darle entera noticia y las instrucciones necesarias, añadía: "pero yo quiero que vos allá uséis de los medios que el Señor os enseñare que sean más convenientes, y os dejo en toda libertad para que hagáis lo que mejor os pareciere". Algunas veces se hubo conmigo de esta manera; y cuando volvía a la tarde, la primera cosa que me preguntaba era: "¿Venís contento de vos?", presuponiendo que había tratado el asunto con entera libertad y que todo cuanto había hecho había salido de mí. Mas, aunque esta confianza que tenía de los Súbditos era muy general, sin embargo, con los superiores subordinados era mucho mayor. El año 1553 mandó Nuestro Padre a esta Provincia (de Portugal) por Visitador al P. Miguel de Torres, que había poco más de un año que entró en la Compañía, y para hacer esta venida le mandó hacer la profesión, y aunque había entonces negocios muy dificultosos e importantes, todavía, para la resolución y determinación de ninguno de ellos le dio leyes ni reglas con que le limitasen el poder y libertad, de la cual quería que usase en todas las cosas. Instrucciones amplias para todo y avisos que se le ofrecían para usarlos en tales o tales, ocurrencias, eso sí; pero obligaciones de hacerlo de esta, o de la otra manera, no las impuso Nuestro Padre; antes le dio un gran número de papeles en blanco, firmados por sí mismo, para que, mas conforme a lo que juzgase convenir, escribiese en ellos patentes o cartas suyas para los que quisiese y como quisiese".

"De la misma manera quería Nuestro Padre que los Provinciales en sus provincias tuviesen toda la libertad posible en el gobierno de ellas, y que a su vez no se la quitasen a los Rectores y demás prepósitos locales para con sus súbditos particulares, lo cual se puede ver bien por un capítulo de una carta que escribió al P. Mirón cuando era Provincial en esta provincia (de Portugal), y es el siguiente:

"Ni es oficio del prepósito Provincial ni General tener cuenta tan particular con los negocios; antes, cuando tuviese para ellos toda la habilidad posible, es mejor poner a otros en ellos, los cuales después podrán referir lo que han hecho al Provincial, y él se resolverá, entendiendo sus pareceres, en lo que a él toca resolverse; y si es cosa que se pueda remitir a otros, así el tratar, como el resolver, será muy mejor remitirse, máxime en negocios temporales y aun en muchos espirituales: y yo para mí este modo tengo, y experimento en él no solamente ayuda y alivio, pero aun más quietud y seguridad en mi ánima. Así que, como vuestro oficio requiere, tened amor, y ocupad vuestra consideración en el bien universal de vuestra provincia; y para la orden que se ha de dar en unas cosas y otras, oíd a los que mejor pueden sentir de ellas a vuestro parecer".

"Para la ejecución no os impliquéis, ni por vos os embaracéis en ellas; antes, como motor universal, rodead y moved a los motores particulares, y así haréis más cosas, y mejor hechas, y más propias de vuestro oficio, que de otra manera; y cuando ellos faltasen, es menor inconveniente que si vos faltásedes; y estaos mejor a vos enderezar lo que vuestros súbditos faltasen, que no a ellos, ni a vos, enmendaros ellos en lo que vos faltásedes, lo cual sería muy ordinario entremetiéndoos en los particulares más de lo justo"[4].

Sigue el P. González trayendo ejemplo de cómo así se hacía, y da después las razones de este modo de gobierno, las cuales están llenas de buen sentido. La primera es que de aquí resulta "un gran celo y fervor en la ejecución de las cosas; porque los hombres hacen naturalmente con más gusto aquellas cosas que tienen como más propiamente suyas. Y esto parece que sentía Nuestro Padre cuando, después de vernos tratar los negocios, que él nos había encomendado, preguntaba si veníamos contentos de nosotros, como ya se ha dicho".

[4] Roma, 17 de diciembre de 1552.

"Fundábase también esta orden del P. Ignacio en que Dios Nuestro Señor concurre particularmente con el superior inmediato e inferior en las cosas particulares, que propia e inmediatamente pertenecen a su oficio; por donde quererlas limitar o gobernar con reglas universales, es privarle de la superioridad y consiguientemente impedir la cooperación de aquella especial gracia de Dios, la cual, por concurrir con agente particular, tiene .más eficacia, para los tales negocios, que cualquier otra. . .

"Para todo buen gobierno es menester que haya poder y saber; y desoirá manera quedan estas dos partes del todo separadas; porque al superior universal, que tiene el poder, no le es posible tener el saber particular y practico que es necesario; y el superior inmediato que tiene el saber y palpa las cosas con la mano, no tiene poder para ejecutarlas por sí".

"Síguense además otros inconvenientes que, de parte, de las personas y oficiales no menos se pueden temer, como son: dar lugar a que haya poca obediencia de entendimiento al superior universal. Porque sucederá muchas veces ordeñar el Provincial al Rector cosas contra lo que él está viendo con los ojos, especialmente siendo cosa dificultosa el vencer la inclinación natural que tienen los hombres a las cosas que se les prohíben o limitan; la remisión o flojedad en efectuar las cosas, así por el poco gusto de la naturaleza, como porque en muchas tendrán a la mano la excusa de no hacerlas, a saber: por falta de licencia o comisión del Provincial, etc."

"Todo esto tenía Nuestro Padre muy bien pensado, y por esto hizo siempre tanto caso de dejar a los superiores inmediatos toda la libertad posible., sin que esto le impidiera que a tiempos y a particulares sitios y personas pusiese a las veces las limitaciones necesarias; mas nunca con reglas universales, que impiden mucho en la Compañía la subordinación debida. Porque si al Provincial se limita y coarta lo que se debe a su. oficio, se mete en el de Rector, y éste, por la misma razón, en el

de Ministro, y así de los demás, quedando en gran parte perturbado el orden del gobierno, que el Espíritu Santo inspiró a nuestro bendito Padre"[5].

Este modo de gobierno, como sé ve, está fundado en tener buen personal, y el primer principio para tenerlo es el buen cuidado en la admisión, punto al cual daba San Ignacio capital importancia, según queda ya indicado en el capítulo anterior.

Tenía gran cuidado en escoger los qué pedían entrar en k Compañía, diciendo que era éste un punto capital, y que, si por algún motivo hubiese de desear vivir muchos años, seria para estrechar más la entrada. Nada: temía tanto como "la turba de hombres". No son los muchos los que hacen las cosas, sino los buenos, aunque sean pocos. Y aquí sí que miraba mucho las condiciones naturales de cada uno. Aunque estimaba más a un hombre sencillo lleno de espíritu que a un letrado sin tanta virtud; pero ponía más empeño en conservar a éste que al primero; porque, después de haberle formado en el amor de Dios, sería más provechoso para la salvación de las almas. En general asentaba este principio: que tanto como tiene uno grandes cualidades para vivir en el mundo, las tendrá para ser de la Compañía. La santidad debemos mirarla como lo principal, pero en nuestra religión no podemos prescindir de las cualidades humanas. Los privilegios extraordinarios del Señor han de quedar siempre a salvo, porque Él no está sujeto a nuestras reglas.

[5] *Monumenta Ignatiana*, Ser. 4[9], vol. 1, núms. 269-273, páginas 284-288.

Capítulo III

SAN IGNACIO, PADRE DE LA COMPAÑÍA

1º EL GOBIERNO DE SAN IGNACIO ESTABA FUNDADO EN PRINCIPIOS GENERALES

De todos los títulos que los hijos de San Ignacio le han dado y le dan, el más usado y también el más dulce es el de Padre, aplicándoselo, no como una denominación oficial ya petrificada, sino con toda la realidad y viveza de su significado. Así le llamaban a boca llena los primeros compañeros, y San Francisco Javier arriesgóse ya en vida a llamarle Santo Padre, tal como ahora lo llamamos. Ignacio es Padre de la Compañía, porque le dio el ser; pero ahora pretendemos demostrar que también es su Padre, porque la gobernó con un carácter de tal. No es ésta la idea que por el mundo corre, y aun por regiones que parece deberían ser ajenas al mundo. Del gobierno de San Ignacio tienen muchos un concepto como militar y casi mecánico, admiran su exactitud y su eficacia, pero le echan en cara falta de humanismo y de amor. No es posible que haya leído las Constituciones ni historia alguna auténtica quien tal cosa afirma. Dos hombres contemporáneos y de mérito excelente, los Padres Cámara y Rivadeneira, escribieron la historia del gobierno de San Ignacio, fundada en los principios especulativos por los cuales se regía y en los hechos de cada momento, y de ellos resulta una imagen totalmente opuesta a la que nos pintan esos detractores.

Para reducir las cosas a principios bien definidos, expondremos en este capítulo dos ideas, o sea, que el gobierno de San Ignacio fue esencialmente espiritual, y dulcemente paternal. Empecemos por lo primero.

San Ignacio quiere que todo lo de la Compañía vaya por caminos sobrenaturales. ¡El que entra, ha de tener por fin únicamente el servir a la Majestad Divina; el que estudia sólo ha de buscar la gloria de Dios y el bien de las almas; el

operario, después que ha pasado años y años en los estudios y en una diligentísima preparación para los ministerios, piense que el acierto lo dará *sola unctío Sancti Spiritus, et ea prudentia quam communicare solet Dominus illis qui in divina sua Maiestate confidunt.*

(Sólo la unción del Espíritu Santo, y la prudencia, que Dios Nuestro Señor comunica a los que en Divina Majestad confían[1]. Al Rector, después de una larga lista de cualidades que debe tener, le dice que se haga cargo que su oficio es *in primis oratione et sanctis desideriis totum Collegium velut humeris sustinére,* es decir que ha de sustentar sobre los hombros todo el colegio, con oración y santos deseos[2]. El retrato que hace del General es verdaderamente el de un santo, que con la oración y el amor ha de santificar toda la Compañía. Así lo hacía él. El P. Nadal dijo un día al P. Cámara: "La cosa que más debemos procurar todos es que nuestro Padre esté en ocio; porque su ocio (como es tan familiar y unido con Dios) sustenta y tiene en peso toda la Compañía"[3].

Ignacio no comprendía en la Compañía un gobierno que no fuese enteramente sobrenatural en los principios, en los motivos, en los fines y en la misma manera de ejercerlo. Oigamos ahora cómo empieza la décima parte de las *Constituciones,* que trata cíe la manera cómo se ha de conservar y crecer el cuerpo de la Compañía en su buen ser: "Porque la Compañía, que no se ha instituido con medios humanos, no puede conservarse ni aumentarse con ellos, sino con la mano omnipotente de Cristo, Dios y Señor Nuestro; es menester en Él sólo poner la esperanza de que Él haya de conservar y llevar adelante lo que se dignó comenzar, para su servicio y alabanza y ayuda de las ánimas, y conforme a esta esperanza, el primer medio y más proporcionado será de las oraciones y sacrificios que deben hacerse a esta

[1] *Constituciones*, P. IV, cap. VIII, n. 8.
[2] *Constituciones*, P. IV, cap. X, n. 5.
[3] *Monumenta Ignatiana*, Ser. 4'-[1], vol. 1. *Mentónale*, número 512, pág. 228.

santa intención, ordenándose para ello cada semana, mes y año, en todas partes donde reside la Compañía".

"Para la conservación y aumento, no solamente del cuerpo y lo exterior de la Compañía, pero aun del espíritu de ella, y para la consecución de lo que pretende, que es ayudar a las ánimas para que consigan el último y sobrenatural fin suyo, los medios que juntan el instrumento con, Dios y le disponen para que se rija bien de su divina mano, son más eficaces que los que le disponen para con los hombres, como son los medios de bondad y virtud, y especialmente la caridad y pura intención del divino servicio, y familiaridad con Dios Nuestro Señor en ejercicios espirituales de devoción y el celo sincero de las ánimas, por gloria del que las crió y redimió, sin otro algún interés"[4].

Aplicando estos principios al gobierno, dice San Ignacio aquella frase preciosa de que el oficio principal del Rector ha de ser "sostener todo el colegio con la oración y santos deseos"[5]. Podemos bien decir que así llevaba él sobre sus hombros toda la Compañía, no sólo la que vivía en su tiempo, sino también la que vino después. La Compañía, después del amor de Dios, es hija de las lágrimas de San Ignacio, y de ellas vivimos todavía sus hijos. Gobernaba, pues, primera y principalmente con oraciones y santos sacrificios, con los que él personalmente aplicaba y los que en toda la Compañía se ofrecían para su conservación. Es posible que algún prudente, según el mundo, se sonría ante esta afirmación teniéndola por una afectación de misticismo. así nació la Compañía, y así la quería gobernar. Al tratarse de la fundación, topábase con dificultades humanamente insuperables. La primera arma de San Ignacio para vencerlas fue orar, llorar y ofrecer tres mil misas a esta intención. Pues de la misma manera, siempre que se le presentaba un negocio particular de alguno, o general de toda la Orden, el primer remedio era la

[4] P. X, n. 12.

[5] P. IV, cap. X, n. 5.

oración. Así el gobierno miserable de los hombres se levantaba hasta la divina norma de la eterna Sabiduría.

A la oración añadía las virtudes de humildad y celo de las almas, como virtudes y medios de gobierno. Humanamente esto es incomprensible, pero divinamente tiene un profundísimo sentido; el de unir más el instrumento con Dios, fuente de toda prudencia y sabiduría. Luego que fue elegido General de la Compañía, lo primero que hizo fue meterse en la cocina y hacerse cocinero de todos. Después se puso a enseñar la doctrina cristiana a los niños durante cuarenta días seguidos; y venía no Solamente la gente menuda, sino gente mayor de toda clase, para oír aquella palabra inflamada, que, como dice el P. Rivadeneira, parecía como llamas encendidas, tanto que, aun callando él, parecía que su semblante inflamaba a los presentes y que los ablandaba y derretía con el divino amor la inflamación de todo su rostro[6]. Y bien se veía *caí* las lágrimas de los oyentes y las numerosas confesiones cuando se concluía la plática.

Aplicando estos principios al gobierno de cada hijo suyo en particular, entendía Ignacio que el primer oficio suyo y el de todo superior de la Compañía era ser Padre espiritual. Y de hecho lo era él excelentísimo. Los que a él acudían encontraban que veía mejor en sus almas que ellos mismos. ("Usaba un medio muy eficaz de consolar las penas interiores, y era contar algo semejante que a él en su vida le había pasado. Lo cual no quiere decir que pretendiese llevar a todos por su mismo camino, antes bien, censuraba duramente esa manía de algunos directores, porque esto era no entender los diferentes dones del Espíritu Santo y la diversidad de gracias con que quiere Dios ayudar a las almas.

No medía la virtud interior por las exteriores apariencias ni por la condición natural suave y fácil de ciertas personas, sino por el interior espíritu con que cada uno se entregaba a Dios Nuestro Señor, venciéndose a sí mismo. Por esto le era

[6] *Vida*, *de San Ignacio*, lib. 3, cap. II.

familiar aquella máxima del *Kempis* que vemos puesta como título de los *Ejercicios y* como resumen de toda su estrategia: que, en materia espiritual, tanto adelanta cada uno, cuanto se hace violencia a sí mismo y sale de todo interés y conveniencia propia. Esta doctrina repetía particularmente a los hombres de grandes pasiones, y según los pasos que daban por este camino era el amor que les manifestaba.

Dos características espirituales deseaba en los de la Compañía de Jesús. La primera es la total unión con Dios, que resulta de haberse uno entregado a buscar siempre y en todas las cosas la mayor gloria divina. El jesuíta no debe esperar a la oración para hallarse con Dios, sino que todas las cosas han de serle oración; y ésta es cualidad más estimable que el saber pasar largas horas en quietud espiritual. Es imposible llegar a esta unión con Dios si el amor del alma, es decir, su intención, no está tan purificada que ame a Dios en todas las cosas y a todas las cosas en Dios.

La segunda característica es la obediencia, también total, es decir, tal que por ella se entregue toda la persona, facultades exteriores, voluntad y entendimiento. Esta cualidad del Jesuíta es consecuencia de la primera. La obediencia es holo-causto., es decir, oblación y sacrificio total de sí mismo a la gloria de Dios. Ninguna otra cosa, ni todas juntas, llegan al valor de esta entrega, porque nada tenemos tan precioso en nuestras manos como nuestra alma. Además, ningún otro medio nos manifiesta tan clara v tan cierta la divina voluntad como el superior a quien hemos tomado como tal por amor de Dios, para que sea el oráculo de la voluntad divina. A quien hace esto, es imposible que Dios no le guíe con toda seguridad al fin de su gloria divina. Así nada damos a los hombres, nada tampoco a las cosas; todo lo damos a Dios y por esto dice San Ignacio que "la vera obediencia no mira a quien se hace, mas por quien se hace, y si se hace por sólo nuestro Criador y Señor, al mismo Señor de todos se obedece, por donde ninguna cosa se debe mirar si es uno o si es otro, el que marida, pues a ellos ni por ellos (tomando con sana inteligencia)

no se hace obediencia alguna, mas a sólo Dios y por sólo Dios Nuestro Criador y Señor"[7].

2° EL GOBIERNO DE SAN IGNACIO SE FUNDABA EN AMOR DE PADRE

Los perseguidores de la Compañía de Jesús en el siglo XVII redujeron a tres durísimas palabras la caricatura de la vida interna jesuítica: "*Se juntan sin conocerse, viven sin amarse mueren sin llorarse*". Esta definición con ven dría perfectamente entre los jesuítas una definición de la Compañía, a la cual llaman *Socieías ainoris,* Compañía de amor; la cual puede derivarse, tanto de la teoría como de la práctica de San Ignacio. Empecemos por la teoría.

Dicha definición se encuentra a la letra en San Ignacio y en San Francisco Javier. Mientras que San Ignacio estampaba en la primera página de las *Constituciones,* que la primera ley de la Compañía ha de ser la "interior ley de caridad *y* amor, que el Espíritu Santo escribe e imprime en los corazones". San Francisco Javier escribía de la India al mismo fundador, que ponía .su ideal en "a los que me parecía que eran para la Compañía, con amor y caridad tratarlos. . . por me parecer que Compañía de Jesús quiere decir Compañía de amor y conformidad de ánimos, y no de rigor ni temor servil"[8]. Maravillosa correspondencia de ánimo y aun de palabras, que manifiesta bien claramente que la Compañía vivía de una sobrenatural savia de caridad.

La dulce caridad que entre aquellos primeros Padres existía, en ninguna parte la podemos ver tan bien pintada, como en las cartas admirables de San Francisco Javier. Marcha éste a la India, y por el camino, y llegado ya a Goa, escribe a los hermanos rogándoles que le enseñen cómo ha de salvar a aquellos infieles; porque

[7] *Examen*, c. 4, n29.
[8] Cochin, 12 de enero de *1549. Monumento Xaveriana*, t. 1,Ep. 71, pág.476.

"Placerá a su Divina Majestad darnos por vosotros a conocer de la manera que lo habernos de servir"[9]. En otras cartas les dice que sueña con ellos de noche y de día, que siempre los ve como si presentes los tuviese, y esto lo atribuye a las oraciones que por él hacen[10]. He aquí unas palabras divinas: "Para que jamás me olvide de vosotros, por continua y especial memoria, para mucha consolación, mía, os hago saber y carísimos hermanos, que tomé de las cartas que me escribisteis vuestros nombres escritos por vuestras manos propias, juntamente con el voto de la profesión que hice, y los llevo continuamente conmigo por las consolaciones que de ellos recibo"[11]. Y estas otras: "Cuando comienzo a hablar en la santa Compañía de Jesús no sé salir de tan deleitosa comunicación, ni sé acabar de escribir. No sé con qué mejor acabe de escribir que confesando a todos los de la Compañía, que si alguna vez me olvidase de la Compañía del nombre de Jesús, quede olvidada mi mano derecha"[12]. Otra carta acaba con estas palabras: "Así acabo sin poder acabar de escribir el grande amor que os tengo a todos en general y en particular; y si los corazones de los que en Cristo se aman se pudiesen ver en esta presente vida, creed, hermanos míos carísimos, que en el mío os veríais claramente; y si no os conocierais, mirándoos en él sería porque os tengo en tanta estima, y vosotros, por vuestras virtudes teneros en tanto desprecio, que por vuestra humildad dejaríais de os ver y conocer en él, y no porque vuestras imágenes no estén impresas en mi ánima y corazón"[13].

Pero vamos a la práctica, más conveniente que la teoría, y contemplemos el gobierno paternal de San Ignacio.

Padre, y padre suavísimo y dulcísimo era antes que todo San Ignacio para sus hijos, y este amor de padre era, según dice el P. Rivadeneira, el primero y principal

[9] *Monumento*, *Xaveriana*, Ep. 9 y 12.

[10] Ibíd. Ep. 17 y 48
[11] Ibid. Ep. 56.
[12] Ibid. Ep 61.
[13] Ibid. Ep. 90.

medio de que usaba para adelantarlos en perfección. Quería que este amor fuese a todos patente, y era de ver cómo cada uno se tenía por particularmente amado. Nada más natural que hablar un padre siempre bien de sus hijos, así como nada más monstruoso que lo contrario. Ignacio, no solamente cumplía perfectamente esta ley, sino que no podía sufrir que nadie hablase mal de los que él tanto amaba, y todo lo echaba a buena parte, de tal manera, que habían pasado a proverbio doméstico lo que llamaban: "interpretaciones del P. Ignacio".

El amor exige trato íntimo y obras verdaderas; lo demás no son sino palabras engañosas o sin sentido. Ignacio recibía siempre amorosamente a sus súbditos; éstos sabían bien que siempre le hallarían bien dispuesto, y jamás se llevaban un desengaño. Algo de particular debe tener la mesa cuando la vemos constituida como en centro de la convivencia familiar y costumbre universal de todos los pueblos para manifestar, benevolencia para con un forastero. Ignacio entendía perfectamente esta misteriosa fuente de simpatía, y hacía que por turno todos comiesen a su lado, no sólo los Padres, sino hasta; el cocinero y el portero. Y cuentan los testigos delicadezas maternales que en estas ocasiones usaba, argumento a todos evidentísimo de la caridad de su alma.

Eran particularmente amorosas estas manifestaciones con los tentados, con los huéspedes, con, los que venían de viaje. Un flamenco gigantesco contaba el salto gentilísimo que dio un día San Ignacio, que era de baja estatura, para colgarse: de su cuello, una vez que estaba triste y tentado en su vocación. El P. Rivadeneira tenía una riquísima experiencia personal, no sólo de las manifestaciones de maternal amor, sino también de la condescendencia con sus travesuras de cuando entró muchacho de catorce años.

Para los enfermos, convalecientes y personas delicadas era una verdadera madre: "no hay madre, dice Rivadeneira; que tenga tanto cuidado de sus hijos como Ignacio lo tenía de los suyos". Quería saber si alguno de casa se hallaba mal

de salud, y al comprador mandaba que dos veces al día viniese a decirle si había traído lo necesario para los enfermos. Eran muy pobres; pero no quería que a los enfermos les faltase lo conveniente, y por eso hacía vender lo que en casa no era estrictamente necesario, y en caso apurado quería que ni los vasos sagrados fuesen perdonados.

Viendo que nuestros jóvenes se debilitaban por el fervor del espíritu y de los estudios, en tiempo en que se pasaba en casa mucha necesidad, hizo edificar una casa de campo, diciendo: "más estimo yo la salud de cualquier hermano que todos los tesoros del mundo". Decía que atribuía a particular providencia de Dios que " él estuviese enfermo para que así aprendiese a compadecerse de los que lo estaban. Una vez en que, por una grave enfermedad, tuvo que confiar todo el gobierno a un Vicario, solamente se reservó el que le diesen cuenta de la enfermería. No podía tolerar que lo que se hacía por los enfermos lo tuviese nadie por singularidad.

En esta materia dice más un hecho que mil palabras.

Cuenta de sí mismo el P. Rivadeneira que habiéndole sangrado de un brazo, no sólo le hizo velar toda la noche, sino que el buen Padre dos o tres veces envió quien reconociese el brazo y viese si estaba bien atado. Yendo una vez de viaje con el P. Laínez, dióle a éste un dolor gravísimo de repente; y lo que para su remedio y alivio hizo nuestro Padre fue buscar una cabalgadura, dando por ella un real, que sólo habían allegado de limosna, y envolviéndolo con su pobre manteo le subió en ella, y para animarle más... iba siempre delante de él corriendo de pie, con tanta ligereza y alegría de rostro y ánimo, que el P. Laínez decía que apenas podía atener con él[14] ([37]). Estaba enfermo uno de sus compañeros en un lugar distante de donde a la sazón estaba Ignacio; éste corrió a visitarlo, y el enfermo, sea por el gozo de ver a

[14] RIVADENEIRA, *Vida de San Ignacio*, lib. 5, cap. VIII.

su Padre, sea por gracia especial de Dios Nuestro Señor, quedó curado de su enfermedad.

Del amor universal que a todos tenía, escribe el Padre Cámara: "Siempre es más inclinado al amor, y esto en tanto grado, que todo parece él amor; y así es tan universalmente amado de todos parece el amor de todos, que no conoce ninguno de la *Compañía* que no le tenga grandísimo amor y que no juzgue ser muy amado del Padre. Señal de este grande amor es la alegría y gusto que tenía en hablar y oír hablar de las cosas de los hermanos." Hacía que leyesen dos o tres veces las cartas de edificación y las nuevas de los colegios. Una vez me llamó, estando en la casa de campo el año de 55, y hablándome con sumo gusto de esta materia, me dijo que echase la cuenta de ¿cuántos estarían entonces en la Compañía, y me acuerdo que hallamos novecientos.

Cuando yo fui de aquí, me hablaba muchas veces nuestro Padre de los hermanos de Portugal y de la India, alegrándose en extremo hasta de oír cómo comían, cómo dormían, cómo vestían y otras muchas particularidades y menudencias; tanto que, estando un día preguntándome muchas de los de la India, dijo: "Cierto yo me holgaría de saber, si posible fuera, cuántas pulgas les muerden cada noche"[15]. Jamás le oyó nadie decir palabra alguna que pudiese agraviar; hasta cuando convenía corregir una falta, nunca usaba de palabras generales, como es decir a alguno: sois un desobediente, o perezoso, o soberbio, sino que sólo reprendía aquel hecho particular. Las faltas las decía al mismo interesado, nunca a tercera persona, si no era necesario para la corrección. No murmuraba de otros ni permitía se murmurase (leí ante de sí, y siempre tenía a punto alguna palabra para disculpar al prójimo. Si alguno faltaba, procuraba hacerle conocer y reconocer su culpa. Después hacía que el mismo culpado se impusiese la penitencia, y entonces, muy frecuentemente la disminuía. Así, dice un testigo de vista, que casi nunca se vio a

[15] *Monumenta Ignatiana*, Ser. 4[9], vol. 1, *Memoriale*, números 86 *y 87*, págs. 195 y 196.

nadie enojado por una corrección o castigo. Pasado ya el caso, Ignacio trataba a las personas como si nunca hubiesen faltado. "Podían todos estar bien seguros, dice Rivadeneira, que ni en obras, ni en palabras, ni en trato, ni en rastro ni memoria de aquellas faltas, como si nunca las hubiesen cometido".

Ignacio, que pedía a sus hijos una obediencia tan perfecta, no solía poner ante sus ojos la autoridad cruda y escueta, sino apoyada en las razones que tenía para mandar y endulzada por la condescendencia del amor. Cuando se le pedía una cosa que él veía no poder conocer, la negaba; pero añadiendo, si era posible, las razones que a ello le movían, con lo cual dejaba al súbdito convencido y consolado. Cuando podía conceder lo que le pedían, hacíalo de buen grado, re- presentando las razones en contra, añadiendo, sin embargo, que más fuerza le hacía el deseo de complacer.

Estudiaba las aptitudes e inclinaciones de cada uno, para acomodarse a ellas en cuanto era posible. Pedía a todos que estuviesen indiferentes para todos; pero él se adelantaba a estimar las cualidades de cada uno y aprovecharlas en lo que podían dar mejor resultado.

Tenía gran confianza en sus hijos, no de palabra solamente, sino también de obra. Al que él daba como formado en la Compañía, le enviaba a cualquier parte sin temor alguno y le daba toda la autoridad. Nada de aquel raquitismo de los que creen que nada está bien mandado si no pasa antes por sus manos. Hasta al ser consultado, después de dar su parecer, solía añadir: Vos, que tenéis la cosa ante los ojos, veréis mejor lo que conviene hacer. Usaba también el dar cartas en blanco, firmadas de su mano, para que viesen sus hijos 1ª plena confianza que en ellos tenía depositada.

Las grandes cualidades no suelen nacer de una, vez, sino que requieren formación. Ignacio ponía gran empeño en educar las facultades que veía en sus hijos, y el medio más ordinario era el de darles responsabilidades, según el peso

que podían llevar. Entendía también que no todas las perfecciones v se hallan juntas, sino que uno puede ser eminente en un ramo y muy inferior en otro. Por esto daba en cada cosa la superioridad al que la merecía, aunque en otras tuviese que estar sujeto y obedecer.

El gobierno entendía él que debe ser muy ilustrado en el consejo, pero muy expedito en la ejecución. Por esto rodeó a todos los superiores de la Compañía de consultores y admonitores, con quienes-hayan de aconsejarse antes de tomar una determinación, pero sin ligarlos a seguir su opinión.

Gobernar entendía que es sacrificarse, no buscando ninguna ventaja para sí mismo. Por eso decía que era mal sistema acomodar los negocios a la persona, y no la persona a los negocios; verdad la más exacta y universal al tratarse de los negocios espirituales del bien de las almas. Entonces no hay trias ley que la del Apóstol: hacerse todo a todos.

Correspondían los hijos a su Padre con un amor ternísimo, como pondera el padre Rivadeneira con estas palabras: "Como el Santo Padre era tan padre, y tan amoroso con todos, sus hijos, así ellos se le mostraban hijos obedientes, y le entregaban sus corazones para que dispusiese de ellos y de todas sus cosas sin contradicción ni repugnancia; porque, por este amor, no solamente era padre y maestro, sino también dueño y señor de sus súbditos; él cuidaba de ellos, y ellos descuidaban de sí; ellos trabajaban hasta cansarse sin tenerse; respeto a su salud, por el gran cuidado que sabían tenía de ella el Padre, y que cuando se hallasen en necesidad de descanso le hallarían muy cumplido; y había una santa contienda entre el Santo Padre y sus hijos, queriendo los hijos tomaría mayores cargas que eran sus fuerzas, y el Padre quitándoles alguna parte de las que podían llevar, y con una religiosa porfía, reverenciando y obedeciendo los hijos a su Padre, y el Padre

mirando por sus hijos con un amor solícito y dulcísimo que no se puede con palabras explicar"[16].

Cuando, los hijos estaban lejos de San Ignacio, el mayor consuelo era para ellos sus cartas. San Francisco Javier, tiene en su epistolario intensísimas expresiones en este sentido. El P. Polanco dice que sólo el retrasar la contestación era como privar de la leche a los pequeñitos, y lo miraban como un castigo[17].

Notemos que dice esto un hombre que aparentemente habría tenido motivos para hablar de la dureza de San Ignacio. Porque es de advertir que, si alguna aspereza usaba en el trato, no era con los menos estimados, sino con los amigos más íntimos. Digamos sobre esto una palabra.

Es cierto que San Ignacio trató secamente a algunos de la Compañía de un mérito eminente, como los Padres Laínez, Nadal, Polanco. Lo veían todos los contemporáneos y lo sentían los interesados, a veces hasta derramar lágrimas. Pero al mismo tiempo que hacía esto se fiaba de ellos como de sí mismo, les confiaba todos los grandes negocios de la Compañía y, a espaldas suyas, cuando se ofrecía la ocasión, hacia de ellos y de su virtud las más grandes ponderaciones. ¿Por qué esta conducta que parece contradictoria? Todo nacía del grande amor que les profesaba, el cual le movía a fundarlos sólidamente en las más perfectas virtudes, precisamente porque había de poner sobre ellos un peso extraordinario de responsabilidad. Así lo entendían ellos mismos, que todo ello procedía de una fuerte caridad, y por esto nadie tuvo para con San Ignacio un amor tan profundo y tan filial como estos 1iombres extraordinarios.

En lo cual debe tenerse en cuenta una muy prudente observación del P. Rivadeneira. El Santo Patriarca, tanto por la luz extraordinaria que de Dios tenía como por su autoridad para con todos sus hijos, podía usar medios que en él caían

[16] *Tratado del modo de gobierno que N. S. P. Ignacio* tenía, cap. III.
[17] *Chronicon*, S. J., vol. 2, n. 62, pág. 33.

muy bien, mientras que en otros superiores serían imprudencias, y por esto nadie debe arriesgarse a imitar ejemplos extraordinarios, más aptos para la admiración que para la práctica. Lo cual debe también tenerse en cuenta en el punto de las penitencias graves, que San Ignacio daba a las veces por faltas ligeras: él miraba en ello, no sólo el caso concreto que todos contemplaban, sino también la influencia que podía tener en la formación del espíritu de la Compañía, que, como padre amoroso, pretendía dejar bien asegurado. Pero estos mismos hechas excepcionales prueban con evidencia que los hijos de Ignacio correspondían amorosamente al amor de su Padre.

El P. Rivadeneira da dos razones de esta correspondencia: "La primera, la opinión que tenían de su sabiduría; que ésta es gran motivo para que los hombres amen y estimen al que tienen por muy sabio. La segunda, lo mucho que él los amaba; que en fin el amor naturalmente cría y engendra amor. Y todos sabían que los tenía como a hijos muy queridos, y que él les era amorosísimo padre. Y allende de esto, como él conocía tan bien lo que pesaba cada uno y dónde llegaban sus fuerzas espirituales y corporales, no echaba más peso a nadie de cuanto podía suavemente llevar; y aun de esto aflojaba un poco y quitaba parte, porque no fuesen sus hijos oprimidos con la carga, antes la llevasen con alegría y pudiesen durar en ella"[18].

[18] *Vida de San Ignacio*, lib. 5, cap. VII

Capítulo IV

SANTIDAD EJEMPLAR DE SAN IGNACIO

1° SAN IGNACIO, PERSONIFICACIÓN DE LA SANTIDAD DE LA COMPAÑÍA

Todo esté libro es una historia de la santidad de Ignacio; pero queremos escribir este capítulo, para declarar mas particularmente cómo él es el Santo típico y ejemplar de la Compañía de Jesús. Sus contemporáneos lo miraban como encarnación de nuestra santidad apostólica, de manera que más aprendían de él que de la ley escrita. Muchos testimonios podríamos aducir; pero nos limitaremos a los de los Padres Cámara y Rivadeneira, porque son los que con mayor atención le contemplaron para dejarnos una pintura de sus virtudes. Escribe el Padre González de Cámara: "*En todo su modo de proceder observa todas las reglas de los Ejercicios exactamente., de modo que parece primero los haber plantado en su ánima, y de los actos que tenía en ella sacado aquellas reglas; y lo mismo se puede decir de Gersón (Kempis); y así no parece otra cosa conversar con el Padre sino leer a Juan Gersón, puesto en ejecución. Lo mismo se puede decir de las Constituciones, máxime del capítulo en que pinta al General, en el cual parece haberse pintado a sí mismo*"[1]. Estas últimas palabras las repite casi a la letra el Padre Rivadeneira. Vamos, pues, a las *Constituciones, y* tomemos el retrato que allí hace del General de la Compañía de Jesús: "Cuanto a las partes que en el Propósito General se deben desear, la primera es que sea muy unido con Dios Nuestro Señor, y familiar en la oración y todas sus operaciones, para que tanto mejor de Él, como de fuente de todo bien, impetre a todo el cuerpo de la Compañía mucha participación de sus dones y gracias, y mucho valor y eficacia a todos los medios que se usaren para la ayuda de las ánimas".

[1] *Monumento Ignatiana*, Ser. 4», vol. 1. *Memoriale*, número 226, pág. 263.

"La segunda, que sea persona cuyo ejemplo en todas virtudes ayude a los demás de la Compañía, y en especial debe resplandecer en él la caridad para con todos prójimos, y señaladamente para con la Compañía, y la humildad verdadera, que de Dios Nuestro Señor y de los hombres le hagan muy amable".

"Debe también ser libre de todas pasiones, teniéndolas domadas y mortificadas, porque interiormente no le perturben el juicio de la razón; y exteriormente sea tan compuesto, y en el hablar especialmente tan concertado, que ninguno pueda notar en él cosa o palabra que no le edifique, así de los de la Compañía, que le han de tener como espejo y dechado, como de los de fuera".

"Con esto sepa mezclar de tal manera la rectitud y severidad necesaria con la benignidad y mansedumbre, que ni se deje declinar de lo que juzgare más agradar a Dios Nuestro Señor, ni deje de tener la compasión que conviene a sus hijos; en manera que aun los reprendidos o castigados reconozcan que procede rectamente en el Señor Nuestro y con caridad en lo que hace, bien que contra su gusto fuese, según el hombre inferior".

"Y asimismo la magnanimidad y fortaleza de ánimo les es muy necesaria para sufrir las flaquezas de muchos y para comenzar cosas grandes, en servicio de Dios Nuestro Señor, y perseverar constantemente en ellas cuando conviene, sin perder ánimo con las contradicciones (aunque fuesen de personas grandes y potentes), ni dejarse apartar de lo que pide la razón y el divino servicio por ruegos o amenazas de ellos, siendo superior a todos casos, sin dejarse levantar con los prósperos ni abatirse de ánimo con los adversos, estando muy aparejado para recibir, cuando menester fuese, la muerte., por el bien de la Compañía, en servicio de Jesucristo, Dios y Señor Nuestro".

"La tercera es que debería ser dotado de grande entendimiento y juicio, para que, ni en las cosas especulativas, ni en las prácticas que ocurrieren, le falte este talento, y aunque la doctrina es muy necesaria a quien tendrá tantos doctos a su

cargo, más necesaria es la prudencia y el uso de las cosas espirituales e internas, para discernir los espíritus varios, aconsejar y remediar a tantos, que tendrán necesidades espirituales, y asimismo la discreción en las cosas externas y modo de tratar de cosas tan varias, y conversar con tan diversas personas de dentro y fuera de la Compañía".

"La cuarta, y muy necesaria para la ejecución de las cosas, es que sea vigilante y cuidadoso para comenzar y extremo para llevar las cosas al fin y perfección suya, no descuidado y remiso para dejar las comenzadas imperfectas".

"La quinta es acerca del cuerpo, en el cual, cuanto a la sanidad, apariencia y edad, debe tenerse respeto de una parte a la decencia y autoridad; de otra, a las fuerzas corporales que el cargo requiere, para en él poder hacer su oficio a gloria, *de* Dios Nuestro Señor".

"La sexta es acerca de las cosas externas, en las cuales las que más ayudan para la edificación y el servicio de Dios Nuestro Señor en tal cargo se deben de preferir. Y tales suelen ser el crédito, buena fama y lo que para la autoridad, con los de fuera y de dentro, ayuda de las otras cosas".

Hasta aquí las palabras de las *Constituciones*[2].

2º UNIÓN CON DIOS

El fundamento esencial de todas esas espirituales perfecciones, del cual en cierta manera tedas se derivan, es aquella primera cualidad de la unión con Dios Nuestro Señor. Notemos, sin embargo, qué unión pide San Ignacio: no sólo unión de oración, sino también en todas las acciones; es decir", unión de todo el hombre, no sólo de ideas y sentimientos, sino [1] práctica y efectiva; unión, no sólo habitual, sino actual, hasta el grado que sea posible en esta vida de miserias. Los pasos de esta unión son: conocimiento altísimo de Dios y de su ideal, fortísimo

[2] *Constituciones*, P. IX, cap. II, números 1-9.

enamoramiento, purísima intención de agradarle, exacto cumplimiento de su voluntad en todas las cosas. Bien se ve que esto no puede reducirse a la unión contemplativa de la oración, sino que pide otra permanente que vivifique toda acción. Esta es la vida de Nuestro Señor Jesucristo, y esta ha de ser la vida de todo apóstol. Los *Ejercicios, y* las *Constituciones,* que de ellos nacen, es cierto que tienden a formar hombre de esta clase. Por esto decía Ignacio que tenía como oración más provechosa el hallar a Dios en todas las cosas que el dar mucho tiempo a la quietud. Pero tengamos en cuenta que esto era después que, por largas meditaciones y contemplaciones, había el alma subida a la unión divina, le había inspirado la purísima intención de complacer a la divina Bondad por sí misma, y le había enseñado a amar a Dios en todas las cosas, y a todas las cosas en Dios. Entonces diríamos más bien que toda acción es contemplación, por la actual unión que causa con la voluntad divina, y hasta por la ternura de devoción que inspira al corazón espiritualizado.

Vamos a Ignacio, y hallaremos en él como un ideal de este modo de unión divina. Confesaba un día al Padre Rivadeneira que el parecía hecho para estar con Dios, y otras veces afirmó que a Dios le encontraba siempre que quería. "Dijo (al mismo Padre) que le parecía que no podría vivir si no sintiese en su alma una cosa que no era suya, ni podía serlo, ni era cosa humana, sino cosa puramente de Dios"[3]. Aquí tenemos la unión mística experimental, que es evidentísimo que poseía Ignacio en grado extraordinario. De aquí nacía una luz clarísima de la voluntad de Dios aplicada a cada cosa y un fervoroso afán de cumplirla él y hacerla cumplir a todos. Así nos dice el P. Rivadeneira, que de la cosa más pequeña "subía de un vuelo más alto que todos los cielos y se abismaba más hondo de lo que pueden penetrar los sentidos".

[3] *Monumenta Ignatiana*, Ser. 4ª, vol. 1, pág. 3-99.

Para él no había cosas grandes ni pequeñas, porque todas las miraba delante de Dios, ante el cual no tienen más valor que el de su conformidad con la voluntad divina. Decíase de él que parecía leer siempre como escrita en las cosas la santa voluntad de Dios. Esta había llegado a ser para él y para todos la teoría única y total de la vida y de todo el universo. Y como sólo la voluntad libre del hombre puede quebrantar esta ley de armonía universal de todas las cosas, por esto ordenaba todos sus actos a conocer y cumplir en cada caso concreto la voluntad de Dios. El final invariable de todas sus cartas es éste: "Acabo rogando a Dios que nos dé luz para que su divina voluntad siempre sintamos, y aquélla enteramente la cumplamos". Javier, que conocía bien a su Padre, en aquella carta-oración que de la India le escribía, esto le pide únicamente: que suplique al Señor "gracia de conocer ciertamente; y cumplir perfectamente, su santa voluntad". Recojamos algunos testimonios contemporáneos que confirmen estas ideas.

El P. González de Cámara, un día que salió de casa con San Ignacio, al volver hizo esta descripción: "El Padre., todo el camino fue en oración, según se colegía de la mutación del rostro; y es cosa mucho de notar la facilidad que tiene en unirse con Dios por oración. Acordarme he de cuantas veces le hallé encerrado en su capilla, en tal modo devoto que parece que se le podía ver en el rostro; aunque continuamente parece que se le puede ver esto... Acuerdóme que tocias las veces que entré (en la capilla), que fueron muchas, le hallé con un rostro y semblante tan resplandeciente, que... me quedaba espantado y como fuera de mí, porque lo que en él observaba no era lo que había visto muchas veces en otras personas devotas, cuando están en oración, sino que claramente parecía cosa celestial y extraordinaria... Traslucíase y de continuo se manifestaba la interior devoción de nuestro Padre en la suma paz, sosiego y compostura de su; rostro. Por ninguna nueva que le diesen o cosa que acontecíese, alegre o triste, espiritual o temporal, daba en su gesto la más pequeña muestra de movimiento o alteración interior. Cuando quería agasajar a alguno, le mostraba tanta alegría, que parecía que le

quería meter en su corazón. Tenía los ojos de suyo tan alegres, que, según me contó el P: Laínez, queriendo un endemoniado en Padua darle a conocer por señas, y diciendo de él cosas de mucha alabanza, empleó esta perífrasis: "Un españolito, pequeño, algo cojo, que tiene los ojos alegres"[4].

Del mismo P. Cámara son las siguientes notas: "El Padre dice que nunca se atreve a hacer ninguna cosa de momento, aunque tenga todas las razones, sin hacer recurso a Dios. Respondió (en cierta ocasión): "Dormiremos sobre ello". Era esta frase muy común en nuestro Padre cuando quería decir que tendría oración sobre algún negocio"[5]. "Cualquier cosa que el Padre haga en el trato con Dios la hace con un admirable recogimiento y prontitud; y parece claramente que, no sólo imagina tener a Dios delante, mas que lo ve con los ojos; y esto se puede ver aun en el bendecir la mesa. Y de aquí se piensa le nace el grande daño que recibe el cuerpo cuando oye o dice misa, si no está recio, y aunque lo esté, muchas veces lo hemos visto enfermar el día que ha dicho misa"[6].

Es singular la ternura de devoción que demuestran estas palabras en un hombre de ideas y sentimientos robustísimos. Estuvo a punto de perder la vista de tanto llorar. El oficio divino era para él un dulcísimo martirio de devoción: cada palabra le hería como un dardo, y le obligaba a detenerse, y corrían sus lágrimas. Gran parte del día se le pasaba con el breviario en las manos, y los ojos se le quemaban; sus compañeros creyeron que era caso de conciencia el pedir la dispensa al Papa, como lo hicieron. Ignacio suplicó al Señor que Él, que le daba aquel don de lágrimas, le diese también imperio y dominio sobre ellas. Dios le concedió perfectamente esta gracia, y procedía Ignacio como si tuviese en sus manos la llave de la divina consolación; pero nota el P. Rivadeneira, que esto era en lo de fuera, porque aun

[4] *Monumenta Ignatiana*, Ser. 4?, vol. 1'. Meinoríale, números 175-180, págs. 241-243.
[5] Ibíd., núms. 162 y 163, pág. 234,
[6] JbiU, núm. 183, pág. 244,

cuando se le secaban; los ojos, el espíritu quedaba siempre rociado de divina consolación.

El P. Laínez, que santamente le espiaba, dice que le veía subir con frecuencia a la azotea, de donde se viese el cielo abierto; se descubría, estando de pie, levantaba los ojos arriba, se hincaba de rodillas, hacía acatamiento a Dios, se sentaba en un banquillo bajo, cerca de tierra, porque estaba muy débil, y comenzaban a manar las lágrimas por sus mejillas con tanta suavidad, que no se le oía ni un gemido, ni un suspiro, ni el más pequeño movimiento de su cuerpo.

Un año antes de morir, como terminación de su Autobiografía, que dictaba el P. *González* de Cámara, hizo esta pintura del estado actual de su espíritu, en orden a la santidad : "El mismo día, antes de cenar, me llamó con un aspecto de persona que estaba más recogida de lo ordinario, y me hizo un modo de protestación que era, en sustancia, mostrar la intención y simplicidad con que había narrado estas cosas, diciendo que era bien cierto que no narraba nada de más, y que había hecho muchas ofensas a Nuestro Señor, después que le había comenzado a servir; pero que nunca había tenido consentimiento de pecado mortal; antes siempre creciendo en devoción, es decir, en facilidad de encontrar a Dios ; *y* entonces, más que nunca en toda su vida. Y cada vez y hora que quería encontrar a Dios, le encontraba. Y que aun ahora tenía muchas veces visiones, mayormente aquellas de que se ha hablado arriba, de ver a Jesucristo como sol. Y esto le sucedía a menudo, estando hablando de cosas de importancia, y aquello le hacía venir en confirmación (de lo que decía)"[7].

El P. Laínez dice también: "Otras cosas diversas me ha contado de las visitaciones que ha tenido sobre los misterios de la fe, como sobre la Eucaristía, y por un espacio de tiempo sobre la persona del Padre, y otro sobre la persona del Verbo, y últimamente sobre la persona del Espíritu Santo. Y me acuerdo que, en las

[7] *Autobiografía*, n. 99.

cosas, *etiam* de Dios Nuestro Señor, más se había *passive* que *active,* como San Dionisio dice de Hieroteo, y otros ponen en el supremo grado de perfección"[8].

3º DOMINIO DE SÍ MISMO

Después de la unión con Dios vienen las virtudes de la vida de la santidad. Las principales, que tienen inmediatamente por objeto al mismo Dios, y son las teologales de fe, esperanza y caridad, quedan ya explicadas, al menos implícitamente en la unión divina. Fijaremos ahora nuestra atención en las virtudes mortificativas y de gran fuerza apostólica, porque son las más necesarias a los hombres consagrados a buscar la mayor gloria de Dios *sub crucis vexillo,* como dice y repite San Ignacio en las dos fórmulas del Instituto, que presentó a los Papas para la aprobación y confirmación de la Compañía.

Solía Ignacio reducir todas estas virtudes a aquella máxima del *Kempis,* que puso también con el mismo título de los *Ejercicios:* "Véncete a ti mismo". Empecemos, pues, por -declarar el dominio de sí mismo que llegó a alcanzar.

Escribe el P. Rivadeneira: "Tuvo con la divina gracia y con el continuo trabajo y cuidado que puso, tan sujetas sus pasiones y tan obedientes a la razón, que aunque había perdido los afectos naturales del alma (porque esto fuera dejar de ser hombre) parecía que no entraba en su corazón turbación ni movimiento de ningún apetito desordenado. Y había llegado a tal punto, que, con ser muy cálido de complexión y muy colérico, viendo los médicos la lenidad y blandura maravillosa que en sus palabras y en sus obras usaba, les parecía que era de complexión flemático y frío; mas habiendo vencido de todo punto, con la virtud y espíritu, lo que en el inferior afecto era vicioso de la cólera, se quedaba con el vigor y brío que ella suele dar y que era menester para la ejecución de las cosas que trataba. De manera que

[8] *Monumento Ignatiana*, Ser. 4, vol, 1, pág.126

la moderación y templanza del ánimo no le hacía flojo ni remiso, ni le quitaba nada de la eficacia y fuerza que la obra había de tener".

"En el cuerpo tenía varias disposiciones, por la variedad de su mayor o menor flaqueza, y algunas veces estaba para entender en negocios y otras no, según que era más o menos su salud; pero el ánimo y disposición interior siempre era la misma. Y así, para alcanzar algo de él o negociar mejor, no era menester aguardar tiempo o buscar coyuntura, porque siempre estaba de un temple. Si le hablábades después de decir misa o después de comer, levantándose de la cama o saliendo de la oración, todo era uno"[9].

Una frase del P. Frusio dice más que muchas páginas: "Que la gracia (en Ignacio) le parecía connatural, y que las pasiones naturales tenía ya tan habituadas a la virtud, que ellas mismas de suyo no le servían para otra cosa, según parecía, sino para cosas buenas. Y cierto, en esta parte es cosa mucho de alabar a Dios, por el imperio que le ha dado sobre toda su alma"[10].

El dominio espiritual de sí mismo lo anteponía de mucho a todo linaje de penitencias y mortificaciones corporales, y aun a la misma oración. Mejor diríamos que Ignacio no comprendía que pudiese haber hombres de oración sin interior mortificación, porque son dos cosas tan hermanas que nunca se pueden separar.

Era un alma fuerte, sin ninguna debilidad de las que suelen tener los hombres. Ya hemos dicho cómo sufría el dolor corporal, sólo por ostentación de elegancia; figurémonos qué sería cuando quería padecer por Jesucristo. Jamás se le oyó exhalar una queja en sus enfermedades. Una vez el enfermero le vendaba el cuello, y sin advertirlo le cosió la oreja. Ignacio, sin ninguna turbación, le dijo: "Hermano, mirad lo que hacéis".

[9] *Vida de San Ignacio*, lib. 5, cap. V,

[10] *Monumenta Ignatiana*, Ser. 4[9], vol. 1. Memoriale, número 207, pág. 256.

Con igual fuerza recibía los golpes morales, que con frecuencia perturban más que los materiales; En tiempo de gran pobreza, presentóse un día la justicia en casa para embargar, porque no podían pagar lo que debían. Estaba Ignacio fuera de casa, y enviáronle recado de lo que pasaba. Estaba con unos amigos tratando un negocio, diéronle la noticia al oído, y él siguió la conversación, como si nada pasase. Al cabo de una hora, al terminarse la consulta, dice Ignacio con toda tranquilidad: "¿No sabéis la nueva que me traían? Dicen que tenemos en casa la justicia, que nos vienen a embargar". Alteráronse mucho aquellos buenos amigos, y querían correr a estorbarlo., "No hay para qué, dijo Ignacio, porque si nos llevaren las camas, la tierra nos queda, que tengamos por cama, que pobres somos, y que vivamos como pobres no es mucho". Y añadió: "Cierto que si yo estuviera presente no me parece que les pidiera otra cosa a los ministros de la justicia, sino que me dejaran unos papeles, y lo demás que lo tomasen a voluntad; y si esto me negaran, digo de verdad que tampoco se me diera mucho"[11].

La raíz de esta fortaleza era la confianza en Dios. Pocas veces se habrá visto hombre tan pobre y tan magnánimo y emprendedor, dentro de su pobreza. Los jesuítas de Roma, que al principio se perturbaban con estas cosas, quedaron por la experiencia tan convencidos, que todo lo creían posible, con tal que Ignacio pusiera en ello la mano. El P. Olavc decía que él no necesitaba ver resucitar muertos, ni curarse ciegos, sino solamente tener luz en el alma para entender lo que veía con los ojos corporales.

La misma independencia que tenía de las cosas la tenía también de las personas. En medio de tantos negocios, y con todo el peso de la Compañía, cuando juzgaba ser gloria de Dios, se privaba de todos los hombres que le podían ayudar y se quedaba solo. Es esta mayor fortaleza de espíritu que el saber vivir sin las cosas materiales, pero la raíz es la misma. Dios lo es todo, y las personas son nada, cuando

[11] RIVADENEIRA. *Vida de San Ignacio*, lib. 5, cap. IX.

Dios no quiere servirse de ellas. Un día un bienhechor nuestro pareció darse por sentido de que no se hubiera hecho más caso de su influencia.

Ignacio contestó que ya hacía más de treinta años que Dios le había enseñado el poner todos los medios humanos; pero la esperanza dejarla toda entera para Dios Nuestro Señor; que si él quería ser uno de estos medios, de muy buen grado lo tomaría; pero que entendiese que ni en él, ni en otra persona, descansaría minea su confianza, sino solamente en Dios.

Como no esperaba en las criaturas, tampoco temía. La persecución le acompañaba siempre a todas partes, y venia frecuentemente de las personas más poderosas. Mientras estuvo solo, no quiso nunca suerte de defensor; mas después de empezada la Compañía, ponía todos los medios humanos para que se conociese la verdad; pero la serenidad de su espíritu fue siempre la misma. Sabía muy bien que las personas están tan sujetas a la omnipotencia de Dios como las cosas más pequeñas, y decía, como San Pablo: *Scio cui credidi, et certits sum guia potens est depositum meum servare;* sé bien de quién me he fiado y estoy cierto de que puede guardarme bien la fianza.

Nunca temió la muerte, ni las penas corporales ni ninguna de las cosas materiales que pueden causarlas, como si todo estuviese bajo su dominio, y nada le pudiese dañar. No era por este motivo, sino por una razón aún más alta: porque todo está en manos del Padre celestial, que no deja caer una hoja de un árbol, ni un cabello de nuestra cabeza, sin ponderarlo con su infinita sabiduría y endulzarlo con su amor, también infinito. Tenía, además, Ignacio tan vivo deseo de salir de este destierro y valle de lágrimas, que podía bien decir con San Pablo: *morí lucrum;* el morir es para mí ganancia. De aquí le nacía una presencia de ánimo como si todo el mundo estuviera concertado en el momento presente: lo porvenir no lo temía, por la razón que hemos insinuado; no lo esperaba, porque todos sus deseos y esperanzas eran ser desatado del cuerpo y vivir con Jesucristo. Ese mañana, que

tanto preocupa a los hombres, se le convertía en una dulce ironía. Cuando oía a alguno echar planes para adelante, "Jesús, contestaba, ¿tanto pensáis vivir?"

Una vez, estando él muy enfermo, el bueno del médico le dijo que no tuviese pensamientos 'de tristeza. Vínole muy de nuevo aquella advertencia y se puso a considerar qué cosa podría entristecerle y hacerle perder la paz. Después de mucho pensarlo, sólo halló una cosa que le afectaría: si la Compañía se deshiciese. Quiso llevar más adelante su investigación: ¿cuánto le duraría esa pena si tal cosa sucediese? Le pareció que, si fuese sin culpa suya, un cuarto de hora de oración le. bastaría para quitarse de encima, toda angustia y se quedaría Con la misma alegría de antes; y esto, añadía, aunque la Compañía se deshiciese como la sal en el agua.

Un caso hubo en que pudo probarse esta fortaleza y divina confianza, y lo cuenta el P. González de Cámara con las siguientes palabras: "Todos saben cuan poco afecto fue el Papa Paulo IV, antes y después de ser Cardenal, a la Compañía y al P. Ignacio. Estando, pues, un día de la Ascensión, que fue el 23 de mayo del 55, en un aposento con el Padre, él sentado en el poyo de una ventana y yo en una silla, oímos tocar la campana, que anunciaba la elección del nuevo Papá, y de ahí a pocos momentos vino luego recado que el electo era el mismo Cardenal teatino, que se llamó Paulo IV, y al recibir esta nueva hizo el Padre una notable mudanza en el rostro, y, según después supe (no me acuerdo si por él mismo o por los Padres antiguos, a quien él lo había contado), se le estremecieron todos los huesos del cuerpo. Se levantó sin decir palabra y entró a hacer oración en la capilla, y de ahí a poco salió tan alegre y contento como si la elección hubiese sido muy a su gusto"[12].

No tenía impaciencias en las cosas; siempre llegaba a tiempo y siempre estaba dispuesto a volver a empezar. Quena vivir y morir en Jerusalén. Le salen estorbos; aguarda un año. Está ya allí, y de allí le sacan; espera catorce años para volver allá,

[12] *Monumenta Ignatiana*, Ser. 4ª vol. 1 .Memoriale número r 93, pág. 198.

hasta que está cierto de la voluntad de Dios. Para llegar a su ideal, ve que ha de estudiar; pues empieza con los niños de la escuela, aunque tenga treinta y tres años. Han pasado ya cuatro años en esta terrible tarea; ve que ha equivocado el camino, por atajar, y que sería mejor volver atrás y empezar de nuevo; lo hace como la cosa más natural. ¡Alma grande! Todo lo del mundo son para él menudencias sin importancia: el espíritu verdaderamente libre e imperial es el que sabe mirarlo todo de esta manera.

Lo cual de ningún modo significa descuido, ceguera, imprudencia. Ignacio es un monumento de prudencia y diligencia, no solamente divina, sino también humana, en estudiar los fines y calcular los medios; pero esto no es porque dé ninguna importancia a las cosas en sí mismas., sino porque es voluntad de Dios, en la presente providencia, que nos valgamos de los instrumentos que Él ha puesto en nuestras manos y no estemos seguros de que hacemos la voluntad divina hasta que lleguemos a toda aquella humana perfección que es posible a nuestras fuerzas. De esta diligencia en poner todos los medios con fortaleza y constancia, se cuentan de San Ignacio ejemplos maravillosos. Un día esperó catorce horas en la antesala de un Cardenal, sin comer ni beber nada, porque juzgaba conveniente hablarle para un negocio importante. "Es cosa averiguada, escribe Rivadeneira, que en más de treinta y cuatro años., por mal tiempo que sucediese, áspero y lluvioso, nunca dilató para otro día o para otra hora de lo que tenía puesto, o lo que una vez había determinado de hacer, para mayor gloria de Dios Nuestro Señor"[13].

Si convenía acudir al Papa, al Papa iba en recurso contra los superiores, siempre que veía claramente que una cosa convenía. Puestos los medios humanos, se detenía; en llegando aquí, ya nada vale nada, sino Dios. Concretó San Ignacio esta altísima doctrina en una máxima que dice: "Hagamos primero de nuestra parte

[13] *Vida de San Ignacio*, lib. 5, cap. XII.

cuanto podamos, como si Dios nada hubiese de hacer; después pongamos en Dios toda nuestra confianza, como si nosotros no hubiésemos hecho nada".

Fiábase de Dios. Hemos visto ya ejemplos heroicos de esta confianza, que él quería fuese el único tesoro de su vida; pero nos queda conversación tenida un día con dos o tres de sus más íntimos, y conservada por unos de ellos, que es el P. Rivadeneira, la cual pondremos aquí, porque es de lo más precioso que en esta materia puede decirse: "Estando un día del mes de julio del año de 1541, escribe este autor, el Padre Maestro Laínez con nuestro Padre Ignacio y Andrés de Oviedo (que entonces era hermano y después murió Patriarca en Etiopía), y yo, presentes, dijo nuestro beatísimo Padre al P. Laínez: "Decidme, maestro Laínez, qué os parece que haríades si Dios Nuestro Señor os propusiere este caso y os dijese: Si tú quieres morir luego, yo te sacaré de la cárcel de este cuerpo y te daré la gloria eterna; pero si quieres aún vivir, no te doy seguridad de lo que será de ti, sino que quedarás a tus aventuras; si vivieres y perseverares en la virtud, yo te daré el premio; si desfallecieres del bien, como te hallare, así te juzgaré. Si esto os dijese Nuestro Señor, y vos entendiereis que quedando algún tiempo en esta vida podríades hacer algún grande y notable servicio a su divina Majestad, ¿qué escogoríades? ¿Qué responderíades?" Respondió el P. Laínez: "Yo, Padre, confieso a vuestra Reverencia que escogería el irme fuego a gozar de Dios, y asegurar mi salvación y librarme de peligros en cosa que tanto importa". Entonces dijo nuestro Padre: "Pues yo cierto no lo haría así, sino que si juzgase que, quedando aún en esta vida, podría hacer algún singular servicio a Nuestro Señor, le suplicaría que me dejase en ella hasta que le hubiese hecho aquel servicio., y pondría los ojos en Él, y no en mí, sin tener respeto a mi peligro o a mi seguridad". Y añadió: "Porque, ¿qué Rey o qué Príncipe hay en el mundo el cual si ofreciese alguna gran merced a algún criado suyo, y el criado no quisiese gozar de aquella merced luego, por poderle hacer algún notable servicio, no se tuviese por obligado a conservar y aun a acrecentar aquella merced a tal criado, pues se privaba de ella por su amor y por poderle más servir? Y si esto

hacen los hombres, que son desconocidos y desagradecidos ¿qué habernos de esperar del Señor, que así nos previene con su gracia y la conserva y aumenta, y por el cual somos todo lo que somos? ¿Cómo podríamos temer que nos 'desamparase y dejase caer por haber nosotros dilatado nuestra bienaventuranza y dejado de gozar de Él por Él? Piénsenlo otros, que yo no quiero pensarlo de tan buen Dios y de Rey tan agradecido y tan soberano"[14].

Más admirable que la fortaleza en emprender cosas grandes, es la constancia en perseverar en las grandes o en las pequeñas. De aquí nacen los santos, los héroes, los sabios y toda suerte de hombres superiores. Ignacio tenía la constancia en grado tan eminente como la fortaleza.

Escribe el P. Cámara: "A muchos, así de casa como de fuera, espantaba la constancia grande que nuestro Padre tenía en proseguir las cosas que se persuadía ser convenientes para el divino servicio y provecho espiritual del prójimo. Pensé muchas veces que le nacía esto de la mucha comunicación y consulta que tenía con Dios, antes que en ninguna se determinase, porque no procedía sino como hombre que estaba ya en el fin que los negocios podían tener, conforme a eso, hallaba para todo medios muy diferentes y desacostumbrados de los que cualquier hombre hallaría... Con razón decía de él el Cardenal de Carpí, nuestro protector, aquel proverbio: "ya ha fijado el clavo"; como si dijera que el parecer que el Padre una vez tomaba... era tan firme y constante como un clavo bien clavado"[15].

Rivadeneira resume la fortaleza de Ignacio diciendo, "que fue en los altos pensamientos que tuvo excelente, y en acometer cosas grandes extremado, en resistir a las contradicciones y dificultades fuerte y constante; que nunca se dejó vencer ni desvió un punto de lo que una vez aprehendía ser de mayor servicio y

[14] *Vida de San Ignacio*, lib. 5, cap. II.

[15] *Monumenta Ignatíana*, Ser. 4º, vol. 1. *Memoriale*, números 16-21, págs. 160 y 163.

gloria de Dios, aunque se le opusiese la potencia y autoridad de todos los hombres del mundo"[16].

4º VIRTUDES EXTERIORES

En la vida apostólica tienen gran importancia las virtudes exteriores que salen afuera, así como mucho estorban los defectos contrarios. Ignacio puso en estas cosas grande esmero. Bien lo prueban las reglas de modestia que dejó escritas a sus hijos, y que él observaba perfectamente, más que nadie, porque las había copiado de la persona misma de Jesucristo en las largas horas que le miraba y le contemplaba, como si presente le tuviese, como dice en los *Ejercicios.*

Tanto por la doctrina apostólica como por la experiencia de cada día, saben todos que la más difícil de las virtudes externas es la de bien hablar. Y, sin embargo, bien se ve cuan necesaria es al varón de Dios, que hace profesión de guiar a los demás por el ministerio de la palabra. Recojamos algunos testimonios de la perfección que Ignacio había alcanzado en este punto.

"El Padre, dice González de Cámara, así en la risa, como en todos los demás movimientos exteriores siempre parece que primero precede la consideración. En cuanto se puede juzgar por los que le conversan, es tan señor de las pasiones interiores, que no toma de ellas sino cuanto pide la razón... Con lo cual edificaba y convencía tanto a los que le trataban, que sólo con esto trajo personas de mucha calidad a la Compañía. De esta manera rindió al Padre Miguel de Torres, convidándole y comiendo algunas veces con él en Roma; así ganó a los Padres Nadal, Madrid y otros muchos, sin más persuaciones que con el modo que allí en la mesa tenía, comiendo y hablando con ellos. Acostumbraba el P. Fabro dividir todo genero de palabras en palabras de palabras, palabras de pensamientos y palabras de obras; en la cual división entendía por el tercer miembro el buen ejemplo de las

[16] *Vida de San Ignacio*, lib. 5, cap. IX (fin).

obras que uno hace, que es el más eficaz y expresivo lenguaje de' todos. He dicho esto para que entendamos que de él usaba nuestro Padre más frecuentemente, puesto caso que también se ayudaba del segundo modo de hablar"[17].

"En las pláticas es tan señor de sí y de la persona con quien habla, que aunque sea un Polanco, parece que está sobre él como un hombre prudente con un niño... Es cosa admirable considerar cómo el Padre mira en el rostro, aunque esto muy pocas veces; cómo calla a su tiempo; cómo, en fin, usa de tanta prudencia y artificio divino, que las primeras veces que conversa con uno, luego le conoce de pies a cabeza... Nunca muda propósito sin prefación, ni los que le conversan sin pedirle licencia; porque es tan concertado en su hablar, que ninguna cosa dice acaso, sino primero todo considerado, y con esto todas sus palabras son como reglas, y todas son conformes unas a otras, aunque en diversos tiempos y en diversos propósitos dichas"[18].

"El modo de hablar del Padre es todo de cosas, con muy pocas palabras, y sin ninguna reflexión sobre las cosas, sino con sencilla narración; y de esta manera deja a los que oyen que ellos hagan la reflexión y saquen las consecuencias de las premisas: y con esto persuade admirablemente, sin mostrar ninguna inclinación a una parte ni a otra, sino simplemente narrando. Lo que pone de artificio es que los puntos esenciales, que pueden persuadir, todos los toca, y otros que no hacen al caso deja, según parece necesario. Y en el modo de conversar ha recibido tantos dones de Dios, que difícilmente le pueden escribir"[19].

Repugnábale el superlativo por lo que suele tener de inexactitud y ampulosidad. Aborrecía el tono sentencioso de los que creen saberlo todo y que su palabra es la verdad, a los cuales él llamaba decretistas. Respetaba mucho la inteligencia de los demás. Oía con atención, dejaba decir sin prisas y sin interrumpir, no pasaba

[17] *Monumenta Ignatiana*, Ser. 4ª vol. 1. *Memoriale*, números 26-28, pág. 165.
[18] *Monumenta Ignatíana*, Ser. 4ª, vol. 1. *Memoriale*, números 199-202, págs. 253 y 254.
[19] Ibíd., *nº 227*, *pág. 263*.

ligeramente de una cosa a otra, y si convenía hacerlo, daba razón de ello. Todo esto le granjeaba autoridad, y de la autoridad nacía la eficacia en persuadir y mover a lo que quería. A lo cual, aunque todas estas pequeñas virtudes de prudencia y-moderación concurrían; pero ayudaba sobre todo otra sobrenatural prudencia, derivaba de la luz divina que se transparentaba allá en su filma. En resumen, parecía paradójico ver tan bien hermanadas en el hablar de Ignacio la suavidad y la eficacia.

Conservó toda su vida la cortesía de caballero, muy avalorada luego por la gracia y dignidad que presta la virtud sobrenatural. El P. Cámara dejó escritas estas palabras: "Suele nuestro Padre tener mucha cuenta con no ofender a ninguno; y este cuidado llega a todas las cosas hasta a estos que son novicios de la primera probación; y así se puede decir del Padre que es el más cortés y comedido hombre aun en cuanto a lo natural de cuantos he conocido"[20].

Era extraordinaria la circunspección que tenía en el escribir. Doce volúmenes tenemos de su correspondencia, y en miles de cartas no se halla una frase imprudente, una palabra descuidada; todas tienen el aire y el peso de un documento bien considerado. Daba como máxima en este punto, que el que escribe piense que su carta será vista de todos y, por lo tanto, que no escriba nunca lo que sentiría que saliese en público. Además, mandaba que las cartas se escribiesen: dos veces, primero en borrador, y luego, enmendadas, en ejemplar definitivo. Así lo hacía él, aunque se le acumulasen docenas de cartas en un mismo día. Creo que podría afirmarse sin exageración, que el epistolario de San Ignacio es de los más copiosos que se conocen, y que ninguno le supera en prudencia, autoridad y toda especie de perfección moral.

[20] *Monumenta Ignatiana, Ser. 4», vol. 1, n. 290, pág. 296*

Una de las virtudes exteriores que más ponderan los que vivieron con San Ignacio, es la de la gratitud, no solamente por los beneficios hechos a él personalmente, sino por los que iban dirigidos a cualquiera de la Compañía: porque el recibir favores juzgaba era cosa de todos; pero que la obligación de agradecerlos, todo gravitaba sobre él. Oigamos al P. Rivadeneira: "Tenía particular cuidado de todos los bienhechores (de la Compañía); mostrábales grandísimo amor, a todos mucho, pero más a los mayores. Hacía que en las oraciones de toda la Compañía tuviesen ellos su principal parte, avisábales de los buenos sucesos de ella, visitábalos, convidábalos, ayudábalos en todo lo que podía conforme a su instituto y profesión, y por darles contento, hacía cosas contra su gusto y salud.

Y puesto caso que muchas veces les daba más que recibía de ellos, siempre le parecía que quedaba corto; y olvidándose de lo que él había hecho por los otros, siempre se acordaba de lo que había recibido en su persona o en la de sus hijos, con deseo de pagarlo aventajadamente[21].

Aunque las comparaciones entre santos siempre son odiosas, queremos concluir este párrafo, trayendo aquí el juicio que formaban los contemporáneos, comparando a San Ignacio con el beato Fabro. Los que tenían a ambos ante los ojos, los amaban cordialmente y el P. Fabro tenía una fama bien merecida de varón sobrenatural. Oigamos, pues, cómo juzgaban.

El P. González de Cámara nos cuenta la impresión que le causó el P. Fabro, y la comparación que hizo de él San Ignacio: "Detuvimos, en Madrid, unos días con el Padre (Fabro), en los cuales me confesé con él y comuniqué largamente. Quedé tan espantado de lo que, en él vi, que me pareció no habría otro hombre en el inundo más que tuviera de Dios: tanto que, cuando después oía hablar de la ventaja grande que el Padre Ignacio hacia a todos, solamente lo creía por fe, por la razón de ser cabeza y principio. Pero cuando en Roma le conocí y traté, cesó totalmente la fuerza

[21] *Vida de San Ignacio*, lib. 5, cap. II.

que me hacía ¡a experiencia de lo que había sentido en el P. Fabro, y me pareció éste un niño en comparación de nuestro Padre"[22]. El P. Laínez, que ya antes de conocer a San Ignacio era como hermano del P. Fabro, y le veneraba como a un santo, usaba de la misma comparación del niño, que acaba de darnos el P. Cámara, en lo cual no hacía sino pintarnos la realidad de lo que el mismo Fabro hacía con San Ignacio, porque acudía a él en todo como un pequeñito.

San Francisco de Borja solía aplicar a Ignacio aquellas palabras que el Evangelio dice de Nuestro Señor Jesucristo: Loquebatur tamquam potestatem habens, que hablaba con tal eficacia como si tuviese la potestad de todo. Todos rezamos ahora a San Ignacio aquella oración: Oh, Pater animae meae!, en que le pedimos nos obtenga de Dios la gracia de conocer y cumplir siempre la santa voluntad de Dios. Pues bien, esta oración está sacada de una carta de San Francisco Javier, que en vida le escribía como a un santo. El beato Ávila decía que Ignacio era un gigante y él un niño que quería levantar un gran peso y no podía; viene el gigante, y con un golpe de mano pone todas las cosas en su lugar.

Resumamos la eficacia que tuvo Ignacio en la vida toda de la Compañía, diciendo con un pensamiento del P. Laínez, que no sólo todo lo regía como General, sino que todo lo movía delante de Dios como un santo.

Cuando se hablaba del éxito milagroso que tenían en todas partes las cosas de la Compañía aquel grande hombre, de talento y prudencia extraordinarias, no sabía sino levantar los ojos al cielo, diciendo: *Complacuit sibi Dominus in anima serví sui Igtiatii:* todo se debe a la complacencia que tiene Dios en el alma de Ignacio. Tan firme tenía esta convicción, que cuando se abrió el Concilio de Trento, y él fue enviado con el P. Salmerón como teólogo del Papa, procuró por todos los medios que fuese también a él San Ignacio, no para disputar y definir doctrinas,

[22] *Monumenta Ignatiana*, Ser. 4º, vol. 1, *Memoríale*, número 8, pag157.

sino por dos razones: por el gran peso de prudencia humana y divina con que podía servir al Concilio, y para que fuese intercesor por todos delante de Dios.

5° ACCIÓN APOSTÓLICA

San Ignacio es un santo apostólico. Es, pues, necesario estudiar su obra apostólica al tratar de su santidad. En la Compañía, la propia santificación, y el procurar la de los prójimos, forman un solo y único fin. En nadie debía verse esto de una manera más típica que en San Ignacio.

Situamos, en primer lugar, la acción apostólica de Ignacio y de la Compañía en su propio lugar histórico. En los planes de la Providencia, tal como podemos los hombres juzgar, parece entrar Ignacio y la Compañía como una fuerza de defensa y ataque contra la falsa reforma, y como palanca enérgica en favor de la reforma verdadera.

La verdadera, reforma social y religiosa no ha venido jamás de la literatura ni de los declamadores. En épocas de corrupción, nada abunda tanto como el linaje de los críticos, que no quieren darse cuenta de que ellos mismos son frecuentemente una de las causas de descomposición. Si la historia de todos los siglos no nos enseñase esta triste verdad, bastantemente podríamos aprenderla en la realidad de nuestros, días, en que el monstruo inmenso de la literatura degradada **vive,** y **se** nutre de la descripción y sátira de sus propias monstruosidades. Lo de hoy puede también darnos una imagen de lo que pasaba a principios del siglo XVI: iodo el inundo clamaba por una reforma, y los que más clamaban eran, muchas veces, los más grandes corruptores. Los únicos que reforman al pueblo son los que empiezan por reformarse a sí mismos.

Al ser elegido el Papa Marcelo II, todos sintieron grandes esperanzas de que reformaría la Iglesia, y en casa y fuera de ella no se hablaba de otra cosa. Cuenta el P. Cámara que "como los Padres tratasen de esto en su presencia (de San Ignacio), nos respondió que tres cosas le parecían necesarias y suficientes para que

cualquier Papa reformase el mundo, es a saber: la reformación de su misma persona, la reformación de su casa y la reformación de la corte y ciudad de Roma"[23].

Así hablan los santos, y los santos hay que confesar que son los grandes reformadores, porque no se quedan en una vida normal y pasadera, sino que valientemente se lanzan a la perfección heroica y lo sacrifican todo por regenerar en la vida sobrenatural a sus hermanos. Cuando Dios quiere salvar un pueblo, le envía alguno de esos hombres extraordinarios.

En la época de San Ignacio pululaban los reformadores. Los que enfáticamente se daban a sí mismos este título fueron la plaga mayor de aquella sociedad, decadente en el orden moral, por más que se vistiese con toda la elegancia del Renacimiento. Pero Jesucristo amaba a aquella su Europa, hija de la Iglesia, y quiso salvarla, enviándole hombres llenos" de su espíritu que la volviesen de muerte a vida. Fue aquella una época de santos extraordinarios, verdadera sal de todas las naciones. No hemos de hacer comparación alguna entre aquellos hombres, ni discutir la eficacia de sus obras en la regeneración social; pero sí podemos y debemos decir que San Ignacio tuvo una trascendencia extraordinaria, inmediatamente por su acción personal, y mediatamente por su obra, la Compañía de Jesús.

Los procesos de Manresa dan testimonio del fervor religioso que despertó en aquella ciudad en los diez meses que estuvo en ella. La frecuencia de sacramentos, que era cosa desconocida, alcanzó, por su palabra y por su ejemplo, notabilísimo incremento. Lo mismo debe decirse de la vida de cristiana caridad, de aquella candad abnegada, que busca las miserias del prójimo por amor de Dios. Ignacio dejó en Manresa un núcleo de personas que aspiraban a toda perfección, y esta es la levadura incorrupta y vivificadora que preserva y anima toda la masa social.

[23] *Monumenta Ignatiana*, Ser. 4º, vol. 1. *Memoriale*, número 94,pag 199.

Barcelona, Alcalá, Salamanca y París sintieron todas una conmoción a la entrada de Ignacio. Doquiera vemos que se reúne a su alrededor un núcleo de almas selectas, que no puede permanecer escondido ni estéril. El puro espíritu evangélico, la generosa renuncia de todo lo temporal, el impulso a la vida heroica, son como retoños que vemos crecer a su alrededor. Son los *Ejercicios* que germinan, florecen y-fructifican con una floración de verdadera santidad.

Nada más refractario a la humildad y abnegación evangélica que la vida soberbia y alborotada de una Universidad, y de Universidades tan numerosas como las de aquellos tiempos. Pues éste era el medio ambiente donde se abría el alma de Ignacio, y en donde su presencia se hacía sentir por una vibración general, tanto en las esferas doctorales como en la turba estudiantil. Además de la prueba directa de los hechos extraordinarios, que con tanta frecuencia hemos encontrado, tenemos la contraprueba de las persecuciones, que es argumento que no falla. Y notemos que Ignacio no tenía ninguna condición humana de las que ordinariamente arrastran a los demás: no tenía sabiduría, antes confesaba siempre su falta de letras ; no tenía elocuencia, sino que era escaso en palabras, y aun mal pronunciadas, en todas las lenguas en que debió hablar; no tenía prestigio social, pues se presentaba envilecido con todo el prosaísmo de la pobreza y deshonra ; no tenía ninguna jerarquía, ni de orden sagrado' ni de prestigio científico, en las aulas universitarias.

Ignacio fue profeta en su patria, patria lo que reza el antiguo proverbio. Tres meses de permanencia en Azpeitia, saliendo de París, fueron suficientes para regenerar aquel pueblo, y muchos otros del rededor, que acudían a oír aquellas palabras de vida y admirar aquel ejemplo, más fuerte que todas las palabras. Ni los malos ejemplos de su juventud, ni la poca edificación que daban algunos de su familia, pudieron impedir este efecto. Todo debía ceder a la fuerza sobrenatural que de toda su persona redundaba, a imagen y semejanza de lo que el Evangelio nos cuenta de la persona de Nuestro Señor Jesucristo.

Al entrar en Italia, venía ya acompañado de aquellos hombres extraordinarios que, siendo sólo nueve, eran legión. Por doquiera que pasaban florecía la tierra con eflorescencia de santidad. Fijó Ignacio su morada en Roma, por razón de su cargo, sin salir de allí, sino pocas veces, a expediciones apostólicas; pero allí dejó sentir su influencia de un modo muy singular. Enumeremos tan polo algunas de sus obras. Procuró una ley apostólica, que asegurará 1á asistencia espiritual a los enfermos. Roma estaba llena de judíos, y nadie cuidaba de instruirlos, ni tenían dónde recogerse los que quedaban desamparados. Al principio él los recogió en su casa, y después procuró se fundase una casa de catecúmenos, y que se diese una ley pontificia para no perdiesen nada de sus bienes los que se convertían. Había también gran muchedumbre de mujeres perdidas, y en frase de un escritor presencial "abrasábase la ciudad *en* este fuego de] infierno". En casa padecíase gran necesidad, pero había unas reliquias de la antigua Roma que tenían algún valor. Ignacio mandó vender aquellas piedras, para comenzar una fundación en donde pudiesen recogerse aquellas desdichadas, y él mismo las acompañaba por las calles de Roma, cuando querían dejar su mala vida.

Entonces fue cuando dijo aquella palabra de tanto amor a uno que le reprendía, por emplearse en una tarea inútil: "Si *yo* pudiese con todos mis trabajos impedir un solo pecado mortal, los daría por bien papados, para que no fuese ofendida la majestad infinita de mi Criador y Señor.

Fundó también un establecimiento en donde pudiesen recogerse las doncellas honradas que corrían peligro de perderse, y dos casas de huérfanos, una para niños y una para niñas, a fin de subvenir tanto a sus necesidades materiales como a su buena educación cristiana.

Dos cosas son de advertir en la acción de San Ignacio en Roma. Una, que no se dejaba fascinar del entusiasmo momentáneo de un fervor tan fácil de encenderse como de extinguirse, sino que iba siempre a la institución, que es la única que da

firmeza a las ideas y a la buena voluntad. La segunda cosa notable es que él tomaba, lo que es propiamente la acción apostólica: sacrificarse a sí mismo y despertar el espíritu de sacrificio en otros, para crear una buena obra; después, cuando ya marchaba sola y por sí misma, él la dejaba a otras personas y tendía a despertar otras energías.

Digamos ahora de los medios generales de reformación señalados por Ignacio a la Compañía.

La primera ocupación que Ignacio tomó para si, y enseñó a sus compañeros, era lo que llamaban trato con los prójimos, en las tres formas de conversación espiritual, Ejercicios y predicación. La materia y el espíritu de estos tres ministerios eran substancialmente idénticos; la forma literaria tampoco era tan diferente como vemos ahora, después quería predicación se ha vuelto presuntuosa y llena de palabrería. Aquellos hombres vivían de la santidad y daban a los demás, casi por contagio, lo que les brotaba del alma. Ignacio, hablando del gran concurso que en sus predicaciones tenían, da, entre otras, una razón que no entenderán esos llamados *oradores,* la cual queremos poner aquí a la letra: "La tercera (razón), dice, porque no tenemos juicio que elegancias ni primores nos acompañan, *y* con todo eso tenemos juicio, por muchas experiencias, que el Señor nuestro, por la su infinita *y* suma bondad, no nos olvida, *y a* otros muchos por nosotros, *y* sin ninguna cuenta, ayuda *y* favorece"[24]. Ya nos ha dicho el P. Rivadeneira cómo Ignacio no decía palabra bien dicha en italiano; pero cuando, al final del sermón, levantaba la voz *y* clamaba que habían de amar a Dios de todo corazón, con todas las fuerzas, con toda el alma *y* vida, todos caían de rodillas, penetrados de devoción, *y* muchos hechos un mar de lágrimas.

Pues lo mismo proporcionalmente dice sobre sus compañeros., tanto por lo tocante a la ignorancia de la lengua, a los principios de su estancia en Italia, como

[24] *Monumenta Ignatiana*, Ser.1ª, vol. 1 , pág 139.

en cuanto a la eficacia divina del espíritu. El pueblo de Portugal, con un instinto recto *y* clarividente, los llamaba los apóstoles.

Conviene notar algunas circunstancias de este ministerio de la palabra, tal como se inauguró en la Compañía. Primero, que era de todos *y* siempre. Ignacio, que gobernaba; Fabro, que iba enviado del Papa a Parma, a Alemania *y a* España; Salmerón *y* Broet, Nuncios pontificios en Irlanda; Laínez *y* Salmerón, grandes teólogos en el Concilio de Trento; Bobadilla, delegado en las Dietas imperiales; todos miraban como su primero *y* esencial ministerio la predicación apostólica. Lo segundo, que aquellos hombres ni se ataban ni se dejaban atar nunca en materia de predicación, o, en otras palabras, no eran regidos por los ministerios que otros les impusiesen, sino que predicaban cada *y* cuando les parecía bien. Por esto renunciaron a toda suerte de estipendio, para tener toda la libertad apostólica. Lo. tercero, que su principal ministerio era siempre de humildad: los niños de la calle, llamados con una campanilla; los pobres *y* enfermos de los hospitales. A los que fueron al Concilio de Trento mandó San Ignacio que, antes de decir su parecer en aquella asamblea, evangelizasen a los pobres según la norma evangélica. Lo cuarto, finalmente, que sentían vivísimamente que toda vida espiritual viene de la unión con Jesucristo, *y* por esto el fin *y* término de toda su predicación era llevar la gente a los sacramentos. Ahora no nos parece esto gran maravilla, pero entonces era una novedad prodigiosa. Santo Tomás de Villanueva, alabando en un sermón a la Compañía, le atribuía una radical transformación del pueblo cristiano en este punto. "En tiempo de nuestros abuelos, decía, era gran cosa comulgar una vez al año, ni en toda la cristiandad había quien se acercase con más frecuencia, *y* aun con poca luz *y* preparación; pero ahora, en dondequiera que esté la Compañía, se ve gran frecuencia de muchas personas, que tratan de devoción *y* oración." .

Del ministerio de la palabra, tal como lo acabamos de englobar, conviene desglosar los Ejercicios, que son obra original de San Ignacio *y* ocupación característica de la Compañía de Jesús. "Los *Ejercicios,* escribía San Ignacio sin gé-

nero alguno de presunción, son todo lo mejor que *yo* en esta vida puedo pensar, sentir *y* entender, así para el hombre poderse aprovechar a sí mismo, como para poder fructificar, ayudar *y* aprovechar a otros muchos"[25].

Los primeros compañeros de San Ignacio son todos conquista de los *Ejercicios, y* siempre que veía él alguna persona particular influencia en la Iglesia de Dios, todo su afán era inducirle a practicar este retiro extraordinario. Bien claro se ve, en el mismo libro, el cuidado que puso en procurar que pudiese aplicarse a toda clase de personas; pero, sobre todo, a los que tengan *mucho sujeto,* como dice él.

Toda la Compañía ha mirado siempre como suyo este ministerio, que ahora, por la misericordia de Dios, ha llegado a ser general en toda la Iglesia, no sólo en darlos y recibirlos, sino también como práctica canónica en su misma legislación. El peligro que tienen los *Ejercicios,* cuando se extienden, es que se debilitan en su fuerza e intensidad. De ello se quejaba ya San Ignacio en su tiempo. La única manera de que tal no suceda es que el que los da los haya sentido verdaderamente en toda su energía y viva de ellos en toda su vida.

Otro ministerio hubo introducido por San Ignacio, que en sus principios, no sólo causó extrañeza, sino verdadera persecución; y es el consagrar toda la vida y ser de los religiosos a la enseñanza de la juventud, no sólo en las materias sagradas y en las altas ciencias, sino también en los más humildes rudimentos de las letras. Comprendió Ignacio con gran clarividencia que esto llegaría a ser el fundamento de toda la sociedad, a medida que la cultura fuese haciéndose propiedad y patrimonio de todos. Lo que hizo popular a la Compañía en toda Europa fueron los colegios. En donde había entrado la guerra religiosa, los colegios fueron un núcleo formidable de resistencia y de ataque; allá en donde no había llegado este mal, los colegios crearon generaciones más fervorosas y más preparadas para la vida. Para verlo, no tenemos sino mirar alrededor nuestro. Veamos la multitud innumerable

[25] *Monumenta Ignatiana*, Ser. 1ª, vol.1,ep.10,pág 113.

de Congregaciones religiosas, fundadas después de la Compañía, dedicadas a enseñar por profesión; veamos la transformación que aun las antiguas han sufrido en este sentido.

Otro ministerio típico son las misiones. El primer ideal de San Ignacio, cobijado durante quince años dentro de su corazón, y comunicado fervorosamente a sus compañeros, era la evangelización de los infieles. Por esto quería él ir a la Tierra Santa, y quedarse allí; y cuando vio cerrada esta puerta, presentó-al Papa toda la Compañía para que la enviase a cualquiera parte del mundo, luciendo especial mención de las tierras paganas, herejes y cismáticas. Colón abría la puerta de América; Gama, la de las Indias orientales, como convidando el celo apostólico de San Ignacio. Desde el tiempo de los Apóstoles no se había tal vez visto una obra evangélica tan maravillosa como la de San Francisco Javier.

Ciertamente que no puede ser atribuida a causa ninguna humana, porque todas son desproporcionadas e incongruas para aquella nueva creación de! Espíritu Santo. Pero toda vez que todo él es hijo de Ignacio, y que la *pureza* evangélica de esta vida tenga una especie de encadenamiento y con generación de otras criaturas, bien podemos decir de Javier que todo él es hijo de Ignacio, y que la pureza evangélica de su apostolado mana incontaminada del manantial purísimo del espíritu que Ignacio le comunicó. Con ningunas palabras podríamos expresarlo mejor que con las del mismo *apóstol* de las Indias. Cuando él escribió su cédula votando a Ignacio por General de la Compañía de Jesús, lo hizo en estos términos: "Yo, Francisco, digo y afirmo que *nullo modo suastis ab hominc* (de ningún modo inducido .per nadie) juzgo que el que ha de ser elegido por Prelado en nuestra Compañía, al cual todos debemos de obedecer, me parece, hablando conforme según mi conciencia, que sea el Prelado nuestro antiguo y verdadero Padre Don Ignacio, el cual, pues nos juntó a todos, no con pocos trabajos, no sin ellos nos sabrá mejor conservar, gobernar y aumentar de bien en mejor, por estar

más él al cabo de cada uno de nosotros"[26].Por aquellas tierras de la India a todos daba noticia de que en Europa tenía un padre que era un santo, y como a tal le escribía de rodillas las cartas, y traía su firma colgada al cuello, junto con la fórmula de su profesión.

Sería temeridad resumir en una página las hazañas de, San Francisco Javier. La mayor y mejor parte de ellas las sabe sólo Dios Nuestro Señor; pero aun solas las migajas que han llegado hasta nosotros, parecen transportarnos a las maravillas de Pentecostés. Aquello es un mundo de naciones que nacen a la gracia. Toda Europa sintió un sobrenatural escalofrío cuando llegó la carta del Apóstol de 12 de enero de 1544, tres años después de su salida de Portugal, en que contaba el éxito de su misión. Empezando por el Papa y llegando hasta los escaños de las aulas universitarias, todo el mundo eclesiástico quedó maravillado. Aquella carta recorrió todo el mundo., y pudo decirse con razón que Javier "no había hecho menos fruto en España y Portugal con su carta que en las Indias con su doctrina". La misión de Javier duró sólo Once años, y aun murió cuatro años antes que San Ignacio.

Ignacio abrió también, y vio regadas con sudor y con sangre, las misiones del Brasil y del Japón, cada una de las cuales bastaría a hacer gloriosa una Orden apostólica. Una expedición de jesuitas fue al Congo, y a otra al África y a rescatar cautivos y predicar el Evangelio., adonde, viejo y enfermo deseaba pasar el mismo Ignacio.

Finalmente, en su tiempo se fundó también la misión de Etiopía. El *lie, incen-ditc, inflammate omnia* (Id, encendedlo, inflamadlo todo), con que despedía a sus hijos para estas gloriosas empresas, nos revela bien todo su espíritu.

Tan dificultosa y necesaria como la propagación de la fe entre los gentiles, presentábase la defensa de la misma entre los herejes. Aquella revuelta Alemania

[26] *Monumenta Xaveriana*, vol. 1, *pág.* 812.

parecía habérsele clavado en el corazón a San Ignacio, y desde entonces acá siempre la Compañía ha dirigido al Señor especiales oraciones por las regiones septentrionales. Pero no fueron solamente las oraciones los instrumentos de que usó el Santo, sino también, y de un modo muy especial, los trabajos de sus hijos. Como la perversión en aquellas naciones venía de 'arriba, allá fue también su acción. Fabro, Bobadilla, Jayo, fueron enviados a las cortes de los príncipes, a las dietas, a los Obispos, a los Cabildos, a las Universidades, para influir en la conservación y defensa de la antigua fe, y aún más que nada, de la autoridad de la Iglesia y del Papa, condenada a muerte por Lutero. Y fue bien eficaz ese apostolado. Por ejemplo, la Universidad y el Clero de Colonia no desfallecieron merced a la palabra de Fabro; y para citar un caso aún más trascendental, él ganó con los *Ejercicios* a Canisio, que fue el apóstol de toda Alemania.

La lucha fue esencialmente cultural. Colonia, Ingolstad Viena y Praga fueron los núcleos estratégicos, tanto por haber allí grandes masas escolares como por las altas autoridades que allí residían. El año 1563, el embajador español, conde de Luna, decía públicamente en el Concilio de Trento, con asentimiento de muchos Prelados; que la mejor manera de reconquistar a Alemania sería la multiplicación de los colegios de la Compañía de Jesús. Ignacio comprendió que necesitaba un estado mayor de clérigos seculares del país, muy bien formados y que en ninguna parte podría obtenerse esto es mejor que en Roma. Arrojóse con toda decisión a la fundación del Colegio Germánico, y tomó sobre sí, no solamente su dirección espiritual y literaria, sino también la económica, que todos rehuían. La bula de fundación está fechada el 31 de agosto de 1552. El Colegio Germánico ha sido una de las más gloriosas obras romanas, de trascendencia incalculable para la religión católica.

El último año de su vida había tenido Ignacio la idea de formar un Seminario de escritores especialistas contra la reforma protestante. La muerte impidióle llevar

a cabo esta nueva empresa, que parece adelantarse en mucho al espíritu de su tiempo.

Al acabar de tratar el punto de la reforma, tan vinculada con todo, no puede uno resistir a la pregunta: ¿qué juzgaba San Ignacio del Renacimiento? La cual lleva naturalmente a esta obra: ¿Qué sentimiento estético y artístico tenía el Fundador? Tengamos en cuenta que Ignacio vive en el siglo de los grandes artistas., como Miguel Ángel y Rafael que Roma, al llegar él, parecía estar toda ocupada en recoger la herencia de las artes paganas y hacerlas revivir con todo su esplendor; que funda una religión esencialmente dedicada al estudio, y que *es* la primera en abrir colegios, en donde principalmente se enseñan las letras humanas.

Hay que, contestar a dichas preguntas más por indicios y conjeturas que con razón demostrativas. No parece que todo aquel esplendor artístico deslumbrase a San Ignacio, enteramente ocupado en obras sobrenaturales; lo cual, por otra parte, parece cosa general a los Santos de aquel tiempo. Claro está que nunca tuvo tiempo ni medios para detenerse mucho en pensar en estos problemas; pero hay indicios de que, por sí mismos, no interesaban su espíritu, y que más bien miraba aquellos afanes con mirada compasiva. Haciendo obras en nuestra pobre casa, aparecen monumentos antiguos. Ignacio dice el Padre Codacio que le venda "aquellas piedras antiguas", para dedicar su precio a una obra de celo. En cuanto a la literatura, ya en Barcelona llenóse de recelo y de antipatía hacia los libros de Erasmo, y nunca quiso se tuviesen en la Compañía. Encías *Constituciones,* dice de los autores paganos: "En los libros de humanidad étnicos no se lea cosa deshonesta: de los demás podráse servir la Compañía como de los despojos de Egipto. En los cristianos, aunque la obra fuese buena, no se lea, cuando el autor fuese malo, porque no se le tome afición". Por fin dice que "es bien que se determinen en particular los libros que se han de leer, y los que no"[27].

[27] *Constituciones*, *P.* IV, cap. V., E

Por otra parte, recomienda particularmente la elegancia en el estilo, que haya quien tenga el cargo de corregirlo, que se hagan composiciones bien limadas, que podrán alguna vez enviarse a los superiores mayores: finalmente, que los que tengan particulares aptitudes en este ramo, pueden dedicarse a estudios especiales en él. Da toda la amplitud al hombre de letras humanas comprendiendo, no solamente la gramática y la retórica, sino también la práctica y la historia, las lenguas latina, griega y hebrea, y donde sean necesarias, también la caldea, arábica e índica; reconoce que son necesarias, "particularmente en nuestros tiempos", y que no se puede, como en las otras facultades, definir el tiempo que debe darse a este estudio, que depende mucho de las aptitudes de cada sujeto.

Una nota singular es de advertir, y es la importancia que da San Ignacio en las *Constituciones* al estudio de la lengua vulgar. A los estudiantes de la Compañía manda que aprendan bien la lengua del pueblo, *linguam populo vernaculam bene abdiscere,* para que estén bien preparados, para hacer con provecho los ministerios espirituales. Esta ley, aunque dictada con fines puramente apostólicos, tiene un valer especial, si se tiene en cuenta el desprecio con que eran miradas las lenguas vulgares por aquella sociedad literaria, puramente arqueológica y convencional.

Vistas todas estas cosas, nos parece poderse afirmar que San Ignacio no sintió gran admiración por las artes plásticas del Renacimiento; que dio a las letras clásicas toda la importancia que pedía su tiempo, a mayor gloria de Dios, sin omitir las vulgares, y que personalmente tenía en eso, como en todo lo demás, el buen sentido de lo justo y conveniente. Otros sentimientos estéticos no se los conocemos, excepto la atracción dulcísima que sentía hacia la música sagrada.

Capítulo V

MUERTE DE SAN IGNACIO

(31 DE JULIO DE 1556)

San Ignacio había estado muchas veces enfermo, alguna de ellas de verdadera gravedad y a punto de muerte. Por esta su experiencia había dejado consignadas en el examen *y* en las *Constituciones* las virtudes que deben practicar en este caso los hijos de la Compañía, a los que manda miren la enfermedad como don de Dios, tan precioso como la salud. Cumplió él perfectamente estas reglas, así como las demás que había escrito. He aquí lo que escribe el P. Cámara:

"Obedecía nuestro Padre a los médicos en sus enfermedades, con la misma perfección que él quería y deseaba que los de la Compañía tuviesen a los superiores de ella. No parecía en esta materia sino hombre que pierde el juicio en las cosas que le ordenaban, y todo el cuidado de sí mismo y de su salud".

"Estando en Roma, adoleció de alguna gravedad; curóle un médico de casa, joven y de pocas letras, y engañándose en la causa de la enfermedad aplicábale remedios calientes, con lo que le trataba muy mal. Era en el verano, y en el tiempo de las grandes calmas de Roma. Le mandaba estar envuelto en muchos cobertores y con las ventanas y puertas de la casa cerradas, porque no entrase aire. Mandábale que no bebiese sino vino puro muy fuerte, en la persuasión de que los dolores de estómago procedían de frialdad. Ardía el Padre en sed, y nunca pidió un poco de agua para beber; deshacíase en sudor, con la fuerza de los dolores y la grande calentura que le abrasaba, tanto que traspasaba los colchones de la cama, y no se quejaba; sentíase, finalmente, desfallecer, y no lo

significaba, mostrando tener en todo tanto crédito y sujeción al médico, como si fuera un hombre peritísimo en aquella ciencia, constando por otra vía manifiestamente al Padre de la insuficiencia grande de su saber".

"En fin, llegó la cosa a términos que él se comenzó a disponer para morir, lo cual nosotros entendimos, porque mandó que ninguno le fuese a hablar a la cámara, sino el enfermero, remitiendo a los Padres todos los negocios de la Compañía, como quien se daba ya por entregado a la muerte".

"Juntámonos entonces los Padres profesos que había en casa; y pareciéndonos a todos que estábamos obligados a llamar otro médico que le visitase y viese si podía aún vivir, vino el doctor Alejandro Petronio, y en cuanto le vio y fue informado de lo que pasaba en la cura, comenzó a gritar que lo habían matado a poder de calor. Mandó luego que le descargasen de la mucha ropa, que abriesen las ventanas de casa, que le diesen a beber cuanta agua fría quisiese, y de esta manera sanó y convaleció muy brevemente"[217].

Cuenta el P. Nadal haber, él y otros, oído decir a San Ignacio que tres gracias pedía a Dios antes de morir: primera, que el Instituto de la Compañía fuese aprobado por la Sede Apostólica; segunda, que igual gracia obtuviese el libro de los *Ejercicios espirituales;* tercera, que pudiese escribir las *Constituciones.* Notemos la elevada espiritualidad de este grande hombre. No pide fundaciones de grandes casas, hazañas apostólicas por las naciones, la conversión del mundo. Entendía que había una raíz más alta de todas estas cosas, que era la Compañía misma, fundada en la columna de la verdad, que es la Iglesia, y nutrida en la verdadera doctrina espiritual de los *Ejercicios y* las *Constituciones.*

[217] *Monumenta Ignatiana*, Ser. 4º, vól. 1. *Memoriale*, número 35, pág. 169.

Dios le había concedido estas tres gracias. La aprobación de la Compañía y la redacción de las *Constituciones* quedan ya explicadas. El año 1548 el Papa" Paulo III aprobó solemnemente el libro de los *Ejercicios.* San Francisco de Borja, que era ya jesuíta desde 1546, aunque exteriormente no había hecho mutación alguna en su vida, per especial gracia pontificia, suplicó al Papa hiciese examinar aquel libro y le diese su aprobación. Examinado por el Cardenal Inquisidor, el Vicario de Roma y el Maestro del Sacro Palacio, fue hallado "lleno de piedad y santidad, y útilísimo para la edificación y provecho espiritual de los fieles". En consecuencia, el Papa lo aprueba con toda su autoridad, "con todas \ cada una de las cosas en él contenidas", y exhorta a los fieles cristianos de todos estados a que usen de él para fomento de su piedad. El breve lleva la fecha del último día de julio de 1548, el que había de ser santificado con la muerte del Santo, y quedar perpetuamente el día de San Ignacio. Alcanzadas, pues, las tres gracias, que tanto había deseado, Ignacio podía cantar su *Nunc dimittis.*

Antes de contar la muerte de San Ignacio, plácenos recoger una página interesantísima de las cartas de San Francisco Javier, porque propiamente parece el abrazo de despedida hasta el cielo de dos Santos, Padre e Hijo. Hacia ya tiempo que Javier concluía todas sus cartas diciendo que no se verían ya más en esta vida, y que por esto mismo sería más dulce la tierna delicia de volverse a ver en el cielo aquellos a quienes Dios había juntado tan amorosamente en este destierro. Ahora vuelve Javier de la gran misión del Japón, y quería pasar a la más amplia y difícil de la China. Una de las razones que tenía para lanzarse a esta empresa, era porque no sabía que hubi.se en la tierra lugar en donde fuese más seguro el martirio, y sentía necesidad de morir por Cristo.

Precisamente en aquella sazón tenía Ignacio el plan de hacer venir a Javier de la India a Roma. Corrió la voz era para hacerlo General de la Compañía. Ya hemos visto cómo el año 1550 intentó Ignacio renunciar el cargo. San Ignacio, en la carta en que se lo manda, le dice que es para enterar al Rey de Portugal y al Papa de todo lo de allá. Sea lo que fuere, lo cierto es que Ignacio comenzó a preparar las cosas para la orden definitiva, que no tuvo efecto, porque cuando esta llegó al Oriente, había muerto Javier. En la carta, pues, a que va a contestar Javier, Ignacio sólo le decía los grandes deseos que sentía de verle antes de acabar esta vida. Javier escribe fuertemente impresionado, pero con pre-sentimiento, y quizá con certeza de que esto no se verificaría.

"Verdadero Padre mío. Una carta de vuestra santa caridad recibí en Malaca ahora, cuando venía del Japón; y en saber nuevas de tan deseada salud y vida, Dios Nuestro: Señor sabe cuan consolada fue mi ánima; y entre otras muchas santas palabras y consolaciones de su carta, leí las últimas, que decían: "todo vuestro, sin poderme olvidar en tiempo alguno, *Ignacio",* las cuales, así como con lágrimas leí, con lágrimas las escribo, acordándome del tiempo pasado, del mucho amor que siempre me tuvo y tiene, y también considerando cómo de los muchos trabajos y peligros del Japón me libró Dios Nuestro Señor, por la intercesión de las santas oraciones de vuestra Caridad".

"Escríbeme vuestra santa Caridad cuántos deseos tiene, de verme antes de acabar esta vida. Dios Nuestro Señor sabe cuánta impresión hicieron estas palabras de tan grande amor en mi ánima, y cuántas lágrimas me cuestan las veces que de ellas me acuerdo, y en me parecer que puede *ser,* me consuelo, pues a la santa obediencia no hay cosa imposible".

"Por amor y servicio de Dios Nuestro Señor le pido una caridad, la cual, si presente me hallase, de rodillas, echado; a sus santos pies, le pediría, y es ésta: que mandase a estas partes alguna persona conocida de vuestra santa Caridad, para ser rector del colegio de Goa, porque de cosa de su mano tiene gran necesidad el colegio de Goa".

"Por amor y servicio de Dios Nuestro Señor, que vuestra santa Caridad, con toda la Compañía, me encomiende continuamente a Dios. Deseo mucho ser encomendado en todos los Padres, especialmente en los profesos, y esto por intercesión de vuestra santa Caridad".

"*Y así ceso, rogando a Dios Nuestro Señor, tomando en la tierra a vuestra santa Caridad por intercesor con toda la Compañía, juntamente con toda la Iglesia militante, y en el cielo consiguientemente, comenzando por todos los beatos (los bienaventurados), que en esta vida Compañía, con toda la Iglesia triunfante, para por sus y méritos, Dios Nuestro Señor me de a sentir en esta vida su santísima voluntad, y, sentida, gracia para bien y perfectamente cumplirla.*

De Cochín, a 29 de enero de 1552

Menor hijo en destierro mayor,

Francisco".

Tardó esta carta mucho más de un año en llegar a Roma, de manera que Ignacio no pudo contestar a ella hasta el día 28 de junio de 1553. Mándale ir a Roma, y las razones que de ello le da, ultra de informar al Rey y al Papa, son para que dé calor a lo de Etiopía, que estaba encalmado, y a lo del Congo y a lo del Brasil. Ignacio, que, como dice la Iglesia, tenía un corazón mayor que el

mundo, conocía bien a su hijo Javier, y sabía que, además de la India, y el Japón, y la China, cabían aún en él el África y la América, todas juntas.

El día 9 de abril del mismo año 1552 aún volvía Javier a escribir a San Ignacio, y ésta fue su última carta. En ella que dentro de seis días se embarcará para la China, Sus últimas palabras son: "*Dios nos junte en el cielo, y si ha de ser para mayor gloria suya, también en esta vida. Por mi parte, si esto se me manda, nada costará hacerlo por obediencia. Todos me aseguran que se puede pasar desde el reino de la China a Jerusalén. Si hallo que esto es verdad, os notificaré cuántas leguas hay de distancia, cuántos los meses de camino.*

De Goa, a 9 de abril de 1552. Hijo menor en destierro mayor,

Francisco.

Notemos esta última indicación del camino de la China a Jerusalén. El imperio inmenso de la China, añadido a la India y al Japón, era pequeño para Javier, y así hervía en aquel corazón el ansia de ir a la Tierra Santa, en que Cristo Nuestro Señor predicó.

Este primer propósito de todos los primeros compañeros, de ir a Jerusalén, no se había borrado del alma de Javier, y soñaba tal vez en dar allí la vida por el Redentor. ¡Oh, altísimo pensamiento! ¡Y cómo debía arrancar lágrimas a San Ignacio!

El día 2 de diciembre moría Javier en Sanchón, isla enfrente de la China, y moría abandonado de todos, yaciendo en la dura tierra, cobijado en una cabaña de paja, prestada por caridad, pero puesta el alma altísimamente en Dios Nuestro Señor. Cuando llegó la carta de San Ignacio mandándole volver a Europa, ya Javier estaba en el cielo. Ignacio recibió cartas en que se contaba esta muerte

gloriosa, la gloria que' Dios le concedía de la incorrupción de su cuerpo, y el triunfo imponderable con que entraron en Goa las reliquias de aquel hijo suyo tan amado. Es muy posible que volviese Ignacio a entonar el *Nunc dimittis.*

Por lo que hemos contado de la vida de San Ignacio fácilmente se entenderá que aquella naturaleza debía estar minada y a punto de caer. Tantas fatigas, tantas peregrinaciones, tantas penitencias, tantas enfermedades, el peso abrumador de tantos negocios, parecen carga superior a las fuerzas corporales más robustas. Años había aquel cuerpo sólo se sostenía por el esfuerzo de su Espíritu. Añadíanse penas interiores, de aquellas que matan las tristezas. El Papa Paulo IV y el Rey Felipe II estaban en guerra, y Roma toda resonaba de armas. No podía el Santo contemplar este espectáculo sin lágrimas, y salióse de Roma a una quinta, por ver s: reposaría su espíritu, o tendría a lo menos mayor libertad para desahogar su pena. Vino el calor y acabó de aplastarlo. Otra causa había aún de muerte, y era, sin duda, la principal: el deseo, o por mejor decir, el ansia vivísima de ver a Dios. No podía pensar en su muerte sin deshacerse en lágrimas de pura alegría. Ya en octubre de 1554 había tenido necesidad de un Vicario para gobernar la Compañía, y nombró al P. Jerónimo Nadal.

Sentía Ignacio venir la muerte pronta y segura. En una carta a doña Leonor Mascareñas, gran bienhechora suya, se despide de ella diciéndole que aquella era su última carta, y que desde el cielo rogaría mejor por ella. Sintiéndose peor, volvió de la quinta a Roma. Había en casa muchos enfermos en aquella ocasión, y los médicos de todos hacían más caso que de Ignacio, creyendo que se trataba de su habitual depresión. Mas él quiso confesarse y comulgar p3ra morir. Dejemos la narración de su tránsito a la pluma del P. Polanco, su secretario, que la escribió al P. Rivadeneira, habiéndolo presenciado todo, punto por punto.

"Esta, dice, es para hacer saber a V. R. y a todos nuestros Hermanos que a su obediencia están, cómo Dios Nuestro Señor ha sido servido de sacar de entre nosotros y Tevarse para sí a Nuestro bendito Padre Ignacio el viernes 31 de julio, por la mañana, víspera de San Pedro *in vinculis,* soltando las que le tenían en la carne mortal ligado, poniéndole en la libertad de los escogidos suyos: oyendo finalmente los deseos de este Bienaventurado siervo suyo, que aunque con grande paciencia y fortaleza sufría su peregrinación y trabajos de ella, deseaba muchos años ha, muy intensamente en la patria celestial ver y glorificar a su Criador y Señor; cuya divina previdencia no le ha dejado hasta ahora, para que con su ejemplo, prudencia, autoridad y oración fuese adelante esta obra de nuestra mínima Compañía, como por ir él mismo había sido comenzada; y ahora que las raíces de ella parece que estaban medianamente fortificadas para crecer; y aumentarse esta planta, y el fruto de ella en tantas partes, hánosle llevado al cielo, para que tanto más abundante lluvia de su gracia nos alcance cuanto más unido está con el abismo, de ella y de todo bien. En esta casa y. colegios, aunque no puede dejarse de sentir la amorosa presencia de tal Padre de que nos hallamos privados, es el sentimiento sin dolor, las lágrimas con devoción y el hallarle menos con aumento de esperanza y alegría espiritual. Parécenos, de parte de él que ya era tiempo que sus continuos trabajos llegasen al verdadero reposo; sus enfermedades a la verdadera salud; sus lágrimas y continuo padecer, a la bienaventuranza y felicidad perpetua. De parte nuestra, no solamente no pensamos haberle perdido, pero ahora más que nunca esperamos ser ayudados de su ardentísima caridad, y que por intercesión suya la divina misericordia haya de acrecentar el espíritu y el número y fundaciones de nuestra Compañía, para el bien; universal de su Iglesia".

"Y porque querrá V. R. entender algo de lo particular en el tránsito de nuestro Padre (que es en gloria), sepa qué fue con grande facilidad, y que no duró una hora después que caímos en la cuenta de que se nos iba. Teníamos en casa" muchos enfermos, y entre ellos al Padre Maestro Laínez, y a Don Juan de Mendoza y algunos otros graves; y nuestro Padre tenía también alguna indisposición, que cuatro o cinco, días había tenido un poco de fiebre; pero dudábase si ya la tenía o no, aunque se sentía muy flaco, como otras veces; *y* así, el miércoles me llamó y me dijo que dijese al Doctor Torres que tuviese también cargo de él como de los otros enfermos; porque no se teniendo por nada su mal, acudíase más a otros enfermos que a él; y así lo hizo. Y otro grande médico amigo nuestro (que se llama M. Alejandro), también le visitaba cada día. El jueves siguiente me hace llamar a las veinte-horas (las cuatro de la tarde), y haciendo salir de la cámara al enfermero, me dice que será bien que yo fuese a San Pedro y procurase hacer saber a Su Santidad cómo él estaba muy al cabo, y sin esperanza, o casi sin esperanza, de vida temporal; y que humildemente suplicaba a Su Santidad lo diese su bendición a él y al Maestro Laínez, que también estaba en peligro. Y que si Dios Nuestro Señor les hiciese gracia de llevarles al cielo, que allí rogarían por Su Santidad, como lo hacían en la tierra cada día. Yo repliqué: "Padre, los médicos no entienden que haya peligro en esta enfermedad de vuestra Reverencia, y yo para mí espero qué: Dios nos ha de conservar a V. R. algunos años para su servicio.

¿Tanto mal se siente V. R. como esto?" Díceme: "Yo estoy que no me falta sino expirar", o cosa en este sentido. Todavía yo mostraba tener esperanza de su más larga vida (como la tenía), pero que haría el oficio; y demandé si bastaría ir el viernes siguiente, porque escribía aquella tarde para España por vía de Génova, que se parte el correo el jueves. Díjome: "Yo holgaría más hoy que

mañana, o cuanto más presto holgaría más; pero haced como os pareciere; yo me remito libremente a vos". Yo, para poder decir que, según los médicos, estaba en peligro si ellos lo sintiesen, demando al principal de ellos aquella misma tarde (que era M. Alejandro), que me dijese libremente si estaba en peligro nuestro Padre, porque me había dado tal comisión para el Papa. Díjome: "Hoy no os puedo decir de su peligro; mañana os lo diré", Con esto, y porque se había remitido a mí el Padre, parecióme (procediendo en esto humanamente) de esperar al viernes siguiente, por oír lo que decían los médicos. Y aquella misma noche del jueves nos hallamos a una hora de noche el Padre Doctor Madrid y yo a la cena de nuestro Padre, y cenó bien, para su usanza, y platicó con nosotros; en manera que yo fui a dormir, sin sospecha ninguna de peligro de esta su enfermedad. La mañana, al salir el sol, hallamos a Padre *in extremis* y así yo fui con priesa a San Pedro, y el Papa, mostrando dolerse mucho, dio su bendición y todo cuanto podía dar amorosamente. Y así, antes de dos horas de sol, estando presentes el Padre Doctor Madrid y el Maestro Andreas de Frusis, dio el ánima a su Criador y Señor sin dificultad alguna".

"Pasado de este mundo el Padre nuestro, por conservar el cuerpo, pareció conveniente sacar lo interior de él y embalsamarle en alguna manera. Y aun en esto hubo gran edificación y admiración; que le hallaron el estómago y los intestinos sin cosa ninguna dentro y estrechos: de donde los peritos de esta arte seglares inferían las grandes abstinencias del tiempo pasado' y la grande constancia y fortaleza suya, que en tanta flaqueza tanto trabajaba y con tan alegre e igual bulto. Vióse también el hígado que tenía tres piedras, que refieren a la misma abstinencia, por lo cual el hígado se endureció. Y viene a parecer verdadero lo que el buen viejo Don Diego de Eguía, que es en gloria, decía, que nuestro Santo Padre vivía por milagro mucho tiempo había; que con tal hígado

naturalmente no se podía vivir, sino que Dios Nuestro Señor, por ser entonces necesario para la Compañía, supliendo la falta de los órganos corporales, le conservó la vida. Tuvimos su bendito cuerpo hasta el sábado después de vísperas; y fue mucho el concurso de los devotos y devoción de ellos, bien que estuviese en el lugar mismo donde murió, quién besándole las manos, quién los pies, quién tocando las cuentas a su cuerpo; y Hemos tenido trabajo en defendernos de los que pedían un pedazo de algún bonete o vestido, o le tomaban de las agujetas, o escofias, o cosas suyas, aunque no se ha dado nada de esto a los que lo pedían, ni se ha permitido sabiéndolo.

También le hicieron algunos retratos de pintura y de bulto en este tiempo; que en vida, él nunca lo permitió, aunque muchos lo pedían"[218].

Nota el P. Rivadeneira la humildad, simplicidad y naturalidad con que quiso morir. Sabiendo cierto su muerte, no quiso reunir a sus hijos y exhortarlos, y despedirse de *ellos como lo han* hecho otros fundadores; no quiso señalar Vicario como él mismo había dado facultad al General en *Constituciones* que escribió; no quiso hacer ninguna manifestación externa de gran peligro, sino lo que le pareció necesario insinuar, y aun dejándolo a la determinación de otro. Para él, morir era como cualquier otra de sus obligaciones, y como tal la cumplió. Había dado pruebas en toda su vida de no tener temor alguno de la muerte, y en llegando la hora le abrió los brazos con entera sencillez.

Pero, sobre todo, nota la manera heroica con que quiso morir bajo las apariencias de la mayor vulgaridad. El siente que le llega la muerte, y ve que no le hacen caso. Avisa lo suficiente para cumplir su obligación, y ve que las cosas

[218] *Cartas de San Ignacio* (Madrid), *vol. 6.*

siguen el mismo curso. Pónese dulcemente en manos del Señor, y quiere morir solo como Javier. No llama a los de casa; a última hora entran casualmente cuando ya estaba en los últimos instantes. Quieren darle entonces algún auxilio, y dice serenamente: "Ya no es hora de esto". Levanta al cielo los ojos y las manos y pronuncia su última palabra: "¡Jesús!"

El P. Laínez seguía gravísimo. Entran algunos Padres en su habitación, y conociendo él en la mudanza de sus rostros que había alguna novedad, exclama: "¿Ha muerto el santo, ha muerto?" No fue posible ocultárselo, y él, levantando al cielo las manos, se encomienda a su intercesión, rogando a Dios que, por los méritos de aquella alma santa, le libre pronto a él también de la cárcel del cuerpo para poder acompañar a su Padre. Fue lo contrario, que convaleció rápidamente, creyendo todos que San Ignacio le había obtenido la salud, para que pudiese sucederle en el gobierno de la Compañía, como se lo había profetizado.

El P. Rivadeneira nos traza este retrato literario de San Ignacio: "Fue de estatura mediana, o por mejor decir algo pequeño y bajo de cuerpo, habiendo sido sus hermanos altos y muy bien dispuestos; tenía el rostro autorizado; la frente ancha y desarrugada; los ojos hundidos; encogidos los párpados y arrugados, por las muchas lágrimas que continuamente derramaba; las orejas medianas; la nariz alta y combada; el color Vivo y templado, y con la calva de muy venerable aspecto. El semblante del rostro era alegremente grave y gravemente alegre; de manera que, con su gravedad los ¿componía. Cojeaba un poco de la una pierna, pero sin fealdad, *y* de manera que, con la moderación que él guardaba en *de* andar, no se echaba de ver".

Y tratando de los retratos del Santo, añade Rivadeneira: "Entre los cuales el que está más acertado y propio, es el que Alfonso Sánchez, retratador excelente del Rey católico Don Felipe segundo, sacó en Madrid el año .1585, estando yo presente, y supliendo lo que el retrato muerto, del cual él le sacaba, no podía decir, para que saliese como se deseaba"[219].

Conservemos, sobre todo, dentro del alma el retrato espiritual de su santidad, que en esta vida hemos pretendido, y no hemos sabido dar cual convenía; y pidámosle con la Iglesia, que después de haberle imitado en la tierra, merezcamos con él ser coronados en el cielo. Amén.

A.M.D.G.

[219] *Vida de San Ignacio*, lib, 4, cap. XVIII.